



A lomos DEL DESTINO

*Un apasionante romance histórico ambientado en
Alta California en el s.XIX*

CONSTANZA CHESNOTT

A lomos del destino

Constanza Chesnott

© Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

El *copyright* favorece la creatividad y estimula una cultura viva y diversa. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro.

Esta es una obra de ficción histórica. Nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: A lomos del destino
Copyright © 2018 Constanza Chesnott

Primera edición: febrero 2018
Editado por: Érika Gael

Estoy deseando conocerte:
Suscríbete en: <http://www.constanzachesnott.com>
O mándame un e-mail a constanzachesnott@yahoo.com
Para seguir mis noticias: [facebook.com/ConstanzaChesnott/](https://www.facebook.com/ConstanzaChesnott/)

ÍNDICE

ÍNDICE

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

PREÁMBULO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

DEDICATORIA

A Isabella, Catalina y Gabriel

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores, por la buena acogida que le dieron a mi primera novela, *De pasión y deshonra*; por ellos esta locura de seguir escribiendo.

A mi marido. Todos mis hombres de ficción tienen algo tuyo, mi amor.

A mi familia y amigos: estáis siempre en mi corazón.

A mi patria, mi querida España, y a todos mis compatriotas dispersos por el planeta, por llevar la pasión y el alboroto hasta el último confín de la Tierra.

A mis hijos, auténticos ciudadanos del mundo.

«Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras sin que algún varón entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos, y esforzados y ardientes corazones, y de grandes fuerzas; la ínsula en sí, la más fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras en que, después de las haber amansado, cabalgaban; que en toda la isla no había otro metal alguno...»

Las Sergas de Esplandián
Garcí Rodríguez de Montalvo (1510)

PREÁMBULO

Nueva España, 1816

Sandalio Linares saltó del caballo, a grandes trancos alcanzó la entrada principal de la casa y se precipitó al zaguán pegando voces.

—¡Eulalia, Eulalia!

Varios criados asomaron la cabeza por la balaustrada del segundo piso, que daba al patio interior.

—¡Eulaliaaaa! —bramó.

La mujer corrió por la galería de arcos redondos y bajó aprisa las escaleras de piedra para reunirse en el patio con su esposo; sus pasos apresurados retumbaron entre las columnas de la galería de la espléndida casa colonial.

—¿Qué ocurre, esposo mío?

—Nos vamos. Rápido, empaca lo que puedas, no hay tiempo que perder.

—Pero ¿irnos? ¡¿A dónde?!

—Volvemos a España.

—¡¿A España?!

—Deja de repetir todo lo que digo, mujer, y haz lo que te he pedido.

—Pero ¿por qué?

—Porque si no nos vamos, nos matan. ¿Dónde está Renata?

—En el jardín; Juan Lorenzo vino a hacerle visita. Pero, Sandalio, nuestra casa, nuestros muebles, la hacienda...

—Se lo he vendido todo a Ayamonte. No ha podido darme lo que vale, pero al menos nos vamos con suficiente para empezar. Iremos a Córdoba, mi familia nos acogerá.

—¿Y qué pasa con Renata y Juan Lorenzo? Están a punto de casarse...

—He finalizado el compromiso, es lo mejor...

Eulalia empezó a llorar desconsoladamente.

Sandalio se desesperó:

—No hay tiempo para llantos, mujer, ya lloraremos después. Ve, corre, salimos en media hora. —La empujó de nuevo hacia la escalera. Eulalia

corrió arriba a cumplir la orden de su marido mientras a gritos organizaba a los criados.

Los Linares abandonaron su hogar en mitad de la noche con unos cuantos baúles. Atrás quedaban la hacienda Madreselva, los caballos, los campos sembrados, la casa señorial. La servidumbre se marchó despavorida ante la inminencia del ataque. Eulalia y Renata lloraban sin contención mientras el carruaje se alejaba a toda velocidad. No solo dejaban todo lo que poseían; también a amigos que eran como familia, y Renata se separaba de su futuro esposo, su amor, del hombre al que se había entregado en cuerpo y alma, porque ninguno de los dos había podido esperar hasta el día de la boda para ser uno solo. Al despedirse, Juan Lorenzo había prometido que iría a buscarla y se casarían.

Sandalio ni siquiera intentó consolarlas; él se sentía tan derrumbado por dentro como ellas, pero el temor a que los alcanzaran antes de ponerse a salvo refrenaba la enorme tristeza que se le agarraba, tenaz, al corazón por abandonar el hogar que había construido gracias a un golpe de suerte del destino. Solo les explicó lo que estaba sucediendo. La revuelta entre los realistas y los insurgentes, los que apoyaban seguir unidos a España y los que defendían la independencia de la Corona, estaba alcanzando una virulencia brutal. Una partida de insurgentes merodeaba por los alrededores; buscaban a los españoles, saqueaban sus propiedades, violaban a las mujeres y luego los asesinaban a sangre fría. Los Linares, por ser ricos hacendados y españoles, estaban en el punto de mira, y pronto llegarían para acabar con ellos. Debían huir. Salvar a su familia era lo más importante. Ningún bien material anclaba a Sandalio Linares, pues él había conocido la pobreza y no la temía, tampoco temía empezar de cero. Lo que más lamentó dejar fueron sus caballos, pues, después de su mujer y su hija, eran su gran pasión.

Mientras el carruaje de los Linares se alejaba, tal vez para siempre, de la hacienda Madreselva, el prometido de Renata, Juan Lorenzo Ayamonte, cabalgaba como un desquiciado hacia su casa. Desmontó, dejó el caballo sin atar y corrió en busca de su padre. Lo encontró en el despacho, sentado en su sillón de piel de venado, detrás de su mesa, mirando por el gran ventanal con un vaso labrado en la mano.

—¿Qué está pasando, padre?!

Gael Ayamonte se giró hacia su hijo y posó el vaso sobre la mesa.

—Nada, no pasa nada, muchacho.

—Los Linares se van, dicen que van a matarlos, que vienen los

insurgentes. Si es así, nosotros también corremos peligro: somos criollos y siempre hemos apoyado al rey, ¡debemos irnos!

Su rostro estaba encendido de preocupación; su respiración, entrecortada, y sudaba como si hubiera atravesado los campos a la carrera en vez de a lomos de su caballo.

—Es mentira.

—¡¿Qué dice?!

—Que es mentira. No hay ninguna partida de insurgentes. La zona está controlada por las fuerzas realistas; estamos protegidos. El alguacil me ayudó a convencer a Sandalio. Le he regalado tu caballo.

Gael se levantó y se puso a la altura de su hijo. Se sorprendió de que ya fuera de su porte, hasta ese momento no se había percatado.

—Pero... ¡¿qué clase de monstruo es usted?! —Juan Lorenzo lo agarró por las solapas de la levita y lo zarandeó con fuerza.

El padre se revolvió para soltarse y clavó la mirada en su hijo.

—La hacienda Madreselva debió ser mía hace tiempo. ¿Sabías que yo pretendía a Eulalia Avarzúa antes de que Isidro se volara la cabeza de un tiro y le dejara todo a Sandalio? Que, seguro, ni siquiera era hijo suyo, ¿quién de pronto se saca de la manga un hijo al que nadie conoce? No solo se quedó con toda la herencia de Isidro; encima se casó con Eulalia.

—Eso ocurrió hace años. Sandalio es su amigo..., y además, cuando me case con Renata, la hacienda será mía —balbuceó Juan Lorenzo.

—No quiero sangre Linares en mi descendencia. Él me robó a mi Eulalia y se convirtió en mi enemigo.

—Es un monstruo, solo un monstruo podría albergar tanto odio y deseos de venganza. Es un monstruo y un miserable por haber esperado tantos años para asestar el golpe. Un hombre... —le temblaba la voz de la rabia— un hombre de verdad hubiese aceptado que Eulalia lo prefirió a él. Me avergüenzo de usted. Voy a ir a buscar a Renata; le contaré la verdad. Tendrá que devolverles lo que les ha querido robar. —Se alejó unos pasos con el semblante pálido, conteniendo la ira que sentía.

—¡No vas a hacer nada, porque si no, te desheredo! —chilló el viejo Ayamonte a su espalda, rojo de furia. Juan Lorenzo se paró al escuchar las palabras de su padre, pero no se volvió a mirarlo. Gael Ayamonte sonrió y remató—: ¿A dónde va a ir un muchacho de dieciséis años, inútil y mimado, y sin un real en el bolsillo? —Dio la vuelta a la mesa y serenó el gesto, pero no se atrevió a acercarse—. Ahora que soy el hacendado más rico de la

comarca, no te faltarán mujeres, hijo —quiso razonar con él—. Además, Sandalio y yo decidimos romper vuestro compromiso; a Renata le buscarán esposo en breve. Olvídate de ella.

Juan Lorenzo abandonó el despacho de su padre sin pronunciar palabra, sin dedicarle ni una última mirada de despedida, y se lanzó en una desesperada carrera en pos de Renata. Debía alcanzarla.

1

La Carlota, Córdoba (España), 1835. Diecinueve años después.

Renata Linares de Montoya se aferraba a la vida con toda la fuerza que le quedaba en su cuerpo marchito. El odio la mantenía asida a la existencia. No se iba a morir hasta que él llegara. Necesitaba resolver el pasado. Necesitaba abandonar la amargura de sus deseos frustrados para irse libre a la otra vida. Seguiría viviendo a través del corazón de su hija, y tal vez Selva encontrara la felicidad que a ella se le había negado.

Hacía días que no dormía, solo esperaba.

El alba estaba próxima, la oscuridad nocturna iba desdibujándose poco a poco, y un pálido resplandor entraba por el ventanal de la alcoba de Renata acariciando el lujo de los vetustos muebles, los tapizados de las butacas, los pesados cortinajes, que ella prohibía que se cerraran al caer la noche por temor a que no se descorrieran más.

Escuchó a su espalda cómo se abría la puerta y Selva entraba con sigilo al cuarto. Renata reconoció sus pasos ligeros, cautelosos, y el olor a las azucenas que la acompañaba cada mañana cuando entraba a ver cómo estaba, y que pretendía disimular el tufo a agonía que reinaba en la alcoba y del que ella no se podía librar. Su cuerpo desprendía un aroma pegajoso, dulzón y agrio. No se giró, permaneció contemplando el despertar del nuevo día. Selva cambiaba todas las mañanas las flores en su alcoba y abría las ventanas para ventilar el espacio, y, sin embargo, el olor persistía, llenándolo todo de inevitabilidad.

Vio cómo la joven sostenía en ambas manos el enorme ramo de flores y avanzaba despacio, de puntillas. Retiró las azucenas del día anterior del jarrón de fina cristalería y colocó las nuevas, ahuecando el ramo. A Renata le enterneció que su hija se tomara tantas molestias en que luciera lo más bonito posible. Después se acercó a la ventana y volvió la cabeza para mirar su rostro pálido y ojeroso.

—Buenos días, madre, pensé que dormía.

—¿Ha llegado?

Era lo único que le interesaba saber, si el visitante que esperaba había

llegado, y necesitaba preguntárselo todos los días y a todas horas.

—Creo que no. Está amaneciendo, madre, no son horas de presentarse a hacer visita.

—Sabe que me estoy muriendo... Sigue siendo un cobarde —musitó.

Selva retiró bien los visillos hacia los laterales y abrió las amplias ventanas para dejar que entrara el frescor del alba.

—¿Tiene hambre, madre? ¿Quiere que mande a preparar el desayuno?

Renata no contestó, abstraída contemplando la vida que despertaba al nuevo día. Intentó ignorar que Selva permanecía de pie mirándola. Podía intuir que no sabía qué decirle, cómo darle consuelo o alentar la esperanza de que se iba a curar, aunque el médico, que había pasado a verla el día anterior, le había dicho que no duraría. Ella no necesitaba consuelo, solo necesitaba que él llegara, así podría descansar al fin.

Los trinos de una pareja de pajaritos posados sobre el alféizar de la ventana la hicieron sonreír. Todos la tenían por una mujer triste, demasiado seria y con un carácter iracundo; en muy pocas ocasiones se permitía sonreír, y ahora, al borde de la muerte, todo conseguía enternecerla, incluso ilusionarla, y sentía que su rostro severo se le aniñaba.

—Selva, acércate. —La vio dudar instintivamente—. Ven, siéntate aquí a mi lado —insistió.

Renata se incorporó con dificultad para sentarse y se recostó de nuevo sobre los almohadones. Su hija se aproximó despacio, agarrándose la falda, nerviosa, y tomó asiento cerca de ella. Renata posó una de sus huesudas manos sobre las de Selva. Sintió cómo la joven se estremecía por el contacto frío del fin que transmitía su piel.

—No temas mi muerte. —Renata podía leer el miedo de su hija en el temblor de sus dedos.

Selva sollozó al escucharla decir eso y se abrazó a ella.

—¡Oh, madre! No puede irse, no puede dejarme sola. Si aún viviese el abuelo, podría soportarlo, pero ¿qué voy a hacer yo sin usted, madre?

Selva no le dijo lo que le preocupaba, y no hacía falta, porque Renata sabía cuáles eran sus temores. Cómo iba a poder vivir con un padre alcohólico que se pasaba el día jugando a los naipes y derrochando la fortuna familiar, y con un hermano que iba por el mismo camino, en un país sumido en una guerra civil por la sucesión al trono entre los carlistas, partidarios del infante Carlos, hermano del rey Fernando, fallecido dos años antes, y los isabelinos, defensores de Isabel, hija del rey, y de la madre de esta, la regente

María Cristina de Borbón. Si su padre, Sandalio Linares, siguiese vivo, Renata se habría ido ya, se habría abandonado a la enfermedad dejando que borrara su rabiosa existencia de la tierra. Selva adoraba a su abuelo. Él era el mejor hombre que había conocido Renata, a pesar de no habérselo dicho nunca y de no haber sido ella la hija que él merecía. Sandalio Linares le dio a Selva todo lo que no pudo darle a Renata, se volcó con su nieta, le contó la historia de su familia e incluso le explicó sin grandes detalles por qué Renata era una mujer consumiéndose a fuego lento en el odio. Pero al morir él un año atrás, Renata tuvo que tomar la decisión más difícil de su vida. Debía combatir la enfermedad, retrasar el final para tener tiempo de deshacer el mal y librar a Selva y a Lorenzo, su hijo mayor, de las consecuencias de sus errores. Por ellos, por sus hijos, tenía que sepultar el odio antes de que el odio la sepultara a ella.

Selva saldría adelante. Era muy joven aún para darse cuenta de la fuerza que emanaba de la sangre de los Linares, pero ya sacaría el coraje para afrontar la vida. Sin embargo, Lorenzo le preocupaba.

Selva, más serena, se separó de su madre y se secó las lágrimas. Renata volvió la vista al ventanal, pero mantuvo sus frías manos aferrando las de su hija.

—Nunca debí dejarme convencer por mi abuela Carlota para casarme con el inútil de tu padre. Sus deudas de juego nos han arruinado; cuando me muera, esos buitres apostadores van a caer sobre mis bienes y no os va a quedar nada. Los caballos guzmanes, el orgullo de tu abuelo, van a terminar en manos de los amigotes de cartas de tu padre. Es un miserable borracho. No puedo dejaros así. ¿Lo entiendes, hija?

No, Selva no entendía, ¿qué iba a entender? ¿Cómo poder convencerla de sus razones? No las entendería aunque le contase todo lo que pasó.

—Madre, no diga eso. Padre es un buen hombre. Tiene un problema, pero puede cambiar, puede superar su adicción al alcohol.

Prefirió no verle la cara de contrariedad, por lo que siguió con la mirada anclada en el exterior. No quería seguir callando.

—Lo único que tenía bueno tu padre era el apellido; era y sigue siendo un despojo. Mi abuela Carlota se paseó por las tabernas buscando al incauto que aceptaría casarse con su nieta. ¡Cómo le gustaban a doña Carlota las tabernas! Era su ámbito natural, pues tabernera fue su madre y tabernera era ella antes de que pasara a mejor vida. Y mi padre, tu abuelo Sandalio, confió en ella para buscarme un buen esposo. ¿Y yo por qué acepté casarme con

Ernesto Montoya, un aristócrata borracho sin remedio y sin un real?

—Por amor, madre.

Renata miró a Selva con estupor. Un súbito rubor subió a sus mejillas, encendiendo su cara del color de las amapolas, y de pronto estalló en una sonora carcajada. Le dio un ataque de risa, no podía parar, reía como nunca antes lo había hecho. Selva estaba petrificada por el asombro. Aquello sí que era impensable: doña Renata Linares riéndose hasta ponerse morada. Se sentía viva como nunca. Sin embargo, la risa derivó en un ataque de tos, y Selva se apresuró a darle de beber del vaso que reposaba sobre la mesilla de noche.

—¡Qué cándida eres aún, hija! —dijo después de beber y apaciguarse—. No me casé con Ernesto por amor; me casé por despecho, me casé porque odiaba tan intensamente que no me importaba morir ni mucho menos casarme, y me casé porque tu abuelo Sandalio quería darle un padre al hijo que me había hecho otro.

Selva se llevó las manos a la boca para ahogar la exclamación; tenía los ojos espantados.

—Quiere decir que Lorenzo no es hijo de...

Unos golpes en la puerta de la alcoba interrumpieron la conversación.

—Adelante —se oyó con inusual firmeza la voz de Renata.

Una criada asomó la cabeza.

—Señora, ha llegado un visitante, el señor Ayamonte.

—¡Al fin! Presentía que hoy era el día; mi hora se acerca y la suya, también —musitó para sí, y después se dirigió a la criada—: María, que espere.

—Sí, señora.

—Y, María, manda llamar al padre Evaristo y a don Gervasio. Me avisas cuando lleguen.

—Sí, señora.

La criada se retiró.

—Selva, ayúdame a adecentarme. Tenemos que dar una buena impresión al visitante, y después te vas a poner tu vestido verde claro, que te resalta el color de los ojos. Que Lupe te peine, es la que mejor mano tiene.

—¿Y el luto, madre?

—Hoy es un día especial. Además, el negro me revuelve las tripas.

Selva asintió, pero Renata pudo leer la interrogación reflejada en sus ojos diáfanos: ¿un día especial? Sí, lo era, o eso quería creer, pero aún no le

diría por qué. Si todo salía como lo había planeado, en breve lo sabría.

—Vamos, ayúdame, no hay tiempo que perder.

Con mucha dificultad y aguantando el dolor, Renata se incorporó apoyándose en su hija. Se cambió la ropa, se acicaló con perfume y Selva le peinó el cabello claro dejándoselo suelto y sedoso. A pesar de la palidez y de lo delgada que estaba, Renata era una mujer guapa, y aún conservaba una cierta belleza, como la de la rosa que se seca demasiado joven, manteniendo todos los pétalos unidos. En ese momento no parecía tan lánguida ni tan muerta; ella misma se sorprendió de la fuerza que emanaba de la esperanza. Sus ojos brillaban con una emoción desconocida. Se negó a volver a la cama; no quería recibir al visitante en su mortaja, por lo que le pidió a Selva que la ayudara a acomodarse en una butaca junto a la ventana y que colocara otra al lado, donde se sentaría el caballero.

—¿Cómo me veo?

—Guapa, madre, muy guapa. —Renata sonrió satisfecha ante el comentario y se irguió muy recta en la butaca.

—Anda, ve y ponte bonita, y dile a María que haga entrar al señor.

Selva salió a cumplir con la petición de su madre.

María abrió despacio la puerta y anunció: «Su visita, señora». Se apartó del umbral para dejar entrar al caballero y cerró a su espalda.

Se contemplaron a la distancia unos instantes eternos, pues el visitante no se había movido de la puerta; parecía dudar si acercarse o permanecer donde estaba. Renata recobró la voz que se le había perdido momentáneamente en los recovecos de la memoria.

—Adelante, señor Ayamonte. Tome asiento, por favor. —Le indicó con la mano la butaca a su lado. Renata estaba sentada de espaldas a la ventana y su rostro permanecía a contraluz. Él, sin embargo, avanzaba hacia ella bañado por la luminosidad del nuevo día, y lo observó a su antojo—. Pensé que no vendría —le dijo cuando se hubo aproximado.

—Señora. —El visitante la saludó con una breve inclinación, descubriéndose la cabeza—. Aquí estoy.

Su voz era más gruesa de lo que la recordaba Renata. Había envejecido bien, con aplomo. Ella, sin embargo, debía de lucir consumida; la atenazó la idea de que él la encontrara vieja y desabrida. Le buscó los ojos intentando leer su primera impresión, pero el visitante parecía proteger cualquier atisbo

de emoción bien resguardado bajo una mirada opaca.

A pesar de que ella mantenía la mano ofreciendo asiento, Ayamonte permaneció de pie. Se había vestido con elegancia para la visita y eso agradó a Renata; también le gustó que intentaba mantener con su temple de soldado su intensa y escrutadora mirada.

—¿Por qué tardó tanto? Le dije que me quedaba poco.

—No estaba en México. Me reenviaron su carta, tardé en recibir su petición. Aquí estoy —repitió—. Se la ve bien —afirmó muy serio.

Renata soltó una breve carcajada.

—No hace falta que me halagues; me muero y no tengo miedo, pero he esperado una eternidad para saldar nuestra deuda y no quería morirme sin hacerlo. Ha llegado el momento.

—Espero poder cumplir sus... —Renata supo que iba a decir «últimos», pero se corrigió— sus deseos.

Aunque Renata había abandonado la formalidad, Ayamonte prefirió mantener la distancia al dirigirse a ella. Se lo veía tenso y cansado después del largo viaje, pero sus ojos también reflejaban cierto alivio, el mismo que sentía ella, y tal vez, en el fondo de su alma, un poso de alegría por verla, aventuró, aunque no lo demostrara. Había llegado a tiempo, suspiró. A Renata la emoción del reencuentro le burbujeaba en la boca del estómago alterándole el pulso. Sin embargo, en ese momento de debilidad echó mano del eterno sentimiento que la había acompañado cada vez que pensaba en él: odio.

—Quiero que me devuelvas mi hacienda, las tierras que el miserable de tu padre le robó al mío, donde nací y fui tan feliz; el lugar donde pensé formar una familia y ver crecer a mis hijos. La hacienda Madreselva era mi herencia y ahora es la herencia de mis hijos. Quiero que cumplas la promesa que me hiciste y que no tuviste el valor de realizar. Devuélveme mis tierras. —Guardó silencio un instante esperando a que Ayamonte asimilara su petición—. También quiero que me entregues el reloj de mi padre, el que te di para sellar nuestro compromiso.

—El reloj ya no lo tengo, lo perdí hace tiempo —dijo secamente, con aspereza.

—Por qué será que no me sorprende. Mi padre mandó hacer una réplica cuando llegamos a España. Le tenía mucho aprecio, era de Avarzúa; ambos queríamos olvidar quién lo tenía. Habría preferido recuperar el auténtico..., ahora da igual. —Quería que el desprecio de su tono hiciera estremecer a

Juan Lorenzo. Parecía que lo había conseguido, porque su rostro se tensó aún más.

—Respecto a las tierras... —En sus ojos cansados se acentuaron las arrugas. Se pasó la mano por la frente, que empezaba a perlarse de sudor—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué ha tardado tanto tiempo en pedírmelo?

—Prefería tener motivos para odiarte.

—¡Hiciste algo más que odiarme! —Ayamonte había elevado la voz sin quererlo y apretó la mano que reposaba en el respaldo de la butaca. A Renata le gustó verlo alterado y que abandonara la solemnidad.

—Sí, también te maldije, a ti y a todos los tuyos. Traicionaste a una Linares, y los Linares amamos y odiamos con la misma intensidad. Tuve que enterarme por la carta que tu madre le envió a la mía de que te habías casado con Adelita, y que esperabais un hijo. Ni siquiera tuviste el valor de comunicármelo tú mismo, y yo que me pasaba el día esperando que vinieras a buscarme, segura de que no habría nada en este mundo capaz de acabar con nuestro amor, ni siquiera la distancia. Cuando supe que habías sucumbido como un cobarde a las artimañas de tu padre, maldije tu sangre. Pero, como me aseguró aquella gitana el día en que selló tu suerte, todo el mal que hice, lo he pagado. Quiero morir en paz.

También fue su abuela Carlota, con sus recursos de tabernera, quien le había llevado a la gitana. «Mejor vivir odiando que morir de tristeza. Necesitamos algún mal de ojo, maleficio, de esas cosas que hacéis vosotras para que mi nieta tenga ganas de vivir». «Mi *arma*, no vos preocupéis, que arreglamos el daño que le hayan hecho a la chiquilla; quien sea lo va a pagar *jarto*. Pero solo se puede equiparar el mal recibido, el ojo por el ojo; más de eso es peligroso. La venganza siempre trae consecuencias», les había asegurado la gitana. A pesar de las advertencias, Renata quiso arrancarle el corazón, destrozarle la vida, y eligió un poderoso maleficio que había llevado a la tumba a las esposas y a los descendientes del hombre que estaba frente a ella, y que a la vez la había consumido dejándola al borde de la extinción.

—No podías echarme en cara que me casara, tú también te casaste.

—¡Tenía que darle un padre al hijo que me hiciste! —La palidez de Renata se tornó escarlata por unos instantes, avivando su rostro marchito.

Ayamonte clavó las uñas en el respaldo de la butaca.

—¿Un hijo?! ¿Por qué no me lo dijiste? Me habría hecho cargo.

La mujer suspiró, cansada por el esfuerzo de la conversación.

—No era eso lo que quería. Ingenua de mí, quería que volvieras a mí

porque me amabas, no porque te había dado un hijo. Ahora da igual. He hecho lo que he podido por él. Se llama Lorenzo, tiene diecinueve años y se pasa el día entre naipes y licor.

Renata tomó el vaso que reposaba sobre la mesilla y dio un sorbo.

Ayamonte se atrevió a preguntar:

—¿Sigo maldito?

—Creo que no. Hace unos meses la gitana deshizo la maldición; me costó encontrarla, mis criados buscaron hasta debajo de las piedras, pero dieron con ella, y me aseguró que mi venganza no te alcanzaría más, y para estar cierta de que así sea estoy dispuesta a un sacrificio que enmienda el mal hecho. Hoy voy a liberarte de mi odio y tú vas a cumplir tu promesa.

Selva entró sin llamar y avanzó hasta su madre sintiendo la mirada penetrante del hombre alto y apuesto que acompañaba a doña Renata. Su madre sonrió complacida.

—Mi hija Selva.

—Mucho gusto, señorita —dijo él tomándole la mano y besándola con delicadeza.

—El señor Ayamonte ha pedido tu mano en matrimonio y yo se la he concedido. —Y antes de darle tiempo a oponerse, añadió—: Es mi último deseo antes de morir.

Selva abrió muchos los ojos, incrédula; alternaba la mirada de su madre al señor elegante y vuelta a su madre. ¿Casarla? Si tenía dieciséis años. Ninguna de sus amigas se había casado aún, aunque ya recibían visitas de pretendientes, cosa que en su casa no había sucedido antes. Claro que soñaba con casarse algún día, pero así de pronto y con un total desconocido, no.

—Selva, sal un momento y espera a que te llame. Necesito ultimar los detalles del enlace con el señor Ayamonte. Puedes ir a ver si han llegado el padre Evaristo y don Gervasio.

Selva se tragó todas las preguntas que tenía. Aunque hubiese querido, no le salía la voz; estaba asustada, incrédula, irritada y superada por la situación, y en sus oídos retumbaba poderoso el eco de las palabras de su madre: «Es mi último deseo antes de morir», «es mi último deseo antes de morir», «es mi último deseo antes de morir»... Bajó los ojos y asintió. Echó un último vistazo al visitante, que no había dejado de mirar a su madre sin parpadear, y salió igual de silenciosa que había entrado. Pero en vez de ir a buscar al cura

y al abogado de la familia, corrió a su alcoba, se tiró sobre la cama y lloró con pesadumbre, ahogando los gritos contra la almohada.

—No estás enferma, estás rematadamente loca, has perdido la razón. No pienso casarme con tu hija. —A pesar de lo mucho que se parecía Selva a la Renata de sus recuerdos, cuando aún era una joven inocente y dichosa.

Después de la muerte de su última mujer, a Ayamonte la culpa le había cerrado el corazón para siempre. Renata había conseguido lo que ansiaba: aniquilar su capacidad de amar. Por temor a las consecuencias de su maldición, él le había sido fiel desde entonces, y no iba a ceder ahora, incluso si le aseguraba que el maleficio había sido deshecho.

—¿Por qué no? Es hermosa, joven, inocente y ha sido educada para ser una gran esposa; mi padre la crio.

—No.

«Se parece demasiado a ti», pensó Ayamonte. Además, no se creía que fuera a mostrarse tan sumisa como parecía. Recordaba bien a Sandalio Linares; seguro que había criado a Selva como en su día hizo con Renata, con espíritu libre e independiente, a lomos de su caballo galopando sin tener que rendirle cuentas a nadie. Y era una Linares. Estaba seguro de que Selva, al igual que su abuelo y que su madre, tenía un carácter fuerte e indómito, y una capacidad de amar y de odiar que la hacía sumamente peligrosa para su maltrecha existencia.

—Me lo debes. Por una vez, demuestra que no eres un cobarde. Vas a cumplir en ella todas las promesas que me hiciste a mí. Es tu última posibilidad de redimirte.

Los ojos negros de Juan Lorenzo se clavaron intensamente en la delgada cara de la mujer. Sí, era un cobarde, y los demás se aprovechaban de su debilidad. Renata no lo había olvidado; sabía cómo manipularle la conciencia, como había hecho su padre cuando acabó con el compromiso y estafó a Sandalio Linares valiéndose de su confianza y se quedó con las tierras. Quería decir que no, negarse a esa locura. ¿Él, casado con la hija de Renata?, definitivamente había perdido la razón. Selva era tan bonita, sus ojos, dulces, y era tan joven... Tendría como mínimo veinte años menos que él. Paseó la mirada por el cuerpo de Renata. Le dio pena cómo los años de odio habían destruido todo lo que era bueno en ella. Era su culpa: él no había hecho nada por salvarla, por enmendar los errores del pasado. Había dejado

que el tiempo sepultara los recuerdos, y ahora que estaba frente a ella, todo volvía de nuevo con vigor. ¿Cómo iba a negarle a su Renata el último deseo? Suspiró hondo. Era lo único que podía hacer por ella. No podía negarse, se lo debía, tenía que cumplir.

Se dejó caer en la butaca junto a la mujer, vencido.

—Me caso con tu hija.

Renata se inclinó hacia él y le aferró la mano.

—La hacienda Madreselva, mi hacienda, va a ser el regalo de bodas que le haces a Selva. Te vas a asegurar de que sea feliz, porque si no, prometo volver desde el más allá para ajustar cuentas.

Ayamonte se estremeció.

Renata suspiró. Vio la debilidad adueñarse de su rostro.

—¡Cuánto te amé, Juan, y cuánto más te he odiado! Estoy agotada, ayúdame a acostarme.

Renata intentó incorporarse, pero le faltaron las fuerzas. Ayamonte la sostuvo entre sus brazos; no pesaba nada, era puro aire. La acomodó con delicadeza sobre los almohadones y la tapó con las mantas. Al sentirla tan cerca, no consiguió reprimir las emociones y se le escaparon las lágrimas.

—Eres un blando. —Renata cerró los ojos.

Él arrimó la butaca a la cabecera de la cama y se sentó a velarle el sueño.

Unas horas después, Juan Lorenzo Ayamonte y Selva Montoya Linares se casaban en la alcoba de su madre, en una sencilla ceremonia oficiada por el cura del pueblo, don Evaristo, y con los criados como únicos asistentes, aparte de la familia. De nada valió que Ernesto Montoya, el padre de Selva, se sacudiera la borrachera para increpar e insultar a su esposa; tampoco que se encerrara con Selva en la biblioteca, con una botella de *brandy*, para convencerla de negarse a la demencia de Renata. Selva aceptó la última voluntad de su madre con entereza, y Ernesto tuvo que ceder y dar su consentimiento. El acta de matrimonio elaborada por el abogado de la familia, don Gervasio, recogía el regalo del novio, la hacienda Madreselva. La familia de Selva aportaba como dote de la novia los caballos guzmanes, últimos de su estirpe, que habían sido el orgullo del abuelo Sandalio. Lorenzo, el hijo bebedor y calavera de Renata, también se plegó al deseo de su madre de viajar con Selva para acompañarla a su nuevo hogar.

Renata, emocionada y liberada, se despidió de su hija:

—Daría la vida que ya no tengo por volver a ver mi hacienda.

Madreselva es un lugar hermoso, fértil; te va a encantar, Selva. Por ella te puse ese nombre, ¿sabes?, y tuve que pelearme con el cura, que decía que no era cristiano. «María Selva», escribió el muy bribón en el libro de bautismos. Serás mis ojos, mi espíritu te acompañará para morar al fin en mi hacienda, y alcanzaré la felicidad al saberte dueña de las tierras que nunca debieron dejar de pertenecer a los Linares. Sé feliz, hija. —Selva se abrazó a su madre por última vez—. Mi niña —susurró Renata en su oído—, venga mi destino. —Y después cerró los ojos y se abandonó a la sensación de levedad que sentía en el corazón, de alivio al fin.

Selva partió sin demora, cumpliendo el último deseo de Renata, junto a su hermano y su recién estrenado marido, al puerto de Cádiz para embarcarse a México.

Monterrey, Alta California, 1836

En la víspera de Santa Eulalia y tras un periplo de diez meses, llegaban a destino.

Sobre la cubierta de la nave, Selva oteaba el paisaje desdibujado por la neblina con ansias e incertidumbre. La travesía había sido interminable: de Cádiz habían viajado hasta Liverpool, donde habían permanecido unos días esperando para cruzar el Atlántico; de allí, a Boston, y tras varias semanas en la ciudad americana se habían embarcado en la fragata *Patriot*, que los iba a conducir a Monterrey. Nunca antes había sentido la joven tanto frío como durante las eternas semanas que transitaron por las aguas heladas del Cabo de Hornos, pero por fin llegaban a destino y podría conocer su nuevo hogar, la hacienda Madreselva.

En la bahía de Monterrey, la brisa se había adormilado con el runrún de las olas, y la niebla densa cubría con su manto etéreo la llegada del *Patriot*.

Hasta Selva arribaban, lejanos, como susurros del viento, los ecos de los lugareños que esperaban el desembarco, alertados por los cañonazos del castillo encaramado a la colina frente al puerto. Su hermano Lorenzo vomitaba la borrachera de la noche anterior, verde y desmadejado sobre la borda. Juan Lorenzo Ayamonte, su marido, vestía uniforme militar y, silencioso, observaba la nada blanca que ocultaba la espléndida bahía. Selva nunca antes lo había visto vistiendo uniforme. No se le había ocurrido preguntarle a qué se dedicaba, había asumido que era hacendado y que el campo, el ganado o la cría de caballos constituían sus negocios. ¿Soldado? Eso no se le había ocurrido. Tampoco es que hubieran hablado mucho durante los meses de travesía. Su marido permanecía apartado de ella durante el día y, por la noche, dormía en otra cabina. Era cortés, educado, se aseguraba de que estuviese bien, pero, salvo esos pequeños comentarios, no habían mantenido una conversación. Incluso podía asegurar que la esquivaba.

Durante el viaje, Selva lo había esperado cada noche preparada para cumplir como esposa, sin embargo, él solo había entrado en su cabina una noche al comienzo del viaje. Había sentido su aliento alcohólico cerca del

rostro; Juan Lorenzo comprobaba si dormía. Después él se había sentado en el borde del estrecho lecho; ella escuchaba su pesada respiración con las ansias contenidas. Se había quedado muy quieta, nerviosa y anhelante a un tiempo. Su madre no había tenido ocasión antes de partir de explicarle lo que sucedía entre un hombre y una mujer, y a ella, hasta ese momento, no le había interesado demasiado entender las conversaciones cazadas al vuelo de las sirvientas sobre lo que hacían en la intimidad. Juan Lorenzo empezó a acariciarla despacio desde los tobillos, subiendo la mano callosa por la pierna. Se detuvo en la rodilla un instante y siguió subiendo, y cuando llegó a la zona cálida, suspiró:

—Renata.

—Soy Selva —lo había corregido ella.

Su marido había retirado la mano como si le quemase y había salido del camarote ruidosamente, chocándose contra la puerta y maldiciendo por lo bajo. Nunca más había entrado, ni de día, ni de noche. Ella había seguido esperándolo. Se preparaba para él, acicalándose y vistiendo sus camiones más finos, y aunque los primeros días temía que apareciese y se sentía aliviada de que no fuese a verla, según pasaban las semanas y los meses, el alivio se fue convirtiendo en impaciencia, primero, luego en preocupación — su esposo no la deseaba— y, finalmente, en tristeza. Se preguntaba si la culpa era suya, que no sabía cómo atraerlo.

Sus pensamientos y dudas subían y bajaban como las olas del mar, en un balanceo infinito. Había días en que no le importaba la indiferencia de Juan Lorenzo y se dedicaba al cuidado de sus caballos y a curiosear por la nave; perseguía al capitán y a los marineros observando las maniobras diarias y los acribillaba a preguntas. Se decía que aún no se conocían bien y que el amor necesitaba tiempo. Otras veces, sin embargo, le escocía su distancia, pues a pesar de la diferencia de edad, Selva encontraba muy apuesto y varonil a su marido.

Su hermano Lorenzo había entretenido las horas en tierra y en mar durmiendo de día y, por las noches, jugando a las cartas con la tripulación o con gente de dudosa reputación en las tabernas de los puertos donde habían hecho escala. Había perdido todo el dinero que le entregó su padre, Ernesto Montoya, antes de partir y después había apostado hasta las calzas, y cuando ya no tenía nada que apostar, se había jugado las pertenencias de Selva. Juan Lorenzo había tenido que intervenir cuando un tosco marinero había entrado a su camarote para hacerse con la ganancia. Por poco tiraron a su hermano

por la borda por no poder pagar la deuda. Juan Lorenzo le había prestado algo de dinero, pero no le había durado mucho y lo había perdido igual de rápido que el resto. Las últimas semanas de travesía, los marineros sabían que no tenía nada que valiese la pena apostar, así que no le permitían jugar, y Lorenzo se distraía cada noche bebiendo hasta perder la conciencia. Algunas veces Juan Lorenzo bebía con él, y Selva se sorprendía escuchando sus risotadas en el camarote de al lado. Los dos la dejaban sola. Cuando Selva se lo recriminaba a su hermano al día siguiente, él siempre se disculpaba con ella, le ponía el brazo alrededor de los hombros y le aseguraba que iba a ser la última vez. Selva no sabía qué iba a hacer con él, y su esposo no contribuía a su mejoría: lo alentaba acompañándolo en sus borracheras.

La joven acababa de subir de alimentar y cepillar a sus caballos, que habían resistido la travesía haciendo honor a la fortaleza que caracterizaba a su raza. Se asomó por la amura de babor y luego por estribor, pero la bruma era tan espesa que apenas se distinguía el fluir del agua bajo el maderamen de la nave, mucho menos la tierra que el capitán del *Patriot* aseguraba que estaba a poca distancia. El mejor puerto de la zona, había comentado. La tripulación llevaba a cabo las maniobras de atraque mientras los pasajeros esperaban en cubierta para el desembarco.

—No se ve nada, es como estar dentro de las nubes.

«O en un sueño», pensó Selva.

—En esta época del año siempre hay mucha niebla en la bahía; hacia el interior la temperatura es más cálida y no hay bruma —le explicó Ayamonte.

Cuando, una hora después, la joven pisó el entarimado del muelle, sintió una extraña excitación. Esa tierra era su nuevo hogar.

Ayamonte caminaba un paso por delante de ellos y Selva se apoyaba en el brazo de Lorenzo, a quien la brisa húmeda de las nubes bajas parecía estar sentando bien: lucía un semblante más sonrosado.

Rostros borrosos por la neblina se acercaban a ellos y a otras personas que desembarcaban en ese momento, les daban la bienvenida y preguntaban por la travesía. Ávidos de noticias, los pobladores de Monterrey inquirían por lo que estaba sucediendo en el resto del mundo conocido a los cansados viajeros y se pasaban de unos a otros los boletines atrasados de *El Telégrafo*, el periódico oficial del gobierno de los Estados Unidos Mexicanos.

Las matronas californias, contentas de ponerse al día de las tendencias en moda a través de las revistas para «damas» llegadas a la capital de la República meses atrás desde la vieja Europa, parloteaban en corrillos y reían

entusiasmadas comentando los modelos de *El Correo de las Damas* o de *El Recreo Semanal del Bello Sexo*. Escuchó varias veces que saludaban al capitán Ayamonte, pero este no se paró a presentarles, ni a ella ni a su hermano, a ninguno de los lugareños que recibían con algarabía la llegada del barco.

La banda de música se oía cercana, entonando alegres canciones que era la primera vez que Selva escuchaba pero que le aceleraban el pulso, y tenía que contener las ganas de bailar aferrándose al brazo de su hermano.

Un presentimiento le subió por la espalda erizándole la piel: estaba hecha para esa tierra. Su madre tenía razón, los Linares estaban hechos para esa tierra. Lo supo inmediatamente, algo flotaba en el ambiente iluminándole la intuición: sabía que sería feliz, sabía que se cumpliría la última voluntad de su madre. La hacienda Madreselva sería su hogar y en ella vería crecer a sus hijos, como siempre deseó Renata que sucediese.

Ella satisfaría los deseos de su madre.

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en ella, ¿habría fallecido? Le dolía no haber estado allí en sus últimas horas, pero Renata lo había preferido así. Durante la travesía, en la soledad nocturna de su estrecho cuarto, había sentido su presencia varias veces; la piel se le erizaba y le parecía escuchar una respiración agitada y el frufú de un vestido. Saberla cerca le generaba un temor extraño, como si presintiera que su alma vagaba sin descanso, o tal vez solo velaba por que se cumpliera su última voluntad.

Una escolta de soldados y un criado, a quien Juan Lorenzo saludó afablemente como Benito, los estaban esperando. Benito se hizo cargo del equipaje y después aguardó a que desembarcaran los caballos. Los soldados se cuadraron frente a Juan Lorenzo y le dieron la bienvenida dirigiéndose a él como capitán Ayamonte. Uno de ellos se acercó a Selva y le dedicó una pequeña reverencia.

—Jorge Márquez, a sus pies.

A su esposo no pareció gustarle demasiado el gesto, porque cortó en seco la presentación antes de que ella pudiera responder al saludo.

—Ya habrá tiempo de presentaciones más tarde —dijo tendiéndole la mano para ayudarla a subir a la carreta.

Sin embargo, ella prefirió montar a caballo y, ante el asombro de su esposo y sus acompañantes, no esperó a que lo ensillaran; se encaramó a la carreta para auparse y, ágilmente, se subió a horcajadas a la grupa de un hermoso bayo, arremangándose la falda y enseñando parte de las piernas,

enfundadas en medias blancas, y los botines. Ayamonte la secundó en su caballo una vez que Benito lo hubo ensillado.

Lorenzo dijo que se sentía demasiado cansado para manejar un caballo que llevaba varias semanas sin ejercitarse, desde que partieron del puerto de San Blas, última escala de la interminable ruta marítima, y que prefería acompañar a Benito en la carreta. El criado ató en la parte de atrás al resto de caballos.

Cuando todo estuvo listo, emprendieron la marcha. Abandonaron el pueblo despacio, atravesando el barullo de sus calles terrosas; la llegada del barco se había difundido rápidamente y todos los vecinos habían salido de sus casas.

—¿Al presidio, don Juan? —preguntó Benito.

—No, pasaremos primero a ver al padre Amador.

Selva se sentía aún un poco cohibida con su esposo, pero no pudo evitar expresar su deseo:

—Quisiera llegar a mi hacienda lo antes posible.

Como única respuesta, Ayamonte apretó los estribos y, con un rugido, puso a su caballo a galope tendido. Selva no se amilanó y salió detrás de él. La emoción le encendió la sangre y el viento zarandó su cabello, soltando el rodete que le coronaba la cabeza. Se sentía plena. ¡No había duda, estaba hecha para esa tierra!

El padre Amador hizo sonar las campanas de la pequeña capilla contigua a la casa grande llamando al rezo del Alabado.

Luzmita, la vieja criada, salió al porche y observó la línea brumosa del horizonte. Musitó la oración con la que daba comienzo la jornada en la misión «con la gracia de Dios». Los ecos lejanos de los cañones del castillo de Monterrey habían anunciado la llegada de un barco. ¿Llegaría Juan Lorenzo en él?, se preguntó.

Desde que Ayamonte se fue, tras recibir la carta de Renata, Luzmita había estado muy intranquila. Quería saber qué había pasado, si había llegado a tiempo, si habían solucionado las cuitas del pasado. Aún permaneció unos instantes observando el camino real, que serpenteaba a lo lejos entre matorrales de mostaza. Solo el piar de las aves colmaba de trinos la quietud del camino de tierra. Sus ojos apenas parpadeaban tratando de captar el más leve movimiento del horizonte. A su alrededor, santiguados y bendecidos por

el fraile, cada cual se daba a su tarea. A Luzmita la esperaba la cocina; tenía tanto por preparar..., pero antes quiso depositar su inquietud en lugar seguro.

Cruzó la galería porticada de arcos redondos y salió a la plaza; arrastró las zapatillas gastadas a través de la tierra recién rastrillada y se sumergió en el mundo de aromas del espléndido jardín que bordeaba la plaza frente a la casa de la misión, y que bajaba escalonadamente formando terrazas de verdor hasta las huertas.

Miró en derredor buscando una ofrenda digna de la petición que debía solicitar. Eligió una orquídea, una rosa recién brotada, un crisantemo y un lirio, todos de color blanco; blanco como el maíz nuevo, símbolo de pureza, del hálito divino; blanco como la esencia del aire al entrar en el mundo, símbolo de equilibrio; blanco como el color de la sabiduría de Dios, como la magia de los dioses de sus ancestros y como ella: *la blanca*.

Sujetó las flores con delicadeza sobre su pecho, echó un último vistazo al oeste y se encaminó hacia la puerta principal. Entró en la casa y se dirigió a su cuarto, contiguo a sus dominios de cacharros, cerámicas y especias.

Era su alcoba una pequeña habitación con una ventana enrejada decorada con macetas de claveles encarnados. Debajo del alféizar yacía un camastro estrecho donde descansar los huesos; en el lateral izquierdo, un armario, y al lado de la puerta, en el derecho, una pequeña mesa rectangular. Sobre ella velaba el espacio una talla de la Virgen de Guadalupe; también había un rosario de cuentas de marfil y dos velas de sebo a medio consumir. Calentando el entarimado de madera del suelo, una alfombra tejida por ella misma en tonos ocres donde resaltaban las flores de la plumería, blancas y amarillas, y a juego con las cortinillas tejidas que evitaban la entrada de mosquitos en los meses de verano.

Con sumo cuidado, colocó las flores a los pies de la Virgen y arrodilló su pesadumbre frente a ella. Las arrugas de su frente ancha acompañaban los susurros de los labios estrechos. La nariz aguileña se fruncía en lo alto marcando la línea vertical perpetua del entrecejo, custodiado por unas cejas anchas y canosas, ahora más despobladas que en su juventud. Recogida en oración, con la cabeza caída sobre las manos unidas, permaneció largo rato. Después, alzó los ojos a la imagen y adelantó ambas manos hacia la estatuilla, sosteniéndose en ella. Con la mano derecha acarició el manto tallado que caía por detrás, desde la cabeza hasta los pies de la Virgen. Sus dedos arrugados localizaron la muesca, apretó con una uña y la estatuilla se abrió en dos, mostrando las entrañas de madera.

En el interior, oculta al desgaste del tiempo, había otra imagen más pequeña: dos mujeres sentadas, una contra la otra compartiendo espalda. Una de ellas, joven, con ropaje azul que no le cubría los pechos desnudos, tenía a sus pies un conejo blanco; sobre su regazo y en sus manos sostenía el tejido de la vida brotando de un telar de cintura, y adornando su cabeza, una flor de loto.

Era Ixchel. La diosa de la luna creciente, de la fecundidad de la tierra y la mujer, de los partos, de las mareas y las aguas internas: la diosa madre, la diosa blanca.

El otro lado de la estatua era otra mujer, anciana. Coronándole la cabeza tenía una serpiente enrollada, signo del saber oculto; vestía una falda decorada con huesos humanos en forma de cruces, símbolo de la muerte; en sus manos, un cántaro de agua derramándose sobre el mundo. Era la diosa de la luna menguante, de las tormentas, de las inundaciones, de la calamidad, de la maternidad furiosa convertida en odio y devastación.

Ellas eran las dos caras de la luna, el latido de las mareas, el ciclo de la vida: la concepción y la destrucción.

La figurilla de madera pintada era la única herencia de su familia. Había pasado de madre a hija, de generación en generación, desde tiempo inmemorial hasta llegar a Luzmita. Solo trescientos treinta años antes, cuando los hombres barbados al mando del capitán Hernán Cortés arribaron a las costas de su isla natal, Cuzamil, santuario de la diosa, tomaron posesión de las tierras en nombre del rey de Castilla, Carlos I, y de su madre, la reina Juana, y con el madero para espantar demonios, el *Vamonché*, las evangelizaron, quedó la estatuilla oculta en el virginal seno de María. Meses antes, la expedición de Juan de Grijalba había bautizado la isla como Santa Cruz y había despertado el interés del gran conquistador.

Luzmita era la memoria de su pueblo. Se acordaba vívidamente de las historias que le había contado su madre sobre la fiesta en honor a la divinidad de la luna que cada año celebraban sus ancestros; incluso, si apretaba con fuerza los ojos, podía intuir en la penumbra de la memoria las imágenes generadas por la narración de su progenitora: danzas, cánticos y música de caracolas.

Antes de la evangelización de Cuzamil, la isla atraía a cientos de peregrinas, mujeres jóvenes, embarazadas, madres e hijas, parteras y hechiceras para pedirle a la diosa por los frutos de la feminidad. También los hombres llegaban en canoas y colocaban ofrendas en el templo de Ixchel para

obtener pesca abundante y ricas cosechas.

Cuando Luzmita era niña, una vez al año, su madre rescataba a la diosa Ixchel del seno de María y juntas la adoraban en una de las muchas cuevas que ocultaban los acantilados de su isla natal. Pero eso había sido hacía muchísimo tiempo. Muy joven, su padre la había entregado a un comerciante criollo que se la llevó al norte de la Nueva España; como único equipaje llevaba la estatuilla de la Virgen. Nunca más había vuelto a Cuzamil.

En el pasado, Luzmita había invocado a la diosa maya para calmar el dolor de la joven y evitar que su odio alentara el lado destructivo de Ixchel. La diosa joven había protegido a su *Yunuen*, había permitido que no sucumbiera a la maldición como el resto. Ahora, Luzmita presentía que se avecinaba una terrible tormenta. La vieja derramaría el cántaro y podría arrasarlo todo en una marea incontenible. Esta vez a la diosa no le bastaría con ofrendas florales, tampoco con los alimentos que preparaba especialmente para ella. En esta ocasión requeriría un sacrificio mayor para alterar el ciclo. Aún faltaban algunos días para la luna llena; debía preparar el ritual. Volvió a ocultar la figurilla en el interior de la Virgen y salió del cuarto en dirección a la cocina.

Juan Lorenzo no había disminuido la marcha hasta alcanzar la cima de la colina donde se encaramaba la casa principal de la misión. Selva llegó tras él instantes después y se quedó maravillada con la vista. Pastos jugosos donde pacían miles de vacas; campos de vides salvajes con jugosas uvas crecían naturalmente en el valle; cultivos y huertas que abastecían la casa y se vendían al presidio, a los pueblos cercanos y a los barcos mercantes que periódicamente anclaban en la bahía. Corrales y cercados con caballos, caballerizas, talleres, molino, almazara, presa para producir vino, almacenes de aperos y hasta una pequeña iglesia con dos campanarios. Las tierras se extendían desde el camino real hasta la costa. Y desde el patio central —plaza mayor, la llamaban—, se divisaba toda la extensión de esas fértiles tierras.

Selva sintió un vuelco en el corazón. No se había imaginado tanta belleza. Cerró los ojos y elevó el rostro hacia el cielo. Se dejó embargar por los aromas a flores silvestres y tierra mojada; la brisa hacía bailar su cabello al ritmo de los trinos de las aves que revoloteaban entre los árboles.

En el centro del patio, una fuente con base heptagonal bañada de azulejos de vivos colores alegraba con su gorgoteo la llegada. Días más tarde,

la joven descubriría el río que atravesaba el valle, oculto tras inmensas y majestuosas secuoyas, alcornoques, pinos, castaños y robles centenarios, y también varias lagunas llenas de gansos y patos, en lo que llamaban las marismas. Al fondo, el cielo y el océano se fundían en un mismo azul. A Selva le pareció estar en el paraíso.

—Es precioso —suspiró.

—Sí, son las mejores tierras de los alrededores —contestó Ayamonte.

Selva desmontó y se acercó al extremo de la plaza que se abría al verde y ondulante infinito, y permaneció observando el valle, acariciando con los ojos la hierba alta, las ramas de los árboles, las hojas de los arbustos espinosos, los tejados de cerámica roja, las paredes blancas. Su abuelo Sandalio y también su madre le habían hablado cientos de veces de la hacienda, pero lo que vio ese día superaba con mucho su imaginación. Al igual que su madre, ella también haría cualquier cosa por ser dueña de ese paraíso, y nada ni nadie podría competir en su afecto por aquel lugar.

Luzmita salió al patio al escuchar los cascos y relinchos de los caballos.

Selva se giró al oír un grito a su espalda.

—¡*Nahil!*

Una señora pequeña y huesuda, pelo cano recogido en un moño, falda de pretina confeccionada con paño negro y cubierta por un delantal blanco y una especie de camisa de algodón, también blanca y con bordados de flores de colores, se asomaba a la galería porticada que cubría de sombras la entrada de la casa principal y el porche delantero.

—¡*Nahil!*, me tenías muy preocupada. Espero que haya ido todo bien —dijo acercándose a Juan Lorenzo y tomándole las manos.

—Luzmita. —Él la estrechó contra su pecho y Selva escuchó que le susurraba al oído—: Tenemos que hablar.

La joven se acercó a ellos.

—Esta es Luzmita; será tu compañía, puedes confiar en ella. Selva es la hija de Renata —las presentó.

—¿La hija de Renata?! —preguntó, y la joven vio cómo entrecerraba los párpados, incrédula—. Entonces llegaste a tiempo.

—Sí, llegué a tiempo.

Luzmita fijó en Selva sus ojos pequeños y amarillos de pitonisa maya. Luego tomó su mano y paseó sus dedos torcidos y ásperos por el dorso y la palma. Volvió a mirarle el rostro y dijo:

—*Nuscaa.*

—¿*Nuscaa*? ¿Qué quiere decir?

—Luzmita te acaba de bautizar, y es un gran honor, porque solo a las personas a las que más aprecia les da un nombre maya.

En ese momento alcanzaron el patio Benito y Lorenzo, en la carreta, y los soldados de escolta. Lorenzo, a quien el paseo había sentado bien, saltó del pescante y se acercó a su hermana.

Luzmita abrió mucho los ojos al verlo. Con la mano derecha se cubrió la boca, demasiado tarde para ocultar un grito seco y ahogado en la garganta. Con la otra mano se apoyó en el brazo uniformado de Ayamonte. Solo un instante desvió la mirada del rostro de Lorenzo, buscando los ojos oscuros del hombre que le servía de sostén en ese momento; se la veía muy turbada. Luego volvió a estudiar el rostro de ese muchacho que, parado frente a ella, intentaba disimular la perplejidad por su reacción.

Selva tampoco entendía lo que le pasaba a la pequeña y huesuda mujer.

—Lorenzo es el hijo mayor de Renata —le explicó Ayamonte.

Luzmita asintió, intuyendo que ellos no lo sabían.

—Van a quedarse aquí.

—Le recuerdo que la hacienda es de mi familia, no necesitamos el permiso de nadie.

Juan Lorenzo la observó brevemente, muy serio, y antes de que pudiera emitir algún comentario, oyeron los cascos de un caballo aproximándose.

—Allá está Renzo —señaló Ayamonte.

Selva lo observó con atención. Era joven, tal vez unos años mayor que ella, calculó. Sus brazos fibrosos y tostados por el sol se tensaban al cabalgar; los músculos se marcaban bajo la camisa blanca. Sus ojos oscuros brillaban bajo el ala del sombrero. Selva contuvo una exclamación al darse cuenta de que montaba sin silla, con los dedos entrelazados a las crines del caballo. El hombre mestizo desmontó y saludó al capitán Ayamonte con un apretón de manos.

—Renzo Romo, el capataz, se encarga de los caballos; es el mejor vaquero de la región. Ellos son Selva y Lorenzo —los presentó escuetamente.

—*Nuscaa* —le recordó Luzmita.

—Nuestra vieja Luzmita ya la ha rebautizado —sonrió el soldado.

Selva escuchó que el hombre musitaba para sí: «Tierra nueva», y fijaba en ella sus ojos negros, provocándole nervios en el estómago. Tras lo cual se tocó el sombrero a modo de saludo y después, sin prestarles más atención ni pronunciar una sola palabra, se acercó a acariciar a los caballos, que se

agitaban nerviosos, atados aún a la parte trasera de la carreta. La joven lo escuchó susurrar: su voz, suave y ronca a un tiempo, acompañaba las caricias sobre el lomo de los caballos; la conmovió su ternura y un escalofrío le recorrió la espalda. Renzo desató las cuerdas que sujetaban el cuello de los animales a la carreta y tiró de ellas para llevarlos a los establos. Selva le cortó el paso y se echó las manos a la cintura.

—Espere un momento. Mis caballos son muy valiosos; quiero asegurarme de que sabe lo que hace.

Renzo la observó desde su altura. Selva permanecía firme a escasa distancia de él. Percibió el olor de su piel, una mezcla de sudor y hierba mojada. Él la contemplaba a su vez y parecía gustarle lo que veía, porque una ligera mueca de apreciación se marcó en su rostro moreno. Selva le sostuvo la mirada, pero él, lentamente, alzó la vista buscando al capitán Ayamonte.

Juan Lorenzo asintió y Renzo volvió a contemplarla mientras ella esperaba alguna reacción por su parte.

—Como guste, señorita.

—Señora —lo corrigió Selva. El vaquero entornó los ojos midiendo su afirmación, como si lo que acababa de decir fuera algo insólito, pero no le preguntó. Echó a andar hacia las caballerizas a grandes zancadas; Selva se sujetó el vestido y salió corriendo detrás de él.

Lorenzo anunció que iba a dar un paseo por el jardín y se alejó silbando.

Luzmita agarró a Juan Lorenzo por el brazo y atrajo su mirada, que se había quedado fija en Renzo y Selva.

—¿Qué está pasando, *m'hijo*? Ese muchacho es tu viva imagen.

—Lo es. Sé lo que está pensando; le explico todo más tarde. No se preocupe, tengo un plan. Voy a buscar al padre Amador.

—Así que un plan. Ya sé yo cómo terminan esos planes —dijo la criada maya para sí, y chasqueó la lengua mientras veía alejarse al capitán Ayamonte a grandes trancos.

3

El padre Amador intentaba sofocar el enfado que le provocaba su interlocutor.

—Este inventario está mal, muy mal. Faltan varios miles de cabezas de ganado, decenas de caballos... Ni un solo dato coincide con la realidad, mire los libros de registro. ¿De dónde ha sacado semejantes números?

El administrador encargado de llevar a cabo el inventario para la secularización de la misión intentó defenderse, pero el padre Amador lo cortó en seco:

—Hoy mismo aclararé este asunto con el gobernador. Ni piense que le voy a permitir que les robe a mis indios ni un solo puñado de tierra. Me voy a quejar si hace falta ante el mismísimo presidente de la República. ¡Esto no va a quedar así!

El capitán Ayamonte se topó en la puerta con el administrador, que salía espantado por las amenazas del fraile.

—¡Capitán Ayamonte!, en buena hora llegas —dijo dejándose caer en una silla.

—¿Problemas?

—Todos los que te puedas imaginar, y alguno más. La situación no puede ser más inestable —bufó el fraile, y se secó el sudor de la frente con la manga gastada del hábito—. Siéntate, debes de estar cansado del viaje.

Juan Lorenzo se desató el cinto de donde colgaba la espada y lo dejó sobre la mesa junto con su pistola; después tomó asiento frente al padre Amador.

—Gracias por enviar a Benito con la carreta a esperarnos.

—De nada, hijo, es poco comparado con la ayuda que siempre has prestado a la misión.

—¿Y qué hubo, padre? Cuénteme.

—En tu ausencia, el gobernador Figueroa ha muerto, para ser exacto, el 29 de septiembre del año pasado. Corren rumores de que fue envenenado...; en fin, sus restos fueron llevados a Santa Bárbara, como fue su voluntad, y enterrados en la cripta de la misión.

—Vaya, esa sí que es una novedad importante.

—Ha sido reemplazado interinamente por el coronel Nicolás Gutiérrez hasta que se nombre nuevo gobernador, pero nuestra gente de razón no está contenta, claro, nunca lo están con quien intenta poner coto a sus ambiciones, y le están poniendo todo tipo de trabas. Pero lo que más me preocupa es que la secularización está en marcha de nuevo y esta vez parece imparable. Gutiérrez me ha mandado un ladrón para que haga inventario y administre nuestros bienes antes del reparto de tierras definitivo. El muy sinvergüenza ya está manipulando los números para apropiarse de los bienes custodiados por la misión.

—Hablaré con el gobernador, a ver qué puedo hacer para aliviarlo.

—Gracias. Disculpa que te acribille con los problemas de la misión; estás recién llegado y querrás tomarte unos días de descanso antes de reincorporarte.

—Aún no he pasado por el presidio, y según lo que me está contando, cuanto antes me incorpore a mi puesto, mejor. Debo decirle que vengo a añadirle un par de problemas más.

—Ay, hijo, lo que faltaba. A ver, cuéntame.

—Verá, padre, estoy en una tesitura complicada y necesito que me ayude.

Juan Lorenzo Ayamonte le narró al padre Amador la situación en la que se encontraba y le describió el plan que había trazado para solucionarla.

—Pues vaya lío en el que te has metido. ¿Estás seguro de que esa es la mejor solución?

—Sí, padre, no hay otra.

—Bueno, ya sabes que puedes contar conmigo, aunque creo que sería mejor explicarles tus razones; seguro que entienden.

—No, padre, no deben saber nada. Tiene que prometerme que hará las cosas a mi modo.

—Está bien. Siempre has dado muestras de ser un hombre cabal. Aunque me parece una idea descabellada, la verdad sea dicha, ya sabes que por mí pueden quedarse el tiempo que estimes oportuno, pero en cuanto se enteren, van a montar en cólera. ¿Qué vas a hacer entonces?

Juan Lorenzo no contestó inmediatamente.

—Luzmita se encargará.

—Bueno, hijo, lo que esté en mi mano para ayudarte cuenta con ello. Ya me avisarás cuando todo esté listo para proceder. Dime ahora cómo ha ido el viaje.

Después de asegurarse de que sus caballos estuvieran bien dispuestos en las caballerizas, Selva quiso visitar la hacienda. Cuanto antes se familiarizara con ella, antes podría involucrarse en su manejo. Aún no sabía a qué se dedicaban las damas mexicanas, pero no pensaba que se diferenciaban demasiado de las españolas, ya que las tradiciones no podían haber cambiado mucho desde la independencia. Ella nunca había tenido madera de dama; a su madre no parecía haberle importado, aunque eran pocas las cosas que interesaban a Renata, y a su abuelo Sandalio le hacían gracia sus maneras asilvestradas y su espíritu aventurero, pues desde que Selva nació, los caballos y el campo habían sido su mundo, lejos de la formalidad de la ciudad.

Vivían alejados del bullicio social en el cortijo que había construido su abuelo al volver a La Carlota, en tierras cordobesas, y solo recibían como visitas a los compradores para los caballos después de la crianza, y en contadas ocasiones organizaban alguna velada en casa. Pocas veces asistían a eventos sociales, aunque le encantaba acompañar a su abuelo a las ferias para adquirir nuevos caballos. Decididamente, no poseía madera de dama; esperaba no tener problemas con su marido. No sabía aún qué tipo de hombre era, pero confiaba en que no quisiese tenerla todo el día en labores domésticas o criando hijos, aunque eso último parecía no entrar en sus planes inmediatos, porque aún no le había hecho ni una caricia.

Renzo la observaba. Su voz la sacó de sus pensamientos.

—Si no me necesita, tengo que volver a mis labores. —Se tocó el sombrero y, sin aguardar respuesta, se dio la vuelta y salió de los establos dejándola con la boca abierta a punto de hablar.

Selva caminó tras él.

—Espere un momento.

Renzo se paró, pero no se giró hacia ella; Selva volvió a situarse frente a él con las manos a la cintura.

—Dejemos las cosas claras desde el principio. No vuelva a dejarme con la palabra en la boca, es de muy mala educación. Tiene que esperar mi dispensa para retirarse.

Renzo se cruzó de brazos y la miró con el ceño fruncido. Selva percibió cómo se le tensaban los músculos de los antebrazos, morenos y fibrosos. Se aclaró la garganta y desvió la mirada.

—Bien, hecha dicha aclaración, quiero que me lleve a visitar las tierras.

—Tengo cosas que hacer, señorita. No estoy aquí para servirle de entretenimiento.

—Señora —lo corrigió—, ¿o no me escuchó la primera vez?

—¿Señora?

—Sí, señora de Ayamonte.

—¿De qué Ayamonte?

—Desde luego, usted es más bruto de lo que aparenta. Del capitán Ayamonte.

—¿Del capitán Ayamonte?!

Renzo movió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Además de bruto, sordo. Sí, del capitán Ayamonte. No colme mi paciencia. Lléveme a visitar la hacienda. Si no, hablaré con mi esposo para que prescindiera de sus servicios.

El vaquero ni siquiera se molestó en contestarle. La apartó con el brazo y se subió al caballo. Desde su montura se volvió hacia ella para echarle un último vistazo. Selva sintió su mirada paseándose por su elegante vestido del color del cielo, por su pelo, que resplandecía suelto y caía en una coleta a la espalda. Ella también lo observaba fijamente y había bajado los brazos sin darse cuenta. La estaba mirando concentrado. Eso era que se plegaba a sus deseos, como debía ser, pensó. Se acercó a él resuelta y colocó la mano sobre su pierna.

—Hágame un hueco. —Renzo se echó hacia atrás sin rechistar—. Ahora, deme la mano. —Sin voluntad, el vaquero agarró con su mano fuerte y callosa la delicada y blanca que le tendía Selva, y de un impulso poderoso la sentó frente a él en la montura—. Vamos —ordenó la joven, y Renzo arrancó el caballo al paso.

Sentirla contra su cuerpo lo estaba poniendo de muy mal humor; además, se movía sin parar. Ni siquiera sabía cómo había terminado allí subida. Reflexionó un momento, pero era difícil pensar, aturdido como estaba por la fragancia que exhalaba la piel de la mujer. Se había sentido traspasado por el resplandor y la determinación de su mirada. Era bonita la condenada, con el pelo de trigo y los ojos como las aceitunas del olivar. Primero lo había hecho enfadar, ¿quién se creía la mocosa?, ¿su patrona acaso? Española altanera. Había tenido que hacer un esfuerzo enorme por contener una carcajada cuando le había dicho que el capitán lo iba a despedir si no atendía sus

caprichos. Le habían entrado unas ganas animales de ponérsela en las rodillas y darle una buena azotaina para bajarle los humos, pero también de agarrarla por los brazos y besarla hasta dejarla sin aliento. Bufó, exasperado consigo mismo. La chiquilla tenía ínfulas, española tenía que ser. Su instinto no lo había engañado, nada más verla lo había sabido: esa mujer con el cabello como el mismísimo Kin y aroma a primavera le iba a traer problemas. Tendría que hablar con el padrecito lo antes posible para que se la quitase de encima.

Y sus senos. ¡Eso había sido! Cuando le puso la mano en la pierna, sintió derretirse algo dentro de su pecho. Desde su altura, era imposible no mirarle el escote; sus pechos bajaban y subían acompasados a su respiración. ¡Qué pendejo! Se había quedado hipnotizado por el movimiento de sus senos.

Sintió un pinchazo de envidia en el corazón. ¡Qué guardado se lo tenía el viejo Ayamonte! Casado, y nada menos que con esa potrilla briosa. El hombre no sabía dónde se había metido. Por lo menos podría desmentir los rumores que corrían sobre que no le gustaban las mujeres; vaya si le gustaban, y bien bonitas, además. Pero esa era peligrosa, lo sentía en las entrañas. Ahí estaba, fresca como la aurora, disfrutando del paseo, y él, como un pendejo, sirviéndole de entretenimiento.

No se había contentado con obligarlo a desatender sus obligaciones en la misión y aturdirlo con su aroma; además, se había sentado a horcajadas delante de él, y el vestido se le arremolinaba por encima de las piernas, dejándole parte a la vista. Y órale, tenía que hacer un esfuerzo enorme para reprimir las ganas de tocarle la piel.

A la joven se la veía encantada con el paseo y con lo que veía a su alrededor, no paraba de hablar y de alabarlo todo. Señalaba entusiasmada cada construcción, adivinando para qué servía, y Renzo asentía con gruñidos o con monosílabos.

—¿Cuánto lleva trabajando para mi marido?

Eso era el colmo. Renzo empezaba a verse superado por la situación. Giró grupas al caballo y puso rumbo a la plaza frente a la casa principal y la iglesia. Ya había tenido bastante con la española. Selva se giró a mirarlo y sus ojos claros le taladraron el alma.

—¿Cuánto hace que trabaja para mi esposo? —insistió.

—Yo no trabajo para su esposo.

—Ah, ¿no? ¿Está de paso, entonces?

—¿De paso? No sé de qué me habla. Yo vivo aquí, en la misión.

—¿Qué misión?

—Es más bruta de lo que aparenta —sonrió sarcástico.

Su hermoso rostro se turbó y sus cejas se arquearon en confusión.

—Dígame que estamos en la hacienda Madreselva. —Su voz sonó desesperada, casi como un sollozo.

—¿En la hacienda Madreselva? Nunca he escuchado ese nombre antes. Estamos en la misión del padre Amador. Seguro que ha oído hablar de la labor evangelizadora de los jesuitas, primero, y luego de los franciscanos en las Californias.

—Oh, ¡qué estúpida! No me lo puedo creer. Y usted perdiendo el tiempo conmigo cuando tendrá tanto por hacer. —Selva se giró hacia delante; las mejillas le ardían de la vergüenza.

Renzo paró la montura al llegar frente al edificio principal de la misión. Le puso las manos sobre los hombros.

—¿Se encuentra bien, señora?

Selva se dio la vuelta para mirarlo de nuevo. Su naricilla pecosa y sus labios de fresa estaban muy cerca, demasiado cerca. Qué ganas de perderse en su boca, pensó concentrado en sus labios. Lo sobresaltó su voz:

—Le pido disculpas por mi comportamiento, ha debido de pensar que estaba loca. He creído que estaba en mi hacienda, bueno, en la hacienda que fue de mi familia y que el capitán Ayamonte me ha obsequiado como regalo de boda. ¡Qué vergüenza! Le agradezco su paciencia.

A Renzo le sorprendió la humildad de la muchacha. Tenía ínfulas y era mandona, pero también era capaz de disculparse cuando se equivocaba. Eso decía que albergaba un corazón noble, a pesar de ser española.

—Ha sido un placer acompañarla. Si necesita algo más...

—Gracias. ¿Podría llevarme con mi esposo?

Ambos desmontaron y Renzo guio a Selva hasta el despacho del padre Amador.

Entraron a la casa principal y caminaron en silencio por la galería interior. Selva iba abstraída en sus pensamientos. Solo se oían los pasos taconeando sobre las losas del suelo. El ambiente fresco del patio en sombra le produjo un escalofrío. Miró de reojo a su acompañante. Ahora entendía el gesto tan huraño del vaquero, y ella pensando que era uno de sus empleados. Sin poder evitarlo, se puso a temblar; hacía un poco de frío. Todo estaba bien, se dijo,

había sido una confusión. Por alguna razón su esposo habría querido parar en la misión, tal vez para descansar unos días antes de continuar viaje hasta su hacienda.

Renzo se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos. Inmediatamente se oyó la voz del fraile:

—Adelante.

El hombre abrió.

—Ah, Renzo, pasa. ¿Todo en orden, hijo?

—Sí, padre. —Entró quitándose el sombrero y se echó a un lado para dejar pasar a Selva. Al verla entrar, el fraile se puso de pie, y también lo hizo el capitán Ayamonte.

—Ah, tú debes de ser Selva. Mucho gusto, hija. —Le sonrió y le dio un abrazo sincero. Ella se dejó abrazar. La sostuvo unos instantes nada más, pero Selva percibió con fuerza cómo del cuerpo del fraile emanaba una calidez especial. Experimentó una extraña sensación, como si tras el largo viaje hubiera por fin llegado a casa, como si abrazada a él pudiera encontrar consuelo y refugio para sus penas: la muerte de su madre y la lejanía de su patria.

El padre Amador vestía con austeridad: con sandalias de cuero y sayal de arpillera de color marrón con cogulla a juego, y con el cordón blanco de tres nudos, símbolo de sus votos de obediencia, castidad y pobreza, atado a la cintura.

—He oído hablar mucho de ti, jovencita.

—Padre, si me disculpa, yo vuelvo a mis tareas.

—Renzo, quédate, será solo un momento. El capitán Ayamonte me ha pedido que hospedemos a Selva y a su hermano Lorenzo en la misión, donde, seguro, se van a sentir más cómodos que en el presidio. Contamos con la mejor biblioteca de las Californias, ¿sabes, Selva?, más de seiscientos libros traídos de San Blas. Seguro que te gusta leer. Renzo, quiero que me ayudes a que nuestros invitados se sientan como en casa.

El vaquero asintió.

—Se lo agradezco mucho, padre, pero no va a ser necesario. Quiero llegar a mi hacienda lo antes posible. Me muero de ganas por verla. No se ofenda.

Selva miró a su esposo buscando sus ojos, pero el capitán concentraba su atención en el padre Amador.

El fraile continuó:

—Bueno, creo que aquí os sentiréis muy a gusto, y puedes ayudarnos con los caballos. Renzo se ocupa de domarlos. Me ha contado el capitán que tu abuelo era el mejor criador de Córdoba.

—Lo era. Y en otras circunstancias me encantaría ayudarlo, pero ahora mismo lo que deseo es ir a mi hacienda.

Estaba siendo muy desconsiderada, lo sabía, pero las ganas de ver Madreselva eran demasiado poderosas. Tal vez podría regresar en algún momento y echarle una mano con la cría de los caballos. Pero ese día no, ese día necesitaba ver las tierras donde había nacido su madre.

El fraile miró a Ayamonte, que permanecía callado.

Selva se volvió hacia su marido.

—Juan Lorenzo, ¿cuánto se tarda en llegar a Madreselva?

—Este momento tenía que llegar... —empezó.

—Al mal paso darle prisa, hijo, que dice la sabiduría popular —afirmó con una sonrisa el padre Amador.

El capitán Ayamonte tomó las manos a Selva, que lo observaba confundida. Renzo permanecía a su espalda junto a la puerta abierta.

—No podemos ir a la hacienda Madreselva porque... la hacienda Madreselva no existe.

Selva se liberó de las manos de su esposo con los ojos encendidos.

—¿Qué quiere decir que no existe?

—Las tierras fueron confiscadas por el gobierno y repartidas en pequeñas parcelas entre los campesinos. Hace más de quince años que no existe Madreselva.

La joven no pudo contener las lágrimas, que resbalaron por sus mejillas traicionando sus emociones. Se tapó la boca para ahogar el sollozo. Primero sintió una pena infinita, una profunda tristeza; llevaba meses imaginándose cabalgando por las tierras donde había nacido su madre. Miró a los ojos a Juan Lorenzo intentando encontrar allí la respuesta a su desazón, pero solo vio frente a sí a un pobre soldado.

—¿Por qué no se lo dijo a mi madre?

—Estaba a punto de morir, no quise disgustarla.

—Mintió a una mujer al borde de la muerte, la engañó para que le concediera mi mano, y nos apartó a mi hermano y a mí de su lado cuando más nos necesitaba. ¡¿Cómo pudo ser tan ruin?!

Sentía los ojos ardiendo de la pena. La congoja le atenazaba la garganta y sus manos temblaban, tenía ganas de echárselas al cuello.

El padre Amador y Renzo presenciaban incómodos el intercambio entre los esposos.

—Hijo, será mejor que os dejemos solos.

—Padre, quédese —suplicó el capitán Ayamonte.

Selva lo agarró con ambas manos por la chaquetilla azul de paño.

—¿Cómo pudo engañarla así? Mi madre nunca hubiese aceptado su petición de matrimonio de haber sabido la verdad.

—Yo no pedí tu mano, fue idea de Renata que nos casáramos.

—¡¿Cómo dice?! —La pena de Selva se iba convirtiendo en rabia.

—Ella me presionó para casarme contigo. No fue idea mía, pero quise cumplir su última voluntad y accedí.

Selva no daba crédito a lo que estaba oyendo, lo miraba llena de estupor e indignación. La duda le estrujaba el corazón.

—Entonces... —balbuceó— entonces ¿no me quiere?

El capitán Ayamonte desvió la mirada del rostro bañado en lágrimas de Selva, buscó los ojos del padre Amador y adquirió el valor para confesárselo:

—No, lo siento.

—¡Es un cobarde! —gritó con todas sus fuerzas, y ella misma se sorprendió cuando escuchó la bofetada que le propinó a Juan Lorenzo—. ¡Lo odio! —sentenció, y salió, aguantando los sollozos, del despacho.

—Renzo, ve con ella.

—Capitán, es su esposa. Usted debería ir a buscarla.

—A mí es a la última persona a la que quiere ver ahora. Necesita un amigo. Está lejos de su país y, hasta que entienda su nueva situación, va a necesitar a alguien en quien confiar.

El vaquero se caló el sombrero con gesto huraño, se tocó el ala y se despidió:

—Con permiso.

—Ve, hijo, a ver si consigues tranquilizar a la muchacha.

Renzo se fue en busca de Selva, y en cuanto salió, Ayamonte se derrumbó sobre la silla.

—Bueno, pues lo peor ya ha pasado —intentó consolarlo el fraile—. No se lo ha tomado tan mal, al menos no se ha desmayado de la impresión.

Sin embargo, Juan Lorenzo no estaba tan seguro. Las Linares no eran de las que se desmayaban, pero herirlas era peligroso. Ya había conocido él lo que el odio era capaz de obrar en el corazón de una mujer: lo había visto en su propia vida y en el cuerpo consumido de Renata. Selva era joven, pero también lo era su prometida cuando el despecho la hizo jurarle odio eterno. Casi temía más su reacción ahora que estaba muerta que cuando aún vivía. Volvió a escuchar en su mente el juramento de Renata: *Te vas a asegurar de que sea feliz, porque si no, prometo volver desde el más allá para ajustar cuentas*. Se agarró la cabeza con las manos y cerró los ojos con fuerza, en un intento por apagar la voz que le retumbaba dentro. Sintió la palma caliente del padre Amador sobre su hombro.

—En peores frentes has batallado, capitán. Creo que podremos apaciguar a una jovencita sin muchas dificultades.

—Espero que así sea. —Ayamonte se levantó y se ajustó el cinto con la espada y la pistola de nuevo—. Gracias, padre. Voy a poner al corriente a Luzmita. Selva la va a necesitar para sobreponerse a la situación y aceptar quedarse aquí.

—Está bien, nos vemos más tarde. Ve con Dios, hijo.

Selva había atravesado la plaza corriendo con la vista nublada por las lágrimas, había corrido ladera abajo hasta perder el resuello y se había derrumbado sobre la hierba húmeda incapaz de dar un paso más.

¿Cómo había sido capaz de engañarlos así? La había privado de los últimos momentos junto a su madre, y todo para nada. Además, la había humillado en público delante de dos personas a las que acababa de conocer confesando que no la quería y que se había casado con ella por satisfacer el deseo de su madre. ¿En qué estaba pensando doña Renata para dejarse embaucar de semejante manera? Era una mujer lista, siempre lo fue. ¿Por qué había confiado en ese desconocido que había aparecido de la nada? Aunque ella llevaba tiempo aguardándolo, ¿le habría escrito anunciando su visita? ¿Sería cierto que no había pedido su mano? A lo mejor se lo había inventado al descubrir que ella no era lo que esperaba, que no era una dama refinada y no sería una buena esposa, o porque no le atraía como mujer. ¿Por qué había creído lo que le había dicho? La hacienda Madreselva ya no existía, ¿o sí? ¿Estaría mintiendo para no tener que cumplir con ella?

Renzo interrumpió sus pensamientos al sentarse a su lado en silencio. Ella lo miró de reojo y, volviendo la cara hacia el otro lado, se secó las lágrimas; ya bastante humillada se sentía para que encima la viera llorar.

—¿Qué hace aquí? ¿No tiene nada mejor que hacer?

Él no contestó. Le tomó la mano que tenía más cerca y, con suma delicadeza, se la besó. Le besó la palma despacio, con besos cálidos; luego el dorso, y finalmente le besó dedo a dedo, con extrema ternura. Selva, que se había pasado los últimos diez meses deseando las caricias de su esposo, estaba tan necesitada del afecto de Juan Lorenzo que se abandonó a la sensación de placidez y consuelo de los besos de Renzo sin reparar en lo inapropiado del gesto. Después tiró de ella hacia su cuerpo y la envolvió con sus brazos. La joven se dejó abrazar y descargó todo su pesar sobre el pecho del vaquero reanudando el llanto con más fuerza. Renzo le permitió llorar. Selva escuchaba los latidos del corazón del hombre y fue serenándose poco a poco. Sintió cómo él hundía la nariz en su coronilla y aspiraba la fragancia de sus cabellos. Cuando dejó de llorar, se secó las lágrimas y se incorporó un poco. El vaquero aflojó el abrazo.

—Le he mojado la camisa.

—No importa. ¿Se siente mejor?

—Un poco. Gracias. ¿Qué va a ser de mí ahora?

—Puede quedarse aquí.

Selva se incorporó de golpe. ¡Se había olvidado de Lorenzo!

Renzo se levantó también.

—Tengo que decírselo a mi hermano. Creo que lo mejor será volver a casa, a España, junto a nuestro padre.

—Vamos, la acompaño.

Después de dar una vuelta por el jardín, Lorenzo había pedido a Benito, el criado de la misión, que lo llevara al pueblo. Allí no había tenido problemas para localizar la taberna y disfrutaba de la compañía de los simpáticos lugareños, que comentaban la llegada del *Patriot*. También estaba el capitán de la fragata, Theodor Conrad, y los marineros con los que había compartido travesía. Para su sorpresa, el capitán lo saludó con efusión alcohólica y lo invitó a unos tragos; parecía haberse olvidado de la guerra que le había dado el muchacho rubio durante la travesía soliviantando a su tripulación con apuestas que no podía pagar.

Theodor Conrad era un robusto marino británico, de rostro anguloso, pelo ensortijado y ojos de luminoso azul. Había abandonado el mísero hogar en un callejón maloliente y oscuro en el puerto de Liverpool a la tierna edad de doce años. La noche anterior a su partida, su madre, Iris, había matado a escobazos una enorme rata que expió sus culpas entre carbones rojizos. La habían devorado hasta el tuétano zapateando al compás del acordeón de su padre, Jeremias Conrad, en una improvisada fiesta de despedida. A pesar de la insalubre y precaria existencia, los Conrad eran una familia feliz, y Theodor aprendió desde muy chico a apreciar las pequeñas grandezas que les ofrecía la vida. Tanto Jeremias como Iris eran mayores cuando se conocieron y decidieron acompañarse en el último tramo de sus vidas. Cuando Iris dio a luz a Theodor, pasaba ampliamente de los cuarenta. La delgadez de la mujer ocultó su estado hasta el final de la gravidez. Cuando los mareos y las náuseas empezaron a atacarla, Jeremias, temiendo que estuviese enferma, se guardaba en un bolsillo la ración de pan y tocino del almuerzo que le repartían en la construcción a mediodía, y se la daba a ella al regresar a casa. Después, cuando Iris empezó a mostrar un semblante menos demacrado y su malestar terminó, siguió haciéndolo porque le encantaba ver cómo el tocino le iba redondeando la cintura. Para ambos fue una sorpresa cuando aquella madrugada Iris no murió de los terribles dolores, retortijones y vómitos que la

asediaron en mitad de la noche. Entre jadeos y alaridos, Theodor llegó al mundo asomándose con prudencia, oteando su alrededor con mirada vidriosa y aterrizando finalmente entre las callosas manos de su atónito padre. Todos pensaron que se moriría a los pocos días, pues era puro pellejo, pero sus padres sabían que semejante bendición no iba a ser en vano. Aunque Jeremias Conrad no había sabido salir del agujero oscuro donde lo criaron, tuvo la intuición de que su hijo vengaría a las generaciones precedentes del cruel destino.

A principios de siglo, Liverpool empezaba a igualarse a Londres como principal puerto comercial. La ciudad crecía a ojos vista alentada por la riqueza de piel oscura que llegaba a sus orillas: era el centro de comercio esclavista más importante de Europa. Esclavos y algodón —pues la industria textil también era una actividad en auge en todo el país, pero en especial en Lancashire, Yorkshire y las Tierras Medias— convirtieron a Liverpool en la ciudad que era.

Padre e hijo pasaban el poco tiempo de descanso de Jeremias contemplando los barcos. Cuando en la distancia se dibujaba la silueta de un buque, jugaban a adivinar su nombre. Con el tiempo los reconocían todos y saludaban a sus capitanes, oficiales y marinos por sus nombres de pila. Siempre suponía un gran gozo descubrir una nueva nave atracando. Aunque Theodor acompañaba a su padre al trabajo y aprendía el oficio, Jeremias insistía: «Tú vas a ser marino, hijo, vas a recorrer el mundo, vas a vivir en la abundancia que trae el comercio». Por las noches, Jeremias salía del callejón llevando a Theodor en una mano y, en la otra, cargando su acordeón en dirección a la taberna para amenizar la vuelta a casa de esos hombres de mar.

Estaban construyendo el muelle Manchester en la ribera del río Mersey cuando el maestro de obra le dijo a Jeremias que quería contratar al muchacho por tres chelines a la semana. «Cuánto lo siento, mi hijo acaba de ser contratado como aprendiz en un buque; empieza mañana», respondió Conrad. Desde ese día ordenó a Theodor que se quedara en casa. Si empezaba a ganar dinero como peón de construcción, no habría marcha atrás. No, más valía pasar estrecheces que truncar el camino del muchacho, se dijo con convencimiento Jeremias Conrad. Sin poder acompañar a su padre, el chico vagaba por el puerto entreteniéndose las horas. Por la noche Jeremias salía con su acordeón a buscarle oficio de marino. Volvía entrada la madrugada, borracho y decepcionado. Theodor, que había memorizado las tareas de los marineros una vez que atracaban en puerto y cuando se

preparaban para zarpar, decidió tomar el destino en sus manos, y ese día atravesó la pasarela sin ser visto y abordó el *Splendid*. Sin dudarlo un segundo, saltó y se enganchó a una de las jarcias de cáñamo. Trepó velozmente hasta la cofa mayor mientras desde abajo varios marinos, que se habían percatado de su presencia, le gritaban que bajara de allí. El capitán se acercó al escuchar el alboroto y se quedó mirándolo extrañado. En seguida lo reconoció.

—¿Tú no eres el hijo de Jeremias? —le gritó.

—Sí, señor —contestó de vuelta, también a gritos.

—Baja de ahí, muchacho, que te vas a partir la crisma, y si no te la partes, te voy a dar una azotaina que te vas a enterar.

—No, señor.

—¿Cómo que no, mocoso del demonio? Verás la zurra que te va a dar tu padre cuando se lo cuente.

—Quiero ser grumete, señor.

—Y yo quiero ser *lord*, pero cada uno tiene que asumir el destino que le ha tocado en suerte.

—Mi destino es ser marino.

—Ya veo. —El capitán se rascaba la barba. «Miedo a las alturas el muchacho no tiene», se dijo.

—¿Subimos a por él, capitán? —se ofreció uno de los marineros.

—No —afirmó rotundo—. ¿Sabes limpiar? —le preguntó entonces el capitán.

—Pues claro, señor.

—Y cumplir órdenes, ¿qué tal se te da? —Theodor no contestó, sabía que era una pregunta trampa—. Ya veo lo listo que eres, zagal. Baja de una vez. Si quieres servir a mis órdenes, ya puedes acostumbrarte desde hoy a cumplir sin rechistar. ¿Has entendido?

—¡Sí, señor!

—¡Pues baja de una vez!

Theodor se deslizó sin problemas hasta el suelo. El capitán lo miraba con ojos sonrientes; aun así le dio la azotaina prometida, y no pudo sentarse en una semana. Esa noche se despidió de sus padres. Y veinte años después anclaba en el puerto de Monterrey como asiduo visitante, pues era socio mayoritario de una de las compañías comerciales más prósperas de Boston, Conrad & Sterling Corporation, y dueño del *Patriot*.

Lorenzo escuchaba fascinado su historia.

—Y dice que vive en Boston.

—En verdad, mi hogar es el *Patriot*.

—¿Y tiene mujer?

—Claro, muchacho, una en cada puerto —rio a carcajadas el capitán.

Lo que daría él por tener una vida así, se dijo mientras pedía otra ronda al tabernero.

Renzo y Selva habían recorrido los alrededores de la casa principal sin dar con Lorenzo. Al final, preguntando a los trabajadores de la misión, habían encontrado un vaquero que había visto a Benito y a un señorito rubio partir en la carreta. Habían tomado el camino real en dirección a Monterrey, les había dicho, y hacia allí se dirigieron. Esa vez Renzo había ensillado dos caballos, y galopaban dejando a su paso una nube de polvo. Cuando entraron al pueblo, Renzo frenó su montura y avanzaron al paso.

—¿Dónde piensa que podría estar?

—¿Hay algún lugar donde vendan... um... alcohol? ¿Una posada?

—La taberna del puerto.

—Pues allí debe de estar.

Renzo percibió cómo a Selva se le encendían las mejillas y su ceño se fruncía con ahínco. Tal vez le avergonzara que su hermano frecuentara dicho tugurio. Esperaba no llegar demasiado tarde y que Lorenzo aún no se hubiera emborrachado, si no, tendría que cargar con él.

Varios hombres, todos indios y mestizos, cubiertos con ponchos y con los sombreros de paja sobre la cara, dormitaban sentados contra la pared de adobe de la taberna. Renzo identificó el carromato que había aparcado cerca del establecimiento como la carreta de la misión. Desmontó y, en tres largos trancos, se asomó al interior del compartimento; Benito descansaba también con el sombrero sobre la cara. El vaquero lo zarandeó y el indio se incorporó sobresaltado. Relajó el gesto al reconocer a Renzo.

—¿Dónde está el español que llegó con el capitán Ayamonte?

—Allá dentro, Rencito.

—Espera aquí.

—A la orden.

El vaquero se acercó a Selva, que permanecía sobre su caballo.

—Está aquí —le informó.

—Gracias a Dios.

Selva desmontó y se dirigió hacia la entrada de la taberna, pero Renzo la sujetó por el brazo.

—Espere aquí, señora. No es un lugar para mujeres.

—La madre de mi abuelo era tabernera, y también lo fue la madre de su madre, así que lo llevo en la sangre. No me asustan esos tugurios que apestan a vino rancio y a sudor.

¿Quién lo habría dicho con ese porte de reina?, se preguntó Renzo mientras observaba las pequeñas y casi transparentes pecas que decoraban la naricilla que lo apuntaba desafiante, y mientras permanecía sujetándola por el brazo.

—Los californios son muy tradicionales. Espere aquí. —Su voz sonó ligeramente más ronca y firme, y tal vez por eso Selva se quedó donde estaba sin atreverse a entrar.

Unos instantes después Renzo salió seguido por Lorenzo, que, para alivio de Selva, aún se tenía en pie y era capaz de caminar derecho, aunque el rubor ya empezaba a insinuarse en su rostro delgado y la bruma avanzaba en sus pupilas.

—¡Hermana!

—Ven, necesito hablar contigo.

Selva lo agarró por el brazo y se alejó de la taberna arrastrando a Lorenzo por el muelle. Renzo los observó mientras se alejaban. Se pararon unos pasos más adelante; Selva se aseguraba de que a esa distancia nadie escucharía su relato. El mar rugía bajo sus pies y envolvía sus palabras para protegerlas de oídos indiscretos. Renzo la vio gesticular; movía la cabeza; se limpió una lágrima rebelde. Momentos después intentó sujetar a Lorenzo, que se revolvió y, dando media vuelta, se dirigió hecho una furia hacia la carreta. Selva salió corriendo detrás.

—¡Lorenzo, no, por favor! —gritaba.

Renzo escuchó mascullar a Lorenzo mientras se subía al pescante junto a Benito y le ordenaba volver a la misión.

—Voy a matarlo.

Selva estaba muy enfadada con el vaquero. Le había pedido que detuviese a Lorenzo, que le impidiese regresar a la misión, que lo sujetase, cualquier cosa que evitase que cumpliera con su amenaza de matar a Juan Lorenzo. Pero el vaquero había dejado partir a Benito sin mover un solo dedo y encima le había impedido a ella cruzarse en el camino de la carreta.

—Su hermano tiene derecho a defender su honor. Es un hombre, sabe lo que tiene que hacer.

—¡Lorenzo está borracho! Va a conseguir que lo maten a él. Quítese de en medio. —Selva lo apartó con el brazo y corrió hacia su caballo; debía impedir a toda costa que Lorenzo llegase a la misión, pero antes de conseguir montar, sintió cómo unas fuertes manos la asían por la cintura y la elevaban en el aire. Sin mediar palabra, Renzo la cargó como un saco de yucas sobre su montura y, sujetándola por la espalda, agarró las riendas de los dos caballos, montó detrás de Selva y salió del pueblo con un ligero trote, guiando la montura de Selva mientras la joven se quedaba afónica insultándolo e intentaba morderle la pierna.

—¡Déjeme bajar! ¡Bruto, insolente, animal!

—Patalee todo lo que quiera, pero no la voy a soltar. Y debería ser más agradecida: estoy intentando que no se parta el cuello intentando alcanzar la carreta.

Selva se quedó quieta unos minutos.

—No puedo respirar bien en esta posición, se me está clavando la silla en el pecho. Me voy a desmayar. Déjeme al menos incorporarme.

Renzo resopló.

—Está bien, pero como cometa alguna tontería, la llevo atada.

Frenó un momento y ayudó a Selva a colocarse delante de él.

—Tiene aspecto de chica lista. No intente nada extraño, no vaya a ser que se caiga del caballo y la que se mate sea usted —le advirtió.

Selva resolló frustrada y se giró, clavándole los puñales verdes en el alma; estaba furiosa y muy preocupada por Lorenzo.

—Dese prisa, por favor.

Renzo aceleró al caballo y avanzaron al galope.

Selva estaba cada vez más angustiada. No divisaba la carreta, y eso que avanzaban muy rápido. Percibió el aliento del vaquero en su oído.

—No se preocupe, el capitán Ayamonte es un hombre de honor, no va a matar a un jovencito que intenta velar por la honra de su hermana y que tiene toda la razón al hacerlo.

—No tengo ninguna referencia de la honorabilidad del capitán Ayamonte, sino todo lo contrario: es un hombre ruin y mentiroso. —Tuvo que gritar para hacerse oír contra el viento.

No volvieron a hablar en todo el camino.

Al alcanzar la cima de la colina, divisaron la carreta. Benito se bajaba del pescante, y Lorenzo caminaba furibundo hacia Ayamonte, que hablaba con Luzmita en la plaza.

Hasta ellos llegaron los gritos de Lorenzo mientras se aproximaba a Juan Lorenzo.

—¡Miserable! ¡Me las va a pagar! —Y ante el horror de Selva, su hermano se quitó los guantes y golpeó con ellos a su esposo en la cara. Renzo la tenía sujeta para que no interviniese. Le dio un codazo en las costillas, saltó del caballo y corrió hasta ellos.

—¡Mañana al amanecer!

El capitán Ayamonte asintió.

Selva tiró de su hermano para alejarlo de allí.

—Pero ¿qué has hecho?

—Lo he retado a un duelo.

—¡Te va a matar! ¿No ves que es soldado?

—Eso ya lo veremos.

—Vámonos, Lorenzo, volvamos a casa, nada nos retiene aquí. Iremos a hablar con el capitán Conrad; tal vez nos permita hospedarnos en la fragata hasta que zarpen —imploró.

—No, ese embustero tiene que pagar por lo que te ha hecho.

—¿Por qué al amanecer?

—Porque es más épico.

Lorenzo se detuvo en seco. Una arcada le subió por la garganta.

—¿Qué te pasa? —Selva lo miraba intentando entender. Lorenzo estaba lívido. El muchacho no pudo contestar; se dobló sobre sí mismo, cayó al suelo de rodillas y vomitó—. ¡Ay, hermano! ¡Ayuda, por favor!

Luzmita y Renzo se acercaron a auxiliarla.

—Vengan, vamos a llevarlo a uno de los cuartos de invitados —les dijo

la criada.

Lorenzo se apoyaba en Selva y Renzo, que prácticamente lo llevaban a rastras, mientras Luzmita lideraba al grupo hacia el interior de la casa.

La criada abrió la puerta de un pequeño cuarto modestamente decorado y tumbaron al muchacho sobre la cama. Lorenzo se quedó dormido de inmediato. Luzmita le sacó las botas, le desabrochó el cuello de la camisa y lo cubrió con una sábana. Selva se quedó observándolo un instante. Era aún un niño, ¿qué iba a hacer con él?

—*M'hija*, dejémoslo que descanse. —Tiró de la muchacha suavemente y cerró la puerta tras ella. Renzo las esperaba en el pasillo.

—Tengo que volver a mis quehaceres. Si me necesita, búsqieme. Debería descansar usted también, no tiene buena cara.

Selva se sorprendió de la calidez con la que le hablaba el vaquero. Vio que elevaba una mano con intención de acariciarla, pero la dejó caer antes de tocarla. Sus ojos negros la miraban de una manera que le provocó un cosquilleo en las yemas de los dedos. El rubor le tiñó las mejillas.

—Vaya, Rencito, yo me ocupo de la chiquilla.

El hombre asintió, se tocó el sombrero y, dando media vuelta, se alejó. Selva, hipnotizada por esa sensación extraña de hormigueo, no acertó a agradecerle su ayuda. Reaccionando, salió tras él. El sol la deslumbró al llegar al pórtico. Renzo se acercó a su marido y le dijo algo que no alcanzó a escuchar, luego agarró las riendas de su caballo, montó y se alejó al trote. Selva cambió de idea y se fue derecha a por Juan Lorenzo. Tenía ganas de sacarle los ojos.

—¡Esto es lo que ha conseguido con sus mentiras! ¿Qué le hemos hecho para que nos arruine así la vida? Quiero volver a mi hogar con mi padre y no deseo verlo más, en mi vida.

—Pues eso va a estar difícil, porque estás casada conmigo y tienes que hacer lo que yo disponga, y mi voluntad es que te quedes en Monterrey.

—¿Para qué?, si me ha dejado muy claro que no me ama, que solo se casó conmigo para complacer a una mujer moribunda. Voy a volver a España, le guste o no.

—Eso ya lo veremos

—Lo veremos.

Luzmita volvió a aparecer sin que la sintiese. Esa mujer parecía flotar, era sigilosa como un gato.

—Venga, *m'hija*, le voy a enseñar su cuarto. Descanse un poco, se

refresca y luego pasa por la cocina, que le voy a preparar una rica comida de bienvenida. Venga, venga, chiquita, todavía faltan algunas semanas para que parta el barco y tiene que marcharse bien alimentada. —Consiguió convencerla con su último comentario.

Selva le clavó una mirada de odio a Ayamonte y acompañó a Luzmita de nuevo a la casa.

—¡Ay, Juan Lorenzo! ¿Qué has hecho?

—¿Qué quería que hiciera? —El capitán Ayamonte se sentó en un taburete de la cocina y se encorvó sobre la mesa ocultando el rostro entre los brazos.

Luzmita colocó un vaso de atole a su alcance.

—Bebe, y me cuentas.

Juan Lorenzo agarró el vaso de cerámica y bebió ruidosamente el contenido de un trago. El sabor familiar del maíz líquido le apaciguó un poco la angustia que sentía en la boca del estómago. Miró en derredor como si descubriese por primera vez ese lugar lleno de calidez donde Luzmita pasaba el día preparando alimentos para los habitantes de la misión.

La cocina era un espacio amplio y acogedor. El suelo, de losetas de barro cocido, era del color de los tomates de la huerta. Colgaban de las vigas del techo cacharros, cacerolas y sartenes de estaño de distintos tamaños. Las dos vigas verticales que apuntalaban el techo estaban decoradas con ristras de ajos y ajíes secos. Sobre el alféizar de la ventana, numerosas macetas mantenían frescas las hierbas destinadas a caldos y guisos. Olía a frijoles cocidos y pan horneado.

—*M'hijo*, ¿qué hacen aquí los hijos de Renata?

—Si la hubiera visto como yo, no habría podido negarle nada. Estaba tan enferma, demacrada... Todo fue por mi culpa, tendría que haberle contado lo que pasó, ¿por qué no fui a buscarla? De alguna manera habría conseguido llegar hasta ella; jamás debí aceptar casarme con Adelita. ¿Y si se lo hubiese dicho? Tal vez ella habría venido a mí. ¿Por qué fui tan cobarde?

Luzmita no lo interrumpió. Parecía haberse olvidado de que ella estaba allí y hablaba consigo mismo, con su conciencia. Su mirada se perdía en los recuerdos.

—Cuando la vi, me dieron unas ganas locas de abrazarla, de darle todos los besos que no le di, incluso deseé volver a hacerle el amor una última vez.

Me frenaron su desprecio y el mío propio; mi silencio la había convertido en esa sombra amargada y rencorosa. Su voz estaba cargada de odio, me dio miedo y pena, y todo a un tiempo. Y entonces apareció la Renata de mis recuerdos, el amor de mi vida, solo que no era ella, era su hija Selva. Hermosa, callada, delicada y tan parecida a Renata. Y ella me la ofreció en matrimonio.

—¡Ay, *m'hijo!* ¡Dime que no te casaste con ella!

Juan Lorenzo asintió.

—No debí, pero Renata insistió y no pude negarme. Y como le he explicado antes en el patio, la necesito. Fíese de mí y haga lo que le pido. ¿Me va a ayudar?

Luzmita asintió.

Juan Lorenzo prosiguió:

—También me dijo que Lorenzo era hijo mío, aunque ellos no lo saben. Me pidió que cuidara de él.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer con Lorenzo? ¿No irás a dejarte matar por tu hijo?

—¿Hijo?... Oh, ¡no! —Selva apareció en el umbral. Había ido siguiendo su olfato en busca de la comida prometida por Luzmita, tras refrescarse con un aguamanil y cambiarse el vestido—. ¡No! Usted no puede ser el padre de Lorenzo, dígame por favor que no fue el hombre que estuvo prometido a mi madre, aquel que tanto daño le causó. —Su tez estaba pálida y los ojos brillaban conteniendo las ganas de llorar.

Ayamonte se levantó como un resorte y salió huyendo por la puerta trasera, la que daba al huerto. No tenía fuerzas para enfrentar una vez más a la joven.

Selva estaba a punto de desmayarse de la impresión, y a pesar de suplicarle a Luzmita que le confirmara lo que había escuchado, esta la obligó a comer antes de contarle lo que sabía.

Desde que desembarcaron, las horas se habían deslizado ante ella sin sentir las y estaba atardeciendo, por eso tenía tanta hambre. Mientras engullía, veía a Luzmita preparar alimentos a la carrera. Sobre una gran plancha frío huevos y tiras de beicon; dio vueltas a una olla de frijoles que llevaba varias horas burbujeando. Después, mezcló ingredientes en una fuente de barro, esparció una capa de harina sobre la mesa y sobre ella colocó una masa

informe y, con sus huesudas manos, comenzó a transformarla en tortillas. Amasaba y amasaba sobre la gran mesa, y Selva sentía cómo la tensión de su cuerpo se iba relajando. El horno desprendía aroma a recién hecho. Apiló sobre la mesa gran cantidad de jarras y las relleno con un líquido oloroso de un color turbio anaranjado, para refrescar el final del día en los campos, comentó.

Varias mujeres nativas aparecieron por la puerta trasera de la cocina.

—Llegan tarde —las regañó.

Ellas se colocaron los mandiles entre cuchicheos y risillas contenidas, y empezaron a preparar las fuentes de la cena y a salir en dirección al patio con las bandejas cargadas.

Selva había devorado su cena y esperaba tamborileando con los dedos sobre la mesa a que Luzmita le prestara atención.

—*Nuscaa*, muchas emociones para un solo día —dijo sirviéndole un vaso de atole con unas hierbas que había preparado especialmente para ella —. *Nuscaa* necesita hidratarse para florecer.

—Creo que he comido demasiado, no me entra nada más.

—Tómeselo, *m'hija*, le va a sentar bien.

Selva olisqueó el vaso y después probó un sorbo. Estaba tibio y sabía a maíz con canela. Se lo terminó entero sin darse cuenta.

—¿Escuché bien, Luzmita? ¿Es Lorenzo hijo de Ayamonte y de mi madre?

—Sí lo es, y aunque él no me lo hubiese dicho, yo lo habría sabido, porque Lorenzo es igual al capitán cuando era joven, aunque rubio.

—¿Usted sabe por qué Juan Lorenzo nunca fue a buscar a mi madre y la abandonó a su suerte?

—Es una larga historia, *m'hija*, y creo yo que sería mejor que se la preguntaras a él. Aunque me sorprende que tu madre o tus abuelos nunca te la refirieran.

—Mi madre sufría, sufrió por él hasta el final, y por eso nunca se lo mencionaba, pero su presencia flotaba en el ambiente, y entre ellos, cuando creían que nadie más escuchaba, lo llamaban *el maldito*. Aunque hasta ahora no he estado segura de a quién se referían. Mi abuelo no soportaba ver cómo ella se consumía; a veces le gritaba, intentaba hacerla reaccionar, pero mi madre se aferraba a su odio, ya que no podía contar con el amor. Oh... — Empezó a ver a Luzmita borrosa, desenfocada. Selva intentó levantarse, pero le fallaron las piernas y cayó de nuevo sobre la banquetta.

—¿Se encuentra bien, muchacha?

La voz de la criada maya le llegó como si estuviera dentro de un pozo. Las palabras retumbaban en sus oídos, pero no llegaba a entenderlas, distorsionadas por el eco. La mujer se acercó a ella y le tomó la muñeca.

—Está muy pálida, ¿cómo se siente? —Estaba más cerca de ella, le observaba el rostro, los ojos. Intuyó su pregunta.

—No sé..., tengo como... mucho sueño. —Sentía la lengua hinchada, como si fuera de trapo, era una sensación tan extraña...

—*M'hija*, solo está cansada del viaje. Descanse, descanse... —Su voz la sosegaba. Luzmita apoyó una mano huesuda en la cabeza de Selva y la empujó ligeramente para que se recostara sobre la gran mesa de castaño de la cocina—. Así, duérmase, abandónese al sopor. —Creyó escuchar que cantaba o recitaba, después no oyó nada más. Su mundo se tornó oscuro y se apagó de pronto en un sueño profundo.

Luzmita le levantó el brazo y lo dejó caer para comprobar que se había dormido. Luego se asomó por la puerta trasera de la cocina.

—Ya está.

Ayamonte entró y se quedó mirando a Selva unos instantes, contemplándola dormir. Era tan hermosa como Renata, puede que más, y él iba a hacerla feliz, costase lo que costase.

—¿Estás seguro de que tiene que ser así? —preguntó Luzmita, y él asintió. Cargó con la joven en brazos y se la llevó a la alcoba.

6

Selva se despertó a medianoche desvelada por una pesadilla. Primero, los rostros de las personas que había conocido ese día al llegar a Monterrey pasaban ante sus ojos, uno tras otro, entre brumas azules.

Veía al padre Amador; su rostro afable estaba muy serio, la contemplaba como si le recriminase algo. Veía también a Luzmita envuelta en niebla y a Juan Lorenzo más avejentado, con ojeras y la barba despuntando en su tez; él le acariciaba la cabeza y ella sentía una presión extraña en su vientre, y entre sus piernas, una punzada de dolor. Alguien más estaba allí, frente a ella, oculto en la niebla, y sentía la imperiosa necesidad de saber quién era. Después la bruma empezaba a disiparse y se encontraba de nuevo en su casa en Córdoba, en la alcoba de su madre. Renata, en su lecho de muerte, la agarraba con desesperación por el brazo, clavándole las uñas en la carne tierna, y le suplicaba con las últimas fuerzas:

—Selva, llévate mi odio.

Se incorporó del susto con la respiración entrecortada. Tardó en entender dónde se encontraba. Llevaba aún puesto el vestido de la tarde; alguien le había desprendido los botines. Los contornos de su pequeña y austera alcoba empezaron a perfilarse de forma tenue en la oscuridad mientras su mente se iba librando de la neblina del sueño. Lo último que recordaba era haber estado comiendo el plato delicioso que le había preparado Luzmita, y después todo era muy confuso, los recuerdos se le mezclaban con la pesadilla.

Se levantó y se asomó por la ventana. Su cuarto daba a un patio interior. La brisa bañada de estrellas arrastraba hasta ella la fragancia de los árboles frutales y de las plantas aromáticas mojadas por el rocío nocturno. A pesar de la serenidad de la noche, su ánimo seguía crispado, no conseguía librarse de la sensación de angustia que le había provocado el sueño, ni de la imagen del rostro demacrado de su madre. Necesitaba salir. Se calzó los botines y de puntillas, para no hacer ruido, se aventuró al exterior.

Atravesó a tientas la galería que bordeaba el patio, frondoso de aromas; sus dedos iban tanteando la rugosa pared encalada. Encontró el camino de salida gracias a las lámparas de aceite que alumbraban las figuras de varios santos y vírgenes en las hornacinas distribuidas por las paredes de la casa.

Salió al pórtico delantero, cruzó la plaza y bajó la colina hacia los establos. La hierba húmeda, iluminada por el titilar de las estrellas, brillaba bajo sus botines.

Creyó recordar la cuadra que ocupaba uno de sus caballos; se adentró con el corazón galopante en la oscuridad de penetrante olor a paja mojada y boñiga de caballo. No ensilló el caballo, pues no había más luz que el débil resplandor blanquecido de la luna, que se filtraba como un tímido halo por el alto ventanuco de la cuadra, y además prefería montar pegada a la piel del animal, y en ese momento todavía más, ya que necesitaba sentir la fuerza de su espíritu y su calor.

Cabalgó campo a través intentando librarse del rostro demacrado de su madre y del olor a muerte que tan bien recordaba y que se le adhería a la piel y le impregnaba el alma de desdicha. Sin darse cuenta, se adentró en el bosque y perdió el rumbo entre los árboles, acuciada por los recuerdos dolorosos de su patria lejana, de su hogar y de su infancia.

La envolvió la niebla, dueña del bosque de centenarias secoyas. Parecía estar de nuevo atrapada en su pesadilla, sin más visión que las imágenes de su mente. Creyó escuchar en los crujidos de las ramas zarandeadas por el viento marino y el ulular de la lechuza blanca, reina de la niebla, que la miraba atravesando su azorada alma, la voz de doña Renata. Era una llamada desesperada.

«Llévate mi odio, Selva», crujían las hojas.

—¡No lo quiero, madre! ¡¿Me está escuchando?! —le gritó Selva a las brumas que le humedecían el cabello y las ropas mientras intentaba controlar al animal, que se revolvía incómodo y caracoleaba espantado por el malestar de la amazona—. ¡¿Por qué, madre?! ¿Por qué tenía que casarme con el hombre al que tanto odiaba? ¿Es que acaso me odiaba a mí? Me ha arruinado la vida. ¡¿Me oye, madre?!

El rugido del viento le devolvía el eco de sus bramidos. Las nubes se tornaron cada vez más oscuras, absorbiendo el temor de su corazón. Un trueno estalló sobre su cabeza haciendo temblar la tierra bajo los cascos del caballo, y tras él, un foganazo de luz penetró la densidad del bosque por un instante e iluminó de plata las copas de los robles.

La tormenta se descargó de pronto sobre ella.

El agua, que caía como una catarata sobre los campos, fue venciendo poco a poco a la densa niebla. Selva se aferró a las crines del caballo, enredando los dedos en el pelaje para no caerse, e intentó orientarse para

volver a los establos.

Cuando finalmente llegó a las caballerizas, el caballo la guio hasta su cuadra. Empapada en cuerpo y alma, se dejó caer sobre la paja sin fuerzas para dar un paso, cerró los ojos y se acurrucó hacia un lado. Sintió la calidez del cuerpo del caballo, que, con esa intuición innata y la conexión que lo unía a su dueña, se había tumbado junto a ella para acompañarla en esa fría noche de pesadillas.

Aún no había amanecido. Como cada alborada, los indios *costeños* salían de sus rancherías y se congregaban para animar con sus alaridos el despertar del sol; más ansiosos que otras mañanas, querían borrar la fuerza destructora de la tormenta de la noche anterior. Lo animaban a elevarse y a alumbrar el comienzo de la jornada. El ritual matutino duraba hasta que el rey del cielo se elevaba pleno sobre la Tierra.

Ese día, Renzo se despertó antes de lo habitual, pues solía hacerlo con los gritos de los naturales. Sin embargo, cuando salió de su modesta casita, contigua al dormitorio de los vaqueros, la misión estaba aún cubierta por el manto violeta de la aurora. Como cada mañana, hizo la ronda para comprobar que todo estaba en orden. Le sorprendió ver uno de los portones de los establos abierto. Entró pensando que alguien se había metido a robar. Sacó el pequeño cuchillo que llevaba oculto en la bota y, sigiloso, se introdujo en las cuadras.

Casi se le para el corazón al descubrir a Selva entre la paja del establo, en el regazo del animal. Su cabello se confundía con las fibras doradas que alfombraban el lugar. Estaba ovillada y se abrazaba las piernas.

Se arrodilló a su lado con el cuchillo aún en la mano. Lo guardó de vuelta en la bota. El caballo se incorporó de golpe y despertó momentáneamente a la muchacha, que abrió los ojos un segundo y volvió a cerrarlos, sumida todavía en las profundidades del sueño. Renzo le apartó con los dedos el pelo de la cara. Un ligero silbido salía de su boca entreabierta. El vaquero se recostó junto a ella y, volcado sobre su lado, se quitó el sombrero y apoyó la cabeza en la mano derecha para contemplarla a placer. No pudo aguantar las ganas de tocarla. Posó un dedo sobre la naricilla pecosa, después deslizó la caricia por la mejilla hasta la barbilla, acercó la cara a su cuerpo y la olisqueó.

Su piel olía a lluvia.

Selva se estiró como una gata, arqueando la espalda, y cuando abrió los ojos, se encontró con la sonrisa divertida de Renzo. Despertaba de un sueño con la mirada aún turbia, y parecía que no era desagradable, pues le devolvió la sonrisa.

—¿Qué ha hecho ahora para que el padre Amador la mande a dormir al establo?

Selva estiró la mano y, con la yema de los dedos, le acarició la mejilla sin rasurar. Renzo le atrapó la muñeca y la sostuvo contra su cara. Ella la apartó velozmente.

—Oh, Dios mío. No es un sueño. —Se levantó de un salto, se alisó el pelo, se estiró el vestido que estaba aún húmedo—. ¿Qué hace aquí?

—Eso mismo le quería preguntar yo. —La observó burlón—. Así que un sueño. Soñaba conmigo y parecía agradecerle.

—Era una pesadilla, horrible, espantosa, y estaba usted en ella.

—No parecía una pesadilla.

—Lo era. —Salió del establo con Renzo detrás. El sol empezaba a despuntar, una luz anaranjada teñía los prados de rosado y evaporaba el rocío dormido sobre la hierba, elevando de la tierra el último suspiro de la noche. Ahora los gritos de los *ohlones*, los indios *costeños*, se escuchaban por doquier.

—¡Nos atacan los indios!

Renzo se rio de su alarma.

—No, chiquita, son nuestros neófitos saludando al sol; está amaneciendo.

—Amaneciendo —repitió—. ¡Amaneciendo! ¡El duelo! —Echó a correr mientras gritaba el nombre de su hermano.

Lorenzo se había despertado muy temprano, cuando aún la noche cubría los contornos de la misión con un velo añil. Sentía la boca pastosa, un regusto repugnante en la punta de la lengua, y la sed le abrasaba la garganta. Le dolía el cuerpo entero. Se estiró ruidosamente y se incorporó hasta quedar sentado en el lecho. Paseó la mirada turbia por el pequeño espacio, pero no reconoció el lugar donde se encontraba ni recordaba cómo había llegado hasta allí. Una tenue luz se filtraba en el cuarto procedente de una hornacina cercana, donde velaba el descanso un santo. Se puso de pie y dio unos pasos tanteando en la penumbra.

Ese reducido cuarto contaba con una ventana enrejada decorada con unas macetas de geranios, enmarcada por cortinas de ganchillo crudo. Una pequeña mesa, una silla rústica y un arcón a los pies de la cama constituían todo el mobiliario.

Descubrió su equipaje junto a la puerta y, en una esquina, un palanganero. Se quitó la camisa y la lanzó sobre el lecho. Metió la cara en el agua oscura y fresca y se despejó del todo. Se refrescó el cuello y se mojó el cabello, los brazos y axilas; también se enjuagó la boca varias veces y escupió. Hubiera preferido un baño caliente, pero a esas horas de la madrugada no creyó poder encontrar a ningún criado despierto. Se cambió la ropa y volvió a calzarse las botas. El estómago le rugía del hambre, y es que aparte de licor, no había ingerido nada desde el desembarco. En la profundidad del sueño, le había parecido escuchar truenos y una lluvia feroz golpeando contra el tejado; ahora el repiqueteo era pausado, casi como un arrullo.

Salió del cuarto cerrando tras de sí la puerta, cuyo chasquido metálico retumbó por la galería del patio, y fue en busca de la cocina; tenía que reponer fuerzas para darle su merecido a Ayamonte. Le daba rabia la situación porque, en el fondo, no le caía mal su cuñado y, además, había sido un buen compañero de viaje, incluso le había prestado algo de dinero con lo que entretener las largas horas en el océano. Sin embargo, lo que había hecho, engañar a su madre moribunda y a su hermana Selva, no tenía perdón, y él debía cobrarle su engaño. Después pensaría qué hacer.

Volver a España. Eso seguro, pero lo que no tenía tan claro era cómo iban a costearse el viaje de regreso. Ayamonte tendría que pagar los gastos por haberles mentido, pero ¿y si lo mataba?, ¿qué harían entonces? Eso sería un problema. Intentaría herirlo, dispararía a las piernas. Tenía muy buena puntería, sobre todo cuando estaba sobrio.

Sus cavilaciones lo llevaron por la galería en penumbra del patio interior. Cruzó varias estancias oscuras y, sin saber muy bien cómo, encontró la cocina, que aún olía a una mezcla indefinida de olores que le aguaron la boca. Sobre la robusta y enorme mesa de castaño, varias canastas tapadas con trapos limpios escondían delicias salidas de las manos de Luzmita.

Lorenzo fue descubriendo el contenido de cada cesta. Metió la mano en la primera para palpar la consistencia de los alimentos. El tacto esponjoso de los panes le despertó un nuevo rugido en el estómago y, cediendo a los requerimientos del hambre, devoró con ruidoso desahogo las teleras que

había dejado preparadas la cocinera. Comió con pausado deleite sentado en una de las rústicas banquetas hasta que se sació completamente. Después vació de golpe el contenido de una de las numerosas jarras que poblaban la superficie de la mesa, también cubiertas con trapos para evitar que alguna mosca amaneciese en su interior.

Satisfecho, se estiró de nuevo, desentumeció los músculos y se asomó por la puerta trasera, que daba a las huertas, para observar el cielo. Aunque faltaban algunas horas para el amanecer, decidió que debía ejercitarse un poco en el exterior con el fin de estar lo más despierto posible para el duelo con Ayamonte.

Salió de la cocina, cruzó varios patios, estancias escasamente iluminadas y accedió al pórtico delantero frente a la plaza y la iglesia, que con sus dos campanas dormidas destacaba blanca contra el violeta de la madrugada. Una ligera bruma, aliento de la lluvia desfallecida sobre la misión, lo envolvió en un fresco abrazo según descendía la colina hacia la explanada de hierba donde había citado a Ayamonte, y que permanecía cubierta de noche. La neblina se le enredaba en el cabello mojado y le erizó la piel.

Se dejó invadir por la paz de los prados en descanso; el viento salado lo empujaba con suavidad a seguir adelante, y paseó chapoteando sin prisa por la tierra encharcada de agua, viendo cómo saltaban los grillos sobre sus botas según avanzaba entre la hierba crecida.

Miró el horizonte, que empezaba a clarear, y observó un rato su línea blanquecina. Entonces, abrió los brazos en cruz, elevó el rostro hacia el cielo y cerró los párpados a la aurora. Aspiró el olor a tierra mojada y a flores silvestres, que lo renovaron por dentro mejor que el pegajoso sueño alcohólico del que había despertado poco antes. En ese instante su mente y su corazón estaban en blanco, sumergidos en la placidez de la naturaleza adormilada.

Se sentía bien.

El pasado parecía haber desaparecido; la dura mirada de su madre y sus frases cortantes carentes de afecto, con las que había crecido, ya no resonaban como eco en su interior.

Había decepcionado a su madre en algún momento de su existencia, pero nunca había sabido determinar qué era lo que tanto le molestaba de él, o por qué le tenía tanto resentimiento. Parecía que su mera presencia la alteraba, y aunque en algunos momentos le susurraba que lo quería y le acariciaba la cabeza con ternura, o lo llamaba «niño mío», eran momentos tan

escasos como preciosos en su memoria. Pero en ese instante en el que el viento con sabor a mar lo acunaba entre sus brazos, su corazón no podía recordar la opresión que había sentido siempre en el pecho, esa sensación de que más que amarlo, su madre lo odiaba.

Cuando Lorenzo abrió los ojos, el cielo empezaba a perder la oscuridad, y la luz del alba ascendía conquistando pedazos de firmamento. Una figura menuda se acercaba entre las hierbas, y su contorno iba perfilándose entre la bruma, cada vez más ligera a medida que se aproximaba.

—Señorito don Lorenzo. —El hombre era enjuto y de poca estatura, portaba un colorido poncho y un rostro moreno marcado a arrugas.

—¿Quién es usted?

—Soy Lucio, el criado del capitán Ayamonte; le traigo una pistola para el duelo. Puede probarla para comprobar que está en perfecta condiciones. Es de don Juan.

—¿Dónde está?

—Llegará en breve, aún es pronto —dijo mirando al cielo.

Lorenzo tomó el arma, un reluciente revólver Colt, y jugó con ella; constató el peso y si estaba bien calibrada. Luego dio unos pasos, alejándose de un árbol robusto que hacía de linde de la explanada de hierba. Cuando estuvo a la distancia deseada, se giró y, apuntando, disparó. Luego, a grandes zancadas, se acercó al árbol y acarició el tronco herido comprobando dónde había pegado la bala. Satisfecho, devolvió el revólver a Lucio y le pidió que lo cargara de nuevo.

El cielo estaba cada vez más claro, aunque el sol aún no despuntaba.

Lorenzo, cada vez más nervioso, paseaba de un lado a otro y observaba su entorno esperando ver aparecer a Ayamonte. Un suave rumor empezaba a elevarse sobre la misión; sus habitantes comenzaban a despertar. Poco tiempo después, justo antes de que se viera la primera lanza dorada del sol iluminando el horizonte, Lorenzo escuchó cómo los prados se llenaban de aullidos, de gritos en una lengua extraña. Se giró hacia Lucio para pedirle explicaciones, pero el criado de Ayamonte parecía absorto mirando el amanecer. De pronto elevó los brazos al cielo y empezó a bramar, acompañando con su ronca voz los aullidos que se esparcían por doquier. Y no paró hasta que el sol se alzó completamente y se desprendió de la tierra.

Entre tanto grito no escuchó la voz de Selva hasta que no la tuvo a su lado.

—Lorenzo... —dijo sin aliento—. Gracias a Dios, he llegado a tiempo.

Detrás de ella, Renzo hizo un gesto de saludo tocándose el ala del sombrero. Lorenzo respondió a su vez con un leve movimiento de cabeza.

—Buenos días, hermana.

—Menos mal que no ha llegado Ayamonte aún, vámonos —dijo tirando del brazo de Lorenzo.

Él se zafó suavemente.

—No, hermana. Los dos sabemos que no puedo dejar pasar lo que te ha hecho ese tipo. En ausencia de padre, yo velo por tu honor.

—No de esta forma, habrá otras maneras de responder a su afrenta. Así no ganamos nada. Por favor, hermano, te lo suplico. Para mí lo más importante es que nos vayamos lo antes posible de aquí. Volvamos a casa, con padre.

Lorenzo la abrazó con ternura.

—No voy a matarlo, si es lo que te preocupa. Aún tiene que pagarnos el viaje de vuelta. Pero voy a dejarle una marca en el cuerpo que no podrá olvidar.

Selva se soltó del agarre de su hermano y se volvió hacia el vaquero.

—Haga algo. Diga algo. —Estaba al borde de las lágrimas, pero refrenaba su angustia.

Antes de que Renzo pudiera contestar, el terreno vibró bajo ellos e, instantes después, una compañía de soldados descendía la colina al trote en su dirección. Selva reconoció al alférez que los había recibido el día anterior en el puerto, y que se había presentado como Jorge Márquez; iba en cabeza, y detrás de él, cuatro soldados más. Lucio interrumpió el ritual mañanero para concentrar su mirada en los soldados que ahora los rodeaban.

El alférez dio el alto a sus hombres y después desmontó, seguido del resto de soldados. Intentó ignorar la presencia de Selva y se dirigió directamente a su hermano.

—Don Lorenzo Montoya Linares.

—¿Quién es usted?

—Alférez Márquez. Tiene que acompañarme al presidio.

—¿Por qué?

—Ha violado las leyes de este territorio retando al capitán Ayamonte a duelo. Los duelos, señor, están prohibidos en Alta California. Tiene que acompañarme —repitió dando un paso hacia él y echándole la mano enguantada sobre el brazo.

Lorenzo se revolvió, pero Márquez mantuvo su férreo agarre.

—¿Dónde está ese maldito cobarde?!

—Lo espera en el presidio. Acompáñenos.

A Selva se la veía furiosa y asustada a partes iguales. Vaya con Ayamonte, pensó Lorenzo, había resultado ser un absoluto truhan. Su hermana se interpuso entre el alférez y su montura.

—Señor, ¿qué van a hacer con mi hermano?

—Eso solo depende del capitán. Si me disculpa, señora, debemos partir.

Ella se apartó. Márquez indicó a Lorenzo que montara con uno de sus hombres; partieron instantes después.

Renzo la tomó de la mano.

—Vamos, la acompaño al presidio a hablar con el capitán. No se preocupe.

—No conozco nada de este lugar, ¿es un delito penado con...? —No pudo pronunciarlo por temor a que al decirlo se hiciera realidad.

—Es peor el robo de caballos. Ayamonte es...

—Ni intente defender a ese hombre de nuevo. Maldita la hora en que apareció en nuestras vidas.

Selva no conocía los peligros que acechaban el territorio, pero el presidio le pareció poco sólido para defender esa frontera lejana de la joven República mexicana. El portón de entrada, aunque custodiado por dos soldados, estaba abierto de par en par. Al frente, en el lado sur, se elevaba la capilla, una sencilla iglesia con un campanario. Y en torno al perímetro de la muralla, distintas edificaciones de una sola planta con aleros sujetos por columnas de madera. Resaltaba la blancura del encalado de los muros en contraste con las tejas oscuras de cerámica. El patio de armas era un ir y venir de hombres, mujeres y niños, uniformados o con ropa de civil; caballos, mulas, incluso gallinas y alguna cabra suelta.

El presidio contaba con una pequeña compañía de infantería y caballería y escasas defensas artilleras, según pudo comprobar.

Sin darse cuenta, se había quedado parada observando la agitación del interior del fuerte, asombrada por el griterío y la viveza de la escena.

Renzo comentó a su lado:

—Hasta hace unos años todos los habitantes de Monterrey vivían intramuros. Algunas familias construyeron casa fuera de la fortificación y el pueblo fue creciendo de forma progresiva, aunque aún es poco más que un villorrio. Ahora, solo las familias de los soldados viven en el presidio. Aquí tienen todo lo que necesitan.

Y fue señalándole los espacios, de idéntica apariencia externa: almacenes, casa del gobernador, del comandante, los dormitorios de los oficiales, más allá las barracas de los soldados, la herrería y el abarrote.

—Los baluartes son muy pequeños y no tienen cañones —comentó reflexiva.

—En la cima de la colina hay una pequeña fortificación, desde allí se protegen el puerto y el pueblo. Lo llaman *el castillo*, aunque no son más que cuatro muros con una batería de cañones custodiados por dos soldados; es un lugar excelente para avistar ballenas. —Le señaló con el brazo la elevación cercana.

«Así que aquí es donde debería vivir yo», pensó Selva. Por lo menos, a su marido impuesto se le había ocurrido que ella iba a sentirse más cómoda

en la misión.

—Venga, Ayamonte debe de estar en la comandancia. —El vaquero interrumpió sus pensamientos.

La guio entre el barullo del patio de armas hasta la entrada de la comandancia. A las puertas, bajo el alero en sombra, varios soldados descansaban sentados en bancos alargados contra la pared. Renzo saludó a los muchachos uniformados y entró seguido de Selva. Ayamonte hablaba con Márquez cuando se presentaron en el despacho. El alférez se retiró de inmediato al ver a la joven, cuyo enfado estaba a punto de estallar.

—¿Qué piensa hacer con Lorenzo? —le espetó sin más.

Ayamonte tomó aire pesadamente.

—Ocuparme de él. Renata no me dio oportunidad de hacerlo antes, como me correspondía; esto es lo único que puedo hacer por él.

—Encerrarlo en una celda mugrienta, ¿eso es lo que puede hacer por él?

—Va a necesitar estar encerrado para aguantar la abstinencia.

A Selva la respuesta la dejó sin habla. Permaneció callada midiendo la sinceridad en su esposo.

—¿Cuánto tiempo estará encerrado?

—El que necesite para recuperarse de su alcoholismo. Varias semanas, puede que meses.

—Él no está acostumbrado a estrecheces, además, necesitará cuidados, atenciones y buena alimentación.

—Lo que necesita es dejar de ser el señorito mimado que ha sido, y de eso me voy a encargar.

—¿A usted qué le importa lo que sea? Nunca se preocupó por él, ni por mi madre.

Ayamonte tragó saliva y la nuez luchó arriba y abajo en su robusto cuello.

—No tuve ocasión. Ahora sí la tengo.

—Quiero verlo.

—No, es mejor así. Es por tu bien y el suyo. Lleva varias horas sin licor, está fuera de control, desesperado; podría hacerte algo.

—No le harán daño, ¿verdad? —preguntó con congoja. Ayamonte asintió. Selva bajó la vista y se agarró las manos. Le resultaba imposible aceptar que algo bueno viniese de ese hombre. La rabia volvió a palparle en las entrañas. Alzó la mirada y contraatacó—: Quiero mi hacienda.

—Yo no tengo tierras.

—Entonces, consígalas.

—Tendría que solicitar una concesión al gobernador para un rancho y retirarme del ejército, y no es lo que quiero.

—Yo quiero mis tierras.

—No las vas a obtener por tu cara bonita. La vida aquí es dura, y todos trabajamos para conseguir lo que deseamos. Tendrás que demostrar que las mereces.

—Eran de mi familia, y nos las robaron.

—Las tierras que pertenecieron a tu abuelo Sandalio, a la hacienda Madreselva, están muy lejos de aquí, en México, y como te dije, hace tiempo que mi familia las perdió. Madreselva ya no existe. Olvídate de ella.

—¿Puede usted olvidarse de la promesa que le hizo a mi madre?

La tensión que crispaba las comisuras de los labios del capitán y el entrecejo se tornó en cansancio y en una tristeza tan densa que a Renzo, quien observaba el intercambio entre los esposos en silencio, como si fuese un mueble más, le pareció que el hombre estaba a punto de derrumbarse.

—Romo, llévala de vuelta a la misión.

El vaquero agarró por el brazo a la joven y tiró de ella hacia la salida.

—¡Volveré a España en cuanto Lorenzo se haya recuperado, y nada podrá hacer para impedirlo! ¡Miserable! ¡Embustero! —gritó mientras Renzo la sacaba casi a rastras de la comandancia.

Selva estaba furiosa.

—¿No había dicho que no trabajaba para mi marido? Sin embargo, hace todo lo que le dice.

—No lo hago por él, sino por usted.

Sus ojos verdes relampaguearon incrédulos.

—¿Por qué?

—Ha sido engañada, separada de su familia y se encuentra en un lugar extraño cargando con un hermano alcohólico. Solo quiero ayudar. Además, el padre Amador me ha pedido que me ocupe de usted. Ahora, volvamos a la misión, tengo trabajo que hacer.

—Necesito pedirle una última cosa, luego nos vamos.

—Dispare.

—Quiero conocer al gobernador. Lléveme con él.

—¿Qué está tramando?

—Voy a solicitar una concesión de tierras.

—¿No se volvía a España?

—Eso puede tardar meses; de momento estoy aquí. Si Ayamonte piensa que se casó con una muchacha que se pasa el día lloriqueando, le voy a demostrar de qué pasta estamos hechos los Linares.

—¿Para qué necesita tierras?

—La tierra lo es todo. Me lo enseñó mi abuelo. Además..., mi familia perdió su hacienda y mi responsabilidad es recuperarla.

—Ya oyó a su esposo: su hacienda está muy lejos de aquí, y ya no existe.

—Entonces, las tierras de Alta California tendrán que servir para cumplir el último deseo de mi madre. No me imagino un lugar mejor.

Renzo se puso muy serio.

—La tierra no nos pertenece; nosotros le pertenecemos. No necesita adueñarse de ella para formar un hogar sobre sus fértiles prados.

—No todos piensan como usted. Si no son mías, serán de otro. Ahora lléveme con el gobernador.

—Tal vez debería dejar la visita para más tarde, darse un baño, cambiarse el vestido...

—No hace falta.

—¿Se ha visto bien? Ha dormido en los establos, no lleva mantilla y huele... —se acercó a ella y le pasó la nariz por el cuello— a...

Selva se estremeció por su cercanía, pero supo disimular.

—No lo diga. Además, usted no huele mucho mejor. —Se retocó el rodete, se alisó la falda—. Vamos, cuanto antes terminemos, antes puede deshacerse de mí.

Nicolás Gutiérrez, gobernador interino de Alta California, creyó estar viendo un espejismo cuando el soldado Guzmán le anunció la visita de la dama española, joven, bella y con el porte altivo de una reina. Renzo esa vez permaneció fuera, bajo el alero de entrada. El coronel casi se cae de la silla cuando la mujer se presentó como la esposa del capitán Ayamonte y le solicitó formalmente una concesión de tierras.

—No sabía que Ayamonte se había casado ni que pensaba convertirse en rancho.

—Ha sido siempre su sueño, pero se debe a su patria, claro —afirmó Selva moviendo las pestañas, coqueta—; sin embargo, ahora que se ha casado, quiere darme un hogar donde formar una familia. Lo entiende,

¿verdad?

—Sí, señora. Tendré en cuenta su petición cuando terminemos el proceso de secularización de la misión y hablaré con su marido.

—¿Qué misión?

—La del padre Amador. Ese viejo fraile nos va a dar guerra con sus indios, pero podremos arreglar algo. —Le guiñó el ojo.

—Así que la misión va a ser secularizada —mascó despacio—. Estoy segura, coronel, de que un hombre de su valía puede conseguir lo que se proponga. Tal vez yo podría ablandar al padre Amador; estoy hospedada en la misión.

—Eso sería de gran ayuda, señora. Ese fraile es muy testarudo y está poniendo trabas a mi administrador para que finalice el inventario de bienes. Con su ayuda, podríamos acelerar la secularización y repartir las tierras entre nuestra gente de razón.

—Cuenta con mi colaboración, coronel.

—Espero verla esta noche en la fiesta para celebrar la llegada del *Patriot*.

—¡Una fiesta!

—Los californios somos muy amantes de bailes y meriendas, aprovechamos cualquier ocasión para celebrar fiestas en nuestra comunidad.

¿Asistirá?

—Por supuesto.

—Entonces permítame solicitarle un baile. Creo que en cuanto nuestros caballeros la conozcan, no va a tener tiempo de sentarse un instante.

Selva rio el halago del coronel.

—Hasta la noche entonces —se despidió ella.

—Contaré las horas. —Le besó la mano y la acompañó hasta la salida.

Todos en la misión estaban muy ocupados con sus labores. Renzo desapareció en cuanto llegaron a los establos. Aunque Selva quiso exponer al padre Amador lo que le había comentado el gobernador sobre la secularización de la misión, el fraile andaba de un lado para el otro y no consiguió hablar con él, por lo que Selva se dedicó el resto de la jornada a descansar y a acicalarse para la fiesta.

Con las últimas luces del día fundiéndose en la bahía, llegaron a Monterrey.

Una hora antes, los trabajadores de la misión formaban una bella estampa en la plaza de la casa grande. Los vaqueros montaban a caballo e iban ataviados con el traje de fiesta: pantalón de pernera acampanada y chaquetilla a la cintura, ambas piezas de paño oscuro y bordadas con filigranas de hilo claro, y camisa blanca de chorreras. Las botas relucían, los sombreros caían sobre las frentes con donaire, y una colorida manta se deslizaba por el hombro derecho y alrededor de las vigorosas cinturas. Al mirarlos, Selva sentía calor en todo el cuerpo y una plácida sensación de irrealidad. Admiraba los rostros sonrientes, el canturreo de los muchachos anticipando los sones festivos. Los vaqueros más jóvenes lanzaban gritos a la noche estrellada y caracoleaban con sus caballos.

La joven andaluza se sentía fascinada por la sencilla belleza de las mujeres nativas, quienes se habían adornado con flores del jardín y portaban a juego el corpiño entallado y la falda de vuelo de vivos colores, que les dejaba los zapatos de raso negro al descubierto. Unos rebozos les cubrían los cabellos oscuros y les caían sobre los hombros cubriéndoles el escote.

Ella llevaba un vestido color melocotón y se había peinado el pelo tirante hacia atrás en un moño bajo. Su tez nacarada y sus ojos claros relucían como un diamante pulido en medio de los rostros morenos de los mestizos e indios *costeños* que la rodeaban. Decoraban su cabello dorado unas lilas del jardín. Llevaba un mantón de flores bordado, color marfil, sobre los hombros.

Pensó en montar su propio caballo, pero Renzo la convenció para que subiese con él diciendo que arruinaría su vestido. Montó al modo de las Amazonas detrás de él, ayudada por unos escalones de madera colocados junto al caballo para el efecto, y con sus brazos rodeó la cintura del vaquero. Él agarró sus manos y le indicó que se sujetase con fuerza a su cinturón para no caer.

—Agárrese bien, señora, no quiero perderla por el camino —le dijo con una media sonrisa, mirándola con la cabeza ligeramente volteada hacia atrás, mientras empujaba sus dedos por dentro del pantalón y apretaba sus manos alrededor del cinturón de piel de venado. Su contacto era áspero y cálido, y ella se sentía desmayar oliendo su aroma a jabón, a hombría y a campo bañado de aurora.

Luzmita, Benito y el padre Amador viajaban en la carreta llevando fuentes de comida cubiertas con trapos blancos y jarras de bebida. Le explicó Renzo que todos contribuían al banquete de la fiesta. El resto de trabajadores de la misión había hecho lo posible para adecentarse, peinándose el cabello

hacia atrás, acicalándose los bigotes, cambiándose la camisa y sacudiéndose el polvo de las botas.

Los caballos mantenían un trote juguetón; parecían bailar al compás de las canciones de sus jinetes, con las que amenizaron el camino hasta Monterrey. Cuando llegaron al pueblo, las guitarras y los cánticos ya se oían a través de las puertas, abiertas de par en par, de la casa de aduanas, construida en 1827. Era un edificio grande de dos plantas, con balconada de madera adornada con flores de colores y farolillos que alumbraban el entorno exterior.

Se veían numerosos corrillos de vaqueros charlando sobre las monturas. Otros habían desmontado y bebían y reían. También carretas tiradas por mulas, unas, bueyes, otras, al cuidado de los criados, y en las que habían llegado las señoras y señoritas de los ranchos cercanos, se arremolinaban en un extremo de la plaza.

Junto a la puerta estaba el alférez Jorge Márquez y la compañía de soldados con los que había llegado a la misión al amanecer en busca de Lorenzo. Le hizo un gesto de saludo al que ella no contestó, molesta aún por la detención de su hermano. El capitán Ayamonte no estaba a la vista.

Renzo parecía no tener intención de dejarla desmontar. Se paseaba con ella saludando a los lugareños sin dignarse en presentarla. La miraban expectantes, curiosos por saber quién era la joven sentada tras él, pero el vaquero avanzaba y los dejaba con la pregunta en la punta de la lengua antes de que saciasen su curiosidad. Al paso llegó al lateral de la casa de aduanas y desmontó. Ató las riendas alrededor de una de las columnas de madera que sostenían el alero del techo y después extendió los brazos hacia Selva y la aferró por el talle. Ella se dejó caer hacia él para descender. Quedaron muy cerca el uno del otro, el rostro de Selva a la altura del cuello de Renzo. Su cuerpo irradiaba fuerza y calor, y su aliento a limón le embriagó el alma de anticipación. Se quedó un instante prendida de sus labios; esbozaron una sonrisa. Alzó entonces las tupidas pestañas y le acarició el rostro con la mirada hasta llegar a sus ojos, dos pozos oscuros e insondables que destilaban ardor.

—Gracias —musitó con las mejillas arreboladas.

Renzo no respondió. La contempló unos segundos más con sus manos aún alrededor de la cintura y la sonrisa colgada de las pupilas.

—Vamos a ver qué tal baila, señora de Ayamonte —dijo tomando su mano y tirando de ella hacia la entrada principal de la casa de aduanas.

El vaquero saludaba a unos y otros mientras se abría paso hasta el centro de la pista de baile. Selva miró a su alrededor. Las mujeres se sentaban en sillas contra la pared y en corrillos, donde charlaban, se abanicaban y observaban a las parejas de bailarines. Los colores de los vestidos y las fragancias de las flores prendidas de los tocados de las damas transformaban el lugar en puro encanto y viveza. El ruido de las conversaciones y las risotadas era ensordecedor, acallaba por completo el murmullo del cercano océano. En dos extremos de la sala, mesas repletas de apetitosos platos locales inundaban el espacio de deliciosos aromas.

La música acababa de terminar, y las parejas esperaban con las manos enlazadas el anuncio de la siguiente pieza. Templaron las guitarras y los violines. ¡Los músicos eran indios!, se sorprendió. Algunas mujeres, desde sus sillas, acompañaban las canciones con castañuelas y panderetas. Uno de los músicos gritó: «¡Fandango *Tus ojos negros!*», y Selva escuchó aclamaciones de aprobación en derredor.

Renzo la tomó sorpresivamente por el cuello y, acercándola a su cuerpo, le susurró al oído:

—Es un baile de seducción. Usted me muestra sus encantos y yo le demuestro mi hombría. —A Selva le empezó a temblar todo el cuerpo. Se separó de ella y la tranquilizó con una franca sonrisa—. Déjese llevar, mire cómo lo hacen las demás.

En torno a ellos, las mujeres agitaban las faldas con picardía, moviéndose hacia un lado y al otro mientras sonreían y sostenían la mirada a sus hombres. Selva aspiró hondo, cerró un instante los ojos y dejó que la música la llenara de valor. Renzo esperaba con una sonrisa traviesa en los labios. Entonces, tímidamente, se agarró de la falda con ambas manos y empezó a menearse como sus compañeras de baile. Renzo rio su valentía. Bailaron sin descanso, una pieza tras otra, mientras la osadía de la joven crecía y perdía todo el pudor. Renzo era un excelente bailarín, y su fuerza y virilidad tenían subyugado por completo el desbocado corazón de Selva.

Después de la sexta canción, alguien se atrevió a interrumpirlos para solicitar un baile a la señora de Ayamonte. El coronel Gutiérrez había tenido a bien propagar la feliz noticia entre el personal del presidio y sus familias, y ya todo Monterrey sabía que por fin Juan Lorenzo Ayamonte había elegido esposa en España. Sin embargo, Selva se disculpó con el caballero y le pidió que esperase un poco a que recuperara el resuello. Renzo la acompañó hasta una silla vacía, cerca de donde varias comadres aplaudían los bailes y

conversaban animadamente, y fue a buscar algo de beber y comer.

Selva se acomodó el cabello y se envolvió en la mantilla. La noche avanzaba y su frescor se colaba por las puertas y ventanas abiertas al exterior. Renzo regresó haciendo malabarismos con dos platos llenos de aromas y dos pequeñas jarras de vistosa cerámica. Se sentó a su lado.

—Me temo que hemos escandalizado a la comunidad californiana con tanto baile.

—No se preocupe. Es una mujer casada y está recién llegada, se espera que baile con cuanto caballero la reclame.

—Ya, pero solo he bailado con usted, y han sido seis piezas.

—No somos puritanos, Selva. El goce es parte de la vida. Además, el padre Amador vela por que se mantengan las buenas costumbres y el decoro cristiano —dijo moviendo la cabeza en dirección al fraile, quien desde un rincón aplaudía y también hacía gestos a las parejas de solteros para que no se pegaran tanto—. Creo que los seis bailes son razón suficiente para que nos empecemos a tutear.

Selva le sonrió antes de dar un sorbo al ponche.

—Está bien. No sabía que fueras tan buen bailarín.

—Soy demasiado rústico para tener habilidades de caballero, ¿no?

—Rústico no es la palabra; bruto te va mejor —dijo soltando una risa liviana como el sonido de un cascabel.

Permanecieron en silencio mientras terminaban el plato de comida.

—¿Crees que podría ver a Lorenzo?

—El capitán Ayamonte no lo va a permitir.

—No me refería al capitán Ayamonte. Habrá algún soldado que pueda hacerme el servicio. Tal vez el alférez Márquez; no me ha quitado el ojo en toda la noche.

—Si quieres, puedo ir a preguntar. Pero no creo que vaya a saltarse las órdenes de su superior por muy bonita que estés esta noche.

—Sabes bailar y hacer cumplidos, quizá no eres tan bruto como aparentas.

Un hombre joven, robusto, de poca estatura, tupido bigote y voluminoso abdomen se plantó delante de Selva y le tendió la mano invitándola a bailar. Selva tomó la mano del caballero y se puso en pie. Renzo, que estaba distraído mirando hacia otro lado, cuando se percató de la presencia del sujeto, se puso en pie rápidamente y agarró por el brazo a la joven, que se disponía a seguir al hombre grueso a la pista de baile.

—La señora de Ayamonte está cansada y ahora no le apetece bailar — dijo cortante.

—Eso podrá decidirlo sola, Romo.

—En ausencia de su marido, yo la acompaño.

—Renzo, estoy bien —dijo ella liberándose con suavidad del brazo que la sujetaba, y después, dirigiéndose al caballero, añadió—: Bailemos.

Selva volvió la cabeza hacia atrás y vio que el vaquero no los perdía de vista mientras avanzaban entre el gentío del local hacia la zona de baile. Le sonrió conciliadora, pero solo recibió como respuesta su ceño fruncido.

—Es un gusto saludarla. Ha sido una sorpresa enterarnos de que el tío Juan se ha casado, y nada menos que con una mujer encantadora.

—¿Tío Juan?

—Pero ¡qué patán!, no me he presentado. Otón Avendaño. Soy sobrino de su esposo.

—Ah, no sabía que tenía sobrinos.

—Solo dos, mi hermano Rufino y yo.

—Y ¿a qué se dedica, don Otón?

—Soldado, señora. Soy escolta del gobernador.

—¿Soldado? —A la joven se le iluminó el rostro. Paseó la vista por el traje del hombre, quien se había desprendido de la chaquetilla y solo llevaba la camisa y el pantalón del uniforme. ¡Soldado! Tal vez podría ayudarla—. Me gustaría pedirle un favor.

—Si está en mi mano complacerla, será un honor.

—Mi hermano ha cometido una chiquillada y... está arrestado. Me gustaría visitarlo.

—Algo he oído. ¿Un duelo de honor?

Selva se sonrojó.

—Es joven y apasionado, y se altera fácilmente, usted me entiende, ¿verdad?

—Por supuesto, doña Selva.

—¿Cree que podría ayudarme a hacerle una visita rápida?

El hombre se pegó a su cuerpo sin que Selva pudiera evitarlo.

—Por usted, hago cualquier cosa —susurró en su oído.

La joven se estremeció e intentó separarse de él, pero Otón era muy fornido y la mantenía fuertemente asida por la cintura, la barriga contra su vientre y el aliento caliente en su cuello. Por fortuna, el baile seguía con pasos en los que las parejas se tomaban de la mano y, después, el hombre

taconeaba al lado de la dama mientras ella movía con gracia la falda. Otón la soltó y siguió la coreografía, sin embargo, hacía rato que Selva había perdido la atención y no imitaba los pasos de las demás mujeres.

—Quisiera verlo ahora —afirmó contundente.

—Por supuesto.

Otón le ofreció su brazo y juntos salieron de la sala al exterior.

Renzo salió detrás de ellos, a escasa distancia.

Cruzaron el jardín, donde animados corrillos de señoras conversaban al fresco, y después enfilaron hacia el presidio.

Las callejas arenosas estaban desiertas, aunque el ruido de la fiesta los acompañó durante un largo trecho, hasta el último tramo del camino, donde el océano los recibió con su rumor de olas apagando los ecos de la algarabía del pueblo. Selva caminaba rápido, casi empujando a su acompañante. El camino estaba cubierto de noche y no había ninguna luz, salvo, a su espalda, la casa de aduanas y, frente a ellos, el candil que portaba el guardia a la entrada del presidio. De vez en cuando, tenues haces de luz se cruzaban delante de ellos revoloteando: las luciérnagas también estaban de fiesta esa noche.

El guardia los iluminó con el farol y mostró una sonrisa picada.

—Avenidaño —lo saludó dándole una palmada en la espalda.

—¿Qué hubo, Tomasito? Te tocó a ti perderte la fiesta.

—Y ¿qué le vamos a hacer?

—Ándale, refréscate el gaznate —dijo entregándole una petaca con licor. Tomasito le dio un ávido trago y se la devolvió—. Solo será un momento —le explicó al guardia guiñándole el ojo, y accedió con Selva al interior del presidio.

El patio de armas estaba igual de desierto que el resto del pueblo; los grillos se adueñaban de la noche intramuros con su ruidoso cricrí. Otón la condujo sin dilación al cuartel, donde estaban las celdas. Otro soldado dormitaba sobre una silla con el cuerpo desvencijado hacia un lado. Otón le dio un empujón con el pie y el hombre se despertó sobresaltado. Se frotó los ojos y se cuadró, con los ojos aún turbios de sueño.

—Soy Otón. ¿Dónde está el señorito español?

—El capitán Ayamonte no permite las visitas.

—Esto queda entre nosotros, ¿verdad? —dijo dándole una palmada en la cara.

—Me va a meter en un lío con su tío.

—Me manda el gobernador, así que nada de líos, y tú, ya sabes, en boca cerrada no entran... moscas. —El muchacho se puso a temblar.

Abrió con manos torpes la verja herrumbrosa, que chirrió con especial estruendo en esa noche callada y que le erizó los vellos del brazo a Selva.

Ella había permanecido en silencio. No quería complicar la situación, y además deseaba pasar desapercibida, si eso era posible; su acento español con un suave deje andaluz la delataba en esa tierra mexicana. La oscuridad del lugar encubría el dorado de sus cabellos y la blancura de su tez.

El guardia tomó el farol que descansaba en el suelo y los guio por un pasillo rodeado de celdas. Solo algunas tenían inquilinos, que dormitaban en el suelo de piedra tapados con mantas turbias de aspecto áspero y grasiento. El guardia se paró frente a la celda de Lorenzo. Selva se acercó y asió los barrotes.

Una ola de humedad, moho, orines y vómito le azotó el rostro. Contuvo una arcada volviendo la cara hacia atrás y se tapó la boca y la nariz con la mantilla que llevaba a los hombros. Lorenzo dormitaba con una pierna por fuera del estrecho camastro y los brazos alrededor de la cabeza a modo de almohadón. Llevaba la ropa de la mañana; una pelusa puntiaguda y dorada decoraba su mentón y sus mejillas. La camisa abierta había perdido la blancura y los pantalones estaban sucios y arrugados. Estaba descalzo, y los pies blanquísimos clamaban por salir de ese lugar inmundo.

A Selva la congoja le impidió hablar durante unos eternos instantes. Finalmente susurró su nombre:

—Lorenzo.

Pero el joven dormía profundamente y tuvo que alzar la voz para arrancarlo del sopor.

—¡Lorenzo!

Su hermano abrió los ojos y, al verla, se incorporó de golpe, se acercó con ansia a la verja y le tomó las manos que ella le ofrecía a través de los barrotes oxidados.

—Lorenzo —musitó una vez más.

—¡Selva, hermana, has venido a sacarme de aquí! Debemos darnos prisa.

Ella bajó los ojos anegados de lágrimas y no respondió.

—¿Tienes algo de beber? Me muero de sed.

Selva se giró hacia el soldado.

—Traiga agua, por favor.

—Un trago mejor; el agua no me quita la sed.

Selva ignoró con mucho esfuerzo su petición, pues Lorenzo le apretaba las manos con ímpetu, imprimiendo a su agarre la desesperación que no quería demostrar en sus palabras.

—Traiga agua, soldado —pidió de nuevo la joven.

—Pendejo, ¿no has oído? La señora ha pedido agua, ándale —apremió Otón Avendaño dando un empujón al soldado, el cual fue a buscar agua y volvió con su botijo, que entregó a la dama.

El guardia tuvo que abrir la celda, pues el botijo no pasaba entre las rejas. Lorenzo intentó salir, pero el soldado lo encañonó con el fusil. Entonces tomó el botijo que le ofrecía Selva y bebió con desespero mientras el soldado cerraba de nuevo el candado de la celda. El muchacho lo intentó una vez más, pero en esa ocasión sus manos temblaban y sus ojos estaban más enrojecidos que al despertar.

—Selva, necesito un trago. Solo uno, el último; lo prometo, hermana.

Ella se echó hacia atrás justo a tiempo, antes de que él pudiera atraparla a través de las rejas.

—Es mejor así, Lorenzo. Te pondrás bien, ya lo verás. Volveré pronto y te traeré tus cosas.

Lorenzo empezó a levantar la voz exigiéndole un trago y terminó gritando; aullaba, suplicaba, lloraba, se desgañitaba, maldecía, golpeaba con manos y pies los barrotes, escupía desesperación y todo a un tiempo, mientras el temblor crecía en auténticas sacudidas que lo derribaron sobre el frío suelo de piedra.

—Vámonos, por favor —suplicó Selva con las mejillas bañadas en lágrimas y el alma desgarrada. Otón la llevó de vuelta al exterior.

En silencio, bordearon el patio de armas por debajo de los aleros de madera de los edificios. Selva intentaba acallar el sollozo que le salía a borbotones del pecho; no se había dado cuenta de que Otón la envolvía con el brazo.

Tomasito los recibió con una risilla a la salida del fuerte.

—Híjole, veloz como el rayo, mi Avendaño —dijo palmoteándole la espalda.

—Me guardas el secreto, amigo. —El otro asintió con una risotada.

Selva estaba demasiado aturdida y ensimismada en su dolor para entender el comentario.

En cuanto salieron del presidio, pidió volver a la fiesta.

—Aún debo unos cuantos bailes a varios caballeros.

—Vayamos mejor a dar una vueltita, la noche llama a pasearla.

—Ya has oído a la señora, Avendaño: quiere volver a la fiesta.

Renzo se plantó frente a los dos y extendió la mano hacia Selva. Ella la tomó con cierto alivio; algo la inquietaba en la voz melosa de Otón Avendaño.

—Dale, la noche te espera para que la pasees —le dijo mientras aupaba a Selva al caballo que había llevado con él.

—Gracias, don Otón, y buenas noches —se despidió Selva.

El vaquero montó detrás de ella y, con un suave trote, se alejaron del presidio y de Otón Avendaño.

Selva habló cuando estuvo cierta de que el sobrino de su esposo no podría oírlos.

—En verdad, no quiero volver a la fiesta, era una excusa. Ese hombre tiene algo; es amable y galante, pero no sé.

—No es de fiar, ni él ni su hermano Rufino lo son.

—Se parecen a su tío, entonces.

—No, ellos están hechos de otro barro. Asesinaron a su propio padre.

—¿Cómo dices?!

—Así me lo contó el fraile.

—Pero ¿por qué?!

—Desconozco los detalles, pero puedo asegurar que son peligrosos. Ayamonte, aunque no lo creas, es un hombre de honor.

—Tienes razón, no lo creo. Quiero volver a la misión.

—El capitán Ayamonte ya debe de estar en la fiesta, ¿no preferirías que te presentara oficialmente en sociedad?

—No, prefiero no verlo, ahora sería capaz de sacarle los ojos. Si hubieras visto en qué estado está Lorenzo...

—Pronto mejorará.

—Eso espero.

Después del berrinche, Lorenzo se había vuelto a quedar dormido sobre el suelo pegajoso de orines antiguos.

—Eh, muchacho. —Otón se agachó junto a él, lo zarandeó y, después, sacó la petaca y empezó a verter su contenido sobre la boca entreabierto del muchacho—. Mira lo que te traigo.

Él tardó escasos instantes en percibir el sabor añorado del alcohol. Le arrebató la petaca y se la bebió ruidosamente, como si le faltase el aire, hasta acabar con el licor. Después Otón lo ayudó a incorporarse y lo tendió sobre el desvencijado catre.

—Y ahora, a dormir con los angelitos negros.

8

Los ecos de la fiesta se apagaron al amanecer. Los neófitos se afanaban bien temprano limpiando y arreglando los excesos del baile.

Entre las brumas del sueño, Selva escuchó alaridos incomprensibles y, poco después, el canto del Alabado. El sol empezaba a despuntar. «Demasiado temprano», pensó. Se giró y siguió durmiendo durante varias horas hasta que su estómago se quejó estruendosamente. Se incorporó y paseó la mirada por su nueva alcoba; la sentía un poco más suya que el día anterior. Alguien, sigiloso, había entrado y había colocado un jarrón de agua caliente que aún humeaba, una barra de jabón con olor a gardenia y una toalla limpia sobre el palanganero mientras dormía.

Se sacó la camisola de dormir, se lavó con fruición y se arregló para bajar a desayunar. Se cruzó con varias criadas en la galería del patio interior. En el pórtico del exterior, y sentado en una mecedora, el padre Amador leía en murmullos de su misal encuadernado con gastadas tapas de cuero marrón oscuro, ajado por el tiempo y la humedad. Selva salió y le dio los buenos días.

—Ah, querida Selva, buenos días. Espero que hayas descansado bien. Mira qué día espléndido hace —dijo abriendo los brazos y abarcando el jardín entero.

La joven le sonrió.

—Parece que he dormido demasiado. ¿Se ha servido ya el desayuno?

—Sí. El trajín en la misión es muy intenso, se amanece con el sol. Tal vez hayas escuchado el Alabado; marca el comienzo del trabajo en el campo. Ya te acostumbrarás. Ve a la cocina, Luzmita te servirá el desayuno. Así puedes aprovechar para conocerla un poco mejor.

Se accedía al reino de aromas y sabores de Luzmita atravesando varios patios interiores con soportales, los cuales permanecían en sombra por los frondosos árboles frutales que hundían sus raíces en la humedad de la tierra. Esos espacios abiertos eran una antesala de olores: entre los naranjos y limoneros había plantados laureles, albahaca, menta y un sinfín de plantas aromáticas para aderezar los platos de los habitantes de la misión. Selva arrancó unas hojas finas y puntiagudas de un matorral, las frotó suavemente

entre las palmas de la mano y aspiró. Olían a romero.

Una vez, durante la travesía hasta Monterrey, mientras Lorenzo dormía la borrachera y Juan Lorenzo ignoraba su presencia charlando con uno de los pasajeros, la muchacha se había escabullido a la cocina del *Patriot*, más por curiosidad que por hambre. Le encantó la viveza, la estrecha camaradería de los hombres pelando, cortando y ahumando. En contraste, la cocina de la misión era un mundo exclusivamente femenino, pues a los niños que correteaban entre las faldas de las mujeres o que ayudaban, sentados en el suelo, a pelar los ajos no se los podía considerar como hombres en el sentido estricto del término. Sentadas en taburetes bajos, las mujeres conversaban mientras las manos regordetas y callosas trabajaban a gran velocidad abriendo vainas, desgranando el ajonjolí o moliendo especias. Sus chismorreos quedos acompañaban el burbujeo de las ollas. Se hizo el silencio cuando Selva accedió a ese mundo de vivos olores. Se sintió un poco cohibida, pero avanzó con decisión hasta la robusta mesa de madera donde Luzmita cortaba chiles y los vertía en una gran cacerola.

«Miren, es la señorita», dijo una. «A buenas que amanece», comentó otra. «Es la novia del capitán Ayamonte», apuntó la tercera. «Buenos días», dijo ella para que quedara claro que las estaba escuchando.

—Se me mudan al patio, chismosas —las regañó Luzmita, y las espantó con el delantal como hubiera hecho con las gallinas del corral. Las mujeres salieron riendo y cargando con barreños y verduras por la puerta trasera de la cocina. Luzmita le sirvió el desayuno y, después, se puso a desplumar unos capones que esperaban su turno para acompañar a los ajíes en la cacerola.

—¿De dónde es, Luzmita?

—Nací en Cuzamil, la isla de las golondrinas, en el Yucatán.

—¿Cuánto tiempo lleva en la misión?

—Desde que llegué siempre he estado aquí, ayudando al padre Amador.

—¿Echa de menos su tierra?

—¡Ay, *m'hija!*, verá que la nostalgia se le irá diluyendo poco a poco y en algún momento sentirá que no hay otro lugar donde preferiría estar.

—¿Eso le ha pasado a usted?

Luzmita asintió.

—¿Y si no es así?

—Regresar nunca es fácil. El corazón cambia, nada vuelve a ser lo que era. Y los que estaban ya se fueron, y si aún están, no son como los recordamos o no nos hacen sentir como solían. No, regresar no es fácil. Tome

la decisión que tome, volver o quedarse, nada será como era. Sépalo, *m'hija*.

Selva masticó las palabras de la criada maya mientras saboreaba un trozo de tortilla de maíz. Ella tenía razón: aunque regresase a su casa en Córdoba, nada sería como antes. Su vida ya había empezado a cambiar cuando falleció su abuelo Sandalio. El vacío que dejó fue enorme, y ella acallaba el dolor cabalgando hasta no sentir el cuerpo. Durante los primeros meses de su ausencia, su madre se volcó en la gestión de la casa e intentó estar más pendiente de Lorenzo y de ella, sin embargo, su enfermedad terminó postrándola de nuevo en el lecho para no levantarse más. Si Renata tenía razón, a su muerte, las deudas de juego de su padre, Ernesto Montoya, habrían aniquilado lo que quedaba de patrimonio familiar, puede que incluso hubiese perdido el cortijo que construyó su abuelo. Antes de tomar la decisión de volver a España debía asegurarse de que tenía un hogar al que regresar. Resolvió escribir a su padre sin más tardanza para preguntarle.

Benito, el alcalde de las rancherías de indios, interrumpió sus pensamientos. El indio entró a la cocina con el sombrero en las manos, el pelo aplastado por el sudor y el rostro más oscuro que de costumbre. Luzmita lo miró fijamente un instante.

—¿Quién fue?

—Miguelito.

—¿Es grave?

—Bastante. Me manda su hijo a buscarla.

—Espere, que preparo mis cosas.

—Voy a por la carreta, la espero afuera —dijo Benito, y salió aprisa.

Selva observaba cómo Luzmita disponía una cesta con tarros y hierbajos. Parecía haberse olvidado de la joven.

—¿Tiene un hijo, Luzmita?

La pregunta la sobresaltó. Sus ojos relampagueaban, encendidos cual candelas, fijos y penetrantes como los ojos de la pantera. Ante su mirada arbolada, la osadía de Selva la sorprendió a sí misma:

—Benito ha dicho que su hijo lo mandaba a buscarla, ¿quién es su hijo, Luzmita?

El silencio reinó por un instante entre ellas mientras se sostenían la mirada.

—Renzo —dijo al fin. Posó una mano huesuda en su cabeza y salió rauda, cargando con la cesta en pos de Benito.

El capitán Ayamonte regresaba a la comandancia después de la reunión matutina a que lo había convocado el gobernador. Su sobrino Otón lo acompañaba.

—Tío, menuda hembrita que se echó. Es la purita envidia de todo el cuartel. Pendejo se queda uno mirándola. Ayer su dama se divirtió mucho en la fiesta, aunque el mestizo la acaparó más de la cuenta.

—Cuida tus modales. Renzo es de mi absoluta confianza y, en mi ausencia, él se encarga de que Selva se encuentre bien.

—Ni tanta confianza, tío. Un hombre es un hombre, y su mujer es mucha tentación. —Juan Lorenzo prefirió ignorar el comentario.

Habían llegado a las dependencias de la cárcel y Ayamonte quiso comprobar cómo estaba Lorenzo.

A pesar de que era entrado el mediodía, el muchacho seguía durmiendo a pierna suelta. Juan Lorenzo se lo encontró roncando en su celda. Mandó abrir la puerta y se acercó con sonoros pasos, que resonaron contra los muros, y el tintineo de la espada que le colgaba del cinto. El olor a alcohol era innegable; estaba borracho.

—¿Quién le ha dado trago al prisionero?! —gritó haciendo retumbar las paredes de adobe de la celda—. Traigan al centinela.

Cuando el soldado que había hecho guardia apareció, ojeroso por la noche en vela, y vio al capitán Ayamonte con las cejas crispadas y el rostro enrojecido del enfado, se quedó petrificado en la puerta.

—¿Tú eres el que estaba de ronda anoche?

—Sí, mi capitán.

—¿Quién le ha dado trago al prisionero?

—Yo no fui, lo juro por la Virgencita, mi capitán —dijo mirando a Avendaño, que lo observaba a su vez con una sonrisilla en los labios.

—Pues alguien tuvo que ser.

El soldado calló.

—Tío, yo vi a Renzo saliendo del presidio anoche cuando iba hacia la fiesta, seguro que su esposa le pidió averiguar cómo estaba su hermano. Pudo ser él; el muchacho estaba desesperado, le suplicó, y el mestizo lo consoló.

Ayamonte bufó exasperado.

—¿Me puedo ir ya a dormir, capitán? —preguntó el centinela de noche intentando controlar un sonoro bostezo.

—Retírate. Otón, regresa a tu puesto; hablamos más tarde.

—A sus órdenes, capitán. —Se cuadró, burlón, y se fue.

Juan Lorenzo permaneció un rato viendo dormir a su hijo. Sintió una pena profunda por ese muchacho, marcado tan joven por el amor desdichado de sus padres. Su alcoholismo también era culpa suya. Si hubiera sabido, si hubiera intentado averiguar... Apartó los remordimientos que le estrujaban el alma sacudiendo la cabeza enérgicamente. De nada valía seguir lamentándose. Ahora debía asumir que tanto él como su hermana estaban a su cuidado. Le debía una oportunidad a su hijo, un nuevo comienzo; luego, libre de su adicción, no podría retenerlo más.

—Es por tu bien, muchacho —susurró posando su mano callosa sobre la cabeza sibilante de Lorenzo.

Miguelito, uno de los vaqueros que ayudaban en el arreo del ganado, había recibido en la pierna una cornada de un toro cimarrón al que habían acorralado en la llanura. Luzmita le cosía la herida y se la emplastaba con un barro que había elaborado allí mismo con la tierra blanda y jugo de maguey que llevaba preparado en su cesta. El neófito había perdido, junto con la abundante sangre que manaba de la herida, el dorado de su piel; su rostro macilento parecía más criollo que indio. Los labios tenían una tonalidad blanquecina, y hasta la ancha nariz parecía haberse achicado en la cara filuda. Varios hombres se afanaban trenzando fibras vegetales, que habían desbrozado a machetazos del bosque cercano, y fabricaban con ellas una angarilla para transportar al herido hasta la carreta y para descenderlo de ella una vez que hubiesen llegado a la misión. El resto de vaqueros había continuado la marcha con las cabezas de ganado apresadas. Benito y Renzo permanecían junto a Miguelito y asistían a Luzmita sujetando la pierna al herido, que, a pesar de la debilidad, se revolvía como cola de lagartija.

De regreso en la misión, Benito y Renzo, junto con los dos vaqueros que habían permanecido con ellos, descendieron a Miguelito de la carreta y lo llevaron a la casa grande. El muchacho había perdido la conciencia durante el viaje.

En la plaza, el capitán Ayamonte fumaba mientras contemplaba el movimiento ondulante de los trabajadores en el valle. Renzo se acercó a saludarlo tras haber dejado a Miguelito acostado.

—Te estaba esperando —dijo estrechándole la mano con contundencia, casi con furia contenida, pensó Renzo—. ¿Estuviste en el presidio ayer?

—No, ¿por qué?

—Alguien te vio allí. Esta mañana el hermano de Selva dormía la borrachera.

Renzo entornó los ojos.

—¿Tiene algo de lo que acusarme?

—¿Estuvo Selva en el presidio?

—Eso debería preguntárselo a ella.

Ayamonte resopló con fastidio.

—Tú no lo entiendes, es la única posibilidad de que ese muchacho se reponga.

—¿Qué es lo que no entiendo, por qué le importa que se cure de su vicio? ¿No es obvio?

—¿Lo es?

—Quiere ganarse el afecto de Selva. Ella se vio forzada por las circunstancias a casarse con usted y le quiere poner remedio, quiere que lo elija voluntariamente.

—Eso estaría bien, pero no lo hago por eso. Da igual, no quiero que te acerques a él.

—No es a mí a quien debería decir eso. Pruebe con sus sobrinos.

—¿Me das tu palabra de que no le diste trago a Lorenzo ayer?

—¿Qué vale la palabra de un vaquero frente a la de uno de su sangre? — Renzo estaba seguro de que Otón Avendaño le había ido con el cuento al capitán.

—Está bien. Ven, vayamos a hablar con el padre Amador; Selva ya debe de estar esperándonos.

—Tengo mucho trabajo que hacer, ¿para qué me quieren ahora? No soy la niñera de la muchacha. Póngale una dueña —espetó, huraño, y se cruzó de brazos.

—Esto te va a interesar.

Solo por curiosidad, Renzo accedió una vez más a meterse en el pantano fangoso que habían desplegado ante él desde que esa mujer había aparecido. Pisaba terreno resbaladizo, y eso lo inquietaba. Su mundo medido hasta el detalle empezaba a desbaratarse. Se sentía deslizándose por una pendiente brumosa y no era capaz de controlar la velocidad a la que empezaba a caer ni estaba seguro de si al final de la caída habría un barranco o un valle frondoso. Algo se traían entre manos el fraile y el capitán, lo intuía.

Selva sentía mucha curiosidad por conocer la historia de Renzo. «Así que hijo de Luzmita», se dijo. ¿Sería un bastardo? Fue a buscar al padre Amador, que se había retirado a su despacho y repasaba los documentos de la secularización.

—Selva, pasa. ¿Todo bien, hija?

—Sí, padre. —Se acercó y le besó la mano—. Si no es mucha molestia, me gustaría hablar un rato con usted. Me siento muy sola sin Lorenzo y este lugar es nuevo, todo el mundo está ocupado trabajando.

—Claro, siéntate.

—Renzo ha sido muy amable, supongo que porque usted se lo ha pedido.

—Renzo es un buen muchacho, muy trabajador...

—Es hijo de Luzmita, ¿verdad? —lo interrumpió, y se arrepintió al instante de mostrarse tan interesada en él.

—¿Eso te lo ha dicho él?

—No, Benito lo mencionó.

—Ah, quieres saber algo más sobre Renzo, ¿verdad? —El padre Amador sonreía candorosamente. Ella se sonrojó; estaba siendo muy entrometida, pero no tenía nada mejor que hacer, quiso convencerse—. Pues verás, la historia es así... —Su tono de voz adquirió una tonalidad distinta, nostálgica—. Mientras la Ciudad de México celebraba el comienzo de un nuevo año, los niños de la Real Casa de Expósitos asistían al rezo del rosario antes de dormir. Luzmita había sido contratada el día anterior para atender a los niños huérfanos más pequeños por recomendación de una de las familias nobles criollas que sostenían con su caridad el funcionamiento del hospicio. El intenso murmullo del rezo y los clamores exteriores de la ciudad en fiesta esa noche impidieron a la joven maya distinguir con claridad la campana de la portería, pues aún no estaba acostumbrada a su peculiar sonido de lamento metálico.

»El agitado desconocido tiraba y tiraba de la maroma sin que nadie acudiera a abrir. Eso no era lo que solía suceder: una llamada bastaba para que la encargada del torno acudiera presta a recoger el paquete abandonado. Sin embargo, en esa fría noche, nadie parecía escuchar la desesperación con que un hombre, oculto en la oscuridad, tiraba de la cuerda de la portería del orfanato. El bebé podía morir congelado si alguien no acudía con presteza. Luzmita, siguiendo más la intuición de su corazón que el oído, acudió a la

portería y abrió la puerta a la noche invernal. El hombre se quedó paralizado un instante, aferrado aún a la maroma; un momento después desapareció por el callejón contiguo. Eso tampoco solía ocurrir: nadie debía abrir la puerta, el abandono debía ser desconocido por todos, esa era la regla. Luzmita debía tan solo hacer girar el torno y rescatar al bebé encajonado. La muchacha guardó para sí el desliz porque no quería ser despedida al primer error, pero nunca olvidó los ojos oscuros del hombre, llenos del estupor de la sorpresa, ni su altura mientras se alejaba a grandes zancadas y se fundía con la oscuridad de la calleja empedrada.

»Luzmita tomó al bebé en brazos y lo llevó con el ama mayor, que debía reconocerlo. Entre sus mantas encontraron una pequeña nota en la que decía que se llamaba Renzo y que recibirían puntual estipendio por su cuidado. Nada más. El capellán registró el nombre y el contenido de la nota en el libro de mestizos. Una de las amas de cría se encargó de amamantarlo, ya que acababa de nacer hacía escasas horas, según calcularon, pues el trocito de cordón que le sobresalía del ombligo estaba aún tierno.

»Luzmita le tomó especial cariño, puesto que era su primer ahijado, aunque otros llegaron después para ampliar la maternidad circunstancial de la mujer. Ella siempre creyó que aquel hombre volvería a buscar a su hijo, sin embargo, los años pasaron y nada más se supo de él. Cuando Renzo quiso conocer los detalles de su llegada a la Casa de Expósitos, Luzmita le contó lo que había visto, le mostró el libro de registro y, a escondidas del capellán, le entregó la nota con que aquella noche el desconocido lo presentó al mundo del abandono.

»Años después, el virreinato de la Nueva España se vio sacudido por la llama de la revolución y se proclamó la independencia de la Corona española. En Ciudad de México, el orfanato pasaba por serias dificultades financieras: los dineros se habían destinado a sufragar la guerra de los dos bandos, y las donaciones a causas de caridad disminuyeron notablemente. El arzobispo de México, queriendo aliviar la precaria situación del hospicio, decidió enviar a cincuenta niños y niñas huérfanos como colonos a Alta California. Los niños debían contar al menos diez años de edad, para poder aguantar el viaje y ser de utilidad al llegar. Renzo fue uno de los elegidos, aunque era aún un infante. Nuestro capataz era alto para su edad, además era un muchacho despierto, obediente y devoto, y tanto el ama mayor como el capellán lo recomendaron para integrar el grupo. Luzmita se ofreció voluntaria para acompañar a los niños en el viaje a su nuevo hogar. Pasaron tres meses en el

hospicio para pobres de San Blas antes de embarcarse hacia Monterrey.

»Al llegar, el gobernador repartió a los niños entre los colonos de los pueblos y ranchos. Luzmita fue asignada a nuestra misión y Renzo se convirtió en un Romo. Sin embargo, nunca dejaría de llamar madre a Luzmita, porque la señora Romo no tuvo tiempo de sustituirla en los afectos del muchachito: la pobre mujer murió de una hemorragia al dar a luz a su hija Jacinta, unos meses después de la llegada de Renzo a California. El padre, Vicente Romo, se dio a la bebida y pagaba en Renzo su desdicha, así que el chiquillo se escapó y terminó aquí.

Selva había pensado que tal vez Renzo era un hijo ilegítimo de Luzmita y por eso solo los más cercanos sabían del parentesco. Así que huérfano, y desde bebé. Sintió cierto alivio al saber que no era la única que sufría. Se sintió acompañada en la desgracia, incluso le pareció poca cosa comparada con la vida de Renzo.

Después la joven le preguntó por la misión; no quería que el fraile malinterpretara su interés por el vaquero.

—El padre Pablo falleció hace dos años y ya no asignaron a nadie más para reemplazarlo debido a que la secularización se había aprobado y era cuestión de tiempo que las tierras revertieran en nuestros indios. Antes éramos dos frailes por misión y el padre presidente a la cabeza, pero ahora solo estoy yo intentando evitar que se desmorone el trabajo de seis décadas —relataba el padre Amador ensimismado—. Aunque yo no lo viví, los primeros tiempos fueron duros. Teníamos a los piratas ingleses: Dampier, Rogers y Swan asaltando nuestros galeones que llegaban de Manila. Los rusos desde Alaska avanzaban hacia el sur, y nuestro rey Carlos III quiso afianzar esos territorios a los que la Corona no había prestado atención durante ciento cincuenta años.

»Cuando llegaron los nuestros, los nativos no cultivaban la tierra ni habían domesticado ningún animal que pudiera ayudar en las tareas de siembra; simplemente recogían lo que les daba la naturaleza, pescaban, recolectaban semillas y cazaban ciervos y osos. Todo lo tuvimos que traer de Nueva España. Los vientos adversos, las corrientes, la densa niebla y las tormentas dificultaron mucho las labores de aprovisionamiento, y muchos perecieron intentando alcanzar Monterrey. También se intentaron establecer rutas terrestres para unir nuestras misiones en Sonora con Alta California, pero los indios atacaron varias veces, saqueando y matando a soldados y frailes. Tiempos duros, sin duda, pero la fe en Nuestro Señor Jesucristo no

hizo abandonar la evangelización a mis hermanos, y con tesón, delinearon este camino real nuestro que une a todas las almas de las Californias. Mira, te voy a enseñar algo que conservo con todo el orgullo del mundo. —Se levantó y se acercó a un armario bajo; con sumo cuidado extrajo una seda doblada. La colocó sobre la mesa y abrió despacio los pliegues. Otra tela desgastada por el tiempo—. Mira, mira. Es el pendón de Castilla que arribó a Monterrey con la primera expedición. Una pena que perdiéramos los territorios de la Nueva España —suspiró—. ¿Sabías que nos enteramos de la independencia un año después, en el 22? Estamos, sin duda, muy lejos de todo, somos la última frontera...

Los toques decididos en la puerta interrumpieron la narración del fraile; acto seguido, Ayamonte y Renzo entraron al despacho. Selva, que mostraba un gesto relajado y sonriente, se tensó de inmediato. Pensaba ir a reclamarle a su marido el estado calamitoso en el que había encontrado a Lorenzo la noche anterior, pero en ese momento solo tenía ganas de perderlo de vista lo más rápido posible. Se levantó e hizo amago de salir.

—Gracias, padre, por la amena conversación. Nos vemos más tarde.

—Espera, hija. El capitán Ayamonte y yo tenemos algo que comunicaros a Renzo y a ti.

Selva permaneció en pie. Con el pulso acelerado, respiraba pesadamente y se agarraba las manos nerviosa. No sabía por qué, pero presentía que su futuro se iba a decidir en ese momento. Se echó hacia atrás y buscó refugio en la pared blanca, sobre la que pendía un crucifijo de cuentas de madera negra.

—Capitán, cuando quiera —le cedió la palabra el franciscano.

—Supe que estuviste con el gobernador. —Selva enrojeció hasta la raíz del cabello, pero le sostuvo la mirada, desafiante. Se hizo un silencio eterno. El grito altisonante y lejano de un peón se coló por la rendija abierta de la ventana y flotó en el tenso ambiente.

—El padre Amador va a facilitar la secularización y ambos nos vamos a asegurar de que las tierras sean repartidas entre los neófitos y entre aquel que sea merecedor de las que resten. El gobernador ha dado su palabra de respetar el deseo del padre Amador.

—¿Quiere decir que la concesión que he solicitado al gobernador depende del padre Amador y de usted?

—Así es —confirmó Ayamonte, y Selva miró al fraile para que le corroborase que no era un nuevo engaño de ese hombre.

—¿Qué tiene que ver Renzo en esto? —preguntó Selva.

Fue el padre Amador quien habló:

—Renzo es el capataz de la misión, supervisa las labores de los indios, lo temen y respetan a partes iguales, y él es quien yo había pensado proponer al gobernador como el heredero de las tierras misionales. Sé que velará por los neófitos para que mantengan su fe y valores cristianos, bien sea como vecino o como empleador, y mantendrá la producción de la tierra y la crianza caballar, ganadera y lanar como lo ha estado haciendo estos años junto a mí —explicó el fraile.

Selva tenía los ojos a punto de estallar. ¡Renzo no! Se giró a mirar al vaquero, que, con los brazos cruzados, se apoyaba indolente en el quicio de la puerta y ocultaba su mirada bajo la sombra que desplegaba el ala del sombrero. «¿No decía que la tierra no nos pertenece...?». ¡Otro embaucador!

—Ahora bien, con la llegada de Selva, la situación cambia. —El fraile atrajo su atención de nuevo—. El capitán Ayamonte quiere redimirse del engaño con el que te condujo hasta Alta California, hija, y me ha pedido que te dé una oportunidad para demostrar que serías una digna ranchera. Competirás con Renzo en un duelo de destrezas, y deberás demostrarme que eres la mejor opción para heredar la labor de la misión y velar por el bienestar de mis neófitos. Sin embargo, no seríamos justos si empezáramos ahora mismo, no tendrías ninguna posibilidad frente a Renzo, por eso vamos a concederte unas semanas para que aprendas cómo funciona la misión y te familiarices con las tareas que realizamos. Renzo se encargará de aleccionarte, y si no cumple como debe, repórtamelo y será amonestado. No contamos con mucho tiempo, por lo que tendrá que bastar. ¿Aceptas el reto?

La mujer se giró de nuevo hacia el vaquero. Aceptar suponía quedarse, y aunque aún no sabía si podría volver a España —la respuesta de su padre tardaría en llegar—, tomar esa decisión era marcar en su corazón el rumbo de su destino. Si empezaba, no iba a parar hasta hacerse con las tierras. Eran sus tierras, lo habían sido desde que las contempló el primer día pensando que formaban parte de la hacienda Madreselva. Y ahora le daban esa oportunidad para que lo fueran realmente, no solo en su corazón, sino frente al mundo entero. Levantó la barbilla y se dirigió a Renzo:

—Prepárate, no te lo voy a poner fácil.

—No lo dudo, señora.

9

Renzo no era capaz de librarse de la sensación de vértigo que experimentaba en la boca del estómago. Sentía estar cayendo al vacío. Y no tenía nada que ver con la absurda competición que se le había ocurrido al padre Amador. Como si él no tuviera nada mejor que hacer.

Había hablado alguna vez con el fraile sobre el futuro, y sabía que su labor era apreciada, pero nunca había verbalizado que quisiera apoyarlo en la concesión de un rancho, no con esas palabras. Tal vez era algo que el buen hombre llevaba rumiando desde hacía algunos meses, pero a él no se lo había dicho hasta aquella mañana.

No, no era la competición lo que le preocupaba, sino la proximidad de Selva. Ayamonte era un necio por no querer tenerla lo más cerca posible, de día y de noche, junto a él. Ella estaba furiosa contra su marido, y tenía motivos, pero Renzo no veía que el capitán pusiera mucho empeño en enmendar sus errores y ganarse su afecto. ¿Se habría casado con ella para encubrir su falta de hombría? Eso era lo que se comentaba en el pueblo, había escuchado de pasada algunos comentarios durante la fiesta.

Sintió una punzada de ira en las entrañas. Ayamonte se estaba revelando muy diferente a como él lo conocía. Le tenía afecto, con él siempre se portaba bien, educado e interesado en su trabajo; también era respetuoso con los neófitos y nunca lo había visto propasándose con castigos o maltrato, como hacían algunos soldados. Sin embargo, desde que había vuelto de su viaje no era el mismo. Su mirada se había enturbiado, y vestía un ceño fruncido, entre enfado y frustración, que se reflejaba en su voz ronca y en sus rígidos ademanes.

El vaquero se pasó el día ocupado en mil tareas, y para su tranquilidad, Selva no apareció por los establos. A la caída de la tarde, cuando sonaron las campanas marcando el fin de la jornada, él ya estaba esperando al padre Amador a la salida de la iglesia.

Plantado con los pies firmes sobre la tierra arenosa de la plaza, cerró los ojos y dejó que resonara en su cabeza el sonido metálico y constante: ding dong, ding dong; la bruma se iba despejando a medida que el sonido se repetía; ding dong, ding dong; él intentaba percibir los rasgos del rostro que

se inclinaba sobre él y le sonreía. El sonido cesó antes de que la niebla de la mente se evaporara, desvelando el recuerdo. Había estado a punto de saber quién era. Abrió los ojos y vio aparecer en el umbral de la capilla al fraile.

—Padre —dijo besándole la mano.

—Renzo, hijo, ¿todo bien?

—¿Ha dicho en serio lo de la competencia?

El padre Amador sonrió.

—Ya sé que no te lo había comunicado antes, pero creo que serías un gran ranchero. Todo lo que he dicho esta mañana es cierto, es lo que pienso. Creo que velarías por que no se perdiera la labor que hemos realizado durante tanto tiempo. Pero el capitán Ayamonte me ha pedido el favor de dar una oportunidad a la muchacha y, aunque solo sea para pagarle todo lo que ha hecho por la misión, he accedido.

—¿Y qué pasa si a mí no me interesa?

—Debe interesarte, porque la vida tal como la conoces dejará de existir, y será antes de lo que te imaginas.

—No creo que cambie mucho para mí. Seguiré trabajando como siempre, partiéndome el lomo diariamente de sol a sol.

—¿No querrías casarte en algún momento, formar una familia, tener tu propio hogar, tus tierras?

El vaquero no contestó.

—Vayamos a cenar; con el estómago lleno se piensa mejor —dijo el franciscano tomándolo por el brazo y empujándolo suavemente hacia la casa.

Después de la reunión en el despacho del padre Amador, Selva le había pedido a Benito que la acompañase al presidio para llevarle sus cosas a Lorenzo. Gracias a Dios, Ayamonte no estaba, y había hablado con el alférez Márquez, quien le había asegurado que cuidaría de su hermano y velaría por que se recuperara lo antes posible. También había prometido pasar por la misión de vez en cuando a visitarla y llevarle noticias de Lorenzo. Ella no había querido entrar a la prisión a verlo; pensaba que su visita solo iba a generar en su hermano más desesperación. De vuelta en la misión, pasó por la cocina a comer algo y luego fue a los establos en busca de uno de sus caballos.

Se había pasado el resto del día a lomos de *Bronco* recorriendo las tierras de la misión. No podía imaginarse un lugar mejor para reconstruir la

hacienda Madreselva. Estaba segura de que había tomado la decisión correcta: quedarse en Alta California y luchar por esas tierras. El fraile había dicho que recomendaría al mejor al gobernador, lo que quería decir que el gobernador era quien otorgaba la concesión; se dijo que debía ganarse su favor a cualquier precio.

Había cabalgado hasta la costa, serpenteando entre suaves colinas repletas de vides. Volaba sobre la arena y las olas espumosas la salpicaban en la cara. Las aves marinas chillaban sobrevolando a su alrededor.

Desde que murió su abuelo Sandalio no había sentido una emoción semejante. Luchar por la tierra era justo lo que necesitaba en esos momentos para evadirse de la decepción de su matrimonio, de la frialdad de Juan Lorenzo y la traición de su propia madre. Además, le encantaban los retos y aprender cosas nuevas, y el contrincante... Oh, ese vaquero, recio y tierno a un tiempo, le gustaba, se sentía a gusto con él. Sin embargo, estaba segura de que Renzo Romo era bueno en su trabajo, muy bueno, y ella necesitaría una estrategia para poder vencerlo; las semanas de aprendizaje no le allanarían demasiado el camino, pero sí le permitirían conocer sus puntos débiles.

A la orilla del mar, el viento soplaba con fuerza y le había desbaratado completamente el peinado: su cabello bailaba salvaje azotándole el rostro. Desmontó y se sentó en un montículo de arena. Se sacó las botas y hundió los pies en ella, fría y húmeda. Admiró el paisaje marino de azul profundo, de crestas de nata y de destino incierto, y allí permaneció con el corazón henchido como las velas del *Patriot*, aguardando el ocaso. El sol descendía poco a poco en el firmamento y la luna llena, aún transparente, flotaba entre las nubes.

A Selva le entraron ganas de darse un baño antes de que oscureciera por completo, en ese momento en el que el cielo y el océano estaban a punto de fundirse.

Se desvistió despacio, disfrutando de la sensación de libertad. Las ráfagas de agua salada estuvieron a punto de llevarse volando las prendas que iba dejando caer a sus pies. Las enterró un poco con arena para evitar que les hicieran compañía a las aves en su revoloteo. Se dejó solo la vaporosa camisa interior de batista, que se le adhería al cuerpo por la fuerza del viento. Avanzó y se metió en el agua lentamente; estaba muy fría. Contempló la inmensidad del océano mientras sus caricias ansiosas le mojaban los tobillos, las piernas y el nacimiento del vientre.

Los rugidos de las olas apagaron las pisadas apresuradas del hombre

que, al verla, pensó que iba a ahogarse. Renzo la aferró por los brazos tirando de ella y cayó hacia atrás sobre la arena con Selva encima. La abrazó con fuerza mientras le susurraba contra la nuca:

—Todo va a estar bien, chiquita.

La muchacha se revolvió para zafarse del abrazo, pero Renzo la apretaba con solidez. Consiguió voltearse y quedar boca arriba encima de él, con los brazos atrapados sobre su pecho. Suspiró aliviada al reconocerlo, y un calor denso y sereno se extendió por su cuerpo. Lo observó divertida por un instante; sus varoniles cejas estaban marcadas de preocupación.

—¿Qué se supone que estás haciendo?! —gritó por encima del aullido del viento.

—Intentando evitar que acabes con tu vida! —chilló de vuelta el vaquero.

—¿Qué?! —Selva no entendía lo que le decía, aturdida por el estruendo del océano y la cercanía del rostro del hombre. Le miraba la boca ancha de labios gruesos, pero su mente no absorbía los sonidos que pronunciaba, aunque seguía los movimientos de esos labios que la llamaban poderosamente a perderse en ellos.

—Evitando que te arrojes al mar. —Esta vez Renzo la había agarrado por el cuello y bramaba en su oído. Se separó un poco de él, y el joven vio cómo se le encendían los ojos de verde.

—¡Estás loco! Suéltame, suéltame ya. —Pero como Renzo seguía rodeándola fuertemente con los brazos, se volcó sobre él, acercó la cara y le gritó al oído—: Eres un bruto sin remedio, quería darme un baño.

El vaquero la soltó de golpe y la lanzó a un lado. Selva se sentó en la playa y se agarró las rodillas; sintió un frío espeso adherirse a su piel. Renzo se sentó junto a ella y, sin dejar de mirar el océano, se disculpó:

—Me pareció... Había poca luz...

—Me has arruinado la diversión. Con las ganas que tenía de bañarme.

—Pues báñate.

—Ahora tengo frío.

Renzo se deslizó hacia ella para quedar más cerca; Selva se acurrucó contra él. Tenía la piel erizada y la camisola húmeda. Permanecieron una eternidad así: ella pegada a su costado, él, con los brazos apoyados en la arena, los dos observando la oscuridad plateada de las aguas.

—Tengo un problema. —Selva rompió el ensordecedor silencio—. No me acuerdo de dónde he dejado mi ropa, está medio enterrada en la arena.

Renzo la miró un instante, incrédulo; con la semioscuridad no se había percatado de que Selva iba prácticamente desnuda. Empezó a gatear en círculos removiendo la arena.

—¿Qué haces?

—Busco tu ropa.

—Ah. —Ella se puso a gatear como él, tanteando el terreno. En varias ocasiones sus manos se rozaron por debajo de la arena y una corriente eléctrica los sacudió. Por fin, entre los dos dieron con sus prendas, y se las puso a ciegas. Sin embargo, con las botas no hubo suerte.

—¿Aún quieres darte un baño?

—Un baño caliente estaría bien, tengo frío. Volvamos a la casa antes de que se acuesten las sirvientas.

—Después; primero quiero enseñarte uno de mis lugares preferidos de la misión.

Luzmita rezaba el rosario, arrodillada frente al altarcito de la Virgen en su pequeño cuarto, mientras la noche avanzaba en el exterior y la luna llena irradiaba su potente luz, aliento de plata, sobre los prados. La diosa de las mareas, la de tez blanca, susurraba su influjo bajo el manto de madera de la Virgen.

A la vieja criada, la sangre le palpitaba con fuerza en las muñecas mientras desgranaba su rezo. Cuando hubo terminado, liberó la estatuilla de Ixchel del interior de María, trabajosamente se puso en pie y sacó del armario una bolsa de tela donde guardó la deidad maya, una vela de color blanco y trece bobinas de hilo del mismo tono que había preparado especialmente para esa noche. Después pasó por la cocina, tomó un recipiente de barro cubierto y su cesta con hierbas, pues no solo iba a pedirle a la diosa por la muchacha, por su *Yunuen* y por el alma torturada de Renata; también por su poder curativo.

Ixchel desplegaba sus poderes de madre y amante durante la fase de luna llena, en la plenitud de su fuerza y poder. Era fertilidad en estado puro, mujer hecha de luz.

Avanzó en la penumbra de la galería, salió por las huertas y fue a su pequeño jardín, donde con primor cuidaba de las flores de la plumería, símbolo de su cultura ancestral. Cortó varias y las agrupó formando un ramo. Después, con pequeños y certeros pasos, se adentró en el bosque.

En el claro, la ceiba daba sombra en la noche. Bajo ella depositó su ofrenda: las flores de la plumería y el recipiente con carne de venado y zopilote para alimentar a la deidad de la luna. Después desplegó los trece hilos alrededor del árbol sagrado para conectar con la región celeste, la de los trece dioses o energías sagradas, y se dispuso a emprender su viaje chamánico.

De la cesta extrajo un saquito de tela atado con una cuerda, la cual desató, y con dos dedos sacó unas pizcas de hongos secos y triturados que vertió en la mano. Pronunció con voz cavernosa:

—Dame sabiduría y entendimiento. —E inmediatamente después ingirió los polvos.

Se sentó a los pies de la ceiba de poderosas raíces que sobresalían del suelo y cerró los ojos. Pocos minutos después los hongos le permitieron vislumbrar el espíritu sagrado de la ceiba, el centro del universo maya, el *Yaxche*, el árbol en forma de cruz que conectaba los distintos niveles del cosmos. Su copa se alzaba para abarcar los cielos y sus raíces se hundían en lo más profundo del inframundo, el *Xibalbá*. También vio flotando a los demonios blancos que lo acechaban. Se incorporó sin sentir y bailó en torno al tronco, que era de un gris blanquecino con remaches verdes y que había perdido las espinas de su juventud, volviéndose más sabio. Entonó cánticos mayas a Ixchel para que el hechizo de la luna venciera con su luz las viles energías que se cernían sobre sus seres queridos. Mientras, el bosque a su alrededor se llenaba del rumor de caracolas, flautas y del batir de los tambores.

Renzo había conducido a Selva al interior del bosque. Habían ascendido a cierta altura acompañados del arrullo del río. Escondida entre grandes rocas, el vapor anunciaba la existencia de una poza natural de agua caliente. La frondosidad de los árboles evitaba que la luna iluminara el terreno que pisaban los cascos de los caballos. Pero el vaquero lo conocía bien. Desmontó y ató su montura. Selva lo imitó. Se acercó al borde de la terma natural y un hálito blanquecino la envolvió en un abrazo de vapor de agua.

De debajo de unas piedras, Renzo extrajo una caja de latón que contenía varias velas a medio consumir y las prendió con los fósforos que siempre portaba en el bolsillo, iluminando de tonalidades verdes el espacio escondido entre los árboles y las rocas.

—No sé por qué me parece que no es la primera vez que vienes acompañado a este lugar.

—Pues te equivocas, listilla. Eres la primera.

—¡Qué honor!

—De alguna manera hay que sacarte el olor a cuadra.

—Si no hubieras interrumpido mi zambullida en el mar... Y no huelo a cuadra.

Él se acercó y pegó su nariz al cuello de la joven; después giró a su alrededor como un león de montaña, olisqueándola.

—Me estás haciendo cosquillas.

—Hueles a establo —dijo soltando una carcajada; quiso burlarse, pero en verdad para él olía a hogar—. Ven, vamos a remediarlo —dijo tirando de ella hacia un extremo de la poza, donde varias rocas de menor tamaño permitían un acceso más fácil al interior. Colocó las velas entre dos piedras cada una para que permanecieran erguidas. Los tímidos haces de luz iluminaron el agua oscura, que fluía mansa en la pequeña terma. Él se apoyó sobre un saliente rocoso.

—Desvístete. —Solo con pronunciarlo empezó a excitarse.

—¿No pensarás mirar? Date la vuelta.

Renzo se giró hacia la pared de piedra.

Selva se desvistió, esta vez por completo, y se sumergió en las aguas de color verde oscuro.

—Ya puedes mirar.

Nadó braceando un rato; sus pies resbalaban con el musgo que decoraba el interior de la poza.

—Es una delicia —exclamó.

El vaquero la miraba fijamente intentando controlar la potente erección que se marcaba en su pantalón.

—¿No vienes? —lo invitó.

—Mejor que no.

—Me tienes miedo. Bruto y cobarde, combinación ganadora; ya sé quién va a vencer en la competencia.

Renzo bufó:

—Tápate los ojos y no mires hasta que no te avise.

—Claro.

Selva se cubrió los ojos con las manos, apoyada sobre el borde de líquenes, pero la curiosidad le hormigueaba entre los dedos y los abrió

ligeramente. A la luz de las velas, el cuerpo de Renzo parecía una escultura de bronce cubierta por un vello oscuro: sobre el torso, a la altura de los pectorales, más denso, más despoblado según bajaba hacia el estómago, y luego un camino marcaba el descenso hasta... Ohhh, apretó los ojos con fuerza, pero la visión se reproducía en su mente. Una ola de calor le subió desde los dedos de los pies y se le concentró entre las piernas. Su respiración se aceleró. Agradeció el resguardo de la noche, porque sentía las mejillas ardiendo. Oyó un chapoteo.

—Ya puedes mirar.

El agua lo cubría hasta debajo de los brazos, apoyados sobre la mullida hierba que sobresalía entre las piedras del borde de la poza. Selva se sumergió completamente y avanzó a ciegas bajo el agua hasta él. Volvió a la superficie con una brillante sonrisa en los labios.

—Me alegro de que te guste.

—Es maravillosa.

Se acercó un poco más. El vapor, el calor, la luna irradiando sus ondas misteriosas, los ruidos nocturnos del bosque, todo conspiraba para hacerlos creerse fuera del mundo y dentro de un sueño.

Selva chapoteó, provocándolo sin ser consciente del efecto demoledor que ejercía sobre las defensas del vaquero. Renzo no pudo aguantar por más tiempo su cercanía y estiró el brazo para agarrarla por el talle debajo del agua. El cuerpo de Selva se escurrió hacia él y permanecieron rozándose, piel con piel, prendidos de los ojos. El vaquero le acarició despacio el cabello suelto, deslizando la mano hasta el final, en el centro de la espalda. Selva gimió levemente al sentir cómo su tacto se atrevía más abajo y caía por la espalda hasta las nalgas. La otra mano le rozó uno de los pezones, una caricia tan suave como la misma agua. Él apartó los dedos conteniendo las ganas, pero ella, siguiendo los dictados de su cuerpo, se apretó contra su pelvis, apresando entre los muslos su miembro enhiesto y resbaladizo.

—Chiquita, me vas a volver loco. Si fueras mía...

—Shhh. —Lo acalló posando una mano sobre sus gruesos labios.

Él le tomó la muñeca y, beso a beso, recorrió su brazo hasta el cuello. Selva reía revolviéndose contra él y excitando su deseo; sus besos le hacían cosquillas. Se movía frotando su desnudez escurridiza contra el cuerpo duro de Renzo. Ella le acarició el contorno de los labios y se hundió en el hechizo de sus jadeos. Aproximó la boca y lo rozó con suavidad. La magia del lugar la volvía atrevida, no sabía de dónde venía ese instinto sensual que le dictaba

al oído las caricias más osadas. Él cerró los ojos abandonándose a su dominio.

Selva experimentaba una sensación extraña de poder. Intuía que él estaba a su merced y podía hacer con él lo que quisiera. Le gustó; nunca antes había sentido algo así. ¿Así que eso era lo que hacían las mujeres con los hombres? El latido de su deseo empujaba sutilmente contra su puerta sin atreverse a ir más allá. Se acercó a su oído y susurró:

—Ahora no pareces tan bruto.

Él soltó un rugido ronco de animal acorralado que retumbó en las cavidades del bosque y se abalanzó sobre sus labios. Con una mano en las nalgas, la elevó un ápice del agua para lamerle los pechos generosos; su lengua se deslizó por los pezones duros y cálidos y la noche se llenó de estrellas. Volvió a su boca y le hundió la lengua con fuerza, desesperado. Selva entrelazaba la suya con sus gemidos y jugaba con sus ansias, compensando la inexperiencia con su intuición.

—Estás jugando con fuego, chiquita. Si sigues así, no podré parar —le susurró al tomar aire.

Ella respondió lamiendo su cuello hasta el lóbulo de la oreja y apretándose contra él. Renzo bajó la mano hasta su sexo y acarició su entrada un instante. Selva emitió un gemido profundo y él presionó su miembro ligeramente contra su deseo. Sin embargo, cuando su cuerpo clamaba más y su abertura vibraba al sentir la fuerza y dureza del vaquero, la joven sintió que perdía poder, que se estaba alejando de ella.

La abrazaba con fuerza, pero no era un abrazo sensual; sentía cómo la respiración de él se serenaba y, aunque sus brazos la envolvían, Renzo no la tocaba, no la acariciaba. Bajó la mano y rozó su miembro excitado. Él le agarró la mano y se la sujetó detrás de la espalda mientras con el otro brazo la tenía apretada contra sí, inmovilizada. Aún más claramente, Selva percibió que el cuerpo duro del vaquero dejaba de responder a su cercanía y se apaciguaba poco a poco.

—No podemos, estás casada —musitó en su oído.

Maldita sea, ¿por qué tenía que recordarle al hombre que le había arruinado la existencia? Entonces, ella lo mordió en el hombro con fuerza hasta dejarle marcados los dientes. Y se separó de él enfadada.

Renzo la llevó de vuelta a la casa grande. No había dicho palabra en todo el

camino; estaba furiosa. No quería reconocerlo, pero lo halagaba su frustración, la necesidad que ella había tenido de que la poseyera hasta el final.

Selva ni siquiera le dio las buenas noches. Saltó del caballo y entró a la casa descalza, pues había perdido las botas en la playa. Renzo llevó los caballos al establo y después salió, pero en vez de volver a su casita, caminó por la pradera intentando alejar las imágenes del cuerpo excitado de Selva entre sus dedos.

Se sentó en la hierba y contempló la luna llena, redonda y reluciente.

Volvió a sentir cómo su cuerpo reaccionaba a los recuerdos de esa noche. Había estado a punto de no aguantar más, había sentido que si no entraba en ella se moriría, y entonces la apretó contra su pecho y la abrazó intentando calmar la erección. «No es mía, no es mía», se había repetido, pero el cuerpo de Selva le negaba la cordura acoplándose perfectamente a su ser. Encajaba en él como si la mano del Creador la hubiese diseñado a su medida. Gracias al cielo, su conciencia, entrenada en la moral cristiana durante tantos años, acudió en su ayuda. Si le hubiese hecho el amor esa noche, se habría condenado sin remedio. Se debatió entre el deseo desbordado, su traicionero corazón y su conciencia, y por un momento estuvo a punto de mandarlo todo al diablo y fundirse en su interior, que gritaba su nombre. Menos mal que la chiquita tenía un genio de mil demonios y el lacerante dolor de su mordisco lo había salvado de consumir el hechizo de la luna llena.

Se tumbó sobre la hierba sin apartar la vista de la reluciente estrella. Si las cosas fueran diferentes, si ella no estuviera casada con el capitán Ayamonte, ¿qué podría ofrecerle? No era más que un huérfano sin un real en el bolsillo, sin nada propio. Sentía pesado el cuerpo, aturdida la mente y empequeñecida la valentía de la que solía disponer para hacer frente a la vida. Y su origen le pesaba más que otras veces. En verdad, no conocer su procedencia, no saber a quién pertenecía esa imagen borrosa de sus recuerdos, tal vez su primer recuerdo, el de su madre o su padre. No era nadie, y no tenía nada que ofrecerle a Selva.

Decidió que al día siguiente iría a confesarse y a rogarle al padre Amador que buscara a otro para esas semanas de instrucción. Tenía que mantenerse lo más alejado posible de la muchacha si no quería enloquecer o terminar disparándose en el pie.

Sin embargo, el resplandor de la luna lo invitaba a recordar, y, aunque

fuera por última vez, se dejó invadir por las sensaciones y sentimientos que la muchacha le había despertado; la tersura de su piel; sus senos blancos, turgentes y hermosos; el calor de su pubis. El viejo Ayamonte le había enseñado bien las artes amatorias; lo había provocado hasta casi volverlo loco. Los celos le estallaron en el estómago.

Se incorporó de golpe, a punto de reventar de la excitación y exasperado consigo mismo por ser tan débil y por haber puesto sus ojos en la mujer de otro. Miró desafiante a la luna llena y emitió un aullido de lobo hambriento que espantó a las aves en reposo.

—Ya estoy lista. ¿Qué toca hoy?

Al día siguiente, Selva se sentía lúcida, plena de energía, tanto que no había tenido problemas en salir al pórtico vestida para la faena a la hora del rezo del Alabado. Ese recién descubierto poder que emanaba de su cuerpo la hacía sentirse como alguien diferente, nuevo, más fuerte, y le daba una herramienta para matar dos pájaros de un tiro: vengarse de Juan Lorenzo y ganarle a Renzo las tierras. Tenía un plan: iba a seducir al capataz. Quién le iba a decir a ella que terminaría sacando las mañas de su bisabuela Carlota, la tabernera. Ahí estaba, vestida de amazona, para comenzar su instrucción.

Antes de ir a buscarlo, había pasado por la curtiembre a pertrecharse de lo necesario. Sobre la marcha le habían ajustado unos zajones, y se había hecho con un chaleco y un sombrero como el que solía llevar Renzo.

Como había perdido los botines el día anterior en la playa durante el ataque salvador de Renzo, se puso las botas altas con tacón. Era el inicio de su futuro como hacendada; erguida en su pequeña estatura y con la seducción prendida de los labios, se sintió dueña de la situación y capaz de manejar a ese hombre a su antojo.

Renzo no estaba de humor, no, señor; se veía a la legua que no había dormido bien. Mucho mejor, sería más fácil de exasperar, se dijo. Ese amanecer había demorado su salida al mundo. Cuando lo hizo, sus vaqueros ya estaban en plena faena, y nada más sacar su caballo del establo, allí estaba ella, torturándole la visión y la conciencia.

Ni siquiera le dirigió una mirada esquiva. La ignoró y continuó su camino guiando al caballo al picadero donde estaban domando a los nuevos mesteños apresados en la última salida.

Selva se encabritó como si le hubieran clavado las espuelas y se fue detrás a la carrera. Le interceptó el paso con las manos en la cintura.

—¿Qué pasa? ¿Es que no has dormido bien? Esperaba que estuvieras más cariñoso esta mañana, después...

—Olvídalo, y cuanto antes, mejor. —Su mandíbula tensa y sus ojos fieros le dieron a Selva una idea del humor de perros con el que se había levantado.

—Ya veo. Pues yo no pienso olvidarlo, me encantó sentirte tan...

—¡Déjalo ya! —gritó—. ¿Quieres empezar?, pues empecemos. Te quedas quieta y calladita observando cómo trabajamos, ¿entendido?

—Como ordene, capataz. —Se dio la vuelta, risueña, y caminó delante de él.

—¿Me estás imitando? —Selva se giró a mirarlo.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿por qué caminas así?

—¿A qué te refieres?

—Estás caminando raro, con las piernas abiertas.

—No sé a qué te refieres. Mis piernas son así.

—¿Tienes las piernas arqueadas? —Ella se miró hacia abajo un instante, y cuando alzó la vista, Renzo rompió a reír a carcajadas—. ¡Tienes las piernas arqueadas!

Ella le golpeó el brazo con el puño.

—Deja de burlarte; aprendí a cabalgar antes que a caminar. Con la falda no se nota, y además anoche no pareció importarte cuando las tenía enredadas entre las tuyas y tu miembro empujaba...

Renzo dejó de reír al instante y su semblante se cubrió de nubes de nuevo; continuó caminando con la mandíbula apretada. Selva vio cómo su pantalón también se tensaba con una potente erección. Sonrió satisfecha.

—Esto va a estar canijo —lo escuchó mascullar para sí.

Dentro del cercado, los vaqueros intentaban contener entre varios la bravura de un semental que pugnaba por liberarse de las cuerdas que tenía atadas a las patas y en torno al cuello. Elevaba las patas delanteras atacando, coceaba a diestro y siniestro, mientras ellos tensaban las cuerdas hacia el suelo para reducir su fuerza y domeñar su espíritu.

Selva empezó a hiperventilar, acompasando su respiración con la del caballo, los ollares húmedos, los ojos crispados y las manos en dos puños apretados capaces de despedazar. Con una agilidad asombrosa producto de la ira desatada, saltó la valla, corrió hasta uno de los vaqueros y le arrebató el látigo que sostenía, listo para descargarlo sobre el lomo del caballo si no se tranquilizaba. Se lio a latigazos con los vaqueros que mantenían sujetas las cuerdas. Les laceró las manos y los rostros como un vendaval destructor. Soltaron las cuerdas, y el caballo se elevó sobre su cabeza libre de ataduras. Renzo la derribó en el suelo justo antes de que el animal descargara las patas sobre ella.

—¿Qué demonios haces?! ¡Vas a conseguir que el caballo te parta la cabeza de una coz! —La tenía retenida bajo su peso, con las manos hacia atrás para que no pudiera hacerse de nuevo con el látigo, sobre la tierra rojiza y polvorienta. Sus rostros muy cerca, los latidos del corazón desbocado de Renzo golpeando contra su pecho, su aliento derramando preocupación sobre ella.

—¿Dónde os han enseñado a domar caballos? ¡Sois unos brutos! El caballo es un animal en huida, es la presa. Tiene que confiar para dejar de huir, así siempre será fiel; de otra manera lo someterás con miedo, y el miedo es siempre traicionero.

Su respiración agitada, el rostro encendido de rabia, los labios apretados.

Los vaqueros habían recuperado las cuerdas y jaloneaban del caballo sometiéndolo.

—Diles que lo suelten. —Sus ojos relampagueaban amenazantes.

Renzo se puso en pie y le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse, pero Selva la apartó con desdén.

—Renzo, diles que lo suelten. —Los brazos en jarras, la nariz pecosa arrugada. Él contempló su ferocidad un instante.

—Suelten las cuerdas —ordenó, y en seguida los vaqueros soltaron los cabos y el caballo, libre, empezó a correr en torno al perímetro arrastrando las cuerdas a su paso—. Veamos de lo que eres capaz —la desafió.

Ella se remangó y se recolocó el pelo desprendido con el asalto de Renzo.

—Quieto y calladito. Aprende.

Los vaqueros salieron del picadero y se sentaron sobre las vallas de madera. Renzo se quedó por dentro, por si acaso aquella chiquilla desquiciante necesitaba ayuda.

Selva dejó que el caballo corriera y se desfagara, y cuando se calmó y paró, se acercó muy despacio a él.

El murmullo del viento acallaba los susurros que la joven le dedicaba al animal mientras se aproximaba pausadamente. El rugido lejano del oleaje rompiendo contra la bahía pedregosa parecía haberse silenciado bajo su embrujo. Unos jilgueros se habían posado sobre el vallado de madera y ahogaban su piar, atentos a los movimientos de la muchacha. Como ellos, todos estaban encandilados con su suave voz, el reflejo del sol en sus cabellos y la mágica serenidad de su presencia. Selva parecía haberse evaporado en la suave caricia de la brisa; pasaba sus manos pequeñas sobre el lomo del bayo,

de manto acanelado, sin que este se apartara ni intentara huir, tan solo respiraba pesadamente por los húmedos ollares, único signo de lucha interior contra la fuerza innata que estaba subyugando su ímpetu indomado.

Los rostros oscuros de los vaqueros permanecían con las miradas ocultas bajo el ala de sus sombreros de cuero, sentados sobre el vallado. La confianza y paz del caballo se iba transmitiendo a los presentes como el oleaje baña la playa, conquistándolos poco a poco, apaciguando las inquietudes y llenándolos de serenidad.

Apenas se percataron cuando Selva, como un golpe de brisa, se subió a horcadas a lomo descubierto sobre el mestenco. Primero lo hizo caminar y después trotar alrededor del perímetro. Ella sonreía y seguía murmurando consuelo al animal. Aún reinaba el silencio, solo se oía el batir de los cascos del caballo contra la humedad de la tierra.

Al pasar junto al capataz, le guiñó un ojo y continuó trotando.

Cuando consideró que estaba lista, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Renzo y él abrió el portón del picadero, que cedió con un sonoro rechinar. Selva salió rauda a lomos del caballo. Los vaqueros más jóvenes, apenas unos chiquillos, estallaron en aclamaciones de victoria y echaron a correr detrás de la estela que iba dejando la joven. Los vaqueros más veteranos aplaudían, unos, y otros se rascaban la cabeza en señal de incompreensión. Renzo observaba su figura volar sobre la llanura.

Después de una breve galopada, la joven volvió a entrar al picadero con el recogido deshecho, las mejillas sonrosadas y una espléndida sonrisa iluminándole el rostro. Desmontó y dejó el animal con uno de los vaqueros, a quien le dio unas indicaciones para que se encargara de hacer que el caballo aceptase la silla y el cabezal, sin violencia, sin quebrar su hermoso espíritu. Renzo seguía inmóvil, clavado como estaca en la tierra, observándola a distancia.

Selva se acercó a él a media carrera.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —le preguntó huraño.

—No lo sé. Nací y crecí entre caballos, los entiendo mejor que a las personas. Mi madre dio a luz en la cuadra. Una noche salió a cabalgar, supongo que no le importaba si me perdía o no, y el parto la sorprendió lejos de la casa. El caballo la condujo hasta el establo y allí, sobre la paja, me tuvo a mí.

Había noches en que el odio no le daba tregua a Renata; le punzaba el alma, le aguijoneaba el corazón y necesitaba descargarse. Salía a cabalgar y se alejaba del cortijo para que sus aullidos no despertaran a la familia, y allí, con las estrellas por testigo, bramaba contra el destino y contra el hombre que la había herido de muerte, hasta desgañitarse y quedarse ronca. «¡Te odio, maldito! ¡Mi odio te acompañará donde estés! ¡Te maldigo una y mil veces! ¡Miserable! ¡Cobarde! ¡Muérete!», chillaba al viento nocturno, y alteraba la paz de los olivares, encogía las aceitunas y las volvía amargas. Y una de esas noches sus gritos despertaron a la criatura en el vientre, que empezó a patear con fuerza para librarse del océano de las entrañas y acudir en ayuda de su madre, cuyo corazón latía acelerado por el esfuerzo de tanto odiar.

Renata aulló como los lobos de la sierra a la primera contracción, agarrándose con manos crispadas a las crines de su montura para no caer. Cuando se mitigó el dolor, se aferró con fuerza al cuello del caballo y le pidió en un susurro: «A casa».

Se desató la tormenta cuando entraban en el establo. La casa dormía mientras Renata aguantaba los embistes de Selva a cuatro patas sobre la paja y la noche inundaba de frescor los campos resecaos. Clavaba los dientes en el dorso de la mano mientras empujaba con todas sus fuerzas para librarse del suplicio. Finalmente, después de varias horas de feroz batalla, la niña nacía con los primeros rayos del sol, cuando la lluvia ya se había disipado, al amanecer.

La encontró el abuelo Sandalio entre la paja sanguinolenta, con la niña dorada asida de su pecho, en el regazo del caballo. Aún le colgaban el cordón que las había unido y las entrañas.

—Apartada del entorno familiar de la cuadra, yo lloraba a pleno pulmón y nadie sabía de dónde venía tanta desazón. Solo parecía calmarme cuando uno de los peones que trabajaban limpiando el establo me tomaba en brazos, con permiso del abuelo y el enfado monumental de mi madre, que a él le importaba un bledo. Ese olor, ese olor era mi hogar. A mi abuelo, harto de mis berrinches, al ver mi rostro confiado un día en que Atanasio, uno de los peones, me balanceaba, se le ocurrió poner un poco de paja del establo en mi cunita de madera y me envolvieron en el sudadero, una manta que solía colocarse bajo la silla de montar, impregnada del olor del animal. Fue santo remedio, como exclamó mi longeva bisabuela Carlota. A los cinco meses,

apenas pude sentarme erguida, mi abuelo me subió por primera vez a lomos de su *Galano*. Nunca más me volví a bajar del caballo.

Renzo la miraba fijamente con los ojos más negros de lo habitual.

Selva le dedicó una sonrisa.

—Tengo sed, voy a beber algo. Y nada de cuerdas —le advirtió risueña, y se alejó con su andar despatarrado.

El vaquero la observó distanciarse con un nudo en las entrañas.

—Me llevó la chingada —sentenció mientras el corazón le latía con la fuerza de un vendaval.

En la casa de aduanas, el capitán del *Patriot*, Theodor Conrad, charlaba animadamente y fumaba un puro junto al oficial de aduanas en el despacho de este último. Repanchigados en dos sillas, el capitán inglés alternaba las bocanadas de humo con anécdotas marineras que provocaban la risa hilarante del oficial, Juan Bautista Alvarado.

Este era un hombre de poca estatura y envergadura contundente. Aunque era joven, la gordura lo avejentaba. Los gruesos párpados caían con cansancio sobre una mirada afilada y con tendencia a la ira. A pesar de la hora mañanera, tenía el rostro enrojecido por el alcohol, pues beber era su gran pasión, mayor incluso que el amor que le profesaba a su amante, Raimunda, y con devoción se entregaba al licor desde que abría los ojos al despertar. Beber acompañado, como la noche de la fiesta, era incluso mejor, y por eso esa mañana, y después de la borrachera de dos días, se sentía de muy buen humor. Había dormido allí mismo, vencido por el abundante licor, ya que Raimunda no lo había dejado pasar a la casa. Uno de sus asistentes lo había despertado poco antes para avisarle que tenían que despachar la mercancía del *Patriot* antes de que entrara al territorio. Echó mano de su petaca, le dio un trago e hizo gárgaras para enjuagarse la boca. Escupió por la ventana, después le dio otro trago a la petaca, pero esa vez el licor le bajó por la garganta calentándole la sangre y despejándole de golpe la pesadez de cabeza.

Recibió a Conrad, risueño. Juntos repasaron el inventario de los bienes arribados que sus asistentes habían elaborado el día anterior, a la llegada de la fragata. Se pasaron un par de horas negociando el pago de aranceles. A Conrad le gustaba tratar con Alvarado porque siempre conseguían llegar a un acuerdo que beneficiase a ambas partes; él se ahorra impuestos de

importación y aligeraba el engorro administrativo, y el oficial engrosaba su bolsillo y podía obsequiar a su querida con alguna bonita chuchería de las que tanto gustaban a las mujeres: un abanico de seda, una pulsera de jade o unos zarcillos de coral, además de un porcentaje del cargamento para su propio disfrute.

—¿Y qué me dice del nuevo gobernador?

—Al coronel Gutiérrez no le queda mucho, en breve será nombrado el nuevo gobernador, pero no se preocupe, don Teodoro, que por aquí las cosas seguirán igual —dijo guiñándole un ojo y dando una profunda chupada al cigarro—. Excelente, capitán.

—Me he tomado la libertad de incluirle una caja.

—Cómo me conoce.

Theodor Conrad se puso en pie.

—Debo irme, me espera el padre Amador. Siempre es un placer volver a Monterrey.

—Y nosotros, felices de recibirlo, don Teodoro. No olvide su liquidación de aranceles —dijo pasándole el certificado que había sobre la mesa.

Se despidieron con un apretón de manos y el capitán del *Patriot* salió de la casa de aduanas, atravesó el jardín y se subió al pescante de uno de los cinco carromatos repletos de mercancía estacionados frente a la casa.

—Vámonos, muchachos —gritó, y se pusieron en marcha hacia la misión.

Los acontecimientos de los últimos días y la fiesta habían impedido que Selva presenciara hasta entonces cómo eran las cenas en la misión. Se había imaginado que el padre Amador cenaba solo o acompañado por algún invitado ocasional, que en ese momento se trataba de ella, pero lo que no se había esperado era que prácticamente todos los peones de la misión cenaran juntos como una gran familia. Se sentaban por grupos en varias mesas alargadas y el padre Amador entre ellos, como un padre rodeado de sus hijos. Reían y hablaban a voces, igual que en los campos. Esa noche, al lado del fraile estaba sentado el capitán de *Patriot*, quien se levantó al verla entrar y, con galantería, le besó la mano y la condujo hasta el asiento vacío enfrente del padre Amador y junto a Renzo. Selva se había acicalado con esmero, se había puesto uno de sus vestidos favoritos, azul celeste, y había pedido a una

de las criadas que la peinara con un medio recogido que dejaba su esbelto cuello al descubierto.

—Te estábamos esperando —dijo el fraile al verla, entonces se puso en pie y agitó una campanilla que tenía sobre la mesa.

Al oír el chillón sonido metálico, los trabajadores callaron el estruendo de las conversaciones y bajaron las cabezas en respeto. El padre Amador dejó la campanilla sobre la mesa.

—Señor, Dios nuestro y padre Eterno, Hijo Amado Jesucrito y Santo Espíritu, extended Vuestra mano poderosa sobre nosotros, bendecid los frutos que tan generosamente nos proveéis y, si es Vuestra voluntad, que nunca nos falten. *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in saecula saeculorum.*

Todos se santiguaron y pronunciaron al unísono un «Amen».

—Ahora, a comer. ¡Buen provecho!

Luzmita y las sirvientas indias empezaron a servir la cena, y el salón se llenó de un océano de deliciosos olores y del oleaje ensordecedor de decenas de voces comentando en camaradería la jornada.

En una de las mesas se sentaban las mujeres más jóvenes, que, custodiadas por varias indias arrugadas, echaban miradas hacia las otras mesas y sonreían cuando encontraban al hombre de su interés. El padre Amador percibió la curiosidad en los ojos de Selva.

—Son las solteras —dijo—. Hay que estar vigilándolas porque, a pesar de los años de cristianización, en cuanto a las relaciones con los hombres muestran una ligereza que nada tiene de cristiana.

—Pero no podrá estar siempre vigilándolas.

—Ya lo creo que sí. No hay más remedio, hija, créeme.

Theodor Conrad rio el comentario y Selva se giró a mirarlas de nuevo; algunas eran muy bonitas, demasiado. Renzo la observaba de reojo mientras daba cuenta de su cena. Al volverse de nuevo hacia la mesa, sus miradas se cruzaron un instante.

—Hola, Renzo —lo saludó coqueta.

Él gruñó en respuesta.

—¿Qué tal ha ido el día, Selva, Renzo? Don Teodoro, aquí la muchacha va a empezar a echar una mano en la misión —le explicó al capitán—, y nuestro capataz le está enseñando las tareas principales.

—Me pareció una mujer de acción desde que la vi persiguiendo a mis oficiales con su curiosidad por el *Patriot*. No esperaba menos.

—¿Y bien?—insistió el padre Amador—. ¿Qué tal ha ido el primer día de instrucción?

Renzo permanecía con la vista baja concentrado en su plato. No parecía interesado en contestar, o estaba tan abstraído que ni siquiera había oído la pregunta.

—Yo diría que ha ido muy bien, ¿no, Renzo? —aseguró Selva, y le pegó un codazo. Él levantó la vista, sobresaltado, y la miró confuso—. Todo ha ido bien hoy, ¿verdad? —repitió, y él gruñó.

—Me alegro —sonrió el fraile—. Renzo, y ¿qué tienes pensado para mañana?

El vaquero dio un largo trago a su bebida y descargó el vaso sobre la mesa con una fuerza inusitada.

—El matadero.

—¿El matadero? No me parece muy apropiado. Estaba pensando que tal vez esa parte la podríamos dejar fuera de la competencia.

—No veo por qué. Las reses son de suma importancia para la misión, para la alimentación —se sirvió de la bandeja un filetón humeante y lo depositó en su plato— y para el comercio. —Saludó con su vaso al capitán—. Don Teodoro, explique a la señora de Ayamonte cuáles son los principales productos que compra a la misión en cada viaje.

El capitán le devolvió el saludo y bebió un sorbo antes de contestar:

—Pues verá, doña Selva, fundamentalmente, pieles y sebo. Con este último se hacen muchas de nuestras delicias autóctonas, como el pudín, pero también se usa en industrias; es muy demandado por las jaboneras.

—Entonces, no veo por qué habría de privarme de conocer una de las fuentes principales de producción de la misión —comentó Selva.

—Siendo así... —aunque la expresión del fraile denotaba duda— no veo por qué no. Por si acaso, no desayunes mañana —le recomendó.

El padre Amador y Conrad continuaron comentando la producción de ese año entre ellos.

—Vaquero, tienes que reconocer que hoy has aprendido un par de cosas sobre caballos —dijo la joven inclinándose hacia él y golpeándolo ligeramente con el hombro.

—No creo que sea muy práctica tu forma de domar. Ya veremos cuando tengas que hacerlo tú sola.

—Lo veremos.

Renzo se levantó de la mesa.

—Con permiso, padre. —El fraile asintió—. Don Teodoro —dijo haciendo una inclinación de cabeza. Después se encorvó hacia el oído de Selva y susurró—: Te espero mañana después del rezo del Alabado. Sigue el consejo del padre Amador y no desayunes.

Ella se movió un ápice, lo justo para que, sin querer, Renzo rozara con la nariz su cuello, llenándose de su aroma a gardenias. Selva lo miró con una sonrisa traviesa en los labios. Estaba segura de que él sabía que lo había hecho aposta para provocarlo.

—Contaré los minutos. Buenas noches, que tengas dulces sueños —susurró, y lo observó mientras salía conmocionado del comedor.

Selva también se disculpó con la intención de salir detrás de Renzo. Risueña, pensó que no lo había provocado lo suficiente, y quería rematar la jugada con un beso de buenas noches. Sin embargo, cambió de idea cuando, al despedirse, el padre Amador le informó que después de la cena las mujeres rezaban el rosario en el porche. También se había librado las noches anteriores del rezo al final del día, pero esa vez no parecía que pudiera eludirlo. Algo parecido a la mala conciencia le zumbó en los oídos como una avispa molesta a punto de picar, y le prometió al franciscano llegar a tiempo al rezo.

Se acordó de que aún no había visitado la biblioteca, y era un buen lugar para pasar el rato, así que pidió las indicaciones pertinentes y salió. La noche estaba fresca y olía a naturaleza y a salitre. Algo había en el ambiente que le provocaba una extraña sensación de excitación, de anticipación, como si algún acontecimiento estuviera por pasar. Aunque, ¿qué más podía suceder que no le hubiera sucedido ya?, se preguntó. Habían acontecido muchas cosas en tan breve lapso de tiempo: su precipitada boda, alejarse de su madre moribunda, un viaje intercontinental, descubrir las mentiras de su marido, el encierro de Lorenzo y conocer el poder de su cuerpo y cómo vibraba con las caricias de Renzo..., um, definitivamente, muchas cosas, y sin embargo, presentía que había algo más esperándola. Lo sentía en la boca del estómago, como unos nervios extraños. Sí, algo importante iba a suceder.

Sus pasos ligeros resonaban en el empedrado de la galería amortiguados por los susurros quedos de su vestido. Su figura producía una sombra alargada y esbelta a su espalda, como si alguien la estuviese siguiendo. Los santos la observaban avanzar desde sus hornacinas. Le pareció que había llegado al lugar indicado. Giró la pesada arandela de metal de la puerta y empujó.

La biblioteca era un espacio reducido, una pequeña sala alargada hacia la derecha y hacia la izquierda, pues la puerta quedaba en el centro. Era un lugar acogedor de techo bajo con vigas de madera; una chimenea en el lado izquierdo caldeaba el ambiente y tiznaba de forma leve la pared blanca. Algunos cuadros con imágenes religiosas decoraban los espacios sin cubrir

por las estanterías llenas de pesados tomos de cuero en tonos marrones. Dejó la puerta ligeramente abierta para orear el espacio, que olía a leña quemada, a humedad y a papel añejo.

Paseó los dedos por los libros en busca de algo que llamara su atención: vidas de santos, tratados de derecho, filosofía y astronomía, mitos griegos y romanos..., ah..., varios volúmenes con las obras completas de don Luis de Góngora. Agarró el segundo tomo y se sentó en la butaca al lado de la chimenea. El chisporroteo ocasional de algún tronco desbaratándose alteraba el silencio del lugar. Se arrebujo en el asiento sintiendo una profunda paz. Abrió el libro de gruesas tapas y lo hojeó buscando algo de interés.

—*La Fábula de Polifemo y Galatea* —pronunció despacio, pasando el dedo por las bonitas letras clásicas impresas en pan de oro del título. Su abuelo solía leerle esa fábula en horas ociosas, cuando la casa dormía la modorra de después de comer.

Selva se sumió en seguida en la lectura, sintiéndose transportada al mundo de ninfas y dioses, hasta que escuchó unos pasos acelerados y murmullos tenues al otro lado de la puerta. Se levantó, posó el libro sobre el asiento, abierto por la página que estaba leyendo, y se aproximó a la puerta intentado no delatarse.

Se asomó despacio. Seguía escuchando susurros en voz baja muy próximos a ella, pero con la poca iluminación de la galería no se veía nada. Agudizó el oído y la vista. Los ruiditos sutiles parecían provenir del patio frondoso que circundaba la galería de arcos. Le pareció ver dos figuras entre las sombras de los matorrales. Poco después, la vieja india a la que había visto sentada a la mesa de las solteras pasaba frente a la puerta con pies ligeros y llamando a una de las jóvenes nativas.

—Micaela, Micaela, ¿dónde te has metido? —En voz más baja, se quejó —: ¿Qué voy a hacer con esta muchacha? Se me escapa a la primera ocasión. Tendré que hablar con el padrecito. —Volvió a levantar la voz—: Micaeeelaaa, Micaeeelaaa. Va a empezar el rezo del rosario, Micaeeelaaa. — Sus pasos se perdieron por uno de los pasillos.

Instantes después, de las sombras emergían dos figuras, un hombre y una mujer, de la mano. Se besaron apasionada pero brevemente y después se separaron. La joven enfiló el pasillo por donde había desaparecido la vieja india; él, por el extremo opuesto.

—Así que Micaela tiene un amante —se dijo Selva. Salió de la biblioteca y se dirigió al porche para unirse al rezo del rosario; quería echarle

un buen vistazo a la chica.

Renzo sorprendió a Selva en el comedor a la mañana siguiente con un plato a rebosar de viandas.

—Pero ¿no te dije que no desayunaras?

—Me muero de hambre. No puedo pensar si tengo hambre, en verdad no puedo hacer nada con hambre. Me pongo de muy mal humor, muy pero muy mal humor —dijo mientras engullía deprisa.

Él se sirvió un café de una jarra de cerámica humeante y se sentó a su lado. Esbozó una sonrisa pícaro que escondió bebiendo un sorbo largo. Varios vaqueros lo saludaron mientras salían para comenzar el trabajo.

—¿Has terminado ya? Se nos hace tarde.

—Espera, me faltan las salchichas —dijo, y con el tenedor pinchó de la bandeja tres salchichas de piel rojiza y crujiente—. ¿No comes, vaquero?

—Ya está bien. —Le retiró el plato y la alzó por el brazo.

—Eh, que no he terminado —se quejó, y agarró al vuelo dos salchichas, una en cada mano, antes de que Renzo la arrastrara hasta la salida.

Atravesó la galería sin soltarla y salieron a la plaza.

—Pero si me has ensillado el caballo y todo. —Le palmoteó el lomo con cariño y se subió a la grupa—. ¿Qué toca hoy?

—El matadero.

—¿El matadero?

—Te lo dije ayer.

—Ups, se me había olvidado.

De pronto, la salchicha que estaba terminando de masticar se le atascó en la garganta y la tragó ruidosamente.

—¿No tendrás miedo de un poco de sangre?

—¿Yo? Por supuesto que no.

—Entonces, vamos, ándale, chiquita —dijo dándole una palmada en las ancas a su caballo.

Bajaron al trote por los prados. Renzo iba saludando a los trabajadores que les salían al paso en los campos. Cuando dejaron atrás las construcciones bajas de la misión, galoparon a través de la sabana de hierba alta. El matadero se encontraba a varias leguas de distancia y, según se iban acercando, el olor a carne cruda y a sangre se volvía cada vez más intenso. A Selva se le empezaron a revolver las tripas con el denso olor.

Con la llegada del barco, en el matadero se trajinaba a destajo. Se habían separado las reses de carne para el degüello y despiece, y mugían con ímpetu en los establos cercanos. Sus lamentos le pusieron los pelos de punta a Selva.

Renzo se colocó sobre la nariz y la boca el pañuelo que llevaba a diario al cuello. Selva se dio cuenta de que en su atuendo faltaba ese fundamental detalle. El vaquero ocultó una sonrisa satisfecha bajo el pañuelo al ver la cara de contrariedad de la muchacha. Su naricilla pecosa se arrugaba ante el olor nauseabundo. Él la agarró por el brazo y tiró de ella hacia el interior.

El matadero era un conjunto de construcciones conectadas por aleros, que servían de sectores de degüello para cada tipo de animal y de sacrificio de aves, secadero de pieles y saladero de carne. Eran grandes áreas diáfanas y abiertas para orear el espacio, y por eso el olor se extendía por doquier.

Selva sentía el desayuno dando vueltas en su barriga, y las salchichas traicioneras empujaban hacia arriba ejerciendo presión en el estómago. La lengua áspera le provocaba salivar sin parar, y se concentraba con todas sus fuerzas en controlar las arcadas.

Renzo se paraba un rato para explicarle las labores que realizaban en cada zona y a saludar a los trabajadores, pero ella no entendía nada, solo miraba la sangre esparcida, los cuerpos colgando, y se decía: «No te desmayes». De pronto sintió el vómito en la garganta. Salió corriendo, se dobló hacia abajo y echó el desayuno al pie de un árbol.

El capataz llevó a Selva de vuelta a la misión sobre su montura, ya que la muchacha no se sentía con fuerzas para manejar las riendas. Renzo se sentía culpable; había querido bajarle los humos. Creyó que se iba a negar a la visita al percibir el intenso olor a sangre coagulada del matadero, pero había aguantado las ganas de vomitar mientras él la conducía por las distintas áreas y le explicaba el funcionamiento, y solo al final había corrido al exterior y había echado el desayuno. E incluso descompuesta, con el rostro verdoso y exhalando ese olor repugnante a comida descompuesta, le parecía hermosa. Sintiéndola medio desmayada entre sus brazos, lo invadía una ternura traicionera que le agujijoneaba las tripas. Estaba perdido. Lo supo con claridad el día anterior, cuando la vio domando al mestenco; también por la noche, cuando había rozado su cuello y se le había llenado el alma de olor a gardenias. No podía sacarse su aroma del cuerpo ni la suavidad de su piel al roce de sus labios. No solo deseaba su cuerpo como desde el día en que la vio; ahora la deseaba a toda ella. Se estaba enamorando perdidamente.

Cuando llegaron a la misión, la acompañó hasta su cuarto y la ayudó a

meterse en el lecho para reponerse de la experiencia.

Mientras Renzo esperaba a que despertara Selva tras su indisposición, se entretuvo organizando las labores de los vaqueros y cada poco tiempo se pasaba por la casa y preguntaba si ya se había levantado. Luzmita le informó que le había llevado uno de sus brebajes de hierbas y que en poco tiempo estaría restablecida. Cuando Selva apareció por los establos tres horas después, se encontraba mejor, aunque le dijo que no volvería a comer carne en lo que le restaba de existencia.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco mejor.

—Aguantaste muy bien.

—Tenías razón, no tenía que haber desayunado.

—Con el tiempo uno se acostumbra al olor y ya no se siente.

—¿Qué toca ahora?

—Hay una parte de la misión que creo que no has visto; podemos hacerlo ahora.

—¿Sí? La he cabalgado de arriba abajo.

—Por eso. Vamos a pie.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa, ya lo verás.

La tomó de la mano y le miró un instante los ojos verdes. Sintió un chispazo en el corazón con el contacto cálido y suave de su palma. Selva le sonrió. Tiró de ella con delicadeza y se adentraron en el bosque. Curiosamente, a medida que avanzaban hacia el interior frondoso, el ambiente se volvía más caldeado y húmedo. Los pájaros revoloteaban entusiasmados a su alrededor; las ardillas corrían por los troncos al verlos pasar. Los robles los protegían, con sus ramas centenarias, del sol intenso de media tarde. Llegaron a un pequeño muelle donde había atada una barca. Renzo ayudó a Selva a subir y soltó la amarra que sujetaba la barca al embarcadero; saltó ágilmente y la empujó para distanciarse del muelle. Se sentó, tomó los remos y empezó a hundirlos con brío en el agua. La barca se deslizaba entre los juncos que sobresalían y las hojas de nenúfares donde dormían las ranas.

Selva miraba extasiada a su alrededor.

—Estás lleno de sorpresas, vaquero.

—Quería compensarte por esta mañana.

—No tenías nada que compensar; el matadero es parte de la misión, y tenía que conocerlo. Aunque espero que durante la competencia no se os ocurra pedirme que degüelle a una vaca. —Renzo soltó una sonora carcajada y los ojos negros le brillaron—. Es un lugar mágico.

—Son las marismas. Se extiende leguas y leguas. Es fácil perderse en ellas.

—Pero no tú.

—Yo no. Pero me perdí una vez de chamaco y vagué por ellas durante días. Consiguieron encontrarme antes de que le sirviera de almuerzo a algún caimán.

Selva saltó al fondo de la embarcación.

—¿Cocodrilos?! —dijo oteando su alrededor con preocupación.

—Sí, y hay muchos, no se te vaya a ocurrir nadar en estas aguas. También hay serpientes largas y escurridizas.

—Pensaba que me querías compensar por esta mañana.

Renzo volvió a reír, divertido por la cara de susto de la muchacha.

—Tienes razón, no quería asustarte. Estás conmigo, no tienes nada que temer —dijo dándole la mano para ayudarla a sentarse de nuevo en el asiento de madera—. Además, no sería la primera vez que me las veo en un cuerpo a cuerpo con uno de esos bichos. —La tranquilizó sacando su cuchillo de la boca.

—¡Yo también quiero uno!

—¿Qué harías con él?

—Clavárselo a alguien, digo a algo —confesó sonriendo traviesa.

El riachuelo se abrió a un lago bordeado de juncos y manglares. Una bandada de gansos sobrevoló el estuario, levantando una cortinilla de agua en su vuelo con un ensordecedor batir de alas. La primavera comenzaba a despertar y desperezaba las tímidas flores que se abrían a la estación y rompían la monotonía de verdes y ocres.

Renzo dejó de remar y la barca fluyó con suavidad sobre las aguas verdosas. Ella desvió la vista del paisaje y lo miró. Él no había dejado de contemplarla, no podía apartar los ojos de la joven. Sus miradas quedaron ancladas por un instantes eternos que pararon el tiempo y el sonido de las aves sobrevolando el estuario. Selva fue la primera en bajar la cabeza al sentir las mejillas traicionando sus emociones.

—No me habías dicho que eras huérfano. —Disimuló el rubor.

Renzo soltó un sonoro suspiro.

—Ya veo que has hablado con el fraile. El padrecito tiene una boca muy grande. No suelo anunciarlo. «Buenas, soy el capataz, Renzo Romo, y soy huérfano» —dijo extendiendo la mano a modo de saludo. Selva se la tomó riendo—. Además, que lo sea ya no tiene mucha importancia. Cuando era chamaco, sufría e intentaba recordar algo que me hiciera sentirme menos solo, pero nada encontré en mi memoria. La fe en Dios me ayudó a sobrevivir. Quien tiene a Dios Todopoderoso por padre no necesita nada más.

—Y Luzmita ejerció de madre.

—Sí, es lo más cercano a una madre que tengo. —Su mirada se perdió en la lontananza anaranjada que se filtraba entre los árboles—. Ahora te toca a ti, española.

—¿Qué quieres saber?

—Cuéntame la historia de la hacienda Madreselva.

Ella suspiró.

—Está bien, pero se nos va a hacer de noche.

—Aún quedan algunas horas para el ocaso.

—En verdad la historia de la hacienda Madreselva es la historia de mi abuelo, Sandalio Linares.

La joven empezó a desgranar con apasionamiento la historia de su familia, y aunque al principio Renzo le miraba atentamente los labios —cómo se los chupaba, los abría y cerraba mientras narraba, cómo su lengua se asomaba un instante para luego ocultarse— y tenía unas ganas enormes de besarla hasta hacerla desfallecer, poco a poco la historia fue atrapando su interés y acabó cerrando los ojos para dejarse llevar por su voz y viajar a aquella época.

—Sandalio Linares era el padre de mi madre, Renata. Su padre se llamaba como él, Sandalio, pues aun siendo el menor de cuatro hermanos, heredó el nombre de su progenitor. Cuando le preguntó a su padre por qué no le había puesto Sandalio a alguno de sus hermanos mayores, este, muy serio, afirmó: «Porque solo tú te pareces a mí». Delgado, enjuto, de cabellera oscura y lacia, así era Sandalio Linares, padre, y fue Sandalio Linares, hijo, mi abuelo. Su madre, mi bisabuela, se llamaba Carlota, *la Carlota*, como la conocían los parroquianos que frecuentaban la taberna que regentaba su familia en el puerto de Valencia. Mi abuelo Sandalio adoraba el mar y nadaba como un renacuajo desde la más tierna infancia. A la edad de siete años, y gracias al tío Juan Gaspar, a quien todo se lo debían, en palabras de su padre,

la familia emigró como colonos a Córdoba.

»El tío Juan Gaspar era un bávaro con importantes conexiones en la Corte. El mismísimo rey Carlos III le había encargado repoblar el valle del Guadalquivir en la campiña cordobesa, donde campaban a sus anchas los bandoleros y truhanes de la región. La Carlota, se llamó la fundación, y a él, años después, nadie le quitaría de la cabeza que el nombre era en honor a su madre, generosa de carnes, de piel rosada y negra cabellera.

»Años antes de que él naciese, la Carlota cantaba con poderosa voz amenizando la cogorza del público ocasional de la taberna: corchetes, marineros, comerciantes y algún que otro noble. Allí no había clases sociales; todos lloraban a moco tendido con las canciones de amor desdichado que mi bisabuela cantaba con tal sentimiento que, al terminar, la ovacionaban como si de una gran artista se tratara.

»Una mañana, el bávaro la vio contoneándose con su caminar saltarín y se quedó prendado de ella. Pasó cerca de él en dirección al puesto de pescado, balanceando graciosamente la cesta colgada del brazo al son de un alegre tarareo. La siguió de vuelta a la taberna, entró detrás de ella al patio trasero y, al verla inclinada sobre un barreño, quitándole las escamas a su reciente adquisición, se abalanzó sobre ella. Mi bisabuela Carlota no se asustó, pues no le había pasado desapercibido el interés despertado en el extranjero de cabello dorado y elegante vestimenta. Fue fugaz e intenso el primer encuentro, pasionales los demás. Nunca sabía si volvería a ver al caballero. Cuando estuvo cierta de que había quedado preñada, eligió como marido al hombrecillo flaco que la miraba con ojos embelesados todas las noches y la saludaba tímidamente al despedirse. «Doña Carlota, tiene la voz de un ángel», le decía con mejillas pudorosas.

»Sandalio, padre, creyó haber llegado al cielo durante la noche de bodas, cuando por fin la tuvo entre sus brazos y pudo perder la conciencia de sí mismo entre sus generosos pechos. Cuando apareció Juan Gaspar ocho meses después, y tras sobreponerse a la impresión de ver a su Carlota con un querubín rubio y orondo en brazos, retomaron sus amoríos con discreción, aunque la Carlota, muy honesta ella, pidió permiso a su esposo, al que aseguró que al amante le entregaba solo su cuerpo y no el corazón, que le pertenecía por entero, asegurándole además que merecía la pena el sacrificio, pues traería abundancia a la familia. Y a partir de entonces pasó a ser el tío Juan Gaspar.

»Carlota tenía razón. Poco después llegaba la comisión del rey y el

bávaro les asignó el mejor terreno de la colonia, y a su Carlota la convirtió en dueña y señora de la Posada Real, parada de carruajes en su periplo hasta Madrid. Para entonces, Carlota había dado a luz a otros tres varones, los dos siguientes iguales al primero, rubios de ojos claros, Joaquín, Raúl y Miguel, y el cuarto, Sandalio, enjuto y oscuro como su marido.

»Los hermanos mayores ayudaban a su padre en las labores del campo, y mi abuelo Sandalio ayudaba a su madre con los quehaceres de la posada y entretenía a los viajeros con su desparpajo y fina voz, cualidades heredadas de su madre. Así fue como descubrió los amoríos de esta con el tío Juan Gaspar. Una tarde oyó ruidos extraños; los jadeos lo condujeron hasta la despensa subterránea y, entre sacos de garbanzos y alubias, los vio fundidos en un apretado abrazo de lengüetazos y obscenidades susurradas. Salió despavorido en busca de su padre. Lo halló con la azada en el campo.

»—¿Qué tienes, chiquillo? —le preguntó don Sandalio.

»—He visto a madre con tío Juan Gaspar —dijo sin capacidad para explicar la visión.

»Su padre volvió la vista a la tierra seca y descargó la azada con desgana.

»—Padre, ¿usted lo sabía?

»—Le debemos todo al tío Juan Gaspar —fue toda su explicación. Después, con más desgana aún, agarró la azada y alivió su transigente aceptación de marido cornudo contra el suelo labriego.

»Pero la Carlota sí había entregado el corazón a tío Juan Gaspar, y se fugó con él un caluroso día de verano, cuando la familia dormía la modorra de las tres de la tarde. Sandalio, hijo, mi abuelo, sintió la traición en carne propia; no así su padre, quien se había acostumbrado desde hacía mucho tiempo a la resignación, y con resignación aceptó el abandono de su esposa. Mi abuelo decidió en ese momento que ya era un hombre y pidió la bendición de su padre para marcharse en busca de fortuna; tenía catorce años.

»—Llévate a Dominga, tu madre ya no la necesita.

»Se despidieron con un apretón de manos, y después de recibir algunos puñetazos y coscorrones, cariñosa despedida de sus hermanos, tomó la mula de doña Carlota y, con el hatillo de provisiones y dos mudas de ropa al hombro, puso rumbo a Cádiz.

»—Sé nadar —fue todo lo que dijo, y consiguió trabajo en el puerto como estibador. Se enamoriscó de una mancebita, Soledad, menuda y seca de carnes, que le inspiraba ternura y lo abrazaba por las noches cuando le

entraba la nostalgia y se ponía a llorar. Malvivía ahorrando los salarios con la idea de marcharse a las Indias, y si ya era delgado antes, en ese periodo se le marcaban todos los huesos del cuerpo. Hasta que una noche le cambió la suerte.

»En la taberna donde conoció a Soledad, intervino en una riña y salvó de un navajazo al capitán Isidro Avarzúa. El marino se lo agradeció cumpliendo su sueño de embarcarse a las Indias. Como le daba vergüenza confesar el abandono de su madre, pues su traición aún le quemaba en las entrañas como el primer trago de aguardiente, cuando don Isidro le preguntó por su origen, se limitó a decir que era huérfano.

»El capitán le tomó mucho cariño; en eso mi abuelo se parecía a su madre: bueno para el chiste, dicharachero y amenizador, se ganaba el corazón de la gente sin pretenderlo. Por su parte, el marino le habló de su joven esposa, de la que estaba profundamente enamorado y a la que ansiaba ver, de su hacienda y de la cría de caballos a la que se dedicaba cuando no estaba navegando. En ese viaje había adquirido veinte pura sangre, y además, con sus buenos dineros, el título de conde de Quintana, pues en la Nueva España, un español noble era el dueño del mundo, le explicó.

»No había puerto en el que el capitán no se metiese en riñas, ya que era muy impulsivo de carácter; además bebía mucho, para aguantar la nostalgia de su esposa, le decía a mi abuelo. Sandalio lo admiraba y le embelesaba escucharlo hablar de su esposa Guillermina; deseaba enamorarse así. Por fin, después de varios meses de periplo, arribaron a Nueva España.

»Don Isidro había decidido adoptar a mi abuelo y ayudarlo en la vida. Cuando llegaron a la hacienda, lo presentó a la servidumbre como su hijo Sandalio. Loco por ver a su esposa, preguntó por ella y recibió caras compungidas. Se puso a buscar por toda la casa gritando su nombre; Sandalio lo seguía, y él subía y bajaba escaleras, entraba y salía de estancias. «¿¿Dónde está Guillermina?!», le preguntaba a cada sirviente que le salía al paso, pero nadie se atrevía a darle razón de ella. Enloquecido, pensaba que lo había abandonado hasta que sus gritos atrajeron a doña Ignacia, la dueña de su esposa, quien se encontraba en la capilla rezando.

»—Ay, señor Isidro, la niña Guillermina salió a cabalgar. Estaba ya muy pesada, pero *usté* conoce a su señora, lo tozuda y malcriada que es... —Sin poder terminar de explicarle, doña Ignacia escondió el llanto en su pañuelo bordado.

»—¿¿Dónde está Guillermina?! —volvió a aullar.

»Esta vez fue su sobrina Eulalia quien salió a recibirlo. Vestía también de negro, al igual que doña Ignacia, pero mientras esta última siempre lo hacía, ver a su sobrina así vestida terminó de convencerlo de que la desgracia se había cernido sobre su hogar.

»Eulalia, hecha un mar de lágrimas, le explicó: «Guillermina se cayó de la yegua y se rompió el cuello, ha tres semanas que la enterramos».

»Don Isidro solo alcanzó a balbucear de nuevo: «¿Dónde está Guillermina?», y todos entendieron que en ese momento se refería a su sepultura.

»Eulalia le dio la mano y lo condujo hasta el árbol donde solía sentarse a leer su joven esposa; detrás de ellos, Sandalio, doña Ignacia y todos los criados en procesión acompañaron al hacendado en su dolor. Le habían colocado una hermosa cruz labrada en piedra. Al ver su nombre grabado, Isidro Avarzúa se abalanzó sobre la sepultura. Primero la abrazó llorando, luego empezó a escarbar con las manos.

»—¡Traedme una pala! —ordenó, pero nadie se movió. Las criadas empezaron a sollozar, doña Ignacia hipaba sin contención y Eulalia se cubría la cara porque no podía soportar ver la desesperación de su tío. Isidro siguió gritando, se desgañitó dando órdenes, pero nadie le obedeció. Sandalio llegó corriendo, se arrodilló junto a él y le entregó la pala que pedía, y él, pico en mano, lo ayudó a rescatar a su amada de la oscuridad de la muerte. Cuando apareció la madera del ataúd, los dos apartaron la tierra que quedaba con las manos y sacaron el féretro del agujero. Isidro, loco de dolor, abrió la tapa rasgándose la piel de los dedos, ante la mirada atónita, los rezos quedos y las señales de la cruz de las criados, de Eulalia y de doña Ignacia. La sacó del ataúd y la acunó entre sus brazos—. Le da miedo la oscuridad —dijo llorando.

»Los ojos de Guillermina eran ya dos cuencas vacías y oscuras por donde asomaban blancos gusanos; su vientre estaba abultado. Isidro se secó las lágrimas para poder ver con claridad, le pasó la mano por la tripa y alzó la mirada buscando los ojos de doña Ignacia, que, llorosa, asintió. «Sí, estaba embarazada, a punto de dar a luz a su hijo». La dejó con dulzura de nuevo en su lecho y le dijo a mi abuelo que se encargase de enterrarla. Sandalio cerró la tapa y empezó a palear la tierra de vuelta a su lugar. El viudo se levantó con una pesadumbre imposible y se alejó de la sepultura de regreso a la casa. Todos lloraban y, entre las lágrimas y la pena, no pudieron ver la mirada de fuego con la que se alejaba Isidro Avarzúa. Con pasos cada vez más rápidos,

se dirigió a los establos. Todos oyeron el disparo e, instantes después, corrían como locos hacia el sonido. Mi abuelo llegó el primero a las cuerdas y presencié cómo se desangraba la yegua que había matado a Guillermina. Isidro, con el pistolón humeante en la mano, la observaba con una pena densa. Alzó la vista y, al ver a Sandalio, le sonrió y le dijo: «Perdóname, hijo mío». Y apuntando la pistola a la sien, se descerrajó un tiro cuyo estruendo quedó amortiguado por el grito desgarrado de mi abuelo:

»—¡Nooo!

»Así, Sandalio Linares se convirtió en el heredero de don Isidro Avarzúa, conde de Quintana, capitán de navío y criador de caballos. Los sirvientes testificaron sobre la declaración del patrón respecto a la filiación de mi abuelo, de su afecto por él; la más vehemente de todos fue doña Ignacia. Eulalia, que habría sido su heredera también, apoyó que Sandalio era hijo de don Isidro.

»Mi abuelo, aturdido por los acontecimientos, pasó días vagando por los campos pensando por la muerte de su protector. Los peones lo buscaban a cada rato para consultarle, y él, casi sin sentir, empezó a impartir órdenes, y poco a poco, día a día, con la colaboración principal de Eulalia, se fue haciendo con las riendas de la casa y de la cría de caballos. Seis meses después se casó con Eulalia, su única compañía, y al año tuvieron una hija, Renata, mi madre. La hacienda de Isidro Avarzúa se llamaba Madreselva.

Selva terminó de hablar y se quedó mirando el morir del sol a lo lejos.

—Debemos irnos, el sol desfallece —anunció Renzo.

El vaquero remó de vuelta al pequeño embarcadero. La ayudó a bajar de la barca y de la mano caminaron hacia la misión.

—¿Qué tienen que ver los Ayamonte en toda esta historia?

—Sus tierras colindaban con las de mi abuelo. No sé mucho, salvo que eran familias amigas y que acordaron el matrimonio entre Juan Lorenzo y mi madre, y después mi familia perdió las tierras por algún engaño y se rompió el compromiso. Volvieron a España, a La Carlota. Su familia malvivía de la tierra; su madre, Carlota, había vuelto al hogar años antes, cuando su amante fue encarcelado por estafa. Mi madre nunca superó la separación de Juan Lorenzo, odió a ese hombre hasta el último aliento.

—¡Tu madre y el capitán Ayamonte, prometidos!

Aquel primer día, en el despacho, su mente no había registrado que Ayamonte tuviera relación con la madre. Estaba tan aturdido con la atracción que sentía por Selva que no había reparado en la conversación; todos sus

sentidos estaban puestos en ella.

—¿Qué te hicieron, chiquita? ¿Cómo pudo tu madre casarte con él?

Selva suspiró.

—Estaba enferma, no sé, y él le dijo que me devolvería la hacienda de mi familia. Recuperar Madreselva es todo cuanto ansiaba mi madre. Al menos murió pensando que había vuelto a manos de los Linares.

—Y por eso es tan importante la concesión del rancho.

—Tú se lo escuchaste a ese hombre que me dieron por esposo: Madreselva ya no existe, pero siento que de alguna forma debo cumplir el último deseo de mi madre.

—Está muerta, ¿por qué quieres cumplir algo que ya no tiene ninguna importancia para ella?

Selva bajó la voz. Le asustaba pronunciarlo en voz alta:

—Creo que vaga sin descanso sabiendo que Juan Lorenzo la engañó y no cumplió su promesa. Muchas noches siento su presencia.

—¿Y qué pasa si no lo consigues?

—Lo conseguiré. —Lo miró con una sonrisa en los labios.

—Eso será si me vences en la competencia —le dijo él intentando aligerar la conversación, y le devolvió una media sonrisa.

Habían llegado a la linde del bosque cuando el último rayo del sol se perdía por el horizonte y el añil dominaba los contornos de los campos sembrados. Seguían tomados de la mano. Selva se paró al divisar las construcciones de la misión. Lo miró de frente y se acercó a él un paso más hasta quedar muy cerca de su cuerpo. Se puso de puntillas, colocó las manos encima de sus hombros y lo sorprendió con un beso ligero en los labios.

—Gracias por el paseo.

El vaquero la agarró por el talle con un brazo para que no se alejara de él y, mirando la textura sonrosada y suave de su boca por un instante, la tomó por el cuello y devoró hambriento sus labios. Selva los abrió ligeramente y él ahondó el beso con su lengua, saboreando su dulzura. Ella, de golpe, se separó.

—Buenas noches —dijo, y salió corriendo en dirección a la casa, dejando a Renzo hirviendo de pasión y contando los miles de segundos que lo separaban de volver a verla.

Las semanas pasaron veloces entre caballos y cultivos, y Selva aprendió todo lo que pudo en esos días intensos sobre la producción de vino, aceite y harinas, sobre el curtido del cuero, la esquila de las ovejas, la producción de queso de cabras, la preparación de la lana para la venta y del trato con los trabajadores de la misión.

Se acopló a los ritmos que marcaban las campanas de la iglesia: el Alabado al amanecer, el ángelus a mediodía, la santa misa por la tarde y el rosario antes de irse a dormir. Y los sábados, los hombres sacaban las guitarras y se montaba un fandango en la plaza donde se bailaba y se bebía aguardiente.

En sus ratos libres cabalgaba ella sola hasta la playa, se refugiaba en la quietud de la biblioteca o se quedaba en la cocina bebiendo atole y escuchando las historias de Luzmita.

Juan Lorenzo no había vuelto a aparecer por la misión, y ella casi se habría olvidado de su existencia si no fuera por las visitas periódicas que recibía del alférez Márquez, quien le informaba sobre su hermano Lorenzo. Ella no había querido verlo de nuevo, pero le mandaba una nota con el soldado contándole lo que estaba aprendiendo y cuánto lo echaba de menos.

Su amistad con Renzo se profundizaba cada día, y ella respiraba satisfecha sabiendo que le serviría de provecho durante la competencia la atracción que el vaquero sentía por ella y que Selva manejaba a su antojo. Lo provocaba y lo dejaba con las ganas, exacerbando su deseo. Ni siquiera sabía bien de dónde le venía ese instinto seductor, pues jamás antes había recibido las caricias y los besos de un hombre. Tal vez fuera la sangre de tabernera de su bisabuela y de su tatarabuela.

La primavera estallaba en mil colores y era hora de arrear el ganado a los pastizales crecidos. Pasarían varios días fuera, y era lo último que les quedaba por hacer antes de empezar la competencia. La noche plena se colaba por las rendijas de la ventana. Selva dormitaba aún, recordando las caricias que se habían prodigado en el establo la noche anterior antes de irse a dormir, cuando sintió un empujón que la lanzó de la cama al frío suelo de baldosa de barro.

—Sabía que te ibas a dormir. —Renzo le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, pero ella la apartó enfadada.

—¿Y no se te ha ocurrido una forma más dulce de despertarme?

—Todos te estamos esperando. No hay tiempo que perder.

—¿Te vas a quedar a mirar cómo me visto o quieres que vaya en camisón?

Renzo se cruzó de brazos y se apoyó en el poyete de la ventana baja.

—Está bien. —Selva se sacó el camisón y lo dejó caer a sus pies. Quedó desnuda frente a él.

El vaquero se levantó de golpe.

—Te dejo que te vistas, pero date prisa. —Quiso cruzar hacia la puerta, pero Selva se interpuso en su camino y lo empujó con fuerza. Renzo cayó hacia atrás sobre la cama.

—¿No querías mirar?, pues mira.

Ella fue sacando sus prendas de los cajones y colocándoselas muy despacio mientras Renzo apretaba las manos, sujetándose con fuerza a las cobijas del lecho para aguantar la tentación de volver a desvestirla. Cuando estuvo lista, se sentó en la cama a su lado y se calzó las botas.

—Ya estoy, vamos.

—Ve saliendo, ahora voy.

Selva lo miró un momento, divertida, antes de salir por la puerta. Desde la ventana enrejada le dijo:

—No vuelvas a despertarme así o tendré que enseñarte modales, y ya sabes que puedo ser muy persuasiva.

Renzo bufó por el deseo a punto de reventarle el pantalón y, cuando consiguió calmarse, salió tras ella.

Tardaron un día entero en atravesar la llanura y llegar al extremo oriental de las tierras de la misión, a las praderas donde el ganado pastaba durante el invierno. Cabalgaron varias horas y, después, pararon una hora junto a un arroyo para reponer agua y dejar descansar los caballos. Se pusieron en camino de nuevo, avanzando a galope tendido, y en esos momentos Selva sentía que podía volar y que su corazón se liberaba del peso de la herencia de su madre: un marido al que no quería y una promesa por cumplir.

En total, eran una veintena de hombres, con Renzo a la cabeza, y ella, que fundamentalmente los acompañaba para mirar y aprender cómo se hacían las cosas, o eso había ordenado el capataz, aunque Selva no pensaba ser solo

espectadora. ¿Qué dificultad podía conllevar mover el ganado por esas anchas llanuras? Además, les faltaba un hombre, y ella podía ocupar su lugar sin problemas.

Miguelito aún no estaba recuperado de la cornada recibida varias semanas antes, le costaba caminar y, cuando montaba, le tiraba la herida, por lo que había permanecido en la misión ayudando al padre Amador en la huerta.

Cuando el sol estaba a punto de fundirse en el horizonte, llegaron a los inmensos corrales, donde miles de vacas de largos cuernos mugían y se zarandeaban unas a otras. Selva soltó un silbido de exclamación; no se había imaginado que pudiera haber tanto ganado junto y jamás había visto esos pitones tan enormes. Cerca del campamento, formado por tiendas y algunas construcciones de paja y barro hechas por los nativos, había un pequeño bosque, y varios vaqueros se adentraron en él en busca de leña para preparar el fuego.

Los vaqueros que permanecían durante el invierno vigilando el ganado y sacándolo a pacer por los pastizales, los recibieron con entusiasmo, y se armó una pequeña fiesta; sacaron las provisiones y en menos de una hora estaban comiendo y bebiendo alrededor del fuego.

Y aunque Selva se sentía sucia y polvorienta, también sentía una extraña laxitud en el cuerpo, producto del cansancio y del vino, pero también de una sensación profunda de paz, como si todo estuviese en orden, como si todo fuese posible.

Renzo estaba sentado a cierta distancia de ella y lo observaba charlar y reírse de las ocurrencias de los otros hombres. El resplandor anaranjado del fuego se reflejaba en sus masculinas facciones y hacía brillar sus ojos negros. Le gustaba, le gustaba mucho, y después de haber montado durante todo el día junto a él, le gustaba aún más.

Estaba demasiado cansada para hablar, así que cuando se terminó su escudilla metálica con el guiso de venado que habían preparado y apuró su vaso de vino, se recostó allí mismo junto al fuego y, poco a poco, el estruendo de las voces masculinas se fue convirtiendo en un suave arrullo, los párpados se le cerraron y se quedó profundamente dormida.

Cuando Renzo se percató, se levantó y fue hasta ella. La tomó en brazos, Selva se acurrucó contra su pecho, y la llevó a su tienda. Él durmió afuera, junto a la entrada de la tienda; no podía arriesgarse a que sus hombres lo vieran intimando con la esposa de otro.

Esa noche todo estaba preparado para la fuga. Hacía más de un año desde la última vez, por lo que el padre Amador había bajado la guardia. Los amantes que Selva había descubierto escondidos entre las sombras del patio interior cuando fue por primera vez a la biblioteca estaban deseando consumir su amor lejos del control y la vigilancia del fraile.

Micaela había llegado a la misión dos años antes junto a su hermana pequeña, Simona, que contaba siete años, al haberse escapado del poblado de los Kumeyaay, donde eran prisioneras después de que hubiesen atacado a su tribu y se las hubieran llevado como trofeo. Estaban desfallecidas del hambre y del cansancio después de caminar sin rumbo durante días. Sin saberlo, habían entrado a las tierras de la misión, y uno de los trabajadores las encontró dormidas y acurrucadas una junto a la otra a poca distancia de los establos. Las llevó ante el padre Amador, quien las acogió en la misión.

Las bautizó como Micaela y Simona en una sencilla ceremonia, y desde entonces seguían los preceptos católicos y ayudaban a las mujeres en los quehaceres de la misión, principalmente en la producción de tejido y en la cocina.

Pernoctaban en el dormitorio comunitario de las solteras y eran vigiladas de cerca por doña Martirio, una nativa vieja y arrugada que llevaba varias décadas en la misión.

La pequeña Simona adoraba al padre Amador y era feliz allí. Se sentía protegida después del miedo que había pasado durante el ataque de los indios Kumeyaay y después, viviendo maltratada entre quienes habían asesinado a su familia. Sin embargo, Micaela, de quince años, era una muchacha intranquila y rebelde, y además recordaba los buenos tiempos de su tribu, antes del ataque. En la misión había descubierto a otros neófitos de su etnia y se había enamorado de Luisiño, un muchacho fuerte y callado que trabajaba en la curtiembre.

Doña Martirio tenía un sueño profundo, a pesar de dormir en una silla en posición vigilante y de roncar con el volumen de una catarata derramándose sobre el río. No era la primera vez que Micaela se escapaba por la noche para encontrarse con su enamorado, pero esa era la definitiva. No tuvo mucho problema para soltarle la cuerda que llevaba atada a la cintura con las llaves de los candados que aseguraban puertas y ventanas. Abrió con un suave chirrido la puerta principal del dormitorio y volvió a cerrarla sigilosamente

por fuera, dejando encerradas a doña Martirio y al resto de muchachas solteras; no quería que nadie diera la voz de alarma antes de que pudieran escapar.

En el exterior, caminó veloz al encuentro de su amado. Luisiño no estaba solo; otros siete neófitos estaban con él. Micaela lo agarró por el brazo y lo apartó del grupo.

—Somos demasiados, van a salir a perseguirnos. Si nos vamos solos, puede que tarden más tiempo en dar con nosotros o incluso que desistan de buscarnos.

—Nos vamos todos.

La agarró de la mano y tiró de ella. Ya tenían los caballos preparados; habían elegido los caballos poderosos que habían llegado con la señora española y que parecían los más robustos. Avanzaron en silencio, amparados por la oscuridad, y cuando estuvieron a cierta distancia de los dormitorios, montaron y se alejaron al galope.

A la mañana siguiente, los gritos de doña Martirio y de las demás muchachas encerradas consiguieron llamar la atención de algunos neófitos cuando se acallaron los alaridos de saludo al sol. Corrieron a llamar al padre Amador, que contaba con copia de todas las cerraduras. El fraile llegó a la carrera, sofocado y con la cara colorada a causa del ejercicio.

—Ya no está uno para estos trotes —se quejaba mientras intentaba recuperar el resuello y peleaba con los cerrojos.

Después de varias intentonas, consiguió quitar el candado a la puerta, y doña Martirio se abrazó a él llorando.

—¡Ay, padrecito! —sollozó.

—¿Quién ha sido?

—Micaela es la única que falta —dijo hipando de la angustia.

—Cálmese, mujer, que le va a dar un soponcio.

Después se dirigió a la capilla e hizo tocar las campanas convocando a todos los trabajadores. Anunció la fuga y pidió que cada encargado hiciese recuento de sus subalternos. Poco después le llegaba el aviso de la identidad de los fugados. Eran nueve en total, incluyendo a Micaela. Pidió cinco voluntarios para ir en su busca y, después, con la partida de hombres preparada, se subió a la carreta conducida por Benito y juntos pusieron rumbo a Monterrey para pedir la ayuda del capitán Ayamonte y su compañía de soldados.

Renzo se empeñó en que Selva debía cabalgar junto a él para evitar que sufriera algún percance durante el arreo del ganado. Pero lo cierto era que andaban faltos de un hombre, y que a veces el hueco que dejaban entre ellos eran demasiado amplio y tenían que estar yendo a buscar a las vacas que se desperdigaban, lo que ralentizaba la operación. Y aunque Selva intentó convencerlo de que ella podía cubrir el lugar de Miguelito, el capataz era terco como una mula y se negó. Era un nuevo aspecto de su carácter que la joven no había visto hasta entonces: Renzo Romo podía ser inflexible y testarudo como el que más, y eso, en vez de disgustarle, le agradaba, porque así se volvía más divertido demostrarle que estaba equivocado.

Al atardecer, dieron por terminada la jornada. Montaron velozmente los corrales transitorios donde recoger el ganado y las tiendas para pasar la noche. Renzo y otros cuatro vaqueros salieron a buscar a las vacas que se habían desperdigado por el hueco justo antes de dar el alto.

Selva se despidió de él risueña.

—¡Rencito, deberás admitir que yo tenía razón! —le gritó a su espalda mientras se alejaba, y se rio con sonoras y exageradas carcajadas para enervarlo aún más.

El fuego chisporroteaba esparciendo calor, y el cocinero y su asistente se afanaban preparando la cena. Algunos hombres recogían leña; otros fueron a buscar agua al riachuelo cercano. Selva los siguió a distancia; quería darse un baño. Cuando se alejaron de vuelta al campamento, se desvistió aprisa y se sumergió en el agua helada y saltarina, liberándose del sudor y del polvo de dos días.

Sentía todos los músculos agarrotados por las intensas cabalgadas, pero también el corazón pleno, porque adoraba montar a caballo, estaba en su elemento.

Se colocó boca arriba y extendió los brazos en el agua. Flotó en el remanso del riachuelo y el agua helada le fue relajando poco a poco el cuerpo, aliviando el dolor de las posaderas, las piernas y la espalda. La corriente la empujaba lentamente; posó los pies en el fondo y resbaló entre las piedras, perdiendo pie y hundiéndose momentáneamente. Nadó bajo el agua hasta el pequeño remanso y volvió a colocarse boca arriba. Su cabello se esparcía como un velo de oro. Observó las ramas de los árboles, que casi podía tocar con la mano si extendía el brazo hacia arriba. Los pájaros la miraban y gorgoteaban entre ellos. En ese momento no existía nada más que

la absoluta plenitud y levedad que sentía en el corazón, como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. Como si no existiese su patria lejana, su padre solo y tal vez arruinado en una casona vacía, su hermano alcohólico encerrado en una sucia celda. Como si no existiese su marido, un hombre ruin y mentiroso que arruinó la vida de su madre y estaba arruinando la suya; como si no estuviera sola en el mundo, sin nada ni nadie con quien contar, y como si no pesara la herencia de Renata, su último deseo antes de morir: recuperar Madreselva.

¿Qué pasaría si no pelease por las tierras de la misión y se limitara a vivir como hasta entonces, cabalgando sin descanso y durmiendo bajo las estrellas? Esa idea le cruzó la mente como la estrella fugaz que iluminaba el firmamento nocturno.

¡Eso era! Podría vivir así, sin mayores preocupaciones, haciendo lo que amaba. No necesitaba nada más para ser feliz. Si todos los días fueran como ese, ella sería plenamente feliz. Sí, eso era. No necesitaba nada más. Cerró los ojos y se aferró a esa maravillosa sensación de ligereza. No requería ningún esfuerzo olvidarse de todo: Juan Lorenzo, su madre, su hermano, Madreselva... Tan solo quería disfrutar de su joven vida.

De pronto escuchó cómo alguien la llamaba:

—Selva, Selva.

Levantó la cabeza del agua y escuchó atenta. La brisa hacía batir las ramas entre sí. Instantes después volvió a escuchar la voz, esta vez más nítida, más cercana:

—Selva, Selva.

Se incorporó del todo, posó los pies en el lecho del riachuelo y miró en derredor. La luz del atardecer se apagaba y la frondosidad de la vegetación oscurecía aún más el espacio, y entonces la vio.

Tenía el gesto serio, los labios apretados en una temible expresión, y la palidez del rostro resaltaba contra el vestido de paño negro. Selva empezó a sentir un frío atroz; el agua del río le acuchillaba las piernas y el vientre. Se abrazó a sí misma intentando controlar el temblor mientras salía con dificultad del arroyo sin apartar la vista de la imagen de su madre, que, parada frente a ella, la observaba con expresión dolida.

Entonces Renata volvió a llamarla:

—Selva, Selva —pero su voz parecía provenir de otro lugar, la envolvía por fuera y resonaba dentro, en su mente.

Se aproximó a ella temerosa.

—¿Madre?

—Madreselva nunca debió dejar de ser nuestra. Venga mi destino.

Eran las últimas palabras que su madre le había dicho antes de que partiera con Juan Lorenzo.

—Madreselva, Madreselva... —resonaba en su mente.

Selva cayó de rodillas con el agua chorreando por el cuerpo desnudo y se tapó la cara con las manos, pero la voz de Renata seguía retumbando en su cabeza sin descanso. Aterrorizada, Selva rompió a llorar y se volcó hacia delante con los ojos cerrados, pues no soportaba la imagen de ultratumba de su madre.

—Perdóneme, yo conseguiré las tierras, cumpliré su deseo. Descanse, madre, deje de penar.

Sintió cómo sus manos se posaban sobre su cabello húmedo y frío, y renovó con más fuerzas el llanto.

—No me haga nada, por favor.

—Selva, Selva. —Le costó reconocer la voz de Renzo—. Selva, soy yo, chiquita, ¿qué tienes?

La muchacha levantó la cabeza despacio y miró con ojos espantados el rostro moreno del capataz. Se abrazó a él con desesperación.

—Shh, shh, no pasa nada. Está todo bien. No debiste alejarte sola, podría haberte atacado un puma, o un oso.

—Mi madre... He visto a mi madre —lloraba Selva contra su pecho.

—Estás desnuda y chorreando, vas a coger una pulmonía —dijo cubriéndola con una manta.

Renzo se había pasado un rato observando cómo disfrutaba Selva del agua y cómo flotaba despreocupada apuntando con sus senos desnudos hacia el cielo de la tarde. Había aguantado las ganas de desnudarse y bañarse con ella, y en vez de eso había ido a buscar una manta al campamento para cuando saliese, aterida, del río. La envolvió bien y la alzó en brazos mientras ella se aferraba a su cuello y escondía la cabeza en él.

—Mi ropa...

—Vengo en un momento a buscarla.

La llevó hasta su tienda y la tumbó sobre un improvisado lecho de suaves pieles; ella se acurrucó hecha un ovillo, temblando aún del frío y la impresión.

—En seguida entrarás en calor. —Le acercó las alforjas donde Selva guardaba la muda de ropa y volvió a salir de la tienda. El resto de vaqueros

comía, bebía, fumaba y jugaba a los naipes.

Selva terminó de secarse y se puso su camisa de dormir. Renzo regresó con la ropa que había dejado a la orilla del riachuelo y la depositó doblada a un lado del lecho. Después salió de nuevo y regresó con dos cuencos de sopa. Se sentó junto a ella y ambos degustaron la cena en silencio.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Selva tardó en hablar. Vació el cuenco de sopa de un trago y el calor le dio fuerzas.

—Mi madre... se apareció para recordarme que no he conseguido recuperar Madreselva... —Se le quebró la voz.

Renzo no habló inmediatamente, sino que la observó en silencio.

—¿Cómo sabes que no es tu conciencia?

—No lo sé.

Selva se recostó sobre las pieles y le dio la espalda al vaquero. No tenía ganas de seguir hablando de ello.

Renzo recogió los cuencos vacíos y se dispuso a salir.

—Descansa, mañana nos espera un día duro. Debemos llegar a los pastizales antes de que anochezca para que nos dé tiempo a volver a la misión a dormir.

Selva se giró; estaba llorando.

—No te vayas, por favor, quédate conmigo —dijo con voz temblorosa.

Renzo se acercó despacio. Ella le tendió la mano, y él dejó los cuencos de la cena a un lado antes de tomársela y recostarse junto a Selva.

—Abrázame —le pidió.

El vaquero envolvió con sus brazos el cuerpo tembloroso de Selva, y ella hundió la nariz en su pecho e inspiró profundamente para llenarse de su olor. Se quedaron un rato sin moverse, escuchando el rumor exterior, que se fue apagando poco a poco según los vaqueros iban cayendo rendidos de sueño.

Renzo no dormía; permanecía con los brazos fuertes y cálidos enlazando el cuerpo menudo de Selva. La joven escuchaba su agitada respiración. Ella tampoco podía dormir, porque la voz de su madre retumbaba en su cabeza y no dejaba de torturarla; necesitaba librarse de su sonido de lamento.

Posó los labios en el cuello de Renzo y le dio un pequeño beso. Hundió la nariz un poco más y aspiró el aroma masculino de su piel, dejando escapar un profundo suspiro. Después se elevó un poco más y le besó el mentón mientras, con una mano, le acariciaba la mejilla y rascaba suavemente con las

ñas la barba que empezaba a despuntar. Alzó el rostro y vio que Renzo la contemplaba expectante. Se elevó un poco más y se tendió sobre él. Los brazos del vaquero permanecieron en torno a ella, las manos fuertes posadas en su espalda. Selva acercó los labios a su boca y comenzó a besarlo, primero muy despacio, la voz de su madre se iba diluyendo, después apasionadamente. El vaquero permaneció estático, sin responder, y cerró los ojos, su ceño contraído. Selva podía sentir su lucha interior en forma de latidos que batían poderosos contra su pecho. Cuando abrió los ojos, ella lo estaba mirando.

No sabía cómo pedirle lo que necesitaba. Quería olvidarse de todo, sentirse de nuevo segura, y la cercanía de su cuerpo firme, el deseo que despertaba en su ser era lo que podía sacarle el miedo de dentro y acallar la voz de su madre. Ansiaba sentir de nuevo el calor que le había abrasado las entrañas aquella noche en la poza.

—Bésame, Renzo. Bésame como si no existiese nada más en este mundo —gimió contra su boca.

El mundo se derrumbó a su alrededor. El hombre la volcó hacia un lado y se subió encima. Selva, instintivamente, abrió las piernas para acogerlo. Se besaron con ardor, lenguas enlazadas, jadeos desbocados, labios succionados.

La voz de Renata se había apagado, ya no la oía.

Cuanta más pasión sentía, más se alejaba también la imagen de su madre, hasta que no quedó nada en su mente, vacía de temor y recuerdos. Y entonces se entregó a él por completo.

Se devoraron sin límite. Sin dejar de besarla, Renzo le desató la lazada del camisón y el cuello se abrió, dejándole vía libre para amar sus pechos. Lo vio fuera de sí, temblando de deseo. Rajó con las manos la fina tela blanca, y Selva quedó expuesta de cintura para arriba. Renzo acarició con dedos nerviosos su pezón rosado, que se excitó a su contacto, endureciéndose, y después se abalanzó sobre él y lo lamió, succionando y mordisqueándolo suavemente mientras Selva se retorció de gozo y elevaba las caderas hacia él.

Ella gemía invitándolo a avanzar. Renzo bajó una mano y la deslizó por debajo de los restos del desgarrado camisón hasta alcanzar la tersura palpitante de su pubis. La tela le estorbaba y la arrancó completamente. Selva quedó desnuda a su merced. La acarició despacio, primero, y más rápido, después, y cuando la joven estaba a punto de deshacerse, se separó de ella y se desvistió deprisa. Totalmente desnudo, se tumbó de nuevo. Selva sintió su cuerpo, duro de tanto trabajo, y se estremeció ante el ardoroso calor que

desprendía; enlazó las piernas en torno a su cintura y le mordió el lóbulo de la oreja.

—Soy tuya —le confesó apretándose contra su miembro erecto.

Renzo no aguantaba más. Ella podía sentirlo, pero en el último momento temió que volviese a separarse de ella como la noche de la poza; leyó miedo en sus ojos. Selva, esta vez, no iba a dejar que huyera. Lo necesitaba para ahuyentar los fantasmas, para vencer el miedo. Con dedos torpes, le agarró la erección y, siguiendo su propia necesidad, la hundió en su entrada. El vaquero perdió el control; empujó con fuerza y la penetró hasta el fondo, tragándose el rugido de placer. Selva no se esperaba semejante dolor y le clavó las uñas en la espalda con un gemido contenido, pero el hombre no se dio cuenta, perdido en el placer.

Empezó a entrar y salir de ella. Poco a poco el dolor fue cediendo, y ella también se balanceó al compás de los embistes de su amante. Él la agarró de las nalgas para apretarla más contra su miembro y le chupó los pechos, primero uno y luego el otro; después subió por su cuello y terminó en su boca. Selva estalló como un volcán y su calor llevó al límite a Renzo. Quiso salir de ella antes de que fuera demasiado tarde, pero Selva lo apresó entre sus piernas y, sin poder evitarlo, se derramó en su interior.

Permaneció sobre ella jadeante. Selva tenía las piernas alrededor de su cuerpo, laxas. Los brazos abiertos a los dos lados. Ambos sintieron escurrirse de ella un líquido cálido y viscoso. Renzo se deslizó hacia un lado y la recorrió con la mirada. Un hilo de sangre impregnaba las pieles sobre las que estaba recostada.

—No deberías haber sangrado, tal vez fui demasiado ansioso —dijo posando la mano en su vientre.

—¿A qué te refieres con que no debería haber sangrado? —le contestó poniéndose de lado y apoyando la cabeza en su brazo doblado.

—Creo que solo se sangra la primera vez. —No es que él tuviera mucha experiencia (había estado con un par de mujeres y ninguna era virgen), pero los vaqueros hablaban sin tapujos de sus conquistas.

—¿Y piensas que no ha sido mi primera vez?

Renzo la miró con intensidad.

—Estás casada.

Los ojos de Selva relampaguearon.

—Estoy casada con el antiguo prometido de mi madre, que se casó conmigo por cumplir con ella. Ese hombre no me ha hecho ni una sola

caricia.

Se giró, avergonzada por la confesión. Era una humillación reconocer el desprecio y falta de interés de Juan Lorenzo, y se le saltaron las lágrimas.

Renzo le abrazó la cintura por detrás y le susurró al oído:

—Tu marido es un imbécil. Me siento afortunado de haber sido tu primer hombre... —A ella le hubiera gustado escuchar que querría ser el único, pero no lo dijo, y en ese momento no importaba. Se volvió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Ámame de nuevo.

Selva no le preguntó si la amaba de verdad, con el corazón, como debería amarla su esposo, pues de momento le bastaba con saber que él estaba ansioso por recibir su cuerpo y acariciar su piel hasta el éxtasis. Hicieron el amor de forma más pausada y sintió que Renzo intentaba impregnar cada caricia de significado, como si quisiera decirle algo. Sin embargo, el placer que le procuraba era demasiado intenso y le nubló todo entendimiento.

Después de una intensa jornada de búsqueda y de una escaramuza en la que los fugados habían herido a uno de los soldados y habían escapado de nuevo tras abandonar a los caballos, la compañía del capitán Ayamonte y los neófitos voluntarios habían conseguido acorralarlos en el bosque. Se escondían tras grandes rocas en la ribera del río Salinas, armados con flechas y un par de mosquetes que habían robado de la misión.

Juan Lorenzo les hablaba a voz en grito:

—¡Si os entregáis, os puedo librar del castigo! ¡Si persistís en la resistencia, os aplicaremos la pena más contundente!

Los neófitos contestaron lanzando sus flechas sobre el capitán, que se escondía detrás del tronco de un robusto roble. Juan Lorenzo hizo un gesto con la cabeza, y los soldados y voluntarios, divididos en dos grupos, avanzaron, parapetándose detrás de los árboles mientras iban estrechando el cerco en torno al grupo de fugados. Cuando estuvieron posicionados donde los quería el capitán, empezaron a disparar cada vez que alguno de los fugados se asomaba entre las rocas. No tenían escapatoria: se rendían o se lanzaban al río.

Durante una larga hora, ambos grupos permanecieron en tensión sin que la situación cambiase. Otón Avendaño, que se hallaba entre el grupo de soldados, se acercó a su tío para discutir la estrategia; estaba empezando a cansarse.

—Mande a los voluntarios a rebanarles el pescuezo. Son sigilosos, pueden alcanzarlos antes de que reaccionen. También podrían trepar a los árboles e intentar dispararles desde arriba.

—He prometido al padre Amador que los devolvería a la misión sanos y salvos.

—Pues yo no pienso pasarme aquí una semana esperando a que esos piojosos se desmayen del hambre. Tenemos cosas más importantes que hacer. Hoy es la cena en casa del gobernador, y los dos sabemos que es de suma importancia granjearse su favor.

Ayamonte asintió pensativo.

—Está bien. Ordena la avanzadilla, pero que disparen a herir, y cuidado

con la mujer.

Dos de los voluntarios, Pedrito y Sinforoso, se metieron en el río, escondidos entre los matorrales de la ribera, y avanzaron uno por cada lado hasta situarse a las espaldas de los fugados. Con sumo cuidado, se asomaron despacio por entre la hierba alta; el rumor intenso del fluir acuoso cubría sus movimientos. En los extremos de las rocas estaban situados dos de los fugados con los mosquetes. Encima de las enormes piedras, otros dos neófitos defendían la posición con arcos y flechas.

Micaela y Luisiño, con otros tres hombres de tez oscura, esperaban en tensión el desenlace. Reptaron despacio hasta haber salido completamente del río y, con un grito como señal, se abalanzaron sobre los indios que sostenían los mosquetes mientras, por la delantera, los soldados atacaban a la vez disparando y corriendo entre los árboles. El bosque se llenó de estrépito y humo. Luisiño se dobló sobre Micaela para protegerla.

Minutos después cuatro de los fugados yacían sobre la hierba sin vida, otros dos habían sido heridos y el último se había arrojado al río y escapaba entre los disparos de los arcabuces. Solo Micaela y Luisiño habían salido indemnes por haber sido los únicos que no portaban armas y haberse protegido detrás de la roca.

Otón agarró a Luisiño por el pelo y lo puso de rodillas. Uno de los soldados le ató una cuerda alrededor del cuello y se la enrolló después, sujetando las muñecas detrás de la espalda.

—¿A dónde te creías que ibas, bestia? —Lo derribó de un golpe en la cabeza. Después lo remató dándole una patada en el estómago.

Micaela se zafó del soldado que la sostenía y se lanzó sobre Otón gritando; con las uñas le arañó la cara y le escupió. Otón la agarró por el cuello y la empotró contra un árbol.

—Así que no podías esperar al matrimonio para probarlo, ¿eh, zorra? —dijo sacándose el miembro—. Ahora me vas a compensar por los días que me has dado.

Los soldados a su alrededor reían. Ayamonte lo apartó de la mujer de un empellón.

—¡Carajo, ya está bien, dejad de comportaros como animales! ¡Volvemos a la misión!

—Tienes que admitir que llevaba razón —lo provocaba Selva—. Dilo, di que

tenía razón.

—Pudo haber salido mal, no es algo para tomárselo a la ligera. Una cornada de esas bestias, y te hubieras desangrado antes de conseguir llevarte a la misión —le contestó Renzo con el ceño fruncido. Ella lo miraba con ojos sonrientes y más verdes, mucho más verdes desde que se amaban—. Lo has hecho bien —admitió.

—Gracias, capataz.

Selva ojeó a su alrededor para comprobar que no había nadie mirando y le dio un beso en la mejilla sin rasurar.

El último día, y después de las continuas interrupciones para agrupar al ganado disperso, Renzo aceptó que Selva cubriera el puesto de Miguelito. Desde entonces habían avanzado más rápido, pues el círculo en torno a las vacas era más compacto. El ganado pastaba ya en las llanuras cercanas a la misión, los pastos que usaban en primavera y verano.

Estaba atardeciendo cuando llegaron a la misión. Los vaqueros se desperdigaron; tenían el resto del día libre. Selva y Renzo habían desmontado y caminaban cerca el uno del otro. El vaquero estaba muy callado, sumido en sus pensamientos. Tendría que confesarse, pero ¿cómo hacerlo? El padre Amador sabría de sus sentimientos y del pecado mortal que había cometido. Selva lo miraba, y creyó que podía leer su remordimiento. Ella se paró un momento y lo tomó del brazo.

—Gracias por... ya sabes. Tu apoyo es muy importante para mí.

Renzo no dijo nada, ¿qué podía decir? Le había hecho el amor a la esposa de otro hombre, y no de cualquier hombre: de un amigo, pues aunque le diese rabia el comportamiento de Ayamonte hacia ella, su descuido y su desinterés, no dejaba de ser su esposa. Y lo conocía desde hacía muchos años y lo consideraba su amigo. Y el capitán debía de tenerlo a él en esa consideración también para confiarle el cuidado de Selva. ¡Maldita sea! ¡Qué pendejo era! Estaba enamorado hasta las trancas. La noche anterior se habían amado hasta la extenuación. No podía evitarlo, necesitaba al menos expresarle con caricias todo lo que llevaba dentro y no podía decirle. No estaba seguro de que Selva albergara sentimientos por él, algo más que despecho por el desprecio de su esposo, pero cuando la tenía desnuda entre sus brazos, le bastaba sentirla arder al contacto de sus dedos. Estallaba de placer solo oyéndola gemir. Pero también había sentido miedo, mucho miedo, miedo a condenarse, y como si ella lo hubiese intuido, no le había permitido escapar. Se entregó completamente y se olvidó del mundo. Y ahora, ¿qué

demonios iba a hacer?

—Renzo, esta situación no es culpa tuya.

No, no era culpa suya, pero estaba atrapado en ella.

—Vamos a avisar al fraile de que ya hemos vuelto —dijo él. Mejor enfrentarse al padre lo antes posible.

Se encaminaron al despacho del padre Amador, pero no había nadie. Después pasaron por la cocina y Luzmita les narró la fuga de los neófitos; el fraile estaba en la enfermería con los heridos. La cocinera los observó mientras se marchaban en busca del padre, con sus ojos amarillos de pitonisa maya entornados.

Lo encontraron hablando con el capitán Ayamonte en el patio. Selva quiso escabullirse, pero el fraile la había visto y no tuvo más remedio que aproximarse a saludarlo.

—Hijos, llegáis al fin.

Renzo le besó la mano y Selva lo imitó.

—Capitán. —El vaquero saludó a Ayamonte con un apretón de manos, aunque el pulso le tembló ligeramente, y bajó la mirada avergonzado.

—Renzo, muchacho —le contestó él de manera afectuosa, y después se dirigió a Selva—: Señora. —Hizo una inclinación de cabeza. Ella se cruzó de brazos y lo miró muy seria.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el fraile a Renzo para romper la tensión entre los esposos.

—Tuvimos algunos problemas, nada serio. Todo marchó según lo previsto.

—Problemas que se solucionaron cuando yo ocupé el lugar de Miguelito —le contó Selva, entusiasmada de nuevo y dedicándole una sonrisa burlona al capataz.

—Muy bien, hija, no esperaba menos de ti.

—¿Qué lo trae por aquí? —le preguntó Selva a su marido, volviendo al gesto adusto.

El padre Amador se apresuró a contestar:

—Se fugaron unos neófitos, una desgracia, y el capitán Ayamonte los trajo de vuelta, bueno, aunque algunos han sido acogidos en el seno del Señor. Serán enterrados mañana; también celebraremos un matrimonio en estos días.

Renzo permanecía en tensión. Hacía semanas que Juan Lorenzo no aparecía por la misión. Tenerlo delante era una tortura a su ya maltrecha

conciencia. Pero ahora, además, sentía los celos trepándole por el cuerpo y clavándose en su garganta.

Selva tenía las cejas contraídas y seguía con los brazos cruzados.

—También he venido a informarla, señora, de que el nuevo gobernador nos ha invitado a cenar.

—¿Nuevo gobernador?! ¿Qué ha sido del coronel Gutiérrez?

—Estaba interinamente en el puesto, a la espera del nombramiento del gobernador definitivo. Por supuesto, permanece como alguien de relevancia en nuestra comunidad; podrá saludarlo durante la cena.

—¿Quién es el nuevo gobernador?

—Don Mariano Chico, coronel del ejército.

Renzo supo que esa cena era de suma importancia para ella. Tenía que amistarase con el nuevo gobernador para que respetase el pacto del anterior respecto a la concesión del rancho, y sin embargo, los celos le acuchillaban el estómago y el corazón le galopaba en el pecho. Se le hacía insoportable estar allí, sintiendo celos y remordimientos a un tiempo.

—¿Paso entonces a buscarla a las ocho? —preguntó Ayamonte.

—Yo también voy a la cena. No hace falta que vengas, Benito nos llevará en la carreta —afirmó el padre Amador.

—Está bien, hasta la noche entonces. —El capitán hizo una inclinación de cabeza y se alejó en dirección a su caballo.

Cuando Selva y el fraile partieron hacia la residencia del gobernador en Monterrey, Renzo pudo por fin entregarse plenamente a sus oscuras reflexiones. Se consumía de ganas de volver a estar dentro de Selva, pero el mismo pensamiento, que no podía apartar de su mente, le provocaba una desazón intensa. Ya era terrible haber pecado con la esposa del capitán, pero haberla desvirgado era algo atroz, atroz y bello a la vez. Era su primer hombre y eso lo llenaba de alegría, pero no debería haberlo sido, y por ello se consumía de remordimientos. No podía evitar desear ser el único, pero sabía que no tenía derecho a pedir tanto.

Entró a la capilla y se arrodilló ante el sagrario. El espacio estaba prácticamente sumido en la oscuridad, salvo por los dos velones que permanecían siempre encendidos alumbrando al Señor en la cruz. Olía a incienso y a humedad, a misterio y a pecado, a paz y, tal vez, a redención.

—Perdóname, Dios mío, porque he pecado —musitó. En su mente

enumeró cada uno de los actos pecaminosos que había cometido desde que Selva había irrumpido en su vida: la atracción inmediata, las ganas de darle de nalgadas y a la vez de besarla hasta dejarla sin aliento, que su sangre se encendiera cada vez que aspiraba su olor, las caricias fugaces, su primer encuentro en la poza y los posteriores momentos a su lado hechos de besos y caricias, la envidia que le retorció las tripas, las ganas de que Juan Lorenzo desapareciera de la faz de la tierra, los celos que sentía siempre que él estaba cerca, ocultarle al padre Amador la verdad... Siguió desgranando en su mente y frente a Jesús todos los pensamientos, acciones y omisiones pecaminosas que había tenido en ese periodo hasta llegar al puro gozo de haber hecho el amor con Selva durante los días anteriores.

—Apartad de mí este cáliz, Señor, pero que se haga vuestra voluntad y no la mía.

Para que hubiese perdón tenía que haber verdadero arrepentimiento, se recordó, y una parte de él sentía dicha por lo que había pasado con Selva, por tenerla cerca, por que hubiese aparecido en su vida para iluminarle el corazón.

Terminado el acto de contrición, y después de haber rezado el páternoster, tres avemarías y un gloria, penitencia que solía recibir del fraile, se levantó, se persignó y salió.

Se sentía muy solo. No había querido cenar con el resto de empleados y empezaba a sentir hambre. Dirigió sus pasos a la cocina.

Luzmita, acompañada de varias muchachas, limpiaba y recogía los platos de la cena. Cuando lo vio entrar, palmoteó en la mesa para que se acercara y se sentara.

—No ha cenado, *m'hijo*.

—No, madre, no tenía hambre, pero ahora se me está despertando.

Le sirvió un cuenco del guiso que había quedado y un vaso de vino.

—Ándele, *m'hijo*, tiene que estar fuerte.

Mientras devoraba con prisa la cena, miraba a las muchachas que se movían por la cocina. Luzmita captó su impaciencia por quedarse a solas y las despachó:

—Muchachas, ya acabo yo el resto, váyanse a descansar.

Las mujeres dejaron los delantales y se marcharon por la puerta trasera.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Ah, no, ¿a mí con esas, *m'hijo*? Usted me tiene cara de purgatorio.

Suéltelo.

—¿Y por dónde empiezo?

—Pues por el principio no más.

Para su sorpresa, Luzmita no se escandalizó ni un tantito, y eso que él se esperaba que lo obligara a someterse a uno de esos conjuros contra los demonios que le había visto realizar alguna vez, porque poseído estaba, poseído por una fuerza que le aturdió el entendimiento y le prendía el cuerpo en llamaradas. Luzmita lo escuchó sin interrumpir y, cuando terminó, le palmeó, cariñosa, la mano.

—¿Qué voy a hacer, madre?

—*M'hijo*, váyase a dormir, que mañana lo verá todo con más claridad.

¿Ya estaba? Ninguna reprimenda, ninguna promesa de «no volverás a hacerlo». Luzmita estaba envejeciendo, eso era; aunque no quisiera verlo, ya no era la de antaño. Se levantó apesadumbrado y le dio las buenas noches.

—Vaya, *m'hijo*, y no se preocupe, que mi Diosito se encarga.

Selva se sentía rara apoyada en la mano de su esposo mientras la paseaba saludando a los asistentes a la cena en casa del nuevo gobernador.

Era su primera reunión social desde que habían llegado a Monterrey. La primera vez que Ayamonte le daba el lugar que le correspondía. Volvió a reconocer en él al hombre educado y atento de su viaje desde Cádiz a California, el que le había hecho creer que podría ser feliz en ese intempestivo matrimonio.

También era la primera vez que alternaba con damas y caballeros californios, pues, aunque reconoció algunos rostros de la fiesta de la casa de aduanas, el pueblo entero había asistido en aquella ocasión y el ambiente había sido muy diferente, y ella no había sido presentada como debía a la alta sociedad californiana. Después, había estado tan entregada a su labor en la misión, a aprender el máximo posible para ganar las tierras, que ni se había planteado que había otras facetas que debía cuidar. Ahora lo veía claro. Ella pertenecía a la gente de razón, como se llamaban a sí mismos, a ese grupo selecto de hombres y mujeres que lideraban el progreso de Alta California. Debía medrar entre ellos, fortalecer relaciones y consolidar amistades que pudieran ayudarla en el futuro.

Ayamonte la presentó al matrimonio Vallejo. Don Mariano Guadalupe era un hombre robusto, que mostraba un rostro cálido, de mirada franca y

conciliadora. Enormes y peludas patillas rozaban las comisuras de sus labios finos, ligeramente arqueados hacia abajo, y enmarcaban su cara redonda, dándole un aspecto más de congresista que de hombre de armas, pues, aunque no vestía uniforme, tenía rango de alférez. A Selva le pareció un hombre de educación exquisita, simpático y muy afable de trato. Su esposo le comentó que desde chico había estado muy cerca del poder, lo que le había permitido desarrollar una brillante carrera militar y política, ya que había sido miembro de la diputación y había ostentado distintos cargos en el presidio de Monterrey; además, hablaba inglés y francés y se entendía con los comerciantes extranjeros que anclaban en Monterrey sin necesidad de traductor. Todos consultaban su opinión antes de emprender alguna acción. Ayamonte también le habló de su enorme rancho; había sabido aprovechar la secularización de la misión San Francisco Solano y había transferido a su propiedad la completa extensión de las tierras misionales.

Junto a él estaba su esposa, doña Modesta, una mujer entrada en carnes, de risa fácil, que la hizo sentir acogida en seguida.

Departiendo con los Vallejo estaban don Tiburcio Castro y su hijo José, acompañados respectivamente de sus esposas. Eran hombres de espesos bigotes, frondosas patillas y poderosas cejas, más canoso el padre y vestido con uniforme militar el hijo. La saludaron efusivamente; habían oído hablar mucho de ella y deseaban conocerla. Juan Lorenzo le explicó más tarde que don Tiburcio había administrado la secularización de la misión San Juan Bautista y había repartido las tierras misionales entre amigos y familiares; la mayor y mejor parte había sido adjudicada a su hijo José unos meses antes. El gobernador había aprobado la concesión.

Selva se dio cuenta de que Ayamonte elegía cuidadosamente a quién presentarle: todos ellos estaban relacionados con la secularización de las misiones.

Le sorprendió ver entre los asistentes a Otón Avendaño acompañado de una dama; vestía uniforme y parecía moverse bien entre aquella gente. Hablaba con otro soldado. Ambos se acercaron a saludarlos.

—Tío, tía, ¡por fin la conozco! He oído hablar mucho de usted.

—Mi sobrino Rufino —le aclaró Juan Lorenzo. El hombre no se parecía a su hermano, era delgado en extremo y desgarbado, pero lucía el mismo bigote poblado que Otón.

—Doña Selva. —Otón le tomó la mano y se la besó, dejándole una sensación húmeda a pesar de llevar guantes—. Le presento a mi prometida,

Angelita.

La joven era toda candor y delicadeza. Hacían una pareja espantosa.

—Espero tener la dicha de sentarme junto a usted —le susurró al oído en un momento en que Ayamonte se distrajo saludando a uno de los invitados. Empezaba a sentirse incómoda con su cercanía cuando el anfitrión, y nuevo gobernador, se acercó a darle la bienvenida y se la llevó hasta donde su esposa departía con otras comadres.

Juan Lorenzo volvió junto a ella y siguió presentándola en sociedad. Ayamonte estaba irreconocible: parecía sentirse orgulloso de exhibirla entre sus amigos y la sujetaba por la cintura, o le tomaba la mano y la posaba en su brazo. ¿A qué estaba jugando? Llevaba semanas sin siquiera ir a visitarla a la misión, mucho menos demostrarle de alguna manera el más mínimo interés, y esa noche parecía como si emanara aguamiel por los poros.

Entre los invitados había localizado a Nicolás Gutiérrez, el gobernador saliente, pero no pudo acercarse a saludarlo.

Después del pequeño ágape de recepción, los hicieron pasar al comedor, y entonces tuvo la suerte de ocupar el lugar contiguo a él.

—Gobernador Gutiérrez.

—Doña Selva, ¿cómo está?

—No sabía que ocupaba el puesto interinamente.

—Yo tampoco —le susurró, y al ver su cara de contrariedad rio divertido—. No es para tanto, querida. Las cosas en Alta California se mueven muy rápido. Aún está por verse lo que Chico es capaz de hacer en semejante compañía —dijo en voz baja, paseando la mirada por los caballeros que charlaban animadamente—. Quién sabe lo que puede pasar —afirmó misterioso.

Cuando iba a preguntarle sobre las posibilidades que tenía de obtener la concesión del rancho, irrumpió en el salón un caballero al que no había visto antes, acompañado por una joven muchacha que parecía un tanto abochornada.

El gobernador se levantó a recibirlo.

—Don Juan, no contaba con que viniese acompañado —dijo dándole una palmada en la espalda, e inmediatamente ordenó a un sirviente que colocara una silla para su acompañante.

Mientras el criado salía en busca del asiento, Vallejo se levantó y se acercó a él.

—¡Tío! —lo llamó el recién llegado, y lo abrazó. Por la efusividad y los

colores de sus mejillas, Selva intuyó que estaba un tanto bebido. Vallejo lo llevó del brazo fuera del salón mientras la muchacha permanecía con las manos enlazadas y la cabeza agachada.

La concurrencia había cesado las conversaciones, concentrados en los recién llegados. Se escuchaban algunos cuchicheos. Selva, que estaba cerca de la puerta, pudo oír lo que hablaban los dos caballeros:

—¿Cómo se te ocurre presentarte con tu amante?

—¿Y por qué no? No me sermonee, tío; bebamos y comamos y celebremos la llegada del gobernador. —Se zafó de él y volvió a entrar al salón con Vallejo a su espalda.

Se acercó a la mesa, tomó la copa que tenía más a mano, y que resultó pertenecer a un señor calvo y de voluminoso abdomen, y, alzándola, exclamó entusiasmado:

—¡A su salud, gobernador!

Todos los asistentes lo secundaron, la tensión se deshizo y, poco a poco, las conversaciones retomaron el tono festivo.

Selva observó a la recién llegada, quien seguía mostrándose muy cohibida y a la que sentaron al lado de Juan Lorenzo. Era más o menos de su edad y, en un momento en que levantó la cabeza, le sonrió, y Raimunda le devolvió la sonrisa. Ayamonte se encargó de que la muchacha superara la bochornosa situación con una conversación sencilla y casual, y Selva, que los observaba por el rabillo del ojo, volvió a sorprenderse de que Juan Lorenzo pudiera ser tan considerado, ya que nadie más parecía prestarle la menor atención.

Cuando terminó la cena, Juan Lorenzo se acercó a decirle que los hombres pasarían al despacho del gobernador a fumar unos puros y hablar del nuevo mandato, y que ella debía reunirse con el resto de damas para hacer amigas. Le besó la mano y se encaminó detrás de los caballeros.

Vio cómo Raimunda se alejaba hacia el jardín y decidió ir tras ella. Se la encontró sentada en un banco de piedra, llorando. Se sentó a su lado y le entregó su pañuelo.

—No tenía que haber venido —musitó Raimunda.

—Y te habrías perdido la deliciosa comida. Soy Selva, la esposa del capitán Ayamonte.

—Yo soy Raimunda.

«La amante de Juan Bautista Alvarado», completó Selva.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?, que, por supuesto, no tienes

que contestar si no quieres.

Raimunda asintió.

—¿Por qué no te ha pedido matrimonio si todo el mundo sabe que estáis juntos y él te trae como su mujer?

—Sí me ha pedido matrimonio, y le he dicho que no.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Bebe mucho, y cuando pierde el control, no lo soporto. Si fuera su mujer, tendría que someterme. No pienso hacerlo, pues él no va a dejar de beber.

—Y ¿por qué sigues con él?

—Tenemos hijos... Además, cuando está sobrio, es buen hombre. Sé que me quiere.

Selva se quedó pensativa un momento.

—Pero así tienes que aguantar muchos desplantes.

—Esas viejas urracas. No lloro por ellas, lloro por lo estúpida que he sido al aceptar exponerme así. A Juan Bautista se lo perdonan todo por ser hombre, pero yo soy su ramera, cuando los dos pecamos igual. Me da rabia haberles dado la oportunidad de hacerme sentir como si la culpa fuera solo mía. —Se volvió hacia Selva y le tomó las manos—. No pienses mal de mí, soy una buena cristiana.

—No soy nadie para juzgarte, mi situación no es mucho mejor. —No sabía por qué, pero Selva sintió que podía confiarle su corazón a esa desconocida y le contó todo lo que le había sucedido desde que Juan Lorenzo había aparecido en su casa en Córdoba, así como su infidelidad con Renzo.

Se despidieron con un abrazo. Era su primera amiga.

Al día siguiente, el padre Amador los convocó en su despacho después del desayuno.

Renzo no había pegado ojo; la noche anterior había esperado despierto para ver llegar la carreta del padre Amador. Necesitaba estar con Selva con urgencia, hablar con ella, abrazarla, besarla. Saberla con Juan Lorenzo le había punzado el corazón desde que la había visto partir, vestida como una reina, junto al fraile. No había podido evitar sentirse traicionado. Sin embargo, fue Juan Lorenzo quien acompañó a la muchacha de vuelta a la misión, y tuvo que conformarse con verla a la distancia por un instante mientras se despedía de su esposo, y pasar el resto de la noche en vela sufriendo por querer tenerla y no poder, por ser tan pendejo y pensar que tenía alguna opción.

Al entrar al despacho del fraile, Selva le dedicó una espléndida sonrisa que él no devolvió.

—Hijos, en vista de los acontecimientos, creo que debe comenzar vuestra competencia de inmediato. Creo que Selva ya se ha formado una buena idea del manejo de la misión y de las actitudes que se necesitan para regentar un rancho de semejantes dimensiones.

Los dos asintieron.

—Anoche tuve una larga charla con el nuevo gobernador; perdona, hija, que al final no pudiera traerte de vuelta. He conseguido que se destituya al administrador de la secularización y, en su lugar, Chico ha nombrado a Guillermo Arnel. Es un hombre honesto y cuidará de que se cumpla la ley. Así evitamos que alguno se apropie de lo que no le corresponde, como ha pasado con las misiones de San Juan Bautista y San Francisco Solano, de Sonoma. Esta mañana hemos tenido una primera reunión y se ha comprometido a velar por los intereses de mis indios y dejar el resto de tierras en buenas manos. Vosotros sois los principales candidatos. ¿Estáis listos?

—¡Por supuesto! —afirmó Selva con energía.

—¿Renzo?

Fueron unos instantes eternos, se podían escuchar los latidos del corazón

de ambos. Renzo se cruzó de brazos y permaneció callado durante algunos segundos, mirando fijamente al padre Amador e intentando ignorar los ojos afilados y esperanzados de Selva.

—¿Y bien?

Finalmente asintió con un movimiento de cabeza.

Selva le dio un suave empujón con el hombro.

—No tenías que hacerte tanto de rogar, Rencito. —Él, sin poder evitarlo, esbozó una sonrisa contenida.

—Muy bien. Los dos sabéis lo importantes que son los caballos para la misión. Los criamos para uso propio y para venderlos al presidio, a los rancheros, a los pueblos y a los barcos mercantes que anclan en Monterrey. La primera prueba consiste en atrapar el mayor número de mestencos salvajes en dos días. Renzo, divide a los vaqueros en dos grupos; tú te pondrás al frente de uno, y Selva, de otro. Hoy es jueves, el domingo tendremos el resultado. Y recordad que no es solo obra vuestra, sino también la voluntad de Dios; no descuidéis la oración.

Los dos salieron del despacho y cruzaron el patio terroso hacia los establos.

—Como soy una dama y tú un caballero, debería ser la primera en elegir.

—El padre Amador no ha dicho que tengas que elegir a tu cuadrilla. Yo dividiré a los hombres.

—Ni lo sueñes, elegiremos por turnos.

—No los conoces.

—Los conozco lo suficiente para saber a quién me interesa tener a mi lado. —Pegó su cuerpo al de él—. Antes de que empiecen las hostilidades, podríamos disfrutar de la tregua... —lo provocó.

Renzo se quedó mirándola como si una tormenta hubiera estallado en sus pupilas, pero no alcanzó a contestar, ya que ambos escucharon el ruido de una carreta aproximándose y miraron hacia la plaza.

Selva reconoció en seguida al hombre que se bajaba del pescante y echó a correr llamándolo:

—¡Lorenzo!

Después de la primera semana de horribles temblores, la desesperación había dejado paso a la ansiedad, y esta, poco a poco, se había ido diluyendo con el

paso de los días. Cuando el capitán Ayamonte consideró que Lorenzo había superado la peor parte de la abstinencia, le permitió salir de la celda y lo ubicó en el dormitorio de los oficiales junto a Jorge Márquez, quien no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

Lorenzo se incorporó a las labores del presidio, pues su padre biológico consideraba que la ociosidad era parte de su problema de adicción. Aquellas semanas habían sido de duro trabajo para el joven cordobés, pero lo ayudaron a superar su problema.

Esa misma mañana, el capitán Ayamonte lo había convocado a la comandancia y le había explicado la razón principal de su encarcelamiento, que no era el haberlo retado a duelo, sino el ser su hijo y desear ayudarlo. Después le ofreció un puesto permanente en su compañía; empezaría desde abajo, pero podría ascender fácilmente en la escala militar. Así tendrían tiempo de conocerse mejor.

A la dureza de las últimas semanas se sumaba ahora la revelación de que Ernesto Montoya no era su verdadero padre. Lorenzo se sentía hundido, pero no quiso demostrarlo y, con entereza, preguntó si podía marcharse, y Juan Lorenzo no tuvo más remedio que dejarlo partir.

Selva se tiró a su cuello llorando y lo abrazó con fuerza.

—¡Hermano, cuánto te he extrañado!

Lorenzo aguantó a duras penas las ganas de desahogarse. Permanecieron abrazados un largo rato. Cuando Selva aflojó el abrazo, se contemplaron mutuamente.

—Estás morena.

—De tanto campo. Tú estás muy delgado. ¿No te han tratado bien?

—Todo lo bien que se podía esperar.

—Aunque no lo creas, ha sido por tu bien.

—Lo sé, Ayamonte me lo ha explicado esta mañana. Dice que es mi padre. ¿Tú lo sabías?

—Me enteré por una casualidad. No quise decírtelo, pensé que solo empeoraría la situación. Madre me confesó que eras fruto de un amor anterior a padre, pero no aclaró de quién. Si me lo hubiera dicho, jamás habría aceptado casarme con él. Ven, vamos a beber algo y me cuentas bien —dijo tomándolo del brazo—. ¡Qué feliz estoy de que hayas regresado!

A esas horas la cocina de Luzmita estaba desierta. Se sentaron a la mesa y Selva sirvió en dos vasos de cerámica el atole que la cocinera tenía siempre preparado y dispuesto en jarras.

Lorenzo dio un largo sorbo.

—Selva..., um... he decidido partir con Theodor Conrad. Iré a Boston; me ha ofrecido un puesto en su compañía.

—¡No! Lorenzo, no puedes dejarme sola.

—Has estado sola todas estas semanas.

—Saber que estabas cerca me aliviaba. No, por favor, te lo suplico, no me dejes. —Le agarró la mano con fuerza y ocultó la cara sobre ella.

—No lo hagas más difícil. Necesito alejarme, retomar mi vida. Quiero dejar atrás todo y empezar de nuevo. Creí que entenderías.

—Claro que entiendo, ¿pero qué hay de mí?, ¿eh? Yo no puedo irme, estoy casada, atada a un hombre que no me ama y al que no amo, intentando cumplir el último deseo de nuestra madre. ¿Crees que yo no merezco dejarlo todo atrás y empezar de nuevo?

—Entonces hazlo, ven conmigo.

—Irme... —repitió Selva muy despacio.

Lorenzo se puso en pie y ella lo imitó.

—Vamos, recoge tus cosas. El viento ha cambiado. El *Patriot* parte con la siguiente marea, me lo dijo Conrad esta mañana cuando fui a verlo. —Le alzó la barbilla y la miró a los ojos—. Nada nos detiene. Estamos solo tú, yo y el destino que elijamos. Juan Lorenzo no tiene que enterarse; cuando descubra que te has ido, ya estaremos a leguas de aquí. ¿Qué dices, hermanita?

Selva volvió a sentarse y agachó la cabeza.

—Yo no puedo irme.

—¿Por qué no?

—Hay demasiado en juego. Puedo obtener la concesión de un rancho. Criaré caballos, como el abuelo. —Alzó la mirada brillante de lágrimas.

—Está bien. —Se sentía apesadumbrado, necesitaba dejarlo todo atrás, y cuanto antes, pero no podía ser egoísta con ella, solo se tenían el uno al otro. Selva también estaba sufriendo. Le tomó las manos y se las besó con ternura —. No lo decidas ahora. Todavía hay tiempo. Estoy cansado, ¿crees que aún puedo usar el cuarto que me dieron el primer día?

—Por supuesto, te acompaño.

—No hace falta, recuerdo dónde está. Piénsalo, Selva. Podrás olvidar que un día conociste a ese hombre.

—Es tu padre, Lorenzo.

—Mi padre es Ernesto Montoya; el capitán Ayamonte no es nada mío.

—Le dio un beso fugaz en la mejilla y salió con paso cansado.

La reunión en la diputación era un caos. El gobernador, coronel Mariano Chico, había esperado reunirse con los vocales y calculaba que podría aprobar la reforma aduanera sin problemas. La nueva ordenanza permitiría a los mercantes atracar en otros puertos a lo largo de las costas de las Californias, y privaba de tal privilegio a Monterrey y a sus funcionarios. Sin embargo, allí estaban todos los caballeros de la región discutiendo acaloradamente. Chico no sabía cómo se había propagado tan rápido la decisión que ni siquiera había tenido tiempo de enunciar en la reunión de esa mañana.

Rancheros, comerciantes e incluso los que ostentaban cargos administrativos se oponían a gritos.

—Se lo advierto, Chico, si quiere guerra, la tendrá —decía uno.

—Nadie va a robarnos el privilegio obtenido por el esfuerzo de nuestro padres, pioneros en estas tierras salvajes —clamaba otro.

El coronel, rojo de la ira, intentaba contestar a cada uno de ellos, desgañitándose para hacerse oír.

—Monterrey será siempre la capital y puerto de entrada de Alta California —afirmaba la mayoría.

Los ánimos estaban a punto de desbordarse. Otón Avendaño se interpuso entre los acalorados caballeros y el gobernador, sacó la pistola y les apuntó. Inmediatamente se hizo el silencio.

—¡A ver, carajo! —gritó—. Mucho cuidado con agredir al representante del Excelentísimo Presidente de nuestra amada República. Esta reunión queda suspendida por invasión de un órgano de gobierno. ¡Abran paso, carajo! —Del brazo condujo al gobernador, que estaba medio descompuesto, entre la ira y la vergüenza, fuera de la sala.

Él, un coronel del ejército, siendo muchacheado por esos petimetres de levita.

—Malditos e insolentes —masculló.

Otón lo acompañó hasta su residencia. Les abrió el mayordomo y el gobernador caminó directo a su despacho; entró y se dejó caer en una butaca seguido de su escolta.

—Con todos mis respetos, coronel, aquí o se impone por la fuerza o no va a haber manera.

Don Mariano lo miró aturdido, primero, y reflexivo, después.

—Por... la... fuerza... —mascó las palabras despacio mientras penetraba en su mente la única decisión posible—. ¡Tienes toda la razón! —dijo incorporándose ligeramente hacia delante—. Por la fuerza es. Sin embargo, con el contingente que tengo no creo poder aplastar esta rebelión. Sé muy bien que el atrevimiento de los incitadores se debe en parte a que una facción del ejército apoya su opinión.

Volvió al ceño reflexivo. Se acarició la barbilla y se recostó hacia atrás en el asiento. Otón permanecía observando sin interrumpir. Tras unos minutos el gobernador se incorporó y caminó hasta el escritorio, donde tomó papel y pluma.

—Escribiré al presidente pidiendo refuerzos.

—Mi coronel, eso va a demorar. Otros lo han hecho antes y ni siquiera recibieron respuesta. Tiene que ir en persona a Ciudad de México, así podrá convencer a nuestro presidente de la gravedad de la situación y se trae los refuerzos.

Don Mariano dejó suspendida en el aire la pluma, que goteó tinta oscura y emborronó la carta que acababa de comenzar.

—No sé. Abandonar el puesto...

—Pero no lo abandona —lo interrumpió el soldado—. Puede dejar de interino a Gutiérrez; él ya está acostumbrado a lidiar con nuestra gente de razón.

—Puede que estés en lo cierto.

—No le dé más vueltas. Cuanto antes parta, mejor. El *Patriot* está a punto de zarpar. Puede viajar con el capitán Conrad hasta San Blas.

El gobernador arrugó la nota que había empezado, dirigida al presidente, y sacando dos hojas del cartapacio, escribió de prisa, de pie, inclinado sobre la mesa. Después las rubricó y espolvoreó polvos secantes; sacudió primero una carta al aire y luego la otra, las plegó y se las ofreció al escolta.

—Avendaño, llévele la nota y el apoderamiento a Gutiérrez.

Otón aceptó los documentos, los guardó en el interior de su chaqueta y se cuadró.

—Buen viaje, mi coronel. Lo estaremos esperando listos para la lucha.

Mariano Chico le devolvió el saludo y salió del despacho en dirección a su alcoba. Otón salió detrás de él y se quedó mirando cómo subía con paso cansado las escaleras hasta la planta superior.

El coronel se giró en el último momento y creyó notar en los labios del

soldado una sonrisa maliciosa. Estaba viendo fantasmas donde no los había, pensó. Refuerzos, eso era todo en lo que debía pensar, se dijo mientras avanzaba por el pasillo en penumbra.

Selva buscó la quietud de la iglesia para reflexionar. Nada más entrar, la invadió una profunda tristeza, se sintió pequeña y abandonada. Se quedó observando la hornacina de la Virgen, iluminada por una vela a medio consumir. Miró su dulce rostro; expresaba dolor, pero también paz y profundo amor. Sintió en el pecho nostalgia por algo que nunca había experimentado: el calor y la dulzura de la mirada maternal.

Renata no había sabido quererlos, no recordaba un gesto así en ella. Pero a Selva no le había afectado demasiado porque estaban su abuelo, su padre, su hermano mayor y los sirvientes que la querían y cuidaban. Y mientras crecía, ella nunca notó la amargura de su madre. Pensaba que era parte de sí misma, de su carácter, y no había echado en falta que se hubiese comportado de otra manera, pero ahora sí, en ese momento frente a la mirada de la Virgen. Era como si se le hubiera caído un velo de los ojos y hubiese descubierto en el fondo de su alma ese vacío. También entendía ahora que ese hueco estaba intentando llenarlo al querer cumplir el último deseo de su madre, como si así pudiera por fin ganarse su amor.

¿Sería capaz de irse? ¿Dejar el pasado atrás y empezar una nueva aventura? Con su padre tan lejos, en España, Lorenzo era toda su familia. ¿Tendría corazón para dejarlo marchar? Justo ahora que estaba tan cerca de conseguir las tierras y reconstruir Madreselva, tan cerca. Por su mente pasaron en un torbellino de imágenes las últimas semanas. Ella no quería irse; no era solo su madre, era ese lugar, se le había metido bajo la piel. Rezó quedamente.

—Ilumíname, Dios mío.

Cuando salió de la capilla, aunque estaba muy triste, se sentía más serena. Necesitaba hablar con Renzo; quería saber qué pensaba él de que aceptara la proposición de Lorenzo y se marchara a Boston.

Lo encontró en el picadero. Había reunido a todos los vaqueros y les explicaba que tenían que ponerse a las órdenes de la española. Algunos se quejaban a viva voz; escuchó que la llamaban «bruja» por cómo era capaz de domar a los caballos. Los más jóvenes exclamaban entusiasmados; no le extrañaba, siempre le echaban piropos cuando pasaba junto a ellos. Renzo

alzó la voz y los mandó callar.

—Aquí mando yo. Se me dejan de pendejadas y hacen lo que les digo, porque si no, por tozudos, los va a castigar Dios y van a tenerla de patrona hasta que estiren la pata.

Fue nombrando uno a uno a los que formarían parte de la cuadrilla de Selva. Benito, que era el más veterano, iría también con ella.

—Se la encomiendo especialmente, Benito, mire que ya sabe cómo se las gasta.

—Descuide que no habrá problema, Rencito.

En ese momento Selva carraspeó, atrayendo la atención de todos.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Lo suficiente. Quiero decirles algo.

Renzo le hizo un gesto con la cabeza y ella se colocó al lado del capataz. Paseó la mirada por los rostros oscuros, algunos arrugados, otros lozanos, de los neófitos.

—Pronto la misión dejará de existir y, les guste o no, tendrán un nuevo patrón. Quien trabaje para mí será libre de decidir su destino, obtendrá un pago por su trabajo y podrá gastárselo donde quiera; tendrá protección y un hogar, y también podrá marcharse cuando lo desee sin condiciones. Mañana los espero en los establos a las cinco de la madrugada. De los caballos que apresemos les regalaré todos los que superen el número de mestencos apresados por el señor Romo. ¿Estamos?

—Pues si es así, doña, ni más que hablar —afirmó uno de los vaqueros.

—Rencito, yo me quiero cambiar de cuadrilla —dijo otro, convencido de que no era tan malo formar parte del grupo encabezado por la patronita.

—No jodas, pues, te quedas donde estás. Yo no os voy a regalar nada, pero al primero que no me cumpla le arreo de latigazos. ¿Entendieron? —Los vaqueros asintieron—. Ándenle, pues, a trabajar.

A pesar de la autoridad con la que había hablado Selva, supo que Renzo había notado que estaba un poco desanimada. La observaba intensamente. Ella no le sostuvo la mirada y echó a andar despacio. Volvió la cabeza hacia atrás para indicarle que la acompañase.

—¿Qué pasa?

—Lorenzo se va. Parte con el *Patriot* en cuanto suba la marea. Me ha pedido que me vaya con él. Que dejemos todo atrás y empecemos de nuevo, lejos de todo y de todos, solos él y yo.

Selva vio cómo Renzo apretaba la mandíbula tan fuerte que le

rechinaron los dientes. No hablaron por un rato, siguieron caminando. Entonces Selva se sentó en la hierba y Renzo se acuclilló a su lado con una rodilla en la tierra.

—¿Te vas entonces?

—No lo sé. ¿Tú qué crees que debería hacer?

Renzo tardó en contestar. Selva lo animaba a que le diera alguna razón por la que debería quedarse, otra diferente a las tierras. Su respuesta no la decepcionó; estaba acostumbrada a que sus palabras no expresaran lo que sus ojos le decían a cada rato.

—Haz lo que quieras.

—Estoy casada.

—¿Es eso lo que te detiene? —El ceño de Renzo se pronunció.

Lo hizo esperar. Acarició la hierba con la mano abierta dejando que le hiciera cosquillas entre los dedos. Renzo se la atrapó y ella alzó la vista.

—No, no es eso —dijo al fin, contemplándose en la profundidad oscura de sus ojos.

Por supuesto que no era su marido el que la frenaba en su decisión. Creyó que Renzo podría entender lo que sentía, algo a lo que no sabía dar nombre pero que estaba ahí, inundando sus iris de luz y su corazón de calidez. El capataz la miraba con tal intensidad que parecía que él pudiera descifrarlo y ayudarla a entenderlo, a aceptarlo, pero no habló, no dijo nada.

Selva liberó la mano que sostenía el vaquero y se puso en pie.

—Tengo que cumplir con mi madre, si no, no podré vivir tranquila. Su espíritu me perseguirá donde vaya, su alma no descansará en paz. —Las lágrimas traicionaron la seguridad con la que habló.

Renzo también se levantó. Le cubrió la cara con ambas manos y con los pulgares le limpió las lágrimas.

—Entonces, ¿qué va a ser? —Le tocó la nariz pecosa y Selva se limpió los mocos con la manga.

—Voy a ganarte.

—Así me gusta, chiquita.

Esa noche Selva estaba mucho más animada. Tenía un plan.

Estaban sentados a la mesa y el ruido en el salón era estruendoso. Lorenzo se sentaba a su lado y Renzo tomó asiento frente a ellos, a la vera del padre Amador.

Iba a hacer cambiar de opinión a Lorenzo; no se iría, así tuviera que atarlo a la cama o dejarlo encerrado en su cuarto.

Lo entendía perfectamente: ella también había querido irse, lo más rápido y lo más lejos posible de Juan Lorenzo Ayamonte, sin embargo, ahora sentía que una parte de ella ya pertenecía a ese lugar. ¿Cómo había podido suceder en tan poco tiempo? Mucho tenía que ver con pasarse el día a caballo y vivir en el campo, que era lo que siempre le había gustado hacer.

Lorenzo también descubriría que la vida allí no era muy diferente a lo que ellos conocían. Su hermano adoraba esa vida tanto o más que ella. Los dos habían crecido entre caballos, con el abuelo Sandalio y los peones. Tenía que ganar tiempo y convencer a Lorenzo de que la ayudase en la competencia; serían socios y dueños de las tierras misionales. Mientras maquinaba la estrategia en su cabeza, Lorenzo hablaba con Renzo y el padre Amador, y se interesaba por su trabajo. De vez en cuando volvía la cabeza hacia la mesa de las solteras. Selva vio interés en sus ojos; alguien le había gustado, y eso podía ayudarla con sus planes.

—Algunas nativas son muy lindas, ¿no crees, Lorenzo?

Él se giró una vez más y después afirmó sin mucho entusiasmo, dando un sorbo a su vaso.

—Padre Amador, ¿cómo se corteja a las mujeres en Alta California? —preguntó Selva.

—No creo que haya mucha diferencia con España, hija. Aunque con respecto a las nativas, al estar bajo mi tutela, el interesado tiene que hablar conmigo antes de iniciar el cortejo.

—Señor Romo, ¿ha cortejado a alguna mujer?

Renzo casi se ahoga con la comida, le dio un ataque de tos. El fraile le golpeaba la espalda mientras el vaquero se ponía rojo y Selva ocultaba la sonrisa en su vaso. Llevaba todo el día muy serio y un poco distante, desde

que volvieron del arreo del ganado. Cuando se repuso de la pregunta de Selva, no respondió, siguió comiendo como si tal cosa. Definitivamente, estaba más parco y distante, y eso a pesar de la conversación que habían mantenido esa tarde. Tendría que hacer algo al respecto.

Selva no paró de hablar y de hablar, contándole a su hermano todo lo que había hecho. Después de la cena se lo llevó del brazo al exterior. Renzo y el padre Amador se despidieron, las mujeres se acomodaron para rezar el rosario y ellos dos salieron a dar un paseo por el jardín.

—¿Qué has decidido, hermanita? ¿Nos vamos a Boston?

—Lorenzo, no creo que huir nos vaya a servir de mucho. Escúchame. — Lo frenó con la mano cuando su hermano intentó contradecirla—. Ayúdame a conseguir ganarle la competencia a Renzo. Solo serán unos días, a lo sumo unas semanas. El padre Amador me ha dicho que hay muchos barcos mercantes anclando en la bahía en esta época del año. Si en unas semanas no has cambiado de opinión, pues te embarcas y ya está. —Vio duda en la expresión de su hermano—. Hazlo por mí, déjame disfrutarte un poco. Juntos podemos conseguir un rancho.

—¿Y después qué?

—Y después, si no quieres quedarte, yo lo administraré en tu nombre y te enviaré la parte que te corresponda de los beneficios. Seguro que allá donde vayas te vendrá bien un ingreso extra. Estas tierras son muy ricas, hermano, míralo como una inversión inteligente; solo te pido unas semanas.

Lorenzo se giró hacia ella y la sorprendió con un abrazo fuerte. Selva sentía las costillas de su hermano contra su cuerpo, estaba tan delgado...

—Mañana hablamos —dijo él apartándose. Le dio un beso en la mejilla y se alejó hacia la casa.

Selva no tenía sueño y estaba de buen humor; estaba segura de que Lorenzo se quedaría con ella.

Trotó hasta el cuarto del capataz, una construcción independiente de una sola planta, de adobe, como el resto, con techo de teja roja y pequeño porche. Las ventanas no tenían reja. Como la noche no estaba demasiado fría, Renzo había dejado la ventana entornada. Selva la abrió despacio y luego, impulsándose, se subió al alféizar, pasó las piernas al otro lado y, con cuidado, se dejó caer en el interior, pero se enredó con las cortinas y se metió un porrazo contra el suelo que hizo un ruido espantoso, o eso le pareció a ella; sin embargo, el capataz parecía sumido en un profundo sueño, porque no despertó con el golpe.

Renzo dormía boca arriba, con el torso al descubierto y unos calzoncillos largos de algodón crudo que resaltaban en la oscuridad de la noche. Con los brazos detrás de la cabeza, ronroneaba suavemente. Selva sonrió. No quería asustarlo. Permaneció un rato normalizando la respiración para no delatarse. Cerró la ventana y, finalmente, se decidió por desvestirse: se sacó las botas y el vestido, que se abotonaba por delante, y se acurrucó junto a él.

Renzo se giró hacia ella y la envolvió entre sus brazos.

—Debo de estar soñando —susurró.

Selva le dio un beso en el hombro. Aspiró de su piel y, cerrando los ojos, se quedó dormida arrullada por su respiración.

Se despertó de madrugada. Se sentía descansada y con el espíritu alegre. Se zafó con cuidado del abrazo de Renzo. Se levantó sigilosa para no despertarlo y se paró un momento a mirarlo; le cosquillearon las entrañas y se agitaron las mariposas en su estómago. Se habría quedado allí sumergida en su aliento y lo habría despertado para que le hiciera el amor, pero tenía una competencia que ganar. Se calzó las botas, se enfundó en el poncho de lana cruda de Renzo y se escabulló de la casita del capataz por la ventana, tal y como había entrado unas horas antes.

La luna alta iluminaba de plata el sendero de gravilla que subía desde los pastizales, situados al oriente y donde descansaban en reducida libertad algunos mesteños en proceso de doma, hasta la casa grande. A su alrededor reinaba la calma y se agitaba la naturaleza nocturna; olía a tierra mojada y la costa cercana rugía adormilada. Saltó sin esfuerzo la valla de madera y, caminando sin apenas rozar la hierba crecida, se acercó a uno de los hermosos equinos, que pastaba apaciblemente. Se agachó despacio, arrancó unas hierbas del seno de la tierra húmeda y, hablando en susurros, aproximó una mano a la boca del animal mientras deslizaba los dedos de la otra por el lomo. El caballo comió confiado y se dejó acariciar. Selva pasó la nariz por la piel del animal. Olía a hogar. Elevó la mirada al cielo opaco plagado de puntillas de plata. Las estrellas brillaban contándoles los secretos que escondía la oscuridad.

Sin prisa, se encaminó después al lugar acordado el día anterior.

Su cuadrilla aún no se había congregado por completo. Saludó a los más madrugadores. A uno de los vaqueros lo mandó a avisar a los más remolones

de que se dieran prisa; a otro le pidió que sacara a *Bronco*, pero que no lo ensillara, y al resto les dijo que esperaran a que ella volviese. Corrió hasta la casa grande y atravesó la galería en dirección al dormitorio de Lorenzo.

Giró la argolla de la puerta y empujó despacio. El pequeño cuarto estaba oscuro, aunque por las cortinas entreabiertas entraba el suave resplandor de la hornacina situada en la pared exterior. Se acercó a la cama. La frazada cubría completamente a su hermano.

Pensó en cómo despertarlo. Había pasado una experiencia muy traumática y no quería asustarlo. Dudó por un momento si despertarlo o no; seguro que había descansado horriblemente en esa apestosa celda y ahora necesitaba recuperar las horas de reposo. Pero al final decidió que la emoción de la caza era justo lo que necesitaba para entusiasmarse con la competencia, ya tendría tiempo de dormir después. Agarró el borde de la manta y despacio descubrió... descubrió que Lorenzo no estaba acostado; en su lugar, unas almohadas disimulaban su ausencia.

En la semipenumbra del cuarto, Selva identificó la mole oscura del armario contra la pared. Lo abrió y la recibió la profunda negrura y un olor espeso a madera húmeda. Como no veía nada y no podía distinguir las prendas colgadas, palpó desesperada. Agitó los brazos arriba y abajo, a los lados. Estaba vacío. Entonces, abrió los cajones que descansaban en la parte inferior. Y de igual manera hundió los brazos en la oscuridad oscura del primer cajón y avanzó hasta tocar el fondo. Vacío. Luego hizo lo mismo con el segundo. Vacío también. Tal vez Lorenzo no había deshecho su baúl, el que ella le había mandado al presidio con el alférez Márquez.

Barrió el cuarto con la mirada, intentando adivinar qué eran los bultos que veía, y paseó las manos sobre ellos, como un ciego habría hecho, a la vez que agudizaba la vista todo lo que podía.

No había rastro de Lorenzo en ese cuarto.

Ese cuarto.

Oh, tal vez su hermano se había confundido y estaba durmiendo en otra habitación. Eso era.

Salió al pasillo y lo recorrió, entrando en cuanta alcoba encontró abierta. Todas estaban igual de desiertas que la primera. Y de Lorenzo, de su olor, de sus pertenencias y de su presencia no había ni rastro.

Corrió desesperada al exterior, bajó volando por el sendero de gravilla y, ante los ojos atónitos de los vaqueros, se montó de un salto sobre *Bronco*, quien se encabritó del susto. Cuando consiguió controlarlo, salió al galope

tendido en dirección al puerto.

Renzo se despertó poco antes del amanecer, cuando la aurora alboreaba el cielo apocando con su tenue luz el brillo de las estrellas.

Había tenido un sueño delicioso que no conseguía recordar bien; era una sensación placentera, algo sobre Selva, él y ella, no se acordaba. Se lavó, se vistió y salió de la casa.

Sus hombres ya estaban listos para atrapar caballos salvajes. Lo hacían muy a menudo, por lo que no requería demasiada preparación. Lo más importante era contar con la providencial ayuda del rastreador para dar con la yeguada en las proximidades del arroyo, antes de que se hubieran marchado a leguas de distancia.

La cuadrilla de Selva seguía esperando su retorno. Renzo los vio en la explanada, algunos montados, otros charlando, bostezando, entretenidos fumando. Benito había sido el último en llegar.

—¿Qué hubo, muchachos?

—Acá no más, esperando a la doña.

—¿Dónde está Selva?

—No sabemos.

—Se habrá quedado dormida —aventuró Benito.

—No, si dormida no está. Se despertó antes que el lucero del alba. Pero se marchó al galope y acá estamos —explicó otro de los vaqueros escupiendo hacia un lado.

En ese momento despertó el sol y empezaron a escucharse los alaridos de los indios. Pocos minutos después, el repicar de campanas, y todos se quitaron el sombrero para rezar el Alabado.

Renzo habló alto para que todos los vaqueros, los que conformaban su cuadrilla y los del grupo de Selva, lo escuchasen.

—Hoy no hay caza, muchachos, a las tareas de siempre. Mañana será otro día.

—Mi capataz, podríamos aprovechar la ventaja y ganarle a la doña de una buena vez —le sugirió Francisquillo, uno de los vaqueros veteranos, que creía que la mujer debía de ser una bruja.

Renzo lo miró muy serio.

—Se me van a trabajar, carajo.

Medio refunfuñando, los vaqueros se dispersaron. Él avanzó hasta la

iglesia y entró en busca del padre Amador.

—¿Sabe dónde está la muchacha? —le espetó nada más verlo.

—Buenos días, hijo. ¿Algún problema?

—Selva se ha ido temprano y nadie sabe a dónde.

—¿Tendrá que ver con la carta que he encontrado esta mañana en mi despacho?

—Una carta, ¿de ella?

«Que se abra la tierra y me trague si se ha ido», pensó apretando las manos alrededor del sombrero, a punto de despedarlo.

—No, la carta no es de Selva, pero es para ella. Es de su hermano.

El vaquero soltó un bufido sin poder evitarlo. El fraile esbozó una sonrisa.

—Ven, vamos a ver qué dice la carta.

—Pero, padre..., es privada.

—¿No querías saber dónde está la muchacha?

—Sí..., pero...

—Nada de peros.

La carta descansaba sobre la tosca mesa. El padre Amador le pidió que hiciera los honores alcanzándole el pliego de papel.

—Ha sido su idea. Tendrá que aguantar el temperamento de la española cuando sepa que la ha leído.

El franciscano rio divertido y, a continuación, con una excesiva lentitud para el gusto de Renzo, leyó la nota que había dejado Lorenzo.

El vaquero no esperó a que terminara de leerla; se la arrebató sorpresivamente y salió como una exhalación en busca de su caballo.

—Eh..., que aún no he terminado... —se quejó, pero Renzo no se detuvo—. ¡Bendita juventud! —escuchó exclamar al padrecito.

El recorrido hasta Monterrey se le hizo eterno. ¿Y si Selva había llegado a tiempo y Lorenzo la había convencido de embarcarse con él? Le dolía el pecho e, instintivamente, se llevó la mano al corazón, que cabalgaba veloz como su zaino. A medida que se acercaba al puerto, la bruma era más densa y la temperatura bajó cinco o seis grados.

Saltó del caballo y corrió por el muelle. Las ráfagas de viento arrastraban jirones de niebla y le permitieron ver en la lontananza las velas extendidas de un navío alejándose. El *Patriot*.

Frenó la carrera y se quedó observando la estela espumosa que dejaba en el mar el mercante, y a las gaviotas que lo despedían con un ruidoso

revoloteo. Se fue. El corazón se le paró.

Se llevó la mano al pecho.

Avanzó despacio por el muelle, se metió las manos en los bolsillos y suspiró resignado. Aquellas semanas junto a Selva habían sido como uno de esos espejismos de los que le habían hablado los soldados trasladados desde Baja California cuando atravesaban el desierto y la sed se volvía locura y de pronto se les aparecía el paraíso hecho agua.

La madera emitía dolorosos crujidos bajo sus botas, y el viento caprichoso empujaba la bruma hacia el mar. El *Patriot* se alejaba en una nebulosa blanca, como si navegara sobre las nubes en vez de sobre el océano.

Casi al final de embarcadero, y como uno de esos espejismos del desierto, apareció ante él la figura de la mujer, que, arrodillada, permanecía con la cabeza alzada hacia la silueta distante de la fragata americana. Se aproximó a ella inseguro, creyendo que era una ilusión de su mente.

—Selva —titubeó.

La muchacha se giró con el rostro congestionado por las lágrimas.

—Lorenzo... —Y la congoja no le permitió seguir.

Renzo le ofreció la mano y ella se la agarró; entonces tiró de la joven hacia él para ayudarla a levantarse y la abrazó con ansias. Selva lloraba a borbotones y se convulsionaba contra su camisa. Él le acariciaba la cabeza y le susurraba consuelo.

—Ni siquiera se ha despedido.

—Chiquita, sí se ha despedido, solo que lo ha hecho por escrito —dijo sacando la carta de su bolsillo.

Selva se secó las lágrimas y, con urgencia, desdobló el pliego y leyó:

Querida hermana:

Espero que puedas perdonar que te deje una vez más a tu suerte. Siempre fuiste mucho más fuerte que yo, y ese espíritu te seguirá guiando. Estoy convencido de que conseguirás el rancho y todo lo que te propongas.

Mi corazón está destrozado, y temo que si continúo en Monterrey volveré a caer en el licor. Necesito distanciarme de todo y borrar las imágenes que me torturan. Ahora sé por qué madre nunca me quiso. Llevo su fría mirada clavada en el alma. Siempre sentí que mi presencia le molestaba, la irritaba, ahora sé por qué y no la culpo; le recordaba a ese hombre. Cuando el capitán Ayamonte me confesó que era su

hijo, no me sorprendió; siempre sospeché que era hijo del maldito, del hombre que había hecho de madre esa mujer dura e iracunda, aunque, claro, cuando apareció por casa y pidió tu mano, no me imaginaba que él fuera ese hombre. Muchas veces escuché al abuelo Sandalio quejarse con Atanasio de lo terca y obstinada que era Renata por no dejar que el odio se fuera, por aferrarse a él como a lo único que le importaba en la vida. Nunca le perdonaré que te casara con él y nos hiciera partícipes de su demencia. Ni siquiera en su lecho de muerte pensó en nuestro bienestar. No resucites Madreselva, hermana, deja el pasado donde está.

Me llevo conmigo todos los recuerdos felices de nuestra infancia: eres la protagonista de todos. Espero poder compensarte por mi cobardía. No me odies, Selva.

Te quiere

Tras leer la carta, se la ofreció a Renzo, y él, aunque ya sabía lo que ponía, volvió a leerla, esta vez con más calma.

—Parece que te quedas.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene.

—¿No deberías estar atrapando caballos?

—No quiero que me acuses de hacer trampas. Les dije a los muchachos que lo dejábamos para mañana.

Selva se aproximó a él, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, y sin darse cuenta permaneció con los labios posados en la aspereza de la incipiente barba, absorbiendo la fragancia masculina de su piel.

—Vaya, vaya, calentándole la cama a la mujer de otro, Romo.

El capataz se giró hacia la voz y, sin mediar palabra, descargó el puño sobre la cara redonda y bigotuda de Otón Avendaño, y después se lanzó sobre él. El soldado se revolvió bajo el peso del vaquero y forcejearon en el suelo, pegándose mutuamente.

El disparo los paralizó de inmediato. Selva había agarrado la pistola del joven soldado que acompañaba al sobrino de su marido, un muchacho imberbe que, incrédulo, observaba la escena.

Los hombres se incorporaron y se arreglaron la ropa.

—Don Otón, voy a perdonarlo por esta vez, pero como ose faltarme al respeto de nuevo, va a saber quién soy. No dudaré en meterle un tiro. Si no

me cree, puede preguntarle a su tío cómo nos las gastamos las Linares. Renzo, vámonos —dijo devolviéndole la pistola al soldado.

El vaquero la agarró de la mano y caminaron hacia su caballo. Renzo montó primero, ayudó a Selva subirse a su espalda y ella le rodeó la cintura ante la mirada de Avendaño; apoyando la cabeza sobre él, sonrió maliciosa. Renzo espoleó al caballo y se alejaron al trote.

—Potra salvaje, tarde o temprano te voy a montar —masculló Otón.

De madrugada, Selva cabalgaba rauda, atravesando el campo argento seguida de su cuadrilla.

Cuando la luna empezó a palidecer y los contornos de los árboles se llenaron de azul con las primeras luces de la aurora, divisaron la tropilla cerca del arroyo. Benito le había explicado antes de partir que siempre se acercaban a beber cuando la luminosidad era escasa y la quietud permitía percibir con mayor claridad el peligro.

Desmontó deslizándose por el flanco derecho del caballo y los vaqueros la secundaron. Mientras ella observaba a los mestencos a distancia intentando distinguir al guardián de la yeguada, Benito se encargaba de organizar al grupo. Entonces, la maleza se agitó levemente a su espalda, lo suficiente para que los caballos salvajes del arroyo percibiesen el ruido. Entre las siluetas oscuras apareció el adalid que protegía al grupo. El semental se adelantó, majestuoso, y alargó la cabeza apuntando las orejas hacia el sonido: el centinela estaba en guardia.

Selva contuvo la respiración —era un ejemplar extraordinario— y permaneció inmóvil de cuerpo, pero con el espíritu en alerta hacia él. Creyó conectar con su mirada; fue un instante mágico de fusión: sintió su fuerza y su voluntad inquebrantable de libertad. Quiso transmitirle su amistad y admiración. «Nada has de temer de mí; a mi lado serás más fuerte, no tendrás que huir».

Escuchó murmullos, y las hojas de los arbustos temblaron esparciendo olor a laurel. La cuadrilla de Renzo también acechaba a la yeguada en ese mismo lugar. Sería un batalla de destrezas interesante, se la jugaba al todo o a la nada.

Ninguno de sus vaqueros se movió, y ella tampoco; permaneció prendida de la mirada atenta del caballo.

Contuvo el aliento. «No te vayas, quédate, te necesito».

Mantuvo la mirada anclada a los ojos oscuros del caballo intentando transmitirle que no había peligro, que era solo su rival. Pero el guardián de la tropilla no estuvo de acuerdo: levantó la pata delantera y pateó el terreno. A su señal, el resto de caballos, a los que ya iluminaba el sol en ascenso,

cruzaron el arroyo y partieron al galope. Poco después, el espléndido mestenco le dedicaba un último bufido de aviso, evaporándose segundos más tarde como agua de rocío.

Y en ese instante estalló la competencia, pues las dos cuadrillas se lanzaron en persecución de los caballos. Selva montó veloz en *Bronco* y galopó detrás. La aurora esparcía una luz anaranjada sobre la llanura de hierba crecida.

Varias cabezas de ciervo, los *costeños* camuflados, asomaron justo enfrente del lugar por donde escapaban los mestencos, y estos se desviaron para esquivarlos.

En el flanco derecho cabalgaban sus hombres, y en el lado opuesto, los de la cuadrilla de Renzo, aunque se cruzaban y se entremezclaban a gran velocidad. A él aún no lo había visto.

—¿Me buscabas?! —le gritó asustándola.

—¡Tenías que perseguir a mis caballos!

—Esos bichos no tienen dueño, de momento. —Le sonrió y le brillaron los ojos negros.

Ella azuzó a *Bronco* y lo adelantó. Cabalgó hasta Benito y le dijo que mandase a tres hombres a la misión, al cercado donde debían encerrar a los mestencos. De ellos iba a depender el éxito, pues su cercado y el de Renzo eran contiguos: o entraban en uno o en el otro. Benito asintió e, instantes después, tres vaqueros jóvenes se desviaban, mientras ellos seguían persiguiendo y rodeando la huida de la yeguada, guiándolos hacia su objetivo.

Sentía el viento azotarle las mejillas; su cabello se había soltado y, como pequeños látigos, se sacudía salvaje alrededor de su cara. Admiró la estampa que representaban esos bravos jinetes midiéndose en velocidad con la naturaleza en estado puro.

Cuando divisaron las primeras construcciones de la misión, los caballos salvajes se asustaron e intentaron virar, pero los vaqueros los mantenían en línea hacia los cercados.

Selva identificó al semental cubriendo la retaguardia de la yeguada y vio cómo Renzo iba a por él; era sin duda el caballo más espléndido que ella había visto. Sin embargo, la competencia la ganaría quien más caballos atrapara, no quien cazara el mejor, así que avanzó a la velocidad del rayo y se puso en paralelo al líder, que resultó ser el caballo más viejo de la yeguada, el más experimentado para encontrar vías de escape, pero también el que ofrecía

menos resistencia. Sin dudarle siquiera, saltó en su grupa ante el horror de Benito y el asombro de los vaqueros que cabalgaban a su alrededor. El caballo aceleró en zigzag, intentando quitarse el peso de encima. Selva se enredó en sus crines, volcada sobre él, y, apretando las rodillas, lo guio hasta la entrada del cercado.

Los tres vaqueros que había mandado de avanzadilla agitaron los sombreros a los lados del umbral, y Selva entró al cercado a una velocidad de vértigo, seguida de las yeguas que formaban el harem del semental. El caballo frenó de golpe, Selva soltó las crines y salió disparada hacia delante; cayó sobre la hierba mullida y allí se quedó gozando de la sensación de triunfo. Lorenzo y ella solían jugar de pequeños a salir despedidos del caballo y sabían caer, aunque solían lanzarse sobre la montaña de heno que habían preparado previamente.

En el recinto de al lado, Renzo entraba con el semental y con los potrillos jóvenes que se habían quedado rezagados y habían sido atrapados por sus hombres.

El padre Amador apareció a la carrera agarrándose los faldones del hábito, avisado por algunos braceros que los habían visto llegar. Delante de todos, hizo el recuento y declaró ganadora a Selva. Su cuadrilla estalló en alaridos de júbilo. Ella les agradeció el triunfo y le ofreció un apretón de manos a Benito, quien, venciendo su timidez, aceptó la mano de la mujer y la zarandeo con fuerza.

—Ahora es uno de los nuestros, doña —le dijo.

—Gracias, Benito. Es un gran honor.

El padre Amador también la felicitó.

—Aunque tenemos que reconocer que el mejor caballo lo ha atrapado Renzo —dijo conciliador el fraile dándole una palmada en la espalda a su contrincante.

—Y cualquier vaquero sabe que lo importante de una yeguada es su semental —afirmó el capataz, jocosamente.

—No te preocupes, Rencito, que les encontraré a mis yeguas un semental a la altura.

Todos estallaron en carcajadas.

Renzo le tendió la mano.

—Enhorabuena.

Selva se la agarró y se sostuvieron la mirada; parecía que el mundo se hubiese difuminado a su alrededor.

—Ejem... —carraspeó el fraile—. Y ahora, todos a almorzar, que os habéis saltado el desayuno.

Los muchachos salieron corriendo hacia la casa grande mientras Benito, Renzo, Selva y el padre Amador caminaban detrás de ellos.

—Díganos, padre, ¿cuál es la siguiente prueba?

—Qué prisas, muchacha —rio el franciscano—. Bien, la segunda prueba será la esquila de ovejas. Tendréis un tiempo determinado para raparlas: quien produzca más lana será el ganador. Y ya os adelanto que la prueba final tendrá lugar dentro de una semana, cuando se celebra la festividad de los *ohlones*. Había pensado que, como mis neófitos son lo más importante para mí, y que vosotros conozcáis su cultura y sepáis conectar con su corazón os será muy útil para poder dirigirlos, tendréis que seguir el ritual de la celebración, Selva con las mujeres y Renzo con los hombres. Benito será vuestro juez.

El alcalde de las rancherías de los indios asintió con una sonrisa en la boca ancha.

Al llegar al patio, Guillermo Arnel, el nuevo administrador de la secularización de la misión, esperaba al padre Amador para ponerlo al corriente de las novedades. Se saludaron afablemente y el franciscano le presentó a Selva.

—Cuéntenos, don Guillermo.

—He sido informado a primera hora de esta mañana de que los Avendaño han solicitado una concesión de las tierras misionales.

—Les voy a partir la madre... —fue la reacción inmediata de Renzo. Selva no acertaba a decir nada, se le había quedado la sangre helada.

—Hijo, la ira es pecado. Ya veremos cómo lo manejamos. Vosotros, de momento, concentraos en la competencia.

¿Serviría de algo ganar?, se preguntó Selva mientras se alejaba en dirección opuesta a la casa, de nuevo hacia los cercados. Escuchó lejana la voz del administrador:

—Padre, urge hablar con el gobernador. Esos Avendaño tienen las mañas de las serpientes de cascabel.

No esperó un instante. Corrió hacia su caballo, saltó sobre *Bronco* y se alejó al galope.

—¡Acá llega! Eres un arrecho, Otón. —Tomasito le palmeó la espalda

cuando Avendaño entró en la taberna.

—¿Qué cuentas, Tomasito? Seguro que me haces fama que no merezco —dijo soltando una carcajada y sentándose en la silla que le cedía el soldado.

—¡Tabernero, un trago para el soldado más *hijueputa* suertudo de Monterrey! —gritó Tomasito muy animado. Levantó de su silla a uno de los indios de la mesa contigua, el cual se acopló en el suelo junto a otros nativos que dormitaban con los sombreros sobre el rostro. Tomasito arrimó su banqueta de madera a la mesa donde sus compadres de armas esperaban que terminara de contar la historia que les estaba narrando cuando entró Otón.

—Muchachos, ya que tenemos acá al protagonista de la hazaña, ándele, mi Otón, cuéntenos los detalles.

—¿De qué hablas?

—Pues de la doña del otro día —dijo bajando la voz, cómplice, Tomasito—, que con la poca luz que había no me di cuenta de quién era, pero luego la he visto por el presidio. —Soltó un silbido—. La mismita esposa del capitán Ayamonte.

El ceño de Avendaño se había ido pronunciando. Se estaba emputando, pero pensándolo mejor... Relajó el semblante y, haciendo un gesto a los soldados para que se acercasen, les dijo:

—Ese fue el día en que acompañé a la potrilla a ver al borracho de su hermano. Contentar a la dama es un favor especial que me ha pedido mi señor tío, ya me entienden. Todo queda en familia —afirmó pegando un golpe sobre la mesa y estallando en carcajadas. Los soldados secundaron su entusiasmo palmoteándole en la espalda y admirando su hombría.

—Todo el mundo sabe que el capitán Ayamonte es muy bravo en la guerra, pero una gacela en la cama —manifestó Tomasito, y los soldados rieron el comentario.

Otón le dio un golpe en la cabeza.

—Más respeto, hombre.

—Perdón, mi Otón, pero es que su tío...

—Esto queda entre nosotros, ¿verdad, muchachos?

Todos asintieron.

Avendaño paseó la mirada por el interior de la taberna. En la mesa del fondo reconoció a algunos de los trabajadores de la misión compartiendo calladamente unos tragos.

—Pero cuenta detalles, hombre —le insistió Tomasito.

Otón subió el tono de voz.

—Doña Selva tiene la piel suave, tan suave que resbala entre mis dedos como la pastilla de jabón.

—Un poeta, mi Otón —afirmó Tomasito.

—Y le gusta que la embista por detrás. —Los soldados apuraron los vasos de un trago—. Les digo, muchachos, que es una yegua insaciable.

—Avendaño, y ¿cómo va a manejar a su prometida? Como se entere... —Emitió un silbido de aviso y agitó los dedos en el aire, produciendo un sonido como de castañuela.

—Mi Angelita es inocente y mansa como una oveja, y su honor debe conservarse hasta nuestro matrimonio. Cuando nos casemos, no se preocupen, muchachos, que sabré contentar a la yeguada entera.

—Suertudo, mi Otón. Bien bonita que es doña Selva, sin desmerecer a doña Ángela, ¿verdad? —declaró Tomasito.

Avendaño siguió contando detalles durante una larga hora y se aseguró de que los lugareños absorbieran cada detalle para después propagar el rumor por doquier.

Selva no le había dicho a nadie que pensaba encarar a los Avendaño de una vez por todas. Después de todo, eran sus sobrinos políticos y tenían que respetarla, les gustase o no. Sin embargo, cuando entró al presidio, le tembló la voluntad y prefirió ir a hablar con el nuevo gobernador, a quien no había visto desde la cena en su casa cuando asumió el cargo.

Se presentó en la casa de gobernación y se anunció al soldado que custodiaba la entrada.

Minutos después la guiaba al despacho del gobernador.

Cuál sería su sorpresa al encontrarse a Nicolás Gutiérrez detrás del escritorio. El caballero se incorporó, bordeó la mesa y, acercándose a ella, le tomó la mano y se la besó.

—Qué grata sorpresa, doña Selva.

—Pero... —balbuceó.

—Ya, no esperaba encontrarme acá.

—Venía a hablar con el gobernador.

—Y está frente a él. No me mire así, jovencita, ni que estuviera frente a una aparición.

A Selva le hizo gracia la comparación y sonrió.

—Tiene razón, discúlpeme. ¿Qué ha sido del coronel Chico?

—Parece que nos ha dejado. La diputación ha declarado abandono de puesto y se ha escrito al presidente para que ratifique mi nombramiento definitivo. Se lo dije, querida: las cosas en Alta California van muy aprisa, nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Si le digo la verdad, para mí es un alivio saber que su merced vuelve a ocupar el puesto.

—Estoy a su servicio, dígame en qué puedo ayudar.

—Verá, recordará que he solicitado la concesión de un rancho de las tierras misionales. El padre Amador apoya la concesión.

—Creo que aún no se ha decidido entre el señor Romo y usted.

—Bueno, sí, digamos que estamos inmersos en un duelo de destrezas que, puedo asegurarle, voy a ganar. La cuestión es que hoy me he enterado de que los sobrinos de mi esposo, los Avendaño, también pretenden las tierras, y eso me tiene muy preocupada. —Dudó un instante, temía la respuesta—. Gobernador, ¿qué piensa hacer?

—Mire, a mí no me interesa perder ningún soldado. En su caso, prometió administrar el rancho sin ayuda de su esposo, que seguirá sirviendo en el ejército mexicano, y eso es lo que necesito ahora que voy a implementar las medidas que Chico no tuvo los arrestos de llevar a cabo. También necesito a Otón y Rufino a mi servicio como hasta ahora; de nada me sirven de rancheros.

—¿Qué medidas son esas?

—Voy a reformar la maldita aduana y a acabar con la corrupción de sus funcionarios. También quiero finalizar el proceso de secularización de las misiones. Ya cumplieron su función, y ahora le toca al poder civil y militar hacerse cargo del territorio y sus habitantes. —Le tomó la mano y se la palmeó, paternal—. Le aconsejo que hable con su esposo sobre la petición de los Avendaño. Ellos son sus sobrinos; si el capitán Ayamonte les pide que retiren la solicitud, lo harán, porque acá se respeta mucho al cabeza de familia y su palabra es ley para los miembros de su casa.

Selva no tenía tan claro que esos hombres, en especial Otón, fueran a acatar la voluntad de Juan Lorenzo.

—No se preocupe, querida, el rancho será suyo dentro de muy poco. Y ahora, si me disculpa, debo terminar de redactar la ordenanza.

—Muchas gracias, don Nicolás.

Selva salió pensativa de la gobernación. Acariciaba el lomo de *Bronco* mientras observaba el ajetreo del interior del presidio. Identificó la figura

gruesa del sobrino de su esposo entrando en ese momento al patio de armas, acompañado de algunos soldados. Decidió que no perdía nada por intentarlo y, resuelta, caminó hacia él.

Tomasito fue el primero en apercibirse de su presencia. Su cara le sonaba de algo, pero no recordaba de qué. Vio que le daba un codazo a Otón y le susurraba algo; inmediatamente el hombre alzó la mirada y le sonrió junto cuando Selva alcanzaba al grupo.

—Don Otón, quisiera hablar con usted en privado.

Los soldados revolotearon a su alrededor haciendo chanzas entre ellos.

—Muchachos, al tajo, que el capitán se va a emputar si nos ve de jarana a mediodía.

Los soldados se dispersaron y quedaron solos.

—Doña Selva, dichosos los ojos que la contemplan —la alabó zalamero.

—Señor Avendaño, ¿por qué ha solicitado la concesión de las tierras misionales?

—No sabía que tenía tanto interés en mi persona —dijo dando un paso hacia ella. Selva dio uno atrás para conservar la distancia.

—Resulta que yo estoy interesada en esas tierras y hace tiempo solicité la concesión correspondiente. Y además el padre Amador apoya que sea yo quien gestione la tierras en el futuro.

—Entonces, seríamos vecinos. —Volvió a avanzar hacia ella y Selva, a retroceder.

—Las tierras no deben dividirse, perderían productividad —afirmó echándose las manos a la cintura.

—Pero mi hermano y yo estamos hartos de batirnos con los salvajes. Está canija la profesión de soldado, doña Selva. Le sorprendería saber que, antes de llegar a Alta California, mi familia tenía una hacienda en el norte de México. Además voy a casarme, y el presidio no es lugar para mi futura esposa y la familia que formaremos. Aunque... —comenzó mientras se acercaba de nuevo, y esa vez su voluminosa panza rozó la cintura de la mujer — tal vez podríamos llegar a un acuerdo que nos convenga a los dos.

—Compórtese, don Otón, o no respondo. —Podía sentir la cólera arderle en las mejillas.

—No me refería a eso —dijo esbozando una sonrisa ladina—. Podría nombrarnos administradores de su rancho. Usted nos contrata y nosotros retiramos la solicitud. Además, somos familia, y la familia tiene que estar unida.

—¿Quiere decir como familia era su padre?

La cara redonda de Otón se contrajo con una mueca rabiosa. A Selva le pareció que le enseñaba los dientes y que estaba a punto de abalanzarse sobre ella y despedazarla como un perro a su caza.

Avendaño la agarró por la muñeca, la atrajo hacia sí y pegó su rostro enrojecido a la cara de ella.

—No vuelva a decir algo así o...

—Suéltala, Otón.

El capitán Ayamonte apareció al lado de Selva y puso la mano sobre el hombro del varón grueso, empujando con firmeza hacia atrás para separarlo de ella.

Otón se distanció. La expresión iracunda mudó en un gesto triste.

—Tío, debería haberle contado a su esposa la historia entera de cómo padre era un borracho maltratador y a punto estuvo de matar a su propia hermana. Rufino y yo solo la defendimos.

—Otón, que sea la última vez que le pones la mano encima a tu tía, o tendré que cortártela. Ahora ándate, ya hablaremos más tarde.

El hombre bajó la cabeza y se alejó.

—¿Está bien, mi señora?

—Sí, estoy bien, no debería haberlo provocado.

—¿Fue el padre Amador quien se lo contó?

Selva negó con la cabeza.

—Acépteme la recomendación: no se acerque a mis sobrinos.

—Pero, por lo que ha dicho Otón, no tuvieron más remedio. Defendían a su madre; cualquier hijo lo hubiera hecho.

—Son muchachos violentos, capaces de cualquier cosa. Hágame caso y manténgase alejada.

—Han solicitado una concesión de las tierras misionales, haga que la retiren.

La expresión de Juan Lorenzo le dijo que no estaba al tanto de la noticia.

—Quiero mi rancho, me lo debe.

—Haré lo que pueda.

—No es suficiente, haga lo que tenga que hacer.

Juan Lorenzo asintió y la acompañó a su montura.

Selva subió ágilmente. Se quedó mirando a su esposo un instante; no lo odiaba tanto como al principio, incluso le daba un poco de lástima. Tenía los ojos tristes, y esa expresión siempre dolorosa se marcaba en sus atractivos

rasgos haciéndolo parecer mayor. Sin embargo, debía asegurarse de que cumpliera su promesa, y por eso le asestó un golpe más en el corazón.

—Se lo debe a mi madre, no lo olvide —dijo, y se alejó al trote. No quería ver el efecto de sus palabras.

Renzo sudaba enfundado en su traje. Intentó aflojarse el cuello de la camisa sin éxito. A unos pasos de él, Luisiño estaba igual de incómodo y sudaba copiosamente, esperando ansioso la entrada de la novia. Intentó tranquilizarlo con una suave palmada en la espalda.

El padre Amador terminaba de arreglar el altar con dos monaguillos. Había perdonado la traición de sus neófitos y los había acogido de nuevo en su hogar. El honor de Micaela, en entredicho desde la fuga, se reparaba ese día con la boda de los amantes, y por fin el fraile podría respirar aliviado de haber cumplido su deber frente a Dios.

Tras la ceremonia, Luisiño y Micaela irían a vivir a una de las rancherías; ya lo habían arreglado con Benito. El hombre seguiría trabajando en la curtiembre y Micaela pasaría a ayudar a las mujeres en la cocina. El padre Amador le había pedido a Luzmita que la tuviera vigilada.

Todos los habitantes de la misión abarrotaban la iglesia para presenciar la ceremonia.

Las campanas empezaron a repicar.

Renzo apretó los ojos y se dejó llenar por el sonido metálico que siempre rescataba de su memoria el rostro borroso de alguno de sus progenitores. La imagen se volvía más clara a medida que repicaban.

Mientras el capataz intentaba recordar, a su espalda, la hermana de Micaela, la pequeña Simona, entraba a la iglesia cargando una cesta de mimbre y empezaba a esparcir pétalos de rosas a su paso, llenando la nave principal de una fresca fragancia a flores. Detrás de ella, avanzaba la novia del brazo del capitán Ayamonte. Se la veía pequeña y delicada amparada por el porte fuerte de Juan Lorenzo. Selva y doña Martirio, hasta ese momento la dueña de Micaela, caminaban tras ellos cuidando de que el vestido de la novia no se enganchara según caminaba.

Al llegar al altar, el capitán elevó el velo delantero de la novia, dejando al descubierto su bonita cara de ojos oblicuos, y le dio un beso en la frente. Después le tomó la mano y se la entregó al novio.

Selva se situó junto a Renzo, al que dedicó una sonrisa, y a su lado se colocó Ayamonte.

El vaquero apenas prestó atención a la ceremonia, pendiente del más mínimo movimiento de la joven y el capitán. El incienso lo mareaba y le aturdió aún más la cabeza, llena de tortuosos pensamientos. De vez en cuando, casi por reflejo, elevaba la vista a la cruz y el sentimiento de culpa le golpeaba la boca del estómago, dejándole una sensación de vértigo en el cuerpo.

En cuanto acabó la misa, salió aprisa de la iglesia y, aunque hacía tiempo que no fumaba, esa vez aceptó el cigarrillo que le ofreció uno de los soldados del capitán. Los invitados salieron armando jaleo y poco después, los novios. Luisiño no se libró de que lo mantearan en el aire, y Micaela y las mujeres reían mientras veían volar al novio sacudiendo las manos y las piernas hacia todas partes, mientras los trabajadores aullaban contentos.

La fiesta empezaba. Los músicos comenzaron a tocar y poco después el patio, preparado para la ocasión, se inundaba de los deliciosos olores de la cocina de Luzmita. Renzo vio a Selva ayudando a la vieja criada y pensó que era el mejor momento para abordar a Ayamonte.

Lo encontró charlando con el padre Amador.

—Capitán, ¿me permite un momento?

El fraile se excusó y los dejó solos.

—Caminemos, mejor; hay demasiado ruido —sugirió el capataz.

Se alejaron hacia el jardín. La algarabía de la fiesta amortiguaba el piar de los pájaros, el gorgoteo de la fuente y el crujido de las ramas mecidas con suavidad por el viento.

Renzo se paró y encaró al capitán directamente.

—¿Qué intención tiene con su esposa?

A pesar de la sorpresa que expresó el rostro cansado de Ayamonte, este entendió a la perfección a qué se refería, pues no le pidió ninguna aclaración.

—Pienso repudiarla. Lo habría hecho mucho antes si a Selva no le hubiera dado por anunciar al pueblo entero que estábamos casados. Pretendía mantener el matrimonio en secreto y anularlo a la primera sin que nadie se enterara, pero ella se encargó de propagar a los cuatro vientos nuestra unión.

—¿Y qué quería que hiciese? Estaba contenta de ser su esposa.

—Ya, pero ahora no lo está. Nunca debí casarme con ella con engaños.

—Sí, en eso tiene razón, debió contarle la verdad desde el principio. Ahora, si la repudia, va a perjudicarla: no tendrá ninguna opción de conseguir la concesión del rancho. ¿Qué va a hacer?

—He dejado ir a su hermano, y sé que ella se habría ido con él de haber

sido libre para hacerlo. No se fue debido a nuestra unión.

Renzo sintió la punzada de dolor en el costado, pero no se delató.

—¿Eso se lo ha dicho ella? —preguntó intentando controlar sus celos.

—No hace falta. Quiero devolverle su libertad, que no esté atada a mí por obligación, y si después aún desea ser mi esposa, la cortejaré como Dios manda y nos volveremos a casar...

El vaquero se quedó sordo por un momento; no escuchaba las palabras de Ayamonte, veía que seguía hablando, pero su mente bloqueaba las palabras y lo protegía del dolor. Solo alcanzó a escuchar la última frase:

—... pero no creo que yo le interese lo más mínimo.

—Eso no puede saberlo si nunca le ha demostrado el más mínimo afecto —le espetó huraño—. Dígame una cosa más: ¿es su matrimonio una tapadera para enmascarar su voluntad de castidad?

—Ya veo que te has hecho eco de los cotilleos sobre mi hombría. ¿Y tú qué crees?

—Creo que antes de conocer a Selva hubiera preferido ordenarse sacerdote. Pero ahora...

—¿Qué quieres, Renzo?

—Quiero que ella no sufra y sea feliz. Lo que hicieron su madre y usted con ella fue muy feo. Selva no debería estar pagando por sus errores.

—En eso estamos de acuerdo.

El capitán Ayamonte se sacó un pitillo del bolsillo delantero de la chaquetilla y le ofreció uno a Renzo. Prendió la mecha y se la tendió primero al muchacho. Juan Lorenzo aspiró profundamente.

—Te doy mi bendición —dijo soltando el humo hacia arriba.

—¿Cómo dice?

—Que te doy mi bendición para que la hagas feliz.

Renzo se puso rojo como la grana y bajó la vista al suelo.

—Yo...

—No hace falta que digas nada, un ciego puede ver tus sentimientos por ella.

—Capitán, yo...

—No, Renzo, no me expliques nada. Tan solo contéstame una pregunta: ¿ella te corresponde?

Renzo bajó la cabeza de nuevo. Eso querría saber él, aunque cuando estaba entre sus brazos...

—No lo sé. Si en el fondo de su corazón lo hace, creo que no lo ha

descubierto aún. Madreselva es todo lo que ocupa su mente.

—Pues yo creo que ella te ama. Las Linares son muy testarudas, pero cuando entregan el corazón, es para siempre. Yo no lo entendí a tiempo y perdí mi oportunidad.

—Pero, capitán, ¿está seguro de que con Selva usted no...?

Juan Lorenzo negó con la cabeza.

—Renzo, eres un buen hombre, jamás he dudado de tu lealtad. Mi matrimonio con Selva nunca debió existir; en verdad es como si no existiese. En aquel momento no supe cómo negarme; yo, aunque no lo creas, aún amaba a su madre, y no pude... Por Dios... —Se pasó las manos por el pelo, exasperado—. No pude negarme a su último deseo. Ni tú ni ella debéis pagar por mi debilidad. Renata y yo tuvimos nuestra oportunidad y no supimos defender nuestro amor. Que no te pase como a mí, muchacho.

Renzo no tenía palabras. ¿Le estaba dando permiso para cortejar a su esposa? Era una locura. ¿Había dicho que pensaba repudiarla?

—No la pierdas, lucha por ella, hazle saber lo que sientes. Y ahora, volvamos a la celebración —dijo posando una mano en su espalda. No le dio ocasión de preguntar más, pues el capitán volvió sobre sus pasos hacia el patio en fiesta. Renzo lo siguió a escasa distancia, aturdido y esperanzado por la breve conversación.

Selva le dirigió una mirada interrogativa cuando lo vio volver junto a su esposo. Ayamonte en seguida se mimetizó con el resto de soldados, y él no se separó de la muchacha en toda la noche. A distancia seguía atento los movimientos del capitán; parecía contento, disfrutó del baile, la música, la comida y la bebida en abundancia. Su gesto exhibía una inusitada alegría, como hacía tiempo, como antes de ese viaje en el que había vuelto a Monterrey con la mujer que había puesto el mundo de Renzo del revés. Se lo veía contento, y hubiera dicho que hasta liberado.

Al día siguiente la misión despertó con resaca de la fiesta.

Selva decidió ir a visitar a su amiga Raimunda, a quien no había visto desde la fiesta en casa del depuesto gobernador. Necesitaba hablar con alguien de sus preocupaciones. Aún no le había contado a Renzo su visita a Nicolás Gutiérrez ni su desagradable encuentro con Otón. Además, la noche anterior había sido la primera vez que había tenido a sus dos hombres juntos durante tantas horas. Había sido muy extraño y estaba muy confundida.

Ayamonte no le había prestado demasiada atención durante la fiesta, pero de vez en cuando sus miradas se cruzaban y él le sonreía; entonces algo se agitaba en su interior. Renzo había estado muy atento, callado como era habitual, pero más distendido. No lo notaba tan esquivo y tenso como los días después de haberse entregado a él.

Estaba hecha un lío y necesitaba hablar con su amiga. Raimunda le había dado las señas de su hogar, que, dijo, estaba cerca de la casa de aduanas, y hasta allí cabalgó Selva.

Raimunda vivía con los hijos que tenía con Juan Bautista Alvarado, oficial de aduanas y californio de nacimiento, en una sencilla casa de adobe de una planta próxima a donde él trabajaba.

La puerta delantera estaba abierta, y Selva entró tras dar unos golpes en el marco de madera para anunciar su presencia.

Una mujer mayor, vestida de negro y con el pelo cano recogido en un moño, asomó la cabeza.

—¿Qué se le ofrece, joven?

—Buenos días, señora. Busco a Raimunda.

La mujer se giró hacia el interior de la casa y gritó:

—Raimi, te vinieron a ver.

La joven apareció secándose las manos en el delantal.

—¡Selva! ¡Qué grata sorpresa! Pasa. —Y dirigiéndose a la señora mayor añadió—: Madre, esta es mi amiga Selva, la esposa del capitán Ayamonte.

—Pase, niña, no se quede en la puerta.

Entraron a la casa y atravesaron un pequeño patio interior decorado con macetas de colorida cerámica, que a Selva le recordaron las casas humildes de Córdoba donde a veces su abuelo la había llevado a visitar viejas amistades cuando era niña. Salieron finalmente a la parte de atrás de la casa. Unos pequeños alborotaban subidos al tronco torcido de un roble que se inclinaba hacia el suelo, cobijando sus juegos con sus gruesas ramas.

—¿Son tus hijos?

—Sí, Rosita y Ángel Miguel.

Raimunda sacudió con el pañuelo que le colgaba del delantal las sillas que descansaban al sol.

—Siéntate, amiga. ¿Puedo ofrecerte algo?

—Me basta tu compañía.

Se sentaron una junto a la otra y contemplaron durante un rato el alboroto del juego infantil.

—¿Qué tienes, Selva?

Ella suspiró.

—Los Avendaño han pedido una concesión al gobernador. Temo perder las tierras.

—Habla con el capitán. Ellos son sus sobrinos, harán lo que les diga.

—Eso me ha dicho el gobernador, pero yo no estoy tan segura.

—No sé cómo será en España, pero en Alta California el cabeza de familia es respetado por todos. Los Avendaño no osarán contradecir al capitán; perderían el respeto de la comunidad, y eso no les conviene.

—Espero que así sea. Estoy tan cerca de conseguirlo que me aterroriza...

Raimunda le aferró la mano.

—No temas, todo saldrá bien.

Rosita llegó corriendo.

—¡Madre, madre! Mire. —En su manita traía una mariquita diminuta.

—Muy bonita, pequeña. Vaya a enseñársela a su nana.

La niña salió corriendo y llamando a gritos a su abuela.

—Cuéntame qué tal con tu vaquero.

—Yo no diría que es «mi vaquero». A veces me parece que se arrepiente. Y no sé, ahora siento que no odio tanto a Juan Lorenzo. No sé cómo explicarlo; cuando es atento y me trata bien, algo se mueve aquí —dijo tocándose el pecho.

—Selva, ¿será posible que nadie te lo haya dicho?

—¿De qué hablas?

—Al capitán Ayamonte no le gustan las mujeres, todo el pueblo lo sabe. Se casó contigo para encubrir su condición y acabar con las habladurías. Pero es imposible tapar el sol con una mano. Todos saben que nunca te visita, hasta se comenta que le ha encargado a su sobrino Otón que se ocupe de tenerte contenta, ya me entiendes.

Selva se puso de pie con sobresalto.

—Pero... pero son solo rumores.

—Dime, amiga, ¿te ha tocado?

—Aún no, ya te lo dije.

—¿Hace cuánto que estáis casados?

La joven pensó un momento. Parecía haber transcurrido una eternidad desde que había abandonado su casa en La Carlota.

—Hará un año.

—Recién casada, con lo bonita que eres. —Raimunda chasqueó la lengua—. Mira lo loco que está por ti ese vaquero, ¿no te parece que es extraño?

Selva se ruborizó.

—Tal vez sea yo el problema. No le atraigo.

—Eso son tonterías. Te aseguro que si fueras soltera, tendrías una fila de pretendientes compitiendo por conseguirte. El problema es él. Al capitán Ayamonte nunca se le ha conocido mujer, y lleva muchos años en Monterrey.

—¿Renzo lo sabe?

—Lo sabe todo el mundo.

—Entonces tal vez el interés del señor Romo hacia mí solo sea caridad, la pobre española casada con un...

—¿Qué sientes cuando estás con él? —la interrumpió Raimunda.

—¿Con Renzo? —Selva elevó la vista al cielo azul—. Fuego, ardiente; cuando estamos juntos, me quema la piel entre sus dedos.

Raimunda asintió con una sonrisa.

Selva negó con la cabeza.

—Ahora no puedo distraerme, tengo que conseguir las tierras.

Los niños llegaron corriendo y gritando: «¡Padre!».

Las mujeres se volvieron para ver a sus espaldas a Juan Bautista Alvarado.

—Mujer —saludó a Raimunda.

—Doña Selva ha venido de visita —le explicó emocionada, poniéndose en pie.

—Señora. —Hizo una breve inclinación de cabeza.

Los ojos de Alvarado estaba enrojecidos. Las dos entendieron que había estado bebiendo.

—¿Va todo bien? —preguntó Raimunda.

—Yo mejor me retiro. Buenos días —se despidió Selva.

—Vuelve a visitarme pronto.

—También podrías venir tú a la misión.

—No sé, el padre Amador...

—No te preocupes por él.

—Que tenga buen día, doña Selva —se impacientó Juan Bautista.

—Adiós.

Cuando iba saliendo, Selva alcanzó a escuchar el comienzo de la conversación entre los dos.

—El pendejo de Gutiérrez aprobó la reforma de la aduana. Ahora sí nos llevó la chingada.

Había llegado la época de la esquila de ovejas, y como les adelantó el padre Amador, esa era la segunda prueba de la competencia. Ahora más que nunca, Selva tenía que ganar el apoyo del clérigo, y cuanto antes, mejor. El administrador pronto terminaría el inventario de los bienes de la misión y todo quedaría listo para finalizar la secularización y traspasar la propiedad de las tierras —salvo la parte que por ley les correspondía a los neófitos— al nuevo propietario.

Esa era la mejor época del año para trasquilar la lana, al comienzo de la primavera, especialmente beneficiosa para el esquila de las hembras, antes de que empezara la época de parición y llegase el clima veraniego.

Selva y Renzo habían cabalgado hasta los prados donde pastaban las ovejas. Al llegar, los pastores ya las recogían en los corrales. El olor a animal era intenso, y el balido de las ovejas resultaba estruendoso. Encerradas en los cercados, estaban tan apretadas entre sí que apenas podían moverse.

—Pobrecitas.

—Es para que suden y se reblandezca la piel —le comentó uno de los pastores.

El padre Amador estaba entre los esquiladores explicándoles qué hacían allí el capataz y la señora española. Para estimular la competencia, el fraile les decía que ese año se les pagaría a destajo y no por jornal, como era lo habitual, así conseguiría que se esforzaran especialmente en hacer un buen trabajo y en emplear el menor tiempo posible.

Ella observaba atenta la conversación. Renzo se le acercó por detrás.

—¿Estás nerviosa, chiquita?

Selva se giró a mirarlo. Esa mañana estaba rabiosamente atractivo. Habían pasado la noche juntos. El día anterior, a la hora de la cena, con disimulo, Renzo le había pasado una nota citándola en los establos. Le había parecido excitante. El rezo del rosario se le había hecho eterno, y tras dar las buenas noches a las mujeres, se dirigió a la cocina, salió por la puerta trasera para evitar encontrarse con alguien y corrió emocionada al encuentro con Renzo. Era la primera vez que él tomaba la iniciativa de forma tan directa; hasta entonces había sido ella la que lo seducía y vencía su resistencia. Se

había adentrado en la oscuridad de las cuadras, que ahora conocía de memoria, y caminó despacio conteniendo la respiración y las ansias. La figura de Renzo se recortó a pocos pasos de distancia contra la luz de las estrellas que filtraban los ventanucos alargados.

Se había frenado un instante y observado su envergadura. Sin darse cuenta, sus pasos avanzaron hasta él. Sintió su aliento a menta y limón bañándole el rostro. Sus labios suaves y gruesos se inclinaron sobre su boca, y la besó con intensidad aferrando con una mano su talle y con la otra la nuca. Se habían amado apasionadamente sobre la paja de una cuadra vacía. Renzo lo había preparado todo para ella. Y por primera vez, él había dominado por completo sus sentidos; había desplegado tal poder sobre su cuerpo, dándole un placer tan intenso que...

—Te estás sonrojando, chiquita. Me pregunto en qué estarás pensando.
—Sonrió travieso.

—¿Has esquilado una oveja alguna vez? —Quiso disimular, pero la mirada del vaquero le dijo que podía leerle la mente.

—No, lo mío son los caballos.

—O sea, que somos los dos novatos.

—No te preocupes, dirigiremos a los esquiladores, no necesitamos hacerlo de primera mano. ¿O te crees que el padre Amador va a dejar que destrocemos su preciosa producción de lana?

—Entonces no tiene gracia la prueba. Le voy a proponer que al menos esquilemos alguna oveja. Quien mejor lo haga y en menor tiempo, gana.

Renzo le dedicó una espléndida sonrisa.

—Eres valiente, española.

—O tal vez sé algo que tú no sabes.

—¿Te estás guardando un as en la manga? —le susurró, tan cerca que Selva se estremeció de anticipación.

—Me estás distraendo —se quejó ella, y volvió su atención hacia el padrecito, que seguía dando instrucciones a los esquiladores.

Selva sí se guardaba un as en la manga. Empezaba a conocerla muy bien. Le había preguntado a la madre de Raimunda al salir de visitar a su amiga dónde podía encontrar al mejor esquilador de la zona y se había ido a hablar con él. Era un señor de unos cuarenta años, robusto y de brazos fuertes y voluminosos. Lo llamaban *el Australiano*, pues había llegado de esa tierra lejana años atrás. No solo le había explicado cómo esquilar la lana de la forma más eficiente, sino que le había prometido que acudirían ese día a

ayudarla y llevaría a sus muchachos. Conocía bien al padre Amador. El fraile iba de vez en cuando hasta su rancho para confesarlos y celebraba misa cuando comenzaba la esquila que ellos llevaban a cabo al final del verano, pues sus ovejas eran importadas de Inglaterra y las trasquilaban dos veces al año.

Los cascos de los caballos atrajeron la atención de todos. Llegaban los cuatro mejores esquiladores de la región.

El padre Amador se sorprendió al verlos. Eran sus competidores por excelencia: producían más lana y de mejor calidad que la que se conseguía en la misión.

—¿Y qué se cuenta, Australiano?

—Acá, padre, para ayudar a la linda chica —dijo señalando a Selva.

—Ese era tu as —musitó Renzo en su oído. Selva le sonrió coqueta.

—Bien, ya que estamos todos, ¿qué dice, padrecito?, ¿empezamos? —preguntó el vaquero.

El padre Amador explicó en voz alta las reglas de la contienda:

—Ganará la cuadrilla que más ovejas haya esquilado y la que haya obtenido más lana al final de la jornada.

—Si las cuadrillas llegasen a empatar, me gustaría que se probara también nuestra destreza personal. Si le parece bien, padre, Renzo y yo competiremos esquilando una oveja cada uno; quien antes termine, conseguirá el punto del desempate y será el vencedor.

El fraile aceptó.

Las dos cuadrillas ocuparon los corrales correspondientes, y pronto esquiladores y arrimadores de uno y otro lado se empeñaban en esquilar a las ovejas lo más rápido posible. Mientras la cuadrilla de Renzo ataba las patas de la oveja para inmovilizarla, el Australiano tenía entrenados a sus muchachos para trasquilarlas sin necesidad de atarlas, lo que requería mayor destreza con las tijeras, porque el animal se movía y podían rasgarle la piel junto con la lana, pero permitía que se rapara más velozmente.

Selva y Renzo iban de un lado al otro animando a sus hombres, repartiendo botijos de agua, sacos de yute donde meter la lana, ayudaban a lavar a las ovejas esquiladas para limpiarles las pequeñas heridas y los parásitos que pudieran tener y esparcían sobre los cortes una pasta elaborada a base de cenizas.

Durante horas, se escuchó el sonido de las tijeras y los balidos quejumbrosos de las ovejas; también las voces de los hombres en estrecha

camaradería.

Y al final de la jornada y para sorpresa de Selva, alcanzaron un empate, pues aunque el Australiano y sus tres hombres trabajaban al unísono y con rapidez, no consiguieron coordinarse con el resto de la cuadrilla; sus métodos de esquileo eran diferentes y perdieron tiempo, mientras que en la cuadrilla de Renzo estaban todos compenetrados y llevaban años trabajando juntos. La complicidad de la cuadrilla de Renzo consiguió equiparar la destreza sin igual del Australiano y de sus hombres.

—No te pongas nerviosa, chiquita.

—No le vayas a cortar el cuello a la pobre oveja, vaquero.

La verdad es que Selva sí estaba nerviosa. Le temblaba la mano que sujetaba la tijera, que además le bailaba entre los dedos, pues era grande y pesada.

—¿Quiere que le atemos las patas, señora? —se ofreció uno de los esquiladores.

—No hará falta.

Renzo optó por que le ataran las patas a la suya.

El fraile hizo la señal con el brazo y ambos se abalanzaron sobre sus respectivos animales tijera en mano.

Verlo era una cosa; hacerlo, otra muy distinta. La habilidad con la que Selva había visto esquilar las ovejas durante todo el día le había dado un exceso de confianza en su propia habilidad. La oveja balaba y la ponía muy nerviosa; además se movía, y le parecía que le había pinchado la carne. Al final Selva no tuvo corazón para hacer sufrir más a su oveja y, disminuyendo la presión sobre ella, la dejó marchar.

Renzo estaba tan concentrado que siguió hasta que logró desprender la mayor parte de la lana de la suya.

Selva esperaba a que terminara con las tijeras entre los dedos. Cuando lo hizo, se incorporó y vio que ella adelantaba la mano y le daba la enhorabuena. Los muchachos de la cuadrilla de Renzo prorrumpieron en gritos de alegría.

—Esta noche te compenso —le susurró.

—Eso espero.

El padre Amador invitó al Australiano y a sus chicos a cenar en la misión.

Selva había olvidado la carta que le había enviado a su padre interesándose por su situación y la del cortijo. Aquella era otra mujer, deseosa de volver a su patria y desesperada de amargura por haber descubierto que la habían casado con el maldito. Por eso, cuando volvieron a la misión esa noche y Benito le entregó la contestación de su padre, se sorprendió inmensamente. Esperó hasta terminar la cena para salir a la galería delantera y buscar un momento de serenidad.

Mi querida niña:

Qué alegría me dio tu carta, alma mía. Me alivia saber que el viaje transcurrió sin incidentes y que hayáis llegado a destino. Empezaba a preocuparme la falta de noticias.

Vuestra madre falleció la misma noche de vuestra partida; tenía una expresión de paz en la cara como nunca le vi. Como podréis entender, la casa, sin vosotros y sin Renata, se me quedó grande y decidí venderla. Pero no debéis preocuparos por María, Atanasio y el resto de sirvientes, pues les conseguí colocación en fincas amigas.

Yo estoy viviendo en lo de mi prima Encarna. Estoy bien, no os preocupéis por mí.

Dile a Lorenzo que me escriba; quiero saber cuándo tiene planeado volver. Supongo que estará muy aburrido ahora que ya debes de estar instalada en tu nuevo hogar. Me vendría bien su compañía.

Mi pequeña Selva, sé feliz y escíbeme pronto. Tu padre que te quiere,

Ernesto Montoya

—¿Son buenas noticias? —Renzo apareció a su espalda.

—Es de mi padre —le explicó ofreciéndole la carta.

Él la leyó en silencio, luego la dobló y se la devolvió.

—Se nota que te quiere mucho, eres afortunada.

—Perdió la casa.

—Acá dice que la vendió.

—Miente. Mi madre me contó que por sus deudas de juego los acreedores caerían sobre nuestros bienes en cuanto ella muriese.

—Debe de sentirse muy solo.

—Mi padre es alcohólico, como lo era Lorenzo. A veces me pregunto si ambos no se refugiaron en el licor para poder sobrellevar a mi madre. No solo

Juan Lorenzo sufrió su odio; ellos también lo padecieron.

—¿Por qué no lo invitas a venir? Es tu única familia, debería estar cerca de ti.

Selva le acarició la mejilla rasposa.

—Eres un buen hombre, Renzo Romo. —El vaquero descansó la cara en la calidez de su tacto.

—Ven, tengo una sorpresa para ti.

El hombre la guio de la mano al interior de la casa. Selva creía haberla recorrido entera, pero esos corredores no los había descubierto. Estaba muy oscuro, pero Renzo no dudaba, avanzaba con firmeza tirando de ella. El tacto cálido de su mano áspera le producía un cosquilleo en la nuca.

Llegaron a una escalera estrecha que ascendía en torno a dos muros perpendiculares. Al final, una puerta metálica estrecha y baja les cerró el paso. Renzo extrajo del bolsillo de su camisa una pequeña llave y, después de algunos intentos tanteando la cerradura, consiguió introducirla. Haciéndola girar, abrió la puerta, que cedió con un sonoro chirrido.

Salieron a la azotea.

—¡Oh! —exclamó Selva.

Los recibió el cielo estrellado con una luna redonda y luminosa. Desde ese lugar parecían poder tocar la noche con las manos.

—Es el mejor sitio para contemplar las estrellas.

Selva no tenía palabras, estaba extasiada.

—Ven. —Se sentó en el suelo y tiró de ella para que hiciera lo mismo. La superficie era mullida y tersa. Selva paseó las palmas de las manos sobre las pieles.

—Son muy suaves. Estás lleno de sorpresas, vaquero.

Renzo se recostó hacia atrás.

—Túmbate.

Ella obedeció sin dejar de mirar el cielo. Los dos quedaron boca arriba, Selva apoyada en el brazo extendido de él. El firmamento negro vibraba con millones de puntos luminosos, y la reina de la noche, redonda y blanquísima, derramaba su mágico influjo sobre ellos.

—Según una leyenda maya... —la voz del hombre sonó ronca y penetrante— la luna es la reencarnación de la diosa Ixchel. Era una hermosa princesa cuya belleza encandilaba a muchos hombres; entre ellos había uno llamado Itzamná, que conquistó su amor porque era noble de corazón y valiente como ninguno. Entre los dos nació un poderoso y puro sentimiento,

y se amaron a escondidas porque no querían que nadie pudiera oponerse a su locura. Un día llegó un extranjero desde tierras lejanas y, al ver a Ixchel, quedó prendado de su belleza. La seguía a todas partes espiando sus movimientos y terminó descubriendo su romance con Itzamná. Estando frente al rey, y padre de Ixchel, retó a Itzamná a demostrar su valía: se batirían en un duelo, y quien ganara el lance se llevaría el amor de Ixchel. El rey aceptó, y aunque Ixchel le suplicó a su amado que huyeran lejos, él no podía rehusar demostrar su valor frente a ella. Si vencía, su padre aceptaría que se casara con él y dejarían de ocultarse. Pero el desconocido era traicionero, y en un descuido de Itzamná, lo atacó por la espalda y lo mató. Ixchel corrió hasta el amor de su vida y se abalanzó sobre él llorando, y después, de desesperación, y a la vista de todos, se quitó la vida con la misma espada que había sesgado la de Itzamná. El extranjero, temiendo la ira del soberano, escapó y nunca más se supo de él. Las almas de Ixchel e Itzamná viajaron hacia los cielos y allí volvieron a encontrarse para celebrar su amor por el resto de los tiempos. Itzamná volvió a nacer como el dios Sol, y su amada, Ixchel, se convirtió en la diosa Luna. Para celebrar el eterno amor por ella, Itzamná le regaló las estrellas, que iluminarían la noche eternamente en memoria de que hay amores más fuertes que la muerte.

—Es una leyenda preciosa y muy triste a la vez.

—Las historias de amor a veces lo son; no todos los amantes superan las dificultades en esta vida. Me la contó Luzmita cuando era niño y me consumía encerrado entre los muros del orfanato, cuando quería ir a buscar a mis padres. Ella me calmaba. «¿A dónde vas a ir, niño?», me preguntaba. Me contaba esas historias de su cultura para que me sintiera parte de una historia más grande. Aunque, en verdad, no sé si mi mestizaje es maya.

Selva se giró sobre el costado y hundió la cara en la calidez del cuello de Renzo, donde posó sus labios un instante. Los dos sintieron la corriente eléctrica que pasó de un cuerpo al otro. Renzo se volvió hacia ella y su deseo se desbordó al contemplarse en los ojos chispeantes de Selva.

—Esta noche soy Itzamná y voy a amarte como él amó a Ixchel —suspiró contra su boca.

Y con el firmamento por testigo, la desnudó despacio y le demostró que el amor podía ser eterno. Se entregaron el uno al otro y cumplieron, esta vez sí, el hechizo de la luna llena.

Con los corazones saciados, Renzo la envolvió con sus brazos, y la muchacha se abandonó a la deliciosa sensación de plenitud, de imposible. Y

por primera vez desde que lo conocía, no deseó otra cosa que permanecer guarecida por su cuerpo, hasta el fin de sus días. ¿Sería amor lo que sentía por él? ¿Amor eterno como el de Ixchel?, se preguntó mientras la vencía el sopor. Se quedó dormida antes de encontrar la respuesta en su corazón.

A la mañana siguiente, el capitán Ayamonte caminó hasta la casa del gobernador. Al llegar, le sorprendió no ver a Otón ni al otro escolta que solía acompañarlo.

—Pancho, ¿dónde está mi sobrino?

El soldado lo saludó marcialmente.

—No sé, capitán. Gutiérrez los ha reemplazado, a él y a Simón, por Arcadio y por mí.

—¿Y eso?

—Ah, *pos* no sé, mi capitán; cosas de Gutiérrez. No le ha debido de gustar que vaya alardeando de lo de su esposa.

—¿De qué hablas, Pancho?

—Y pregúntele a su sobrino, yo no he oído nada.

Juan Lorenzo prefirió no indagar más. Nunca había entrado en los rumores que corrían sobre él y no iba a entrar ahora.

—Gutiérrez ¿está?

—Sí, mi capitán, pero ahora mismito está muy ocupado y ha pedido que no lo moleste nadie. —Y bajando la voz añadió—: Entre nos, está revisando las cuentas de la aduana y anda con un humor de perro hambriento. Se ha encerrado con el notario y los vocales de la diputación.

—Entonces vuelvo más tarde. Dígale que me mande llamar no más.

—A sus órdenes, capitán.

Regresó a la comandancia.

Algo se cocía, el ambiente estaba enrarecido. Las noches eran más calladas, no había tanto alboroto, y las guitarras y los cantos se apagaban más temprano. Y más a menudo que antes se montaba bronca, pues los muchachos se enzarzaban en peleas sobre las medidas aprobadas por Gutiérrez, a favor y en contra. Él no había querido pronunciarse, aunque no pocas veces sus hombres le habían preguntado su opinión. Como hombre de armas, su deber era defender el territorio y a sus habitantes, gobernase quien gobernase. La política no le interesaba. El ejército era su refugio, su hogar, y había sido su asidero contra la desazón de una vida maldita.

Paseó la mirada por el patio de armas. Los soldados andaban misteriosos cuchicheando en corrillos. Algo se cocía, sin duda.

Cuando entró a la comandancia, lo estaban esperando.

—Capitán.

—Señora —la saludó con una inclinación de cabeza.

Raimunda estiró la mano y le ofreció una nota.

—Le traigo un recado.

El franciscano se lo estaba pasando en grande con la competencia, pues en los días siguientes los hizo ordeñar una vaca, curtir una piel y dirigir a la cuadrilla de segadores. Renzo, unas veces, se adelantaba en la competencia, y ella, otras. Parecía que las pruebas no iban a llegar nunca a su fin. Y por las noches, el vencedor compensaba al perdedor cumpliendo sus anhelos más profundos.

Sin embargo, esa mañana, el padre Amador los convocó en su despacho. Guillermo Arnel, el administrador de la secularización, también estaba presente.

—Ha llegado el momento, hijos míos —les dijo—. Todo está listo para la secularización. La Iglesia consiguió impedir que en las Californias rigiera el régimen de las encomiendas, como en el resto de las colonias, para evitar las brutalidades que sufrieron los indios a manos de los encomenderos. En los primeros años, mis predecesores, guiados por el padre Junípero Serra, también se opusieron a los abusos de nuestros soldados. La misión llega a su fin, y sois ahora vosotros los que tendréis que seguir la labor. Sed caritativos pero firmes, preservad las buenas costumbres y la fe en nuestro Señor Jesucristo, y amparad a mis neófitos, pues sin la mano protectora de la Iglesia estarán a merced de los impíos... —Se le quebró la voz. Se sentó callado en su silla y cerró los ojos un momento para controlar la emoción. A Selva le dio mucha pena el padre Amador.

Cuando el franciscano consiguió dominar la desazón, les dio un último mensaje.

—La Iglesia siempre ha luchado contra las idolatrías, pero no debe destruir la cultura, sino iluminarla desde la verdad de la fe, desde el reconocimiento de que Jesucristo es el Salvador, el nuestro y el de ellos. No lo olvidéis. Así pues, ha llegado la hora de la última prueba de la competencia, tras la cual elegiré al nuevo dueño de las tierras misionales.

En esos días se iba a celebrar la fiesta de la primavera, y los nativos de las tribus de la región se reunían en una gran ceremonia, donde se intercambiaban presentes, se estrechaban lazos, se concertaban matrimonios y se disfrutaba de los rituales de la caza, del baile y de la comida.

El clérigo aprovechaba para bautizar a los miembros de las tribus más lejanas, que llegaban al valle para la celebración, y también para matrimoniar a las parejas amancebadas.

Pasaron el día separados, cada uno participando en los preparativos de la celebración. Selva, con Luzmita, las mujeres y los niños nativos de la misión, y Renzo, con los hombres preparándose para salir a cazar.

Para Renzo ganar la competencia suponía tal vez perder a Selva o ganarla para siempre, aunque dudaba si ella lo amaba verdaderamente o solo se entregaba a él por soledad y por la falta de atención de su esposo. Estaba muy ansioso. Juan Lorenzo había prometido repudiarla en cuanto se hubiera decidido el destino de las tierras misionales. ¿Cumpliría su palabra?

El ritual del cazador consistía en una fase de purificación en la que se vaciaban el cuerpo y la mente. Los cazadores permanecían en ayunas y tomaban un bebedizo a base de cenizas y hongos triturados que provocaba fuertes vómitos y diarrea. Después se sudaban las impurezas que quedasen en el cuerpo en lo que llamaban *la sauna*, una construcción de barro estrecha y sin más aberturas que la puerta de madera. Se calentaban grandes piedras al fuego y, al rojo vivo, se introducían en la sauna; se vertía agua encima, generándose así ardiente calor en forma de vapor. Los hombres, completamente desnudos, entraban con sus arcos y flechas, y permanecían horas dentro, sudando y sumidos en ensoñaciones provocadas por los alucinógenos.

El ritual ayudaba a los cazadores a conectar con el animal totémico de sus antepasados, que velaba, daba fuerza y sabiduría al cazador y lo guiaba durante la caza.

Renzo no tuvo ninguna visión relacionada con animales. Se le pasó por la cabeza que tal vez fuera su sangre mestiza, hija de otra tribu diferente a los *ohlones*. Se sentía muy débil, pero quiso finalizar el ritual, sobre todo por camaradería con sus vaqueros que participaban; además, se les notaba contentos de tener al capataz allí.

Después de la purificación provocada por el bebedizo, entró en la sauna con algunos de sus hombres. Se sentía mareado, le dolía la cabeza y se le nublaba la vista. Se sentó en el suelo y se recostó contra la pared de barro endurecido. Creyó estar a punto de desfallecer en ese agujero estrecho de calor y oscuridad.

Benito le había explicado que justo en el instante previo al desfallecimiento aparecería su animal totémico, pero él no lo creía.

Sin embargo, empezó a escuchar campanas, primero lejanas y, poco a poco, el sonido metálico comenzó a hacerse más potente hasta envolverlo por completo. Le zumbaban los oídos, ding dong, ding dong, le palpitaban las sienes acentuando el dolor de cabeza, ding dong, ding dong. Todo él vibraba como si la campana estuviese dentro de su cráneo.

Se sintió pequeño, y sus manos... Se miró las manos, apenas tenía control sobre ellas; sus movimientos eran torpes y no sabía muy bien cómo moverlas. Sentía frío, muchísimo frío. Soplaba un viento helado y no alcanzaba la mantita que se le había escurrido hacia los pies; empezó a llorar desconsolado, y entonces la cara se asomó y la vio claramente. Ella le sonreía.

—Va a estar bien, muchachito.

Perdió el sentido justo al entender que Luzmita era el rostro borroso que llevaba años intentando recordar.

Selva estaba disfrutando de la mañana. Lucía un sol luminoso y un resplandeciente cielo azul intenso. Tras el desayuno, se habían puesto en marcha. Las mujeres portaban palos, cestas y algunos utensilios muy rústicos. Atravesaron el bosque cantando y después se adentraron en la llanura de hierba alta y aromática. A Selva le recordó a una de las romerías que se celebraban en su Córdoba natal. Tras varias horas caminando, llegaron a un claro donde se iba a celebrar la fiesta de la primavera.

Las mujeres sacaron los bártulos y los distribuyeron en uno de los lados de la explanada alfombrada de verde. Recogieron leña y prendieron pequeñas fogatas que harían las veces del hogar donde se cocinarían los alimentos para la celebración.

Después, un grupo de ellas agarraron los palos y las cestas y se pusieron de nuevo en marcha. Una de las muchachas que solía ayudar en la cocina a Luzmita le hizo un gesto con la cabeza a Selva para que se fuera con ella. La vieja criada y algunas de las mujeres más ancianas permanecieron en el campamento cuidando de los fuegos.

Se adentraron de nuevo en los prados crecidos. Las mujeres iban zarandeando los palos a su paso, agitando a los bichos que saltaban sobre ellas; los niños corrían de un lado al otro y, entre risas, atrapaban todo lo que

se movía y lo metían en las cestas.

Uno de los pequeños abrió las manitas para enseñarle lo que había cogido.

—Un saltamontes.

—Verá qué ricos que están, doña Selva.

La joven aguantó la arcada. Ah, no, no pensaría el padre Amador que ella iba a comerse esos bichos tan repugnantes para ganar la competencia. ¿Sería Renzo capaz de comerse algo así? No sabía si había conseguido posicionarse por delante del capataz a lo largo de las semanas de competencia; la última prueba podría inclinar la balanza a su favor. Los neófitos eran lo más importante para el fraile, saber cómo tratarlos, ganarse su confianza y su respeto era fundamental, pero de ahí a comer saltamontes... El chiquito le sonrió y ella le alborotó el cabello. Dos horas después volvían al claro con las cestas cargadas de saltamontes. Las depositaron junto a los fuegos.

Y de nuevo volvieron sobre sus pasos, pero esa vez se adentraron en el bosque en busca de bellotas y otras semillas. Selva disfrutó subiendo a los árboles, siguiendo a los ágiles muchachitos que trepaban sin esfuerzo a los frondosos robles. Desde abajo las mujeres zarandeaban las varas contra las ramas, y los frutos caídos eran recogidos por los más pequeños.

Cuando volvieron al claro, el franciscano ya estaba allí platicando con los nativos. Los hombres acababan de regresar de la caza, y junto a los fuegos yacían los venados, gamos, conejos y demás trofeos rituales.

Renzo hablaba con dos vaqueros, todos ellos desnudos de cintura para arriba. El alboroto de los niños llamó la atención del grupo y se giraron hacia ellos. La mirada de Renzo se cruzó con la suya y se quedó allí clavada. Tenía los ojos tristes, pero le sonrió.

Selva dejó la cesta de semillas junto a uno de los fuegos y se acercó a él.

—Hola, vaquero.

—Señora —dijo haciendo una reverencia galante.

—Estás... estás muy... —Ese torso suyo... Qué ganas de enredar el alma en su vello oscuro. Se sonrojó mientras lo recorría con la mirada. Prefirió no terminar la frase—. ¿Qué tal fue la caza?

—Yo no cacé nada; parece que a ti te fue mejor.

—Ha sido muy divertido, pero no pienso comerme ni uno solo de esos insectos saltarines. Se te ve cansado.

—Es parte de la diversión de los hombres. Insomnio y vómitos para

conectar con el animal guía.

—Suenan intenso. ¿Qué animal se te apareció?

—Ninguno —respondió escuetamente, y cambió rápido de tema—. Debo de oler a rayos; voy a darme un baño.

—¿Me estás invitando? —dijo bajando la voz.

Renzo soltó una carcajada que atrajo la mirada del padre Amador.

—Mejor que no, el padrecito nos vigila. Además, el río debe de estar lleno de cazadores desnudos.

Los ojos de Selva se abrieron enormes.

—Ni se te ocurra espiar, española.

—Me has dado una idea...

—Si quieres ganar la prueba, más vale que te pongas a moler semillas. —Indicó con la cabeza a las mujeres—. Los cazadores estamos famélicos después de la purificación.

Pasó por detrás de ella, le agarró una mano y se la apretó ligeramente. Se inclinó y le susurró:

—Estás preciosa vestida de indiecita.

La fiesta fue un éxito. El padre Amador había casado a ocho parejas en un celebración conjunta y bautizado a decenas de neófitos de otras tribus. La primera noche durmieron en el claro, las mujeres en tiendas y los hombres por tierra, junto a los fuegos. Doña Martirio y el franciscano velaban con autoritaria presencia el honor de las doncellas y el buen comportamiento de los hombres.

Selva pensó que podría escabullirse de su tienda y salir a encontrarse con Renzo. Extrañaba mucho el calor de su cuerpo y sus caricias. Sin embargo, cuando se aventuró al exterior, allá estaba doña Martirio.

—¿Qué le sucede, muchacha?

—Nada, doña Martirio, vuelva a dormirse. Solo tenía necesidad, ya sabe.

—Yo no duermo. Ándele, la acompaño a aliviarse, que con tanto hombre nunca se sabe.

Volvieron a la misión a la caída de la tarde del día siguiente, y esa noche, tumbada en su cama, contaba los minutos para ir a la casita de Renzo.

Pensó que estaría dormido, pero lo encontró en la entrada de su casa, sentado en los peldaños del porche.

—Creí que estarías dormido. Es tarde —dijo, y se sentó junto a él.

—No tengo sueño.

El capataz mantenía la vista baja. Entre las manos sostenía una pequeña caja de madera, sencilla y sin adornos.

—¿Qué llevas ahí?

Él levantó la tapa, suspiró con pesadumbre y se la ofreció.

Selva la tomó con delicadeza. Con dedos cuidadosos sacó del interior un papel añejo, amarilleado por los años. Lo desplegó despacio y leyó:

Se llama Renzo.

Recibirán puntual estipendio por su cuidado.

Dios los bendiga.

En Ciudad de México, a 1 de enero de 1818

La joven dobló de nuevo la nota y la posó sobre el entarimado de madera del reducido porche.

—Estaba en la canasta donde me abandonaron.

Selva volvió la vista a la caja y sacó un reloj de plata labrada con su cadenilla; era muy elegante, a pesar de que la plata se había ennegrecido con el paso del tiempo. Debía de ser muy valioso.

—¿Y esto?

—Estaba junto con la carta.

Quedaron en silencio. El viento rugía suavemente, el bosque crujía a espaldas de la casa y se oía de vez en cuando el cricrí de algún grillo.

—¿Por qué estás tan triste esta noche?

—Pensé que recordaba el rostro de mi madre o padre. No lo veía nítidamente, pero estaba ahí, me acompañaba, y siempre sentí que tarde o temprano podría recordarlo. Pero... —Se le apagó la voz.

—Pero... —lo animó a continuar.

—Pero me equivoqué. No tengo ningún recuerdo previo al orfanato. Durante el ritual de la caza pude ver con claridad de quién se trataba.

No hizo falta que preguntara.

Él se lo confirmó.

—Luzmita. No sé nada de mi origen.

Selva guardó la nota y el reloj de vuelta en la caja, cerró la tapa y la depositó a su lado. No sabía cómo consolarlo, nada de lo que le dijera ayudaría a aliviar su tristeza. Tomó la mano de él entre las suyas y se la besó con suma dulzura, como había hecho Renzo tanto tiempo atrás, cuando apenas se conocían y ella lloraba porque su madre la había empujado a

casarse con el maldito.

Renzo la observaba mientras ella le acariciaba el dorso de la mano con sus labios.

—No tengo nada más que ofrecerte. —Su voz estaba cargada de pesar.

¿Nada más?, se preguntó Selva.

El vaquero se puso en pie. Ella alzó la vista y se contemplaron unos segundos.

—Renuncio a las tierras, son tuyas. Has ganado la competencia. —Subió los peldaños del porche.

No tenía palabras para lo que estaba haciendo por ella.

—Renzo...

Él se giró a mirarla.

—Gracias.

El vaquero asintió y entró en la casa.

Esa mañana las campanas de la iglesia tañían con inusitada insistencia. Sonaban y sonaban convocando a todos los trabajadores de la misión. Selva salió a la plaza y vio a una pequeña multitud congregada a las puertas. Ella también se acercó a averiguar qué pasaba.

Se abrió paso hasta el frente. Renzo acompañaba al padre Amador y a Guillermo Arnel, administrador de la secularización.

El fraile le dedicó una espléndida sonrisa y le hizo el gesto de que se colocara a su derecha.

El capataz parecía haberse librado de la pesadumbre de la noche anterior y sus ojos la saludaron alegres.

—Buenos días, vaquero.

—Señora —dijo tocándose el ala del sombrero y sonriendo de medio lado.

Las campanas cesaron el repique.

—Bien, hijos, os he convocado esta mañana para informaros de que empieza una nueva era para todos nosotros. En breve mi tutelaje habrá terminado y no seré más que un fraile que los quiere mucho.

Los neófitos se miraban unos a otros sin comprender.

—La misión va a ser secularizada, y doña Selva será la nueva dueña de estas tierras. A ustedes les entregarán una pequeña parcela para que puedan cultivar la tierra por sí mismos y ganarse el pan de forma independiente. También tendrán la posibilidad de ponerse a las órdenes de la nueva patrona y trabajar para ella a cambio de un salario. Espero que en este tiempo hayan aprendido lo que les conviene. La Iglesia les dará el amparo que busquen, siempre que lo busquen. Lo que hagan a partir de ahora dependerá únicamente de su libre albedrío. Y ahora recemos.

Al unísono, todos entonaron el Alabado:

*Gracias te doy, gran Señor, y alabo tu gran poder,
que con el alma en el cuerpo nos dejaste anochecer.
Así te pido, Dios mío, nos dejes amanecer
en gracia y servicio tuyo y sin llegarte a ofender.*

En el hombre sea de Dios se va a cantar este alabado...

Después del rezo, y en vista de la confusión que había generado el padrecito, Renzo dio dos palmadas en el aire, acallando los murmullos, y los mandó a trabajar. Poco a poco se fueron dispersando en dirección a sus respectivas tareas.

—Enhorabuena, hija. Dame un abrazo.

—Gracias, padre. —Se dejó envolver por la calidez del franciscano.

—Espero que me des trabajo —escuchó Selva a su espalda. Se giró hacia Renzo.

—No podría desear un capataz mejor.

—¿Me permite, padre?

—Claro, hijo.

Renzo la abrazó con fuerza.

—Te lo has ganado, chiquita —le susurró al oído.

—Me lo has puesto fácil. Gracias por tu generosidad.

—No es generosidad —dijo clavándole los ojos negros en el alma y dedicándole una amplia sonrisa.

Esos labios suyos la volvían loca. Se miraron con intensidad. ¿Sería posible que pudiese tenerlo todo? Ese último gesto de Renzo le había desbordado el corazón, ¿podría ser que ese hombre la amara de verdad hasta el punto de renunciar a todo por ella? ¿Qué iba a pasar con su matrimonio? ¿Tendría valor para seguir a su corazón y hacer como Raimunda, aferrarse a la dicha de permanecer junto a un hombre sin importarle lo que dijera el mundo a su alrededor? Al padre Amador le daría un soponcio si se enterara de su romance.

—Allá llega Benito con la carreta. —El clérigo interrumpió sus pensamientos—. Vayamos a ver al gobernador y dejemos esto listo de una buena vez. Don Guillermo, ¿tiene los documentos?

—Acá los traigo —dijo el aludido señalando el cartapacio.

—Entonces, en marcha. Al mal trago, darle prisa, que dice la sabiduría popular.

Renzo y ella fueron en busca de sus monturas y aprovecharon para regalarse unos besos, escondidos en una de las cuadras.

Nicolás Gutiérrez, el gobernador, tenía cara de no haber dormido en varios

días. Llevaba el pelo y las patillas despeinadas, y la barba crecida le ensombrecía la mandíbula. Su desaliño físico acompañaba el desorden de su despacho, lleno de cajas y papeles. Su escritorio, cubierto de documentos, albaranes, facturas, entre los que intentaba poner orden.

—Gobernador. —Lo sobresaltó la voz del escolta.

—¿Qué pasa, carajo? ¿No le he dicho que no me moleste nadie?

—El padre Amador acompañado de...

—Que pase, que pase —se impacientó.

El soldado se retiró y al cabo entraron en la estancia los visitantes.

—Buenos días, coronel —saludó alegre el padre Amador.

—Para quien lo sean, padre; para mí, como verá, buenos, muy buenos, no son. Doña Selva —la saludó con un beso ligero en la mano—, don Guillermo —apretón de manos—. Disculpen el desorden, pero así está la administración de Alta California, hecha un desastre.

—No lo entretendremos mucho, coronel. Veníamos a informarle que la secularización está lista.

—Al fin una buena noticia.

—Don Guillermo, por favor, haga entrega de los documentos. También le confirmo que doña Selva cuenta con mi confianza y apoyo para ser la nueva dueña de las tierras y bienes misionales, después del reparto correspondiente a los neófitos, claro está.

—Por supuesto, padre. Así lo estipulan las leyes, y bajo mi mandato se cumplirán escrupulosamente. Se lo aseguro. Mandaré preparar el acta de concesión de su rancho, doña Selva. Enhorabuena —añadió estrechándole la mano.

Selva no acertaba a pronunciar palabra. Tenía un nudo en la garganta y, si hablaba, sabía que se pondría a llorar de la emoción. De pronto se sintió muy cansada, como si hubiera atravesado un largo camino y por fin llegara a destino, al límite de sus fuerzas. Se agarró al brazo de Renzo para no derrumbarse.

El padre Amador le palmoteó con cariño la espalda, sabiendo de su profunda alegría.

—Gracias, gobernador. Háganos saber cuando la concesión y el reparto a los neófitos sea un hecho. Don Guillermo pasará a recoger las actas.

—Los acompaño.

—No hace falta, que Dios lo bendiga —se despidió el fraile dando por terminada la visita.

En cuanto salieron, el gobernador apartó una torre de documentos de una silla derribándola sobre el suelo y se sentó, agotado y satisfecho. La secularización ya era un hecho, un éxito más de su carrera. Todo estaba saliendo a la perfección. Así tenía que ser, carajo. Permaneció un rato abstraído en sus pensamientos. Al poco se incorporó y volvió a su escritorio. «Y ahora la puta aduana», se dijo, y encaró con renovadas energías la revisión de las cuentas.

Esa noche el viento soplaba con especial fuerza y arrastraba ráfagas de agua del océano. Los soldados apostados en el castillo de Monterrey habían intentado prender un fuego sin éxito. La humedad del ambiente traspasaba la burda tela del uniforme y les calaba hasta el alma. La guardia iba a ser larga, pues el reemplazo solo llegaría cuando empezara a clarear. El candil encendido proyectaba sombras que bailaban al compás de la mecha, mecida ligeramente por el embate de la costa cercana. Ellos intentaban entretener la espera con un juego de naipes.

La voz de Tomasito los sobresaltó, y ambos apuntaron a un tiempo con los arcabuces que descansaban al alcance de la mano, entrenados en defender la posición de cualquier ataque.

—¿Cómo la pasan, muchachos?

—¡Tomasito! ¡Qué susto, hombre! ¿Qué andas con tanto sigilo?, te has podido ganar un mosquetazo.

—Pensé que necesitarían compañía. Está perra la noche. Les traigo un poco de animación —dijo descubriendo una botella de *whisky*—. La tenía reservada para un momento especial, pero a estas me muero y no puedo disfrutarla, así que me he dicho: «Qué mejor que compartirla con los amigos».

—De diez, mi Tomasito. —Uno de los soldados le palmoteó la espalda.

—¿A qué juegan, muchachos?

—Al tresillo.

—¿Quién reparte?

Tomasito se sentó junto a ellos en torno al candil y, compartiendo de la botella, pasaron las horas entre naipes y risotadas. A su alrededor, las sombras se cernían cercandando el castillo mientras el calor del alcohol ablandaba la sesera de los vigías.

Las sombras habían ido tejiendo el ataque durante semanas, desde que el

nuevo gobernador empezó a amenazar con su ímpetu reformador los derechos de los poderosos californios del norte. Los cabecillas eran jóvenes ardientes y ambiciosos, y además estaban emparentados por lazos de sangre y amistad. Habían crecido en un mismo ambiente, alimentados por los valores de libertad que el viento arrastraba entre sus alas desde Europa, desde la Revolución francesa y el fin del absolutismo realista, primero, y napoleónico, después. Imbuidos de las mismas ideas que años antes habían inspirado a Thomas Jefferson en la redacción de la declaración de independencia de las trece colonias británicas, ansiaban ahora una Alta California independiente de la lejana República Mexicana. Querían desligar el territorio del norte de la Baja California, que era la frontera mexicana más cercana. Ellos eran la élite social y económica heredera de la fundación española de misiones, presidios y pueblos, y aspiraban a marcar el futuro de Alta California como clase política y militar. Ansiaban el poder sin interferencias y el progreso de esas tierras: sus ranchos de extensiones continentales. Y el gobernador, el coronel Nicolás Gutiérrez, era el único freno a sus ambiciones.

Conocían a la perfección las fuerzas militares de Monterrey, y esa noche habían decidido asestar un golpe certero e imprevisto y acabar de una vez con la oposición a su poder de facto.

La madrugada sorprendió a los soldados que custodiaban el castillo en un profundo sopor.

—Buen trabajo, Tomasito. —Otón Avendaño le lanzó un puñetazo al hombro.

—Son buenos chicos, a qué derramar sangre innecesaria si las cosas se pueden hacer con astucia.

El viento seguía aullando, apagando sus voces, aunque no se cuidaban de hablar en voz alta, esperando que los centinelas se despertaran.

—De primera el *whisky* —alabó Tomasito apurando la botella ya vacía.

—Obsequio de Alvarado por el apoyo. Ándale, despierta a esos dos.

Tomasito zarandéó a uno hasta que abrió los ojos, y al otro le dio unos toques en el rostro.

Los vigías se desperezaron ruidosamente y, al despejar la vista, se abalanzaron como por inercia hacia los mosquetes, pero varios hombres los alcanzaron antes que ellos.

—Pero ¡qué demonios! ¿Qué significa esto?

Habló Otón, que encabezaba el asalto al castillo:

—Vamos a derrocar al gobernador. O están con nosotros o están con

Gutiérrez.

—¿Qué carajo pretendes, Avendaño?! —lo encaró uno de los soldados.

En ese momento, entre los rebeldes aparecieron el coronel José Castro y su compadre, Juan Bautista Alvarado, hasta hacía poco el oficial de aduanas. A su espalda, un grupo numeroso de compadres y vecinos californios, pero también colonos yanquis. ¿Qué iban a hacer ellos frente a semejante fuerza?

Los soldados se miraron entre sí. Eran hombres muertos.

—Muchachos, estamos independizando Alta California. Esperamos contar con ustedes. ¿Qué va a ser?

Los dos centinelas cruzaron las miradas una vez más y, compenetrados por las muchas noches en vela en común, se cuadraron frente a su superior en rango, José Castro, hasta entonces coronel del ejército mexicano.

—A sus órdenes —recitaron al unísono.

—No se arrepentirán de su apoyo. Ahora, tú —dijo señalando a uno de los vigías— le vas a llevar un mensaje al gobernador. Desde ahora eres el correo de la revolución. ¡Órale!

Al cabo, Nicolás Gutiérrez recibía la oferta de rendición de mano de uno de los soldados que defendían el castillo.

—Me han pedido respuesta inmediata, señor gobernador.

Él escribió en el mismo reverso de la nota.

«Por encima de mi cadáver», y rubricó la firma con tal fuerza que la pluma rasgó el papel.

—Díales a esos hijos de puta que cuando todo esto termine, los voy a fusilar yo mismo.

El soldado hizo un gesto de asentimiento y salió con premura.

El padre Amador había querido que Selva repasara las finanzas con el administrador, ya que hasta entonces solo había estado centrada en conocer las labores de la misión, pero nada sabía de números.

La joven, acompañada por Renzo, se reunió con Arnel para que le explicase en detalle la contabilidad que heredaba junto con las tierras y los bienes. En total, 32.341 acres de terreno, cultivos, viñedos, el molino, la almazara, la curtiembre y el matadero.

Eso sería lo primero que vendería. No pensaba poner más un pie en ese horrible lugar, se dijo rememorando el olor nauseabundo a carne cruda. El capataz leyó en su expresión el recuerdo de aquel día y sonrió divertido.

Fuera de su lote quedaban las tierras donde estaban situadas las rancherías de los nativos y el terreno adyacente que se adjudicaba para el cultivo a cada unidad familiar. Don Guillermo le enseñó un mapa que había elaborado él mismo para distinguir la linde que delimitaría el rancho de Selva.

—Hasta ahora la misión no ha pagado estipendio por el trabajo de los neófitos, pero los ha provisto de comida y cobijo. Si empieza a pagarles un salario, no podrá cubrir también la manutención y demás gastos; se arruinaría en pocos meses. Tendrán que vivir de lo que ganen. Otras tribus llegarán, atraídas por las posibilidades de trabajo asalariado. Si se establecen dentro de sus tierras, le recomiendo que les arriende donde construyan sus covachas.

La detonación se escuchó clara y potente a pesar de la distancia al castillo. Por un momento cesó la conversación entre ellos. Renzo abrió la ventana y se asomó. Le gritó a uno de los braceros que trajinaba cerca.

—Debe de ser un barco, don Renzo —le contestó este.

Tras lo cual siguieron planificando la gestión del futuro rancho.

Una hora después el padre Amador y Benito irrumpían en el despacho.

—¡Han bombardeado la casa del gobernador! ¡Han derrocado a Gutiérrez!

Al alcanzar a caballo el pueblo, divisaron que en la casa de aduanas, donde hasta entonces había ondeado la bandera de la República Mexicana, ahora lo hacía una nueva. Un trapo blanco con una estrella grande en el centro.

—¿Qué crees que significa eso?

—Pronto lo vamos a saber, chiquita.

Las puertas del presidio estaban abiertas de par en par. El patio de armas era un ir y venir de soldados. A lo lejos, la rendición del bando del gobernador tiznaba el aire de negro. Parte de la fachada de la casa de gobernación estaba derrumbada, y varios hombres se afanaban en apagar el fuego que la detonación había provocado.

Selva y Renzo se habían adelantado a galope tendido. El padre Amador, Guillermo Arnel y Benito, que viajaban en la carreta, habían quedado atrás en el camino.

Vio a Raimunda y corrió hasta ella.

—¿Qué ha pasado?

Su amiga le dio un abrazo.

—¡Somos una nueva República! Nos hemos independizado de México. —Sonreía. A su alrededor todo era alboroto, gritos de mando y también de júbilo.

—Mi rancho —musitó Selva mientras miraba en derredor. Su mirada se cruzó con la de Renzo.

—No te preocupes, amiga. Juan Bautista es el nuevo gobernador; tendrás tu rancho. Ahora debo irme, he dejado a los niños solos en casa —dijo, y echó a andar después de apretarle las manos en un gesto que pretendía inspirarle confianza.

Selva localizó entonces a Juan Lorenzo, que cruzaba el patio de armas acompañando al gobernador Gutiérrez con una escolta de soldados.

Corrió hasta él llamándolo.

—¿Usted sabía lo que iba a ocurrir? —le espetó sin más al llegar junto a él.

—Sigam no más —les ordenó a los soldados. Nicolás Gutiérrez le dedicó una lánguida mirada antes de alejarse en dirección al cuartel con la cabeza

gacha y profundas ojeras de desolación.

—¿A dónde llevan al gobernador?

—Ha sido depuesto. Está bajo arresto.

—Iba a firmar la concesión de mi rancho.

—No habría tenido validez.

—La habría tenido si usted hubiera defendido su gobierno. ¿Por qué les ha dado su apoyo?

—Los caballeros más poderosos de Alta California están detrás de la revuelta. Además, han conseguido aunar a los colonos yanquis, que cada vez son más numerosos. El conflicto solo se habría alargado y habría terminado de igual manera, pero con mis hombres muertos, sus mujeres viudas y sus hijos, huérfanos. Además...

—Además, ¿qué?

—Además, me dijo que hiciera lo que tuviera que hacer. No se preocupe, tendrá el rancho. Esa fue la condición que le puse a Alvarado por mi apoyo; el precio, mi honor como capitán y mi lealtad a mi nación. Que tenga buen día. —Y se marchó a grandes trancos sin mirar atrás.

Sintió la mano de Renzo en torno a su brazo.

—Volvamos a la misión. No es seguro estar aquí, aún podría estallar alguna escaramuza.

Los días se sucedieron en un torbellino de nervios. Todos esperaban con ansiedad las noticias que, cada día, Benito traía después de pasar por la taberna del puerto, donde se comentaba cómo se iba asentando la nueva administración de la joven República.

Todo parecía igual en la misión: cada uno se dedicaba a sus quehaceres, el ritmo era el mismo de siempre, rezos y trabajo, y, sin embargo, la incertidumbre volaba entre las ramas de los árboles y se colaba por cada rendija.

Selva y Renzo supervisaban el cruce entre los caballos guzmanes y las últimas yeguas apresadas. Habían demorado demasiado la crianza de caballos, empeñados ambos en la competencia. El capataz también había descuidado en parte sus responsabilidades y ahora se le acumulaba el trabajo.

La espera era tensa y la carcomía por dentro. Solo encontraba alivio cabalgando como loca a la caída de la tarde. Por las noches buscaba el calor de Renzo, su cuerpo duro y cansado pero siempre dispuesto para ella. El

vaquero la acunaba entre sus brazos, le susurraba consuelo entre beso y beso y le hacía el amor con suma ternura, deshaciendo con sus dedos cálidos la desazón que la martirizaba.

Era un hombre excepcional; el sacrificio que había hecho por ella le había llegado a lo más hondo de su ser. Cuán diferente era Renzo de su esposo sobre el papel: su generosidad, su entrega callada, siempre a su lado. Por ella había sido capaz de renunciar a sus propios sueños. Aunque aún no se había atrevido a confesarle que la amaba, Selva no tenía dudas; podía leer su amor en cada gesto suyo, en cómo la miraba con esos ojos negros. Pero sabía que no se lo diría. Ella era la mujer de otro, aunque ese otro nunca hubiera ejercido como tal y aunque en la intimidad del lecho revuelto los dos olvidaran que existía. Y si todo salía como ella esperaba, podrían vivir en ese lugar dedicándose a lo que los dos amaban sin preocuparse por su marido impuesto, que, esperaba, tendría la delicadeza de no aparecer más. Faltaba tan poco, tan poco.

Esa mañana había estado un rato en la cocina después del desayuno. Hacía días que no charlaba con Luzmita, y su sola presencia ejercía un efecto sedante en su ánimo. Verla preparar alimentos, cortar, pelar, amasar, revolver, unido a los olores deliciosos que iban desprendiendo las ollas, la hacía sentirse en paz.

Salió a la plaza, y le llamó la atención ver a varios hombres a caballo que hablaban con el padre Amador. La ancha espalda de uno de ellos le resultaba ligeramente familiar, pero por detrás no estaba segura de quién se trataba, y al resto no los conocía. El hombre agitó un papel en el aire delante del fraile. Este lo agarró y lo leyó con el gesto ceñudo, después se lo devolvió. En ese momento Guillermo Arnel llegaba a la plaza y se acercaba al trote al grupo de caballeros. Ella decidió aproximarse también; tal vez trajera noticias.

Los Avendaño la saludaron tocándose el sombrero.

—Buenas, doña Selva. Parece que seremos vecinos.

Otón Avendaño sonreía burlón y, dirigiéndose al fraile, añadió:

—Mañana, padrecito. —Sin mediar otra palabra, hizo un gesto con la cabeza y pusieron las monturas en movimiento. Su hermano Rufino se despidió de ella.

—Un gusto verla de nuevo, tía. —Y salió tras el resto.

—Dígame que no es cierto, don Guillermo —le suplicó el franciscano.

—¿A qué se refería Otón con que pronto seremos vecinos? No es lo que estoy pensando.

—Me temo que sí. Alvarado les ha concedido parte de las tierras secularizadas, para ser más exacto, las tierras al oriente, donde están situadas las rancherías. Y a usted, doña Selva... —dijo mientras abría un maletín de cuero que portaba y, muy despacio, demasiado despacio para los nervios de la muchacha, sacaba el documento de la concesión de su rancho—. Enhorabuena, ya es ranchera.

La joven tomó el certificado de concesión entre las manos temblorosas. La emoción se desbordó y se le escaparon las lágrimas, nublándole la vista. Se secó con la manga, para no mojar el papel, y leyó.

—¿Qué quiere decir esto? —Su pregunta sonó como un lamento.

—¿A qué se refiere? —Don Guillermo le cogió el documento y, leyéndolo de nuevo, suspiró—. Por un momento he pensado que se habían equivocado. Pero está todo bien.

—Pero... pero no puede estarlo. No está a mi nombre.

El administrador no entendía su contrariedad, pero por la mirada que le dedicó el padre Amador, este sí sabía a qué se refería.

Selva insistió:

—El documento está mal, debe estar mal. Está a nombre de Juan Lorenzo Ayamonte.

—Sí, claro, es su esposo. Así es —explicó escueto Arnel.

—Pero yo pensé...

—El capitán Ayamonte me ha asegurado esta mañana que usted tiene plena autoridad para gestionar el rancho a su antojo. Él seguirá sirviendo al ejército. Alégrese, mujer. Todo esto... —dijo abarcando el entorno con el brazo— es suyo ahora.

—De él, no mío —musitó queda, más para sí que para ellos.

—Ahora, si me disculpan, vuelvo a Monterrey —se despidió Arnel.

—Hija, yo también me voy. Tengo que hablar con ese... con ese... Que Dios me perdone por las ganas que tengo de faltar al quinto mandamiento. Me va a oír.

Los dos hombres se retiraron, el administrador en su caballo y el padre Amador a buscar la carreta.

Ella los vio alejarse. El pliego de papel que sostenía en la mano lánguida le pesaba, apenas tenía fuerzas para sostenerlo. Escuchó a lo lejos un relincho

de caballo y comenzó a caminar hacia allí. Un pie detrás de otro, un paso más. Sentía que iba a desmayarse. El llanto brotaba de sus ojos sin poder contenerlo, la angustia le atenazaba la garganta, no podía respirar de la congoja; mientras, la brisa tenue agitaba el documento produciendo un leve crujido.

Al llegar al picadero se abrazó a la valla de madera y dejó caer la cabeza hacia delante, permitiendo que el llanto se convirtiera en una marea de gritos de rabia.

Los vaqueros la miraron extrañados. Renzo se acercó a ella y le puso la mano sobre el hombro.

—Selva, ¿qué tienes?

Ella alzó la cabeza y lo miró con una profunda pena. Sin decir palabra, le entregó la sentencia del destino. El vaquero agarró el documento con desconfianza. El ceño fruncido, la mandíbula apretada. Cuando terminó de leer, se acercó un poco más y, a través del vallado, le dio un beso en la mejilla.

—¿Crees que podrías cubrirme? —Le abarcó la cara con las dos manos y le secó las lágrimas con los pulgares. Ella asintió despacio—. Así me gusta.

Saltó la valla ágilmente y, tomándola de la mano, la condujo hasta el portalón del picadero. Volvió a darle otro beso en la mejilla; poco importaba ya lo que sus hombres pensarán de él. Los acontecimientos habían rebasado su capacidad de contención. La empujó suavemente. Ella se giró hacia él.

—¿A dónde vas?

—A arreglar una cuenta pendiente. —Y sin más se subió a su caballo y se alejó al galope.

—Le repito, padrecito, que acá ya no rigen las leyes mexicanas.

—¿Cómo puede ser tan desalmado? —El fraile estaba rojo de la ira y aguantaba las ganas de meterle un derechazo y borrarle la mueca de suficiencia a Alvarado.

El gobernador, repanchigado hacia atrás en su silla, fumaba un puro y bebía ruidosamente de un vaso de latón.

—Mi gobierno ha emancipado a sus indios, les ha dado plena libertad, y le aseguro que muchos lo agradecerán.

—Los ha dejado desvalidos, sin nada a lo que puedan llamar suyo.

—Nunca han tenido nada. Hasta que llegaron los españoles, los salvajes

vagaban por la tierra sin preocuparse por posesiones, comían de lo que daba la naturaleza y así eran felices. ¿Por qué habrían de tener ahora lo que nunca quisieron en su estado natural?

—Porque ahora son cristianos, hombres civilizados...

—Y como hombres civilizados, tienen que vivir de su trabajo, como todos nosotros —lo interrumpió Juan Bautista.

—¿Y dónde van a vivir si los echan de sus casas?!

Alvarado se apiadó de la pena del franciscano. Se levantó, agarró otro vaso y le sirvió de la botella. Sin decir palabra, se la ofreció. El padre Amador tomó el vaso que le tendía y lo apuró de un trago. Carraspeó.

El gobernador se sentó esa vez sobre la mesa, cerca del fraile, y le habló conciliador:

—Mire, padrecito, la Iglesia ha contado con sesenta años para hacer de los nativos hombres y mujeres de bien. Es un tiempo más que suficiente; lo que no han conseguido hasta ahora no lo van a lograr así el sistema misional continuase cien años más. Ha llegado la hora.

—Dígame por qué.

—Porque los Avendaño han prestado un servicio necesario a la independencia de Alta California, y porque las tierras serán de más provecho en sus manos que en manos de sus neófitos. Es de todos conocida la naturaleza remolona del salvaje.

El fraile se dio por vencido; no conseguiría hacerlo cambiar de parecer. Sin despedirse, se giró y, a punto de salir, escuchó a Alvarado a su espalda:

—La bendición, padre.

El fraile alzó la mano y, con descuido, hizo rápidamente la señal de la cruz en el aire, tras lo cual salió del despacho del gobernador.

—No puede pasar, el capitán está ocupado.

Los gritos se escuchaban del otro lado de la puerta cerrada.

De una patada, Renzo abrió la puerta del despacho del capitán Ayamonte, que chocó con estrépito contra la pared. Su mirada encendida le dijo a Juan Lorenzo que ya se había enterado.

—Está bien, déjanos —le indicó al soldado—. Cierra.

—Sí, mi capitán. Estoy fuera si me necesita.

Juan Lorenzo bordeó la mesa y se acercó a Renzo. Lo vio venir, pero no se apartó. El capataz descargó el puño sin mediar palabra. El golpe propulsó

al capitán hacia atrás, y cayó sobre la mesa. El hombre lo miraba con ganas de matarlo. Lo supo refrenándose, los puños apretados a ambos lados del torso, los ojos furiosos.

Ayamonte se incorporó y se rascó la mandíbula.

—Pegas fuerte. Me alegro.

—¿Qué significa esto? —Le lanzó el documento a la cara. El papel planeó hasta el suelo. Juan Lorenzo se agachó a recogerlo.

—Es la concesión del rancho de Selva.

—Está a su nombre.

—No había otra forma de hacerlo.

—Miente. ¿No dijo que iba a repudiarla? ¿Cómo piensa hacerlo ahora? Dígame.

Juan Lorenzo bajó la mirada; le dolía la cara de desesperación del muchacho.

—No piensa repudiarla. —Y nada más decirlo, supo que era cierto—. La ha atado a usted para siempre.

—Esa no es mi intención.

Renzo no lo escuchaba. Sus peores pesadillas se estaban cumpliendo. Nunca quiso ilusionarse con un futuro junto a ella, solo quiso consolarla, compensarla por el sufrimiento injusto que ese hombre y su madre le estaban infligiendo. Pero Ayamonte le había dado esperanza, incluso le dio su bendición, maldita sea.

—¿Por qué me alentó? —preguntó mascando las palabras despacio.

El capitán permanecía en silencio, conmovido por la congoja del vaquero.

—¿Por qué, maldita sea, me alentó?! —Lo tomó por la chaquetilla del uniforme. No pudo evitar que se le saltaran las lágrimas de la rabia.

—Porque sé que puedes hacerla feliz.

—¿Cómo, maldita sea?! ¿Cómo voy a hacer eso si es su esposa?! — Los gritos hacían temblar las paredes de adobe.

—Ella te ama, cuando lo descubra...

—Nunca renunciará a las tierras por mí, ¿no se da cuenta? —Lo zarandeó con fuerza.

—Lo hará. Ella te ama, lo sé. Y en ese momento la repudiaré. Ella debe elegir.

—Me ha usado. Pero se acabó. No pienso seguir tapando sus fallas de hombre. Es su esposo, asuma su rol de una vez. Yo me iré.

Lo soltó y se encaminó hacia la puerta.

—Lucha por ella, Renzo. Vuestro amor...

—Ella no me ama, solo me necesita porque usted no ha sabido...

—¿Cómo voy a querer a la hija de la mujer a la que he amado siempre, a la que amo aún a pesar de que esté muerta?

—¿Por qué se casó con ella entonces?! —chilló volviendo sobre sus pasos.

—Ya te lo dije: no pude negarme. Renata me lo pidió; le debía ese último deseo. Selva nunca será mi esposa, no de verdad. Y espero que pronto deje de serlo para el resto del mundo.

—No le creo.

Ayamonte, aun a riesgo de ser golpeado de nuevo, le puso la mano sobre el hombro.

—Estáis hechos el uno para el otro, siempre lo estuvisteis.

Renzo le apartó la mano de malas formas.

—No, no más. Se acabó.

Los Avendaño tenían prisa por acabar. Desde sus monturas dirigían el desalojo de los neófitos de sus rancherías.

Habían llegado temprano a la otrora misión —ahora rancho Madreselva, como anunciaba el arco de madera al pie de la colina— acompañados del capitán Ayamonte y de parte de la caballería del presidio para informar al padre Amador del desalojo inmediato de los indios de sus tierras.

La bruma cubría los campos intentando tapar la ignominia de la injusticia de los hombres.

La mayoría de los neófitos no se había rebelado cuando llegaron a las covachas y el capitán Ayamonte leyó la orden de desahucio. El padre Amador había estado con ellos la noche anterior para prepararlos para ese revés del destino y para asegurarles que él no los abandonaba y que encontrarían refugio en el rancho de doña Selva.

Algunos, sin embargo, se habían enfrentado a los soldados y habían sido reducidos y maniatados para evitar más altercados.

Benito se había plantado frente a la montura del capitán y había escupido al suelo en señal de protesta. Juan Lorenzo lo conocía de muchos años y le dolió la afrenta, pero entendía su rabia, y a pesar de ella Benito había animado a su pueblo a seguir las indicaciones del padre Amador, dando muestras de su lealtad al fraile y de autoridad como alcalde de los neófitos.

Sacaban sus escasas pertenencias y las colocaban apiladas frente a sus humildes casas, hechas de barro y caña. Los muebles más pesados se iban cargando en la carreta de Benito.

Los braceros contratados por los Avendaño esperaban a que recogieran los enseres, cestas y demás utensilios rústicos para derrumbar con grandes y pesados martillos las covachas.

Las mujeres gemían al ver cómo se desmoronaban sus hogares, y los niños se agarraban a sus faldas, temerosos, y lloraban acompañando a sus madres en el pesar.

El padre Amador consolaba a los desdichados, aunque el hombre apenas podía con su propia congoja.

Al terminar, cargaron con sus pertenencias y se pusieron en camino. El

franciscano lideraba la marcha recitando oraciones que amortiguaban los lamentos de las mujeres. Los neófitos rezaban a su espalda con desgarró. Cerraban la marcha el capitán Ayamonte y sus soldados.

Atrás dejaron las ruinas de lo que fueron sus hogares y las tierras de sus ancestros. Sin pelear, les entregaban su pasado a los nuevos dueños.

Selva había permanecido ayudando a Luzmita en la cocina. Pronto llegarían las familias que vivían en las rancherías y se sumarían a los trabajadores que diariamente alimentaba el rancho.

Había presenciado a escondidas la llegada de Ayamonte y sus sobrinos esa mañana. Aún no podía enfrentarlo; todo había acabado y no tenía nada que decirle. Se había vuelto a burlar de ella y de sus vanas esperanzas. ¿Estaría contenta su madre? No había vuelto a visitarla su espectro, ni de día ni de noche. No desde aquella vez en el río, desde el día en que se había entregado a Renzo por primera vez. ¿Descansaría al fin su alma sabiendo que su hija había hecho todo lo posible por cumplir su voluntad, aunque hubiese fracasado? Nada podía hacer ya por ella y por su alma. ¿Cómo iba a ser su vida a partir de entonces? ¿De verdad iba a convertirse en ranchera? Estaba tan confundida... La desilusión la mantenía paralizada, no sabía qué hacer.

El rumor de los rezos les llegó casi al mismo tiempo que el aviso de Miguelito, que asomó la cabeza por la puerta trasera de la cocina.

—Doña Selva, ya vienen.

Luzmita se secó las manos en el delantal y ambas salieron a un tiempo.

Los vieron llegar desde el pórtico encaramado en la colina. Era un penosa procesión que avanzaba lenta, casi sin fuerzas. A ellos se acercaban los braceros en los campos y también los vaqueros, a ayudarlos con la tristeza y los enseres que cargaban.

Selva localizó a Renzo y vio cómo este se alejaba en dirección contraria. Supo por qué. Ayamonte llegaba detrás, custodiando la retaguardia. Ella también quiso irse, volver a la casa, refugiarse en su cuarto, pero Luzmita la aferró por el brazo con fuerza, clavándole los torcidos dedos.

—No, *m'hija*, esa pobre gente ahora depende de su caridad.

—Es el rancho de Ayamonte, no es mío.

—Él hará lo que usted decida.

—¿Cómo está tan segura?

—Lo conozco bien. —Y sin decir más, se ancló a su brazo y la empujó,

con suavidad pero con firmeza, hacia la ladera.

Y tal y como le dijo la criada maya, cuando Selva encaró a Ayamonte y le preguntó si daba permiso para que esa gente fuera acogida en el rancho, él, irónicamente, se plegó a su decisión como si no fuese el dueño de las tierras.

—Señora, disponga lo que estime oportuno.

Esa noche en el comedor, y a pesar de ser más comensales que en veladas anteriores, reinaban el silencio y la tristeza. El padre Amador no había querido cenar y se había refugiado en su alcoba tras organizar a los recién llegados. Las mujeres y los niños habían sido distribuidos en los distintos dormitorios: en el de solteras y en los cuartos de invitados de la casa grande; los hombres dormirían dentro de la iglesia, unos, y otros en jergones sobre el suelo en el dormitorio de los vaqueros. Renzo había cedido su casita a una familia con cinco hijos.

Selva comía en silencio y suspiraba con pesadumbre cada vez que echaba la mirada a su lado, al asiento vacío del capataz.

Ayamonte seguía por allí, su caballo lo atestiguaba, pero por lo menos le había ahorrado su presencia durante la cena.

El capitán se había refugiado en la cocina y esperaba a que Luzmita terminara de servir la cena. La veía ir y venir y no le gustaba su mirada. Además, no había pronunciado ni una sola palabra y lo ignoraba deliberadamente.

Él aguardaba con paciencia; tenía toda la noche por delante, no se iría sin hablar con ella. La conocía demasiado bien y sabía que se callaba su censura, pero estaba muy enojada con él. Quería que se lo dijera a la cara y liberarla así del peso del silencio.

Las muchachas entraron con los platos sucios y las fuentes vacías. Luzmita, detrás.

—Viejita —la llamó con cariño.

La criada levantó la mano y lo frenó antes de que continuara hablando.

—Muchachas, vayan a descansar, ya termino yo.

Las jóvenes obedecieron, dieron las buenas noches y salieron de la cocina.

Lo acobardó el gesto huraño de Luzmita. Hacía tiempo que no la veía tan enfadada. ¿Lo culparía ella también de que el rancho estuviera a su nombre? ¿Cómo explicarles las burlas que tuvo que aguantar de Alvarado cuando le sugirió ponerlo a nombre de Selva?

«Pues mire no más. ¿Dónde se ha visto, capitán, que las esposas sean propietarias estando los maridos vivitos y coleando? ¿Y cómo me pide semejante sandez? Esa mujer lo trae con la rienda bien sujeta, Ayamonte, y eso que la visita poco, que, si no, me lo tendría comiendo pasto».

La mujer alzó la vista y la clavó en el capitán. Este hizo amago de comenzar a hablar, pero volvió ella a frenar su intención. Esparció harina sobre la gran mesa de castaño, tomó una masa que había dentro de una fuente de barro, y que había dejado preparada, y la colocó sobre la superficie. Con ágiles dedos la estrujó, la golpeó, la troceó, y Ayamonte pudo sentir que era a él a quien deseaba dar ese trato. Cuando las arrugas de su cara volvieron a relajarse, cogió la masa mutilada y la arrojó a la basura, y con ella su rabia. Sin decir palabra, se sirvió un vaso de atole y se lo bebió de un trago. Acercó una banqueta y se sentó frente al capitán.

—Habla.

—Madre.

—No me llames así.

—Madre —repitió, y alargó el brazo para agarrarle la mano, pero ella se apartó de su contacto.

—Me avergüenza serlo, así que no me lo llames más. Has perdido ese derecho, junto a mi respeto.

Al soldado le dolió en el alma el desprecio de Luzmita.

—¿Es por el rancho? —preguntó quedo.

—Es por todas las malas decisiones que has tomado en la vida y que nos han traído al momento presente. Pero las últimas son dignas del hijo de tu padre. Engañar a Renata en su lecho de muerte, casarte con su hija y arruinarle a esa muchacha la vida y la juventud, y de paso al chico, con lo que él te apreciaba, hasta te admiraba; le has roto el corazón.

—Sabe por qué lo he hecho. Tengo razón, verá que tengo razón, confíe en mí.

Pero Luzmita no lo escuchaba o lo ignoró a propósito.

—Y ahora dejar a toda esa gente sin sus tierras, sin sus hogares.

Juan Lorenzo podía aguantar las recriminaciones sobre Renata y Selva, también sobre Renzo; tenía razón, aunque se había visto obligado a ello, y, sí, las cosas se estaban demorando más de lo esperado, pero él tenía razón. Ahora bien, no pensaba cargar con las culpas de los demás, ya tenía bastante con las propias. La secularización de la misión no era culpa suya, como tampoco lo era el desalojo de los neófitos.

—Esas tierras no les pertenecen, nunca fueron dueños de nada.

—Son las tierras de sus ancestros.

—Y eso no las hace más tuyas que nuestras.

—Bonita cosa. Has convertido esa tierra fértil en nido de alacranes.

—Mis sobrinos son dos muchachos arruinados por la violencia de su padre, se merecen un nuevo comienzo. También me lo merecía yo, pero no pudo ser. Y yo no les he otorgado la concesión, ha sido Alvarado.

Lo intentó de nuevo. Dulcificó el gesto y alargó el brazo una vez más, ofreciéndole la mano a su madre. Pero ella se mantuvo firme.

—Te he apoyado en todo, Juan Lorenzo. Nunca te he recriminado tus cobardías. Dejé todo atrás para ocuparme de lo que me pediste, pero estás yendo demasiado lejos. Temo que algo terrible pase. La situación no da mucho más. Vas a tener que hablar, enfrentarlos a ambos y contarles tus verdaderas razones antes de que sea demasiado tarde. He visto cómo te mira; en sus ojos hay odio y desesperación. Evita una desgracia, *m'hijo*, antes de que no haya remedio y le arruines al muchacho la vida para siempre.

—Confíe en mí, saldrá bien. Dentro de poco, muy poco.

Se levantó y, tras echarle una última mirada, se fue.

—La vieja ha empezado a derramar el cántaro —musitó Luzmita, y se apoyó con fuerza en el borde de la mesa contrayendo el rostro y apretando los ojos, como si un súbito dolor la estuviese lacerando.

La desgracia estaba próxima, podía sentirla.

El padre Amador había pasado la noche en vela y ayuno pidiendo claridad y sabiduría para afrontar la nueva etapa de su vida. A pesar de la debilidad de cuerpo y espíritu con la que enfrentaba las caras iracundas de sus neófitos, el afecto por ellos era genuino y le daba ánimo; también tener a Selva y a Renzo a su lado. Guillermo Arnel había sido contratado para llevar los libros contables del rancho hasta que la joven pudiera hacerse sola con la gestión, y también estaba allí para hacer firmar a los trabajadores las nuevas condiciones de su prestación en el rancho.

Las campanas habían convocado a todos los trabajadores en la plaza, y el franciscano, subido a un taburete para que todos pudieran verlo, les hablaba:

—Hijos míos, el Señor Nuestro Dios nos está haciendo pasar por una dura prueba, pero no nos abandona.

Se escucharon murmullos.

—Doña Selva ha autorizado a que construyan nuevas rancherías dentro de las lindes de Madreselva.

Se incrementaron los murmullos, de forma que la voz del fraile dejó de oírse. Sin embargo, la pregunta de Benito se escuchó nítida por encima de las murmuraciones de su pueblo.

—¿Y cuánto nos va a costar la compasión de Doña Selva? —Se hizo el silencio.

El padre Amador miró a la joven, quien asintió.

—De momento, nada.

—¿De momento?

—Sí, de momento. Hasta que construyan sus hogares de nuevo y todo vuelva a la normalidad.

—¿Y después?

—Después pagarán arrendamiento, y si lo desean, doña Selva acepta también venderles las tierras.

—¡Vendernos nuestras propias tierras! —exclamó, y fue secundado por decenas de voces.

Esa vez fue Selva quien habló:

—Los primeros tiempos serán duros; debemos aumentar la productividad del rancho. La misión ha subsistido gracias a los años de bonanza, pero no queda margen. Su riqueza ha ido mermando en los últimos tiempos, y si seguimos como hasta ahora, se hundirá. De todos depende que progrese. Y si lo hace, les cederé gratuitamente las tierras.

—¿De qué vale ya la palabra de un blanco? No se ofenda, doña, pero el rancho es del capitán Ayamonte, del mismo que nos ha expulsado de nuestras tierras. Nada vale su palabra de mujer blanca. ¿Quién nos asegura que no hará lo mismo mañana?

—Entiendo que estés decepcionado, Benito, pero hay esperanza. Trabajen para doña Selva —los alentó el fraile.

—Ahora somos libres, ¿no, padre?

—Sí, hijo.

—Libres para irnos a donde queramos.

—Así es.

—Pues yo digo que ha llegado la hora de que trabajemos para nosotros mismos y no para agrandar el bolsillo del blanco —sentenció Benito.

El fraile no reconocía a ese hombre que lo desafiaba con tanta fiereza.

Era Benito, su amigo, su hermano. Su mano derecha. Siempre fiel, sumiso, nunca una queja, siempre apaciguando los ánimos; el más devoto, su mejor obra.

—No hay nada que os lo impida. Andad si eso es lo que queréis. Y que Dios os acompañe.

—Su Dios es un ser injusto. —Escupió al suelo—. Reniego de Él.

En esa ocasión fue Renzo quien intervino:

—¡Benito! —Su voz sonó como trueno; era una advertencia.

El hombre lo retó con la mirada, pero no habló.

—Los que quieran quedarse que firmen con el señor Arnel; los que quieran irse que lo hagan ahora —los apuró el capataz—. Se acabó la asamblea.

Ayudó a bajar al padre Amador del taburete.

—Selva, acompáñalo a la casa.

—Prefiero rezar. —Y con cansados pasos, entró a la iglesia en busca de consuelo. La joven entró tras él.

Terminaban sesenta y siete años de misión, y para él, treinta años de entrega a esas gentes. Nada volvería a ser como antes.

Las siguientes semanas fueron de duro trabajo.

Más de la mitad de los neófitos se habían marchado con Benito, solo Dios sabía a dónde. Quedaron las familias con hijos pequeños, demasiado temerosas de aventurarse lejos de la tierra que los vio nacer y del único hombre blanco bueno que conocían. Micaela y Luisiño también se fueron, a pesar de que ella estaba embarazada. Nunca habían llegado a perdonar al padre Amador por haber enviado a los soldados a buscarlos. La pequeña Simona lloró al despedirse de su hermana, pero Micaela no la pudo convencer de dejar la seguridad del rancho. Se aferraba con fuerza a la mano de Selva y movía la cabeza en señal de negación. No, ella no se iba. Le daban miedo los indios.

Salvo alguna excepción, los vaqueros de Renzo permanecieron junto a su capataz, al que respetaban y temían a partes iguales, pero quien los trataba con respeto y camaradería. Eran uno solo, y hacían lo que les gustaba hacer. Para entonces habían aprendido a apreciar la extraña cualidad de doña Selva con los caballos; sentían que debajo de esa piel de nácar y de esos ojos verdes como los brotes de primavera, fluía sangre nativa, de otra tierra de caballos, pero nativa al fin.

Al duro trabajo se sumó además la preocupación por el fraile, sustento espiritual de tanto esfuerzo. La debilidad del padre Amador fue en aumento: se castigaba con largas horas de oración y ayuno constante, y finalmente cayó enfermo de fiebres; tenía el corazón quebrado y pensaron que no se recuperaría. Pero Dios no tenía pensado llamarlo a su seno tan pronto y, tras una semana postrado en cama, los cuidados del médico, los hierbajos de Luzmita y los rezos de toda la comunidad consiguieron que se fuera recuperando paulatinamente. Nunca volvió la alegría de antaño, pero su fe los seguiría alentando hasta el final.

Ellos se ajustaron al ritmo agotador del trabajo diario y a su nuevo papel, asignado por el traidor destino, patrona y capataz.

Renzo se había prometido marcharse en cuanto el rancho funcionara con normalidad. Al efecto había mandado a varios vaqueros a visitar los pueblos y rancherías cercanas ofreciendo trabajo. Y progresivamente fueron llegando

hombres para reemplazar a los que se habían marchado.

Él, poco a poco, se alejaba de Selva. Se había impuesto la distancia, pues ya no tenía ningún sentido seguir a su lado; ella nunca sería suya, no renunciaría a las tierras, y Juan Lorenzo no la repudiaría sabiendo que el rancho Madreselva era lo único con lo que podía contar, aunque legalmente no fuese suyo. No lo creía capaz de arrebatarse eso también, después de haberla arrastrado hasta allí con falsas promesas.

Al principio le costó no rozarla, no acercarse a aspirar su aroma, no perderse en sus ojos, que pronunciaban silenciosos su nombre. Pero las veces en que sucumbía al deseo y la hacía suya sentía un dolor físico en el pecho que tardaba días en disiparse. Su corazón sangraba por la herida; cuanto más tenía de ella, menos suya la sentía, más sufría por amarla y no poder tenerla como un hombre estaba llamado a tener a su mujer. Tenía que alejarse o terminaría por cometer una locura, le pegaría un tiro a Ayamonte para acabar de una vez por todas con su agonía. Se temía, y temía la vehemencia con la que amaba a esa muchacha.

Las nuevas responsabilidades de ambos, el cansancio de las largas jornadas y las preocupaciones de ella sobre la marcha del rancho hicieron que espaciara las visitas nocturnas a su casita. Él no volvió a citarla a escondidas, y cuando ella le insinuaba que iría a buscarlo, se escabullía silencioso y permanecía escondido hasta el alba.

Parecía que Selva había entendido el mensaje, porque llevaba más de una semana comportándose como una verdadera patrona: fría, distante y autoritaria. Había llegado la hora de marcharse.

Selva se sentía tan sola. Como nunca antes. Ni siquiera se había sentido así en los largos meses de viaje desde Córdoba hasta California, donde su única compañía habían sido un hermano alcoholizado y un marido esquivo. Entonces su espíritu no estaba quebrado. Apenado por dejar su hogar, sí; triste por la muerte segura de su madre, también, pero no quebrado como ahora. Le costaba levantarse por las mañanas. Sentía un peso en el corazón imposible de sobrellevar, y conocía la razón. Renzo.

Amaba a Renzo y él la huía. Ahora que se escapaba de ella y la trataba con distancia, ahora que finalmente había descubierto cuánto lo amaba, no podía decírselo. Ahora que no tenía nada que perder porque ya lo había perdido todo, no podía contar con refugiarse entre sus brazos para encontrar

sentido a tanto esfuerzo en vano. Ahora no podía entregarle el alma junto con el cuerpo.

Con cada día que pasaba sentía cómo se alejaba de ella; al principio pensó que sería el trajín agotador de la jornada, pero ahora estaba segura de que era algo más, algo profundo. La desilusión estaba tallada en sus facciones, más duras, más inamovibles. No conseguía vencer su resistencia como antes. Y su corrección la exasperaba; le daban ganas de abofetearlo.

Abofetearlo y besarlo, las dos cosas a la vez.

¿Por qué le hacía eso? ¿Qué le había hecho ella para que la tratara así? Nada había cambiado en realidad: ella seguía casada con un hombre que no la quería, sin nada a lo que pudiera llamar suyo. La concesión del rancho no había alterado su situación. La del padre Amador, sí; la de los neófitos, sí, pero la suya no tanto. Había asumido más responsabilidades, pero no poseía nada, igual que antes.

Y sin embargo, antes Renzo la recibía cada noche y la arrullaba con su respiración, se entregaban el uno al otro con hambriento deseo, y con ternura también.

Su situación de mujer casada no había supuesto impedimento, pues aunque él se había resistido, sus defensas eran débiles, muy débiles, y una mirada ardiente, un beso o una caricia de sus dedos conseguían derribar cualquier barrera. Eso al principio, porque después él la buscaba, la citaba a escondidas, le susurraba magia a la luz de las estrellas. Era su Itzmaná, y ella se había convertido en su Ixchel. ¿Terminarían como los dos amantes eternos, viviendo en la otra vida lo que no habían podido tener en esta por la crueldad del destino?

Daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Necesitaba verlo. Se vistió de prisa, con desesperación. Se calzó las botas y salió, con sigilo pero con prisa, de su alcoba. Atravesó la galería a media carrera y salió a la plaza. No pensaba ocultarse más. Era la patrona; pues bien, a partir de ese momento iba a hacer lo que le viniera en gana, se rebeló. ¿No tenía Alvarado una amante a la vista del mundo? Pues ella también lo tenía y no pensaba renunciar a él. Nunca.

Entendió a Raimunda, y se alegró de contar con su amistad; ahora serían dos las mujeres que escandalizarían a la sociedad californiana.

Corrió ladera abajo sintiéndose más ligera que las brumas que la hacían flotar sobre la hierba húmeda.

Cuando llegó a la casita de Renzo, dudó un momento. ¿Entraría por la

ventana, como antaño? La Selva de antes lo hubiera hecho sin pensar en las consecuencias; la Selva de ahora dudaba de que el hombre al que amaba quisiera verla. Decidió llamar a la puerta. No estaba segura de si se encontraba en casa o en el dormitorio de los vaqueros compartiendo unos tragos.

Los escalones del pequeño porche crujió bajo sus pies. Primero tocó con los nudillos, suavemente, pero pasaban los segundos y nadie acudía. La apremió la angustia y empezó a aporrear la puerta.

Renzo abrió de golpe.

—¿Qué carajo pasa?! —Su expresión soñolienta e iracunda se congeló al ver a Selva.

La mujer paseó la mirada por el torso desnudo del vaquero. Solo llevaba unos pantalones ligeros de algodón crudo que, desanudados, caían a la altura de la pelvis.

Ella avanzó hacia él prendida en deseo. Elevó las manos con suma lentitud y las posó en su pecho. Cerró un instante los ojos y acarició con las yemas de los dedos el vello masculino que tan bien conocía. Suspiró. La piel de Renzo se erizó a su contacto. Selva abrió los ojos y le sonrió, segura de nuevo de su poder sobre él.

Sin embargo, él dio un paso atrás, liberándose de su contacto al tiempo que marcaba la distancia.

—Patrona, ¿a qué debo la visita?

Los ojos de la muchacha relampaguearon de furia. Su mano volvió a elevarse, esta vez veloz, y le abofeteó el rostro con fuerza.

Renzo se rascó la cachetada.

—Podría haber esperado a la mañana.

Selva no pudo aguantar más la rabia y, con un grito de guerrera, se lanzó sobre él a golpearlo con los puños mientras no dejaba de chillar histérica y las lágrimas le bañaban el rostro. El capataz la apresó por los brazos, la levantó del suelo al tiempo que ella forcejeaba intentando morderlo. La arrastró como pudo hasta el lecho y se sentó con ella encima. Selva lloraba y gemía y se revolvía herida en lo más hondo de su ser.

—Shhh, shhh.

Sintió cómo Renzo hundía la cara en su melena suelta y aspiraba su olor. Ese gesto tan suyo la tranquilizó. La tenía rodeada con sus brazos, aprisionando los de ella para que no pudiera pegarle. Aunque no podía verle la cara, al estar sentada de espaldas sobre sus rodillas, inmovilizada, sentía

cómo el cuerpo de él se alteraba con su proximidad. Su aliento se volvió agitado; lo sentía en la nuca, le produjo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Y bajo sus piernas, el deseo de Renzo empezó a crecer.

—Lo siento, chiquita —musitó contra su pelo, y creyó percibir un tierno beso.

Ella no se volvió a mirarlo aún.

—¿Por qué me haces esto? —susurró.

El vaquero no contestó. Abatido, bajó los brazos, lánguidos.

Selva se giró y le rodeó el cuello. Se inclinó sobre él y lloró queda.

—No me dejes —suplicó, y comenzó a darle pequeños besos en el hombro. Renzo seguía sin moverse, y a ella la ganó la desesperación. Aún sentada en su regazo, le agarró el rostro con las manos y lo miró fijamente a los ojos. Estaba llorando, se sorprendió.

¿Era posible que a él le doliera esa distancia tanto como a ella?

Le borró las lágrimas con los labios. Le lamió despacio la comisura de la boca con sabor a sal y empezó a besarlo, primero suavemente y poco a poco con más premura, desesperada por obtener respuesta, por recuperarlo.

El hombre le rodeó la cintura con los brazos y la apretó fuerte, muy fuerte, como si quisiera metérsela dentro del cuerpo, y escondió la cara en el abrazo de ella. Permanecieron sin moverse unos instantes, deleitándose en el olor y la calidez añorada. Sus respiraciones se agitaron, sus corazones se desbocaron y, al unísono, se buscaron la boca para decirse sin palabras lo importantes que eran el uno para el otro.

Renzo la volcó sobre la cama y empezó a desabotonarle el vestido con impaciencia. Ella le acariciaba el torso, lo besaba con ardor y lo invitaba con gemidos a que no se detuviese. Él le bajó las mangas del vestido hasta medio brazo y, hambriento, buscó sus pechos para saciarse la angustia de tantos días. Los lamió despacio suspirando de añoranza, los saboreó, los estrujó y mordisqueó las cimas endurecidas. Selva se revolvía de placer mientras sus dedos se aferraban al cabello oscuro de Renzo.

El hombre le quitó el vestido a tirones. La ayudó a sacarse la camisola por la cabeza; él se deshizo de los pantalones de una patada y se tendió sobre ella. Los dos desnudos, se acariciaron. Selva enlazó las piernas a su cintura y Renzo la penetró con ansia. Los dos gritaron al unir sus cuerpos. El estallido no se hizo esperar, tan sedientos como estaban.

Justo antes de quedarse dormida sobre su pecho, se dio cuenta de que no le había dicho cuánto lo amaba. «Mañana», se dijo, y se abandonó a la dicha

y a la certeza de que él era lo que su corazón anhelaba, lo único que necesitaba para ser feliz.

Otón y Rufino Avendaño estaban orgullosos de la rapidez con la que habían levantado su nuevo hogar. Era una construcción sin elegancia, de adobe, con una larga balaustrada de madera que rodeaba toda la segunda planta, pero lo suficientemente amplia para que los braceros la llamaran «la casa grande» y a ellos, «patrones».

La vida de rancheros les sentaba bien.

Las penurias y estrecheces que habían tenido que aguantar en su etapa de soldados habían quedado atrás. No habían tenido más remedio que aceptar las condiciones impuestas por su tío para que los acogiera después de haber salido huyendo de México tras el asesinato de su padre. Y habían cumplido con creces. Ahora volvían a ocupar el lugar que a su clase, criollos de sangre limpia, correspondía.

La venta de las joyas de su madre les estaba permitiendo asumir los gastos de los primeros meses hasta que las tierras empezaran a dar réditos. Además, con el dinero habían comprado cien cabezas de ganado y algunos caballos.

Su tío se había hecho de rogar para hacerles la primera visita. Decía estar ocupado con su nuevo cargo; Alvarado no solo le había compensado su apoyo con la concesión del rancho, sino que también le había asignado nuevas responsabilidades.

—Pase por aquí, tío.

Le enseñaban la casa, cuyo interior era simétrico, ya que en un extremo viviría Otón cuando desposara a Angelita y en el otro, Rufino y la familia que formara en el futuro, pues, aunque aún no había elegido dama, empezaba a ser tentado por algunas familias con hijas en edad casadera. Los Avendaño no se separaban. La unión hacía la fuerza.

—Bien, muchachos, los veo instalados. Me alegra.

—Tío, quisiera su permiso para fijar fecha de boda con doña Ángela. Creo que ha esperado suficiente.

—No veo por qué no. Iré a hablar con su padre, esta tarde si tienes apuro.

—Un hombre siempre tiene apuro, ¿no, tío? —afirmó sin pensar, pero la cara tensa de Juan Lorenzo le indicó que había errado el tiro, y eso que no lo

había dicho en tono burlón como siempre hacía.

Salieron por la puerta principal al porche delantero, igual de rústico y sencillo que el resto de la casa.

Acompañaron a su tío hasta el caballo y se dieron un apretón de manos de despedida.

Ayamonte subió a su montura y, justo cuando iba a arrancar a su caballo, se escuchó una detonación que hizo que sus sobrinos se lanzaran al suelo a cubrirse. Juan Lorenzo cayó hacia atrás y se golpeó con la tierra batida. El hombro le abrasaba. Alcanzó a escuchar a Otón antes de perder el conocimiento:

—¡Maldición, nos atacan!

Renzo no podía dormir; tampoco hallaba el valor para separarse de ella. Pero el dolor que sentía en el corazón y las ganas de matar a Ayamonte eran tan intensas después de haber hecho el amor con Selva que sabía que debía irse. Era la última oportunidad antes de sucumbir al odio. Tenía que marcharse esa misma noche.

Selva descansaba sobre su pecho, ajena a los oscuros pensamientos de Renzo. Su cálida respiración le acariciaba el torso, el calor de su cuerpo le embargaba el alma y su aroma le extasiaba los sentidos. Y el amor que albergaba por ella le abrasaba la vida.

Pasó horas sintiendo por todos los poros de la piel. Cuando empezó a clarear, supo que no podía demorarlo más. Se deslizó suavemente de debajo de ella. Selva se giró hacia un lado y se acurrucó con las piernas flexionadas. Se pegó a su espalda un instante, temeroso de que se hubiese despertado. Agarró la cobija, la colocó detrás de ella para engañar su ausencia y se distanció despacio.

Se vistió sin dejar de contemplar el cuerpo desnudo de Selva. Su cabello largo y dorado caía sobre ella cubriéndola parcialmente.

En una bolsa de tela metió un cambio de ropa y la caja con los únicos recuerdos de su origen.

La miró una vez más. Se le desgarraba el corazón de pensar que no volvería a verla. Y aunque sabía que no era prudente, no pudo resistir la tentación y se acercó a ella de nuevo. Se arrodilló en el suelo y depositó un tierno beso en la naricilla pecosa y en los labios entreabiertos. Se quedó un instante sobre ellos, aspiró su aliento por última vez y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, se separó de ella. Salió rápido sin mirar atrás con la desolación quemándole los ojos. Dejaba tras de sí a la mujer a la que amaba y a la que no podía tener.

El frescor del alba le despejó el ánimo. Se secó con rabia el llanto, se echó la bolsa al hombro y, a grandes trancos, avanzó hacia los establos. Sacó su caballo de la cuadra. El animal, intuyendo el ánimo de su amo, lo empujó con la cabeza y le buscó la mano. Renzo lo acarició entre las orejas y se abrazó a él para consolar su amarga soledad. Le colocó el cabezal, lo ensilló

y, tirando de las bridas, lo sacó del establo.

Atravesó al paso los prados en descanso. Miró a su alrededor para memorizar cada detalle. Echaría de menos la belleza del amanecer sobre la llanura. No sabía a dónde iría, pero tenía que ser lo más lejos posible de allá. Cuando se hubo alejado lo suficiente, asegurándose de que nadie escucharía los cascos de su caballo, montó, echó un último vistazo en dirección a la casita, giró grupas y después, apretando con brío los flancos del zaino, se alejó al galope en busca del olvido.

Los neófitos de la otrora misión del padre Amador, liderados por Benito, su alcalde, habían viajado hacia el sur en busca de algún lugar seguro donde asentarse. Tras fatigosas jornadas a pie, se habían detenido en un área que parecía contar con lo necesario para reconstruir sus hogares. Así pues, habían vuelto a levantar sus rancherías cerca de un arroyo, y aunque en aquellas tierras la vegetación no era tan frondosa como en el norte, habían elegido la zona porque estaba cerca de un pueblo y de varios ranchos en los que podían pedir trabajo.

El hombre odiaba lo que su gente tenía que hacer para sobrevivir. Sus ancestros habían gozado a sus anchas de la tierra donde abundaba la caza, la pesca, y la naturaleza les daba todo lo que necesitaban. Cada tribu estaba instalada en una zona y rara vez había habido guerras entre ellas, pues tierra rica donde vivir había de sobra. No como ahora. A lo largo del camino, varias habían sido las ocasiones en las que hombres armados los habían avisado de estar en propiedad privada y habían asustado a mujeres y a niños disparando al aire, o los habían escoltado hasta los límites de las tierras del hombre blanco.

Se preguntaba si había sido buena idea abandonar el rancho de doña Selva, pues mal que mal, el fraile era un hombre bueno, débil y sin capacidad para defenderlos, pero bueno al fin, y les tenía afecto, de eso no cabían dudas. Pero les había creado falsas esperanzas y no podían volver a confiar en él. Y la mujer hechicera tampoco era de fiar, y encima era la esposa del capitán Ayamonte, el causante del desalojo y destrucción de sus rancherías.

El trabajo escaseaba, y eran muchos a los que alimentar. Iban a las iglesias a mendigar, pero los frailes ya no contaban con las tierras misionales como antes, por lo que poco podían obtener del padrecito de turno. También habían robado, al resguardo de la noche, hortalizas de los huertos y gallinas

de los corrales. Las mujeres y los niños salían cada día a buscar semillas y raíces, pero sus estómagos no estaban acostumbrados a los hábitos alimentarios de sus ancestros y les generaba indigestión; alguno había sufrido fiebres por causa de algún hierbajo mal seleccionado. Los hombres salían a cazar, sin embargo, no siempre había suerte o no cazaban lo suficiente para todos.

Cuanto más penurias pasaban, más se afianzaba en ellos el deseo de venganza. Tras semanas en aquella tierra extraña, un día uno de los *ohlones* más jóvenes, frustrado por que se le hubiera escapado un venado, verbalizó la rabia que le daba pasar hambre cuando otros se quedaban con sus tierras. La ira fue extendiéndose como la gangrena en sus corazones, acostumbrados a obedecer, hasta que se convirtió en un plan de ataque y se fijó fecha de partida.

Era medianoche, y en el campamento todos dormían, cuando una veintena de hombres se escabulleron de sus casas de barro y paja, pues no querían que sus mujeres supieran a dónde iban por miedo a que, de no salir bien, hubiera represalias contra ellas. Entre ellos estaba Luisiño, quien tenía especial interés en hacerles pagar la afrenta porque Micaela había perdido al bebé que esperaban por la dureza del camino. A Benito no le dijeron nada por miedo a que no les diera su consentimiento.

Se llevaron todas las mulas, puesto que los destinatarios de su venganza se hallaban a varios días de camino; tomaron las armas que se habían llevado a escondidas del padre Amador y, con las pocas provisiones con que pudieron contar, emprendieron la marcha.

Cuatro días después llegaban a las tierras de los Avendaño al clarear de la aurora.

Debían esperar hasta la noche para atacar, así que se posicionaron para controlar los movimientos en el rancho enemigo. La hierba alta los cubría completamente y era fácil esconderse.

Pronto los braceros salieron a segar, y los vaqueros sacaron a pastar al ganado.

Escucharon los cascos de un caballo, que pasó cerca de ellos, y se tumbaron para evitar ser descubiertos. Era el capitán Ayamonte.

Sus sobrinos salieron de la casa a saludarlo. Desmontó, ató la montura al palenque y los tres hombres entraron de nuevo en la nueva vivienda de los Avendaño.

Luisiño odiaba a ese hombre con toda su alma. Había asesinado a sus

amigos, los que, como él, intentaron recuperar la libertad que el fraile les negaba, y había sido el causante de la muerte de su primer hijo al expulsarlo de aquellas tierras. No lo pensó; apuntó con el mosquete hacia la casa y, en cuanto lo vio aparecer y lo tuvo a tiro, disparó.

La detonación sorprendió al grupo de neófitos, que no debía atacar hasta la noche para aumentar las posibilidades de salir con vida de la hazaña. Luisiño adelantó el ataque y el resto lo secundó. El aire se llenó de alaridos; dispararon a los braceros que les salieron al paso, abrieron los corrales y las cuadras para liberar a los animales y luego prendieron fuego a los establos lanzando varias antorchas encendidas al interior. También rompieron varias ventanas de la casa y la incendiaron de igual manera.

Los Avendaño arrastraron a su tío, tirando cada uno de un brazo, hasta detrás de un carromato y, parapetados allí, dispararon de vuelta a sus agresores.

Uno de los vaqueros partió al galope en dirección a Monterrey para avisar del ataque y traer refuerzos.

Cuando la compañía de caballería con el alférez Jorge Márquez al frente llegó al rancho Avendaño, nada quedaba ya de la casa grande y los establos, pasto de las llamas.

Varios indios yacían en un charco de sangre; otros se habían dado a la fuga.

Del lado Avendaño, cinco muertos y ocho heridos, el más grave, el capitán Ayamonte. El alférez Márquez decidió trasladar a su superior a su hogar en el rancho Madreselva.

Selva sintió frío y palpó sobre el lecho en busca de la sábana, con la que se cubrió hasta debajo del pecho. Mantuvo los ojos cerrados queriendo apresar la sensación de placidez que sentía. Una sonrisa se dibujó en sus labios, aún hinchados ligeramente por la pasión del encuentro con Renzo.

Se giró hacia el lado de la ventana e hizo amago de abrir los ojos, pero la luz del sol se filtraba sin obstáculos a través del cristal sin cortinas.

Se incorporó y echó un vistazo al pequeño cuarto con ojos entornados. Renzo no estaba. Se dejó caer de nuevo en la cama.

Creyó recordar que se había levantado temprano, como era habitual en él, y le había dado un beso leve de buenos días, pero ella, con el cuerpo y el corazón saciados después del amor, estaba demasiado a gusto para madrugar.

Había suspirado al sentir el tierno roce de su boca sobre los labios y había seguido durmiendo.

Decidió levantarse. Se vistió, se recogió el pelo enrollándolo sobre sí mismo y salió de la vivienda del capataz. Fue dando un paseo hasta la casa grande mientras saludaba a los trabajadores que se encontró por el camino. No le importó que la vieran salir de allí. Desde ese día la patrona no iba a ocultar la pasión y el amor que tenía por ese hombre, por su único hombre. La relación con Renzo era lo único genuino en su vida, ahora lo sabía. Que Ayamonte se fuera acostumbrando, porque era todo culpa suya. Aunque, bien mirado, casi le agradecía que hubiera sido un marido inexistente; no creía que, de haber funcionado, pudiera haber sentido por Juan Lorenzo lo que Renzo despertaba en su cuerpo y en su corazón.

Al llegar a su alcoba, pidió un baño y, tras asearse y vestirse, bajó al salón a desayunar.

Selva había ido transformando poco a poco la casa grande en un hogar, liberando las estancias de la sencillez del fraile y dando sus toques femeninos. Aunque las rutinas religiosas y en el campo se mantenían más o menos inalteradas por respeto al padre Amador, que ya bastante había sufrido el hombre con la marcha de sus neófitos, Selva no se regía por ellas. Marcaba su propio ritmo, y los empleados fueron acostumbrándose a la nueva patrona.

Miguelito entró con timidez a la sala. Carraspeó para atraer su atención.

—Buenos días, doña. El padrecito me manda a entregarle el correo.

—Buenos días, Miguelito; pasa.

—Con permiso, doña. —El vaquero se sacó el sombrero, se aproximó a la mesa donde desayunaba la joven y le entregó varias cartas. Después se retiró, tan silencioso como había entrado.

Selva dio un gritito de alegría al reconocer la letra de su hermano Lorenzo. Rompió el lacre y desplegó la misiva.

Mi querida hermana:

Lo sé, y tienes toda la razón: debería haber escrito antes, y sé también que no vas a creerme cuando te diga que apenas he tenido un instante tranquilo, pero así ha sido, querida Selva.

Boston es una ciudad fascinante, nada que ver con ese pueblito en el que vives ahora. Los yanquis tienen un espíritu emprendedor envidiable, y la industria y el comercio se desarrollan en...

Los gritos de los hombres en el exterior interrumpieron la lectura. Se

asomó por una de las ventanas y reconoció al alférez Márquez; iba acompañado por varios soldados. Dejó la carta sobre la mesa y salió al pórtico principal.

Él bajó de su montura y se aproximó a saludarla.

—Buenos días, don Jorge, ¿a qué debo la visita?

—Por desgracia, señora, le traigo malas noticias. Hubo un ataque de indios e hirieron a su esposo.

—¿Es grave?

—Me temo que sí.

—¿Dónde está?

—Viene de camino. Yo he querido adelantarme con mi escolta. Su rancho podría ser el próximo. Sus hombres deben estar preparados.

Selva mandó a Miguelito, que se encontraba en la plaza cuando llegaron los soldados, a avisar al padre Amador y a los trabajadores del rancho.

—¿Qué sugiere?

—Que sus hombres monten guardia, un par de ellos en las azoteas de cada edificio y vigías distribuidos por las tierras. Vienen a destruirlo todo, a llevarse el ganado y los caballos y a sembrar el caos. Han quemado la casa y los establos de los Avendaño.

—¿Quién ha podido hacer algo así?

—Espero que el padre Amador pueda ayudarnos con las pesquisas. Ha habido algunos muertos que necesitamos que identifique. Queremos descartar que sea un ataque motivado por el desalojo de las rancherías.

La carreta que transportaba al capitán Ayamonte alcanzó la plaza. Después de avisar al padre Amador y a los vaqueros —a Renzo no había conseguido encontrarlo—, Miguelito corrió a la cocina a contárselo a Luzmita.

La criada salió de la casa con el rostro desencajado y se acercó temerosa a la carreta.

Juan Lorenzo había perdido el conocimiento en el trayecto; estaba bañado en un charco de sangre espeso. Selva lo observaba sin reaccionar. Sintió la presencia de la mujer a su espalda y se apartó instintivamente para que ella pudiera acercarse. Ninguna decía ni hacía nada más que contemplarlo, asustadas.

—Hay que llevarlo adentro.

Selva reaccionó a la voz del alférez Márquez.

—Por supuesto, tengan cuidado.

Luzmita se enjugaba las lágrimas en silencio.

Varios hombres, entre ellos Miguelito, levantaron al capitán por las extremidades y lo transportaron al interior de la casa.

Selva dudó un instante. No había ninguna estancia preparada para él en ese lugar, menos una alcoba de esposos. Indicó que lo llevaran a su cuarto; era la habitación más amplia y ventilada. La joven lideraba el camino y Luzmita cerraba la retaguardia con sus ojos amarillos incendiados de angustia.

Juan Lorenzo estuvo delirando durante horas en una duermevela agitada. Tenía fiebre y parecía debatirse con terribles enemigos, pues gritaba y movía la cabeza como si estuviese librando una encarnizada batalla. De vez en cuando pronunciaba el nombre de Selva, y ella le tomaba la mano y la sostenía.

—Estoy aquí —murmuraba insegura.

Luzmita le había curado la herida de bala, que se había infectado. Selva había superado el pudor inicial de ver a su marido desnudo por primera vez. Tuvo que reconocer que se mantenía fuerte. Su torso, marcado; sus brazos, musculosos. Era un hombre, sin duda, apuesto, y sin embargo, se sorprendía del desapego que tenía por él. Un extraño yacía en su lecho, y la joven sentía la pena que cualquier otro en su situación le habría inspirado. No encontraba en su corazón la desesperación de una esposa frente al hombre amado. ¿Y cómo iba a sentir ese amor por él cuando su corazón había sido conquistado enteramente por Renzo? Juan Lorenzo y ella eran dos desconocidos unidos por un extraño destino. En cuanto descubrió que de nada le importaban ya las tierras, solo tener a Renzo, la rabia por las muchas faenas de Juan Lorenzo y el odio incipiente que había albergado al conocer quién era él se habían ido disipando como la niebla. La otra noche, en brazos del capataz, había diluido cualquier sentimiento que no fuera el amor y el deseo por él.

Luzmita no había querido irse a descansar, así que ella había velado junto a la vieja criada al enfermo, y la había ayudado a cambiar los paños húmedos de la frente de Juan Lorenzo y a reponer el emplasto del hombro. La fiebre no remitía y la herida seguía sangrando, aunque con menos profusión.

Amanecía cuando Ayamonte despertó de la inconsciencia y la llamó quedo:

—Selva. —Su voz era apenas un quejido.

—Estoy aquí. No hables. Has perdido mucha sangre, estás muy débil —dijo sentándose en el borde de la cama. Él le buscó la mano y se agarró a ella con las pocas fuerzas que le quedaban, y aun así su agarre tenía la firmeza de la desesperación. Luzmita había ido a la cocina a preparar uno de sus bebedizos de hierbas, así que estaban solos, acompañados de la suave luz de

la aurora.

—Perdona si te he hecho mal. No era mi intención, solo quise hacer algo por ella... —Se le quebró la voz a causa de la debilidad—. Dame agua, por favor —pidió con la garganta ronca.

Selva le acercó el vaso que reposaba sobre la mesilla y lo ayudó a beber sujetando su cuello. Después lo recostó de nuevo con cuidado.

—Él te ama, y yo sé que tú a él también, pero no lo sabe... —¿Estaría delirando?, se preguntó Selva. Sus ojos afiebrados la miraban con extravío—. No dejes que nada se interponga entre vosotros...

—¿Quién me ama?

—Yo no supe... Ella no supo... Pero vosotros, sí. Nada ni nadie... — Agotado por el esfuerzo, Ayamonte cerró los ojos.

Selva le colocó la frazada y se quedó mirándolo. Su rostro tenía profundas arrugas en torno a los ojos, a la comisura de los labios y surcando la frente ancha y enmarcada de hebras de plata. Nunca antes había estado tan cerca de él. A pesar de la palidez, era guapo, muy guapo. Selva suspiró. Creyó entender por qué su madre se había enamorado locamente de él. Debió de ser un hombre espléndido en su juventud.

Miguelito se asomó con sigilo por la puerta entreabierta.

—Doña Selva —la llamó en voz baja.

Ella se incorporó y fue hasta él.

—¿Qué pasa, Miguelito? —susurró.

—Don Otón está aquí, quiere verla.

—Está bien. Quédate por favor con el capitán hasta que vuelva Luzmita. Si pasa algo...

—Ay, doña, no me diga eso...

—No va a pasar nada, es un hombre fuerte..., pero si pasa algo, ven a buscarme inmediatamente.

El vaquero asintió y ella salió al encuentro de Avendaño. Lo encontró en la sala, caminando de un lado al otro con el sombrero entre las manos.

—Don Otón.

El hombre se giró al escuchar su voz.

—Doña Selva, tengo que hablar con usted.

—¿Quiere sentarse?

—No hace falta.

Ella también permaneció de pie.

—Adelante, lo escucho.

—Como sabe, esos malditos salvajes atacaron el rancho y quemaron la casa que acabábamos de construir y arrasaron con los establos, soltaron al ganado y los caballos. Aunque hemos conseguido recuperar algunas cabezas, hemos perdido mucho dinero; en verdad... —avergonzado, bajó la mirada—, estamos arruinados.

Selva permaneció callada. No soportaba a ese hombre, pero no quería regodearse en su miseria.

—Necesito un préstamo.

Ella lo contempló por unos instantes. ¿Cómo podía tener la desfachatez de venir a pedirle ayuda después de cómo la había tratado? Además, su hermano y él habían sido los causantes del ataque de los indios, ¿qué esperaban tras echarlos de sus tierras y destruir sus hogares?

—Necesito un préstamo —repitió Avendaño ante el silencio obstinado de la mujer.

—Don Otón, lamento mucho el ataque sufrido. Sin embargo, nuestra situación es muy delicada. La misión estuvo perdiendo dinero durante los últimos años. Nos queda mucho trabajo por delante para recuperar lo que un día fue. No tengo posibilidad de prestarle nada.

La mirada feroz del sobrino de su marido le dijo que iba a estallar de un momento a otro.

—Juan Lorenzo es mi tío, y por supuesto que nos ayudará; siempre lo ha hecho, y este es su rancho —dijo alzando la voz y estrujando el sombrero.

—Su tío se encuentra inconsciente, gracias por la preocupación por su salud. Aunque no lo estuviese, el rancho lo gestiono yo, y él no cuestiona mis decisiones.

—No puede hacerme esto. —Lanzó el sombrero al suelo y la aferró por los brazos tan rápido que ella no pudo reaccionar.

Selva le dirigió una mirada encendida y se revolvió como una fiera hasta soltarse del agarre.

—Se lo advertí una vez: mucho cuidado con faltarme al respeto. Y ahora, lárguese y no vuelva a poner un pie en mis tierras, a no ser que mi esposo lo invite expresamente, y le aseguro que no lo hará.

—Esto no quedará así —amenazó señalando con un dedo. Se agachó a por el sombrero, se lo caló con brusquedad y, con paso ligero, se fue por donde había llegado.

Selva salió detrás de él para asegurarse de que se marchaba. Se quedó contemplando la estela polvorienta que arrancaban los cascos del caballo a la

tierra arenosa del camino, que descendía la colina donde se encaramaba la casa grande y llegaba hasta el camino real.

Le entró urgencia por ver a Renzo. No lo había visto desde la noche del día anterior y, aunque se habían amado de nuevo, se sentía intranquila. Quería abrirle su corazón para que entendiera lo importante que era para ella, cuánto lo amaba, para decirle que nada en este mundo podría apartarla de él. No iban a ocultarse más. Haría como Raimunda y le diría al mundo que ella, Selva Montoya Linares, entregaba su cuerpo y su alma al hombre al que había elegido libremente.

Fue en su busca. Preguntó por él a los vaqueros, lo buscó en los establos, montó a *Bronco* y recorrió el terreno a lo largo y ancho, pero nadie supo decirle dónde se había metido el capataz, nadie lo había visto.

También fue a la capilla para preguntarle al padre Amador. El hombre rezaba arrodillado frente al sagrario. Había recibido el duro golpe de tener que reconocer a los neófitos muertos; efectivamente, eran sus muchachos los culpables del ataque al rancho Avendaño. Luisiño había sido apresado, herido pero vivo, y esperaba en una celda mugrienta a ser ajusticiado. El fraile tampoco había visto a Renzo. Selva no quiso insistir ni compartirle sus preocupaciones, pues lo encontró demasiado decaído para aumentar su inquietud.

Después, Selva pasó por su casita. Entró llamándolo. Ninguna respuesta. Renzo no estaba, y todo seguía igual que cuando ella se había levantado de allí el día anterior: las sábanas revueltas y el aroma de sus cuerpos aún flotando en el ambiente. Se sentó en el lecho contrariada. Agarró la sábana y se la llevó a la nariz. Cerró los ojos y aspiró. Olía a él, a ellos, a su amor.

Se recostó y se ovilló abrazando la frazada. No pensaba moverse de allí, lo esperaría hasta que volviese.

—Amor, ¿dónde estás? —musitó, y hundió la cara en su olor para apartar el mal presentimiento que le palpitaba en las entrañas.

Renzo había avanzado hacia el valle de San Joaquín. No le había costado demasiado encontrar trabajo como vaquero en uno de los ranchos de la región.

El aroma de Selva lo había acompañado durante los días de intensas cabalgadas. Se acostaba bajo las estrellas y soñaba con ella, y con ella se levantaba al despuntar del alba. El recuerdo de su cuerpo desnudo, de su

naricilla pecosa, de su sonrisa traviesa y de su silueta a lomos de *Bronco* no lo abandonaba en ningún momento. Ahora sabía que por más que se alejara no podría librarse de la necesidad de ella, tendría que vivir con el vacío.

Su único consuelo era, al menos, haber puesto tierra de por medio entre Ayamonte y él. Pecar, había pecado apoderándose de la virginidad de Selva y yaciendo junto a ella en una infinidad de noches, pero matar a un hombre, y no a cualquier hombre, sino al capitán del presidio, era un delito penado con la horca, y un pecado mortal que lo condenaría al infierno. Sí, había hecho lo correcto. No quería sangre en sus manos, no iba a manchar de odio los dedos con los que había acariciado insaciablemente el cuerpo menudo de Selva.

Preguntando en uno de los pueblos, le habían indicado que estaban buscando vaqueros para arrear el ganado. Empezaba de cero, pero no le importó. Trabajar duro y castigar su cuerpo hambriento de ella era lo que necesitaba para sobrellevar el dolor de su corazón. Sin embargo, por las noches ni siquiera el cansancio conseguía borrar la imagen de su amada ni calmar el bramido de su alma desesperada. Lloraba quedamente, hundiendo la cara en la almohada para no delatarse delante de sus nuevos compañeros de fatigas.

Allí no sonaban los alaridos de los *ohlones* recibiendo el despertar del sol, ni tampoco retumbaban en el viento las campanas de la iglesia proclamando el rezo del alabado y el comienzo del trabajo en los campos. Era uno de los vaqueros el que anunciaba a los trabajadores del rancho el nuevo día haciendo sonar un triángulo musical. Lo golpeaba sin descanso con una fina varilla de metal, llenando el ambiente del barracón de un agudo e incansable tintineo.

Había vuelto a dormir poco y mal, lo que hacía que su carácter fuera cada día más huraño y distante. Por eso, no se sorprendió cuando el capataz le anunció que el patrón quería hablar con él. Lo iba a despedir, seguro que sus compañeros no se acostumbraban a sus silencios.

—Patrón, Romo.

—Que entre.

El capataz le hizo un gesto con la cabeza para que avanzara. Renzo se sacó el sombrero al traspasar el umbral.

Había visto al dueño del rancho el primer día que llegó, cuando el capataz lo presentó brevemente como «el nuevo». A lo lejos lo había divisado algunos días supervisando la labor de los peones en su montura, pero nunca se había dirigido a él hasta entonces.

—Siéntese.

—Estoy bien de pie.

—Bien. Me han dicho que es hombre de pocas palabras. No me desagrada. Lo he estado observando, y me gusta su estilo. Casi podría decir que, a pesar de sus humildes aspiraciones, tiene capacidad para asumir más responsabilidades.

Renzo no habló, permaneció con su mutismo habitual sin apartar la mirada del patrón.

—Bien. Voy a encomendarle una tarea más acorde a sus habilidades.

Ahora sí le estaba entrando curiosidad.

—¿Conoce el Fuerte Ruso?

—No —dijo escuetamente.

—Es un asentamiento en el norte; hace varias décadas que los cazadores rusos de nutrias se asentaron de forma permanente. Son buenos compradores y mejores pagadores. Necesito que conduzca al ganado hasta allí.

—¿Por qué yo?

—Porque mi intuición no me engaña y sé que sabrá cumplir con la tarea. Además... —Sonrió con calidez.

—¿Además? —No le gustaba la mirada penetrante del hombre, parecía querer leerle el alma.

—He visto cómo se mata a trabajar; sea lo que sea lo que intenta olvidar, este viaje le curará las heridas. Será duro en extremo, y no exento de peligros, y estarán fuera varios meses. ¿Qué me dice?

El vaquero permaneció en silencio sin apartar la mirada del patrón. ¿Alejarse aún más de ella? Ahora estaba a días de distancia; entonces estaría a meses de Madreselva. Dudó. Se le estrujó el corazón. Apretó los puños.

—Si es así, acepto.

—Bien.

—Quiero elegir a mis hombres.

—Por supuesto.

—Y quiero para ellos una paga acorde al mérito del viaje.

—Cuente con ello. ¿Algo más?

—¿Cuándo partimos?

El patrón soltó una carcajada entusiasta; no se había equivocado con ese hombre.

Otón estaba desesperado. Si no conseguía un préstamo pronto, tendría que vender el rancho. ¡Maldita sea!

Su hermano Rufino no poseía su ambición; se había resignado a su malparida suerte y, tras el ataque, había decidido volver al ejército. Pero él no pensaba regresar al jergón pulgoso. Se le acababan las posibilidades. Su tío seguía muy grave y no había conseguido hablar con él. La vieja india no lo dejaba ni a sol ni a sombra, y seguro que estaba prevenida por la potrilla salvaje contra él. No quiso arriesgarse a la humillación de que volviese a echarlo de malas maneras. Se las iba a pagar la muy perra.

Aquella era su última baza. Tal vez su tío guardara algo de dinero o algún objeto de valor en su despacho. Con esa idea se encaminó a la comandancia. Saludó al soldado que custodiaba la entrada.

—¿Qué tal anda su tío?

—Está grave, pero aguanta.

—Esos malditos salvajes, habría que darles un escarmiento. Se lo merecen.

—Tengo que revisar unos papeles del capitán, no tardaré mucho.

—No hay problema.

Otón entró al despacho de Juan Lorenzo y cerró la puerta. Paseó la mirada por el espacio. Era en extremo sencillo, con las paredes blancas desnudas, salvo por el crucifijo; la mesa, limpia y ordenada. Se sentó en la butaca que solía ocupar el capitán cuando trabajaba y suspiró cansado. Si no encontraba nada...

El escritorio contaba con tres cajones en el lado derecho. Abrió el primero. A excepción de un tarro de tinta, una plumilla y unos pliegos de papel, no había nada. Abrió el segundo cajón. Totalmente vacío. Probó con el tercero. Estaba cerrado con llave. Esbozó una sonrisa. Claro, su tío habría puesto a buen recaudo las cosas de valor. No lo pensó, aplicó fuerza sobre el agarre y tiró con energía; el cierre se partió y el cajón cedió. Dentro, documentos. Los sacó y los depositó sobre la mesa. Encontró una bolsa de cuero; la agitó. Estaba llena de monedas. Al menos algo era, aunque tal vez no fuera suficiente para recuperar a Angelita. Su padre le había comunicado

que, lamentándolo mucho, dada su precaria situación, debían cancelar el compromiso. ¡Maldito viejo interesado!

Volcó el contenido de la bolsa sobre la mesa. ¡Maldición! Apenas daba para arreglar las cuadras con los sucios pesos que guardaba allá su tío.

Reparó entonces en los documentos que había sobre el escritorio. ¿Qué serían esos papeles que Ayamonte guardaba con tanto celo?

Era un acta notarial.

Leyó.

Una sonrisa ladina se dibujó bajo el bigote. Ahí tenía la solución a sus problemas, y además la potrilla salvaje terminaría cediendo a sus requerimientos.

Se recostó sobre la butaca de nuevo y recapacitó un momento la manera de actuar. No le costó llegar a la conclusión: su tío debía morir, y si no lo hacía por sí mismo, Otón tendría que ayudarlo.

Juan Lorenzo Ayamonte se despertó sudando. Era noche cerrada. Miró en derredor. La ventana estaba ligeramente abierta, y la suave brisa nocturna movía las cortinas y agitaba las tímidas llamas de las velas de cebo prendidas, proyectando sombras que bailaban sobre las paredes en penumbra.

La vieja Luzmita se había quedado dormida, vencida de cansancio. La cabeza caía hacia un lado y se oía un leve ronquido. Todo era quietud. A su espalda, la mujer lo contemplaba con una sonrisa en los labios, esperando a que reparara en ella. Cuando así lo hizo, se acercó hasta él y se sentó cerca de la cabecera de la cama.

La voz de Juan Lorenzo sonó ronca pero firme en el silencio de la estancia.

—Nunca he dejado de amarte.

—Ahora lo sé, y he venido a buscarte.

—Aún no he cumplido, les debo una explicación... —Ella lo interrumpió posando los dedos sobre su boca.

—Lo demás no está en tu mano, dejémoslos decidir.

—Y si...

Ella de nuevo lo acalló.

—Shhh, no hables, amor mío, solo bésame. —Renata se inclinó sobre sus labios, y Juan Lorenzo cerró los ojos e inhaló su aliento a eternidad.

Luzmita se despertó sobresaltada. Había tenido una pesadilla. Oteó el

cuarto, desorientada, intentando encontrar la razón de su desasosiego. Todo estaba en calma. Se incorporó con dificultad de la rígida silla que había acogido su cansancio y se acercó a observar a su hijo.

Tenía los ojos abiertos y una sonrisa dibujada en los pálidos labios. La vieja criada no necesitó tocarlo para saberlo.

Juan Lorenzo ya no estaba.

Se abrazó al cuerpo inerte de su hijo y lloró toda la angustia contenida en tantos años.

La vieja Ixchel había derramado el cántaro.

*Ayamonte ha muerto. Necesito tu consuelo. Vuelve,
hermano. Selva*

Le entregó la carta a Miguelito para que la enviara y ella salió vestida de luto para el funeral de Juan Lorenzo.

Después de tres días de velatorio, donde todo Monterrey había pasado a dar el último adiós al capitán Ayamonte, lo enterraban en el cementerio de la antigua misión, situado a espaldas de la iglesia.

Sentía un dolor tan intenso que no se creía capaz de seguir adelante. Pero no era por la muerte de Ayamonte, sino porque Renzo se había marchado. Estaba segura. Revolviendo entre sus cosas, había visto que faltaba la cajita de madera donde guardaba lo único que tenía valor para él. Se había ido sin despedirse. Y ella, aun sabiéndolo, seguía esperándolo, y su ausencia la desgarraba por dentro.

Todos se habían congregado en la plaza. Las campanas repicaron tristeza y el cortejo fúnebre avanzó hacia el lugar de eterno reposo: el padre Amador en cabeza; detrás, el féretro cargado por varios de sus hombres; Selva y Luzmita agarradas del brazo y rodeadas de vecinos y amigos; Raimunda, a su lado, la sostenía por la espalda; los Avendaño también estaban allí, y la compañía de soldados del presidio, encabezados por el alférez Márquez; hasta el gobernador y los miembros del cabildo asistían compungidos a la despedida del capitán.

Cuando el fraile terminó el emotivo sermón, los soldados dispararon una salva en su honor. Luzmita lloraba en silencio, y ella la acompañaba en el pesar aunque sus lágrimas no tuvieran la misma motivación. Recibió el

último pésame y la gente fue dispersándose poco a poco. Raimunda fue la última en despedirse; le dijo que pasaría a verla en unos días. Solo quedaron ellas dos y un hombrecillo al que no había visto antes.

—Doña Selva, siento su pérdida.

Luzmita se desasíó de su brazo y se postró al pie de la tumba a rezar.

—Gracias, señor... —Selva esperó a que él completara la frase.

—Gómez, Arturo Gómez, a sus pies.

—Gracias, señor Gómez.

—Su esposo hizo testamento. ¿Lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Y le dejó una carta —dijo sacando la misiva del interior de su chaqueta y haciéndole entrega de esta.

Selva la contempló confusa.

—¿Cuándo la escribió?

—Fue hace mucho tiempo, a su llegada a Monterrey. En verdad no esperaba tener que entregársela a su fallecimiento, sino... Bueno, ahora da igual. Me pidió que esperase, pero creo que el momento ha llegado.

—¿Y el testamento?

—Ah, sí, se me olvidaba. El capitán dejó instrucciones para Lorenzo Montoya y Renzo Romo; los dos deben estar presentes para su lectura, al igual que usted, por supuesto.

No le extrañó que Ayamonte hubiera dejado alguna disposición referente a su hermano, al fin y al cabo era su hijo, pero ¿qué habría dispuesto que afectara a Renzo?

—¿Por qué? —preguntó simplemente.

—El capitán tenía sus razones —dijo escueto—. Tengo entendido que don Lorenzo partió de Monterrey hace meses, ¿hay forma de localizarlo?

—Justamente esta mañana le he escrito pidiéndole que vuelva; espero que atienda a mi petición. Pero aún tardará unos meses.

—¿Y el señor Romo? No me ha parecido verlo hoy.

—No está.

—¿Podría avisarlo?

—No lo creo, se marchó.

—¿A dónde?

La congoja no la dejó hablar. El hombrecillo pareció entender.

—Siendo así, tendré que publicar un anuncio en la gaceta de la República. —La miró con compasión—. No la entretengo más. Mándeme

aviso cuando tenga noticias de su hermano. Mi más sentido pésame, señora —se despidió, y echó a andar.

—¡Señor Gómez! —lo llamó Selva. Sus ojos delataban la angustia por su ausencia; no sabía por qué, pero intuía que el notario entendía más de lo que la prudencia podía revelar.

Él se giró y la contempló por un instante. Sonrió y consiguió apaciguar en algo su ánimo.

—Descuide, señora, la mantendré informada. —Dicho lo cual, se marchó.

Selva cayó al suelo y rompió a llorar desconsoladamente. ¿Dónde estaría? ¿Por qué se había ido justo cuando más lo necesitaba? ¿Volvería a verlo? Sintió los dedos torcidos de Luzmita acariciándole la cabeza. Después la tomó por el brazo para que se levantara.

—Vamos, *m'hija*, lleva días sin probar bocado. La criatura necesita alimentarse.

La joven se secó las lágrimas.

—¿Criatura? —Creyó haber entendido mal.

La vieja criada puso sus manos en el vientre de Selva.

—La que albergas en tu ser.

Ella también se tocó. No podía ser. ¿Estaba embarazada?

—El muchacho volverá.

Luzmita lo sabía. Claro, ¿cómo no iba a saberlo? Seguramente todos los trabajadores sabían de su romance.

—¿Qué dirán?

—¿Qué te importa lo que dirán?

—Acabo de enterrar a mi marido. Pensarán que es suyo; no puedo hacerle eso a él. No me lo perdonaría. Necesito que lo sepa, que lo sepan todos.

—Pensarán lo que quieran pensar, pero creerán la verdad porque es más escandalosa.

—¿Dónde se habrá metido? Usted lo conoce bien, ¿por qué se ha ido? Tengo que encontrarlo.

—El muchacho volverá —repitió sin más.

Selva quiso creerla con todo su corazón. Llevaba en su seno el amor de Renzo y él se había marchado sin saberlo, sin saber cuánto lo amaba. Dejó que la vieja criada la condujese de vuelta a la casa.

Se sentó en una banqueta a la mesa de castaño de la cocina. La figura

menuda de Luzmita se movía ágilmente trasteando entre cacharros. Desde el exterior llegaban el piar de las aves y las voces a la lejanía de los braceros en el campo; de vez en cuando algún relincho llegaba hasta Selva y le saltaba el corazón en el pecho.

Comió sin ganas bajo la atenta mirada de la criada maya. Luzmita de tanto en tanto se secaba las lágrimas que se le escapaban. No se escondía, mostraba su pena abiertamente. Selva no se había percatado hasta ese momento de cuánto apreciaba esa mujer a su difunto esposo.

—Nunca supe quién fue realmente, no me dio la oportunidad —dijo, queriendo tal vez justificarse ante ella por no sufrir como debería su muerte. Quién fue Juan Lorenzo Ayamonte era un misterio para ella—. Usted lo apreciaba mucho, ¿desde cuándo lo conocía?

Los ojos amarillos, que se clavaron en sus pupilas, brillaban encendidos. La mujer volvió a secarse las lágrimas con el delantal.

—Lo conozco desde siempre.

—¿Desde que llegó a Monterrey?

—Desde que nació; era mi hijo.

—Yo era muy joven cuando mi padre me vendió a un comerciante criollo con el que solía tener tratos. El hombre buscaba una muchacha para acompañar a su esposa, y como tenía una buena relación con mi padre y necesitaba a alguien dócil y de confianza, le ofreció llevarme con él, y mi padre aceptó por unos buenos dineros.

»Abandoné mi hogar con pesar, pero también con emoción, pues, a mis doce años, mi mundo de pronto se agrandaba. Me despedí de mi madre y hermanos, y de mi querida isla, para siempre.

»Ese hombre era el abuelo de Juan Lorenzo. Se llamaba Saúl Ayamonte. Su esposa era una muchacha delicada y estaba en estado de su segundo hijo. El mayor, Gael, tenía cuatro años menos que yo; era un niño revoltoso y pendenciero, pero de buen corazón. La hacienda Ayamonte era grande, y el muchachito se sentía muy solo, por lo que siempre armaba algún lío para llamar la atención de su padre y de paso entretener las horas.

»Yo solía acompañar a su madre, doña Delfina. Debía estar atenta a sus necesidades, pero como solía permanecer en cama y dormía mucho por su embarazo, Gael me buscaba para que jugara con él, y con el paso del tiempo nos convertimos en buenos amigos; yo era como su hermana mayor, le aguantaba todas sus travesuras y nunca me quejaba de él al patrón.

»La mujer murió al dar a luz a una hermosa bebé, la hermana de Gael. Yo empecé a llamarla Delfina desde el principio, pues el alma de la madre fue a morar en su pequeño cuerpecito; el señor no me contradijo y la bautizaron finalmente con el nombre de la madre.

»Los años pasaron, y Gael y yo crecimos sin apenas aparcibirnos. Cuando cumplió los quince años, don Saúl organizó una gran fiesta en la hacienda e invitó a las familias de más abolengo. Entre ellas, a don Isidro Avarzúa y a su esposa Guillermina; los acompañaba su sobrina Eulalia, que había llegado de visita. Gael se enamoró perdidamente de ella nada más verla, pero como era demasiado tímido, se pasó toda la velada contemplándola a la distancia. La frustración por no saber cómo acercarse a la joven y por los cambios y necesidades que experimentaba su cuerpo nos unió más, pero de otra manera; los juegos se volvieron más íntimos, yo no

sabía muy bien lo que nos estaba pasando, pero sentía su necesidad, sus ansias y me dejaba hacer. Era mi amigo.

»Saúl Ayamonte, desde la muerte de su esposa, salía de noche y volvía de madrugada. Una de esas noches, tras la fiesta, se llevó a su hijo con él. Gael regresó casi al amanecer oliendo a perfume barato y a humo; lloró abrazado a mí desconsoladamente. Desde ese día, cada noche venía a mi alcoba y se metía entre las sábanas buscando mi cercanía. Yo sentía su tormento y lo consolaba sin saber muy bien qué le pasaba. Solo días después me confesó que había estado con una mujer; llegó a mi cama angustiado y lo acurruqué entre mis brazos. Me dijo que era una amiga de su padre, mucho mayor que él; que sus manos eran frías y su aliento, alcohólico; que le había susurrado obscenidades mientras le tocaba su hombría. Lo sosegué con mi calor y le murmuré bellas palabras en mi lengua; sin saber cómo, nos acariciamos torpemente, como nunca antes, como un hombre y una mujer, y terminamos intimando.

»Nada de lo que sucedía en la hacienda escapaba al control de don Saúl, y eso tampoco. Lo supo y creyó que era bueno para su hijo, que lo haría hombre más rápido, aunque mandaba a la cocinera que me preparara unos bebedizos para evitar que me quedara en estado. De ella aprendí todo lo que sé sobre hierbas.

»Su hombría crecía entre mis brazos y su pasión por Eulalia, también, aunque, salvo tímidos saludos a la puerta de la iglesia, no se atrevió a rondarla.

»Isidro Avarzúa volvió de uno de sus viajes acompañado de un hijo desconocido, tu abuelo Sandalio. La desgracia se había cernido sobre ese hogar al llevarse a su esposa Guillermina unas semanas antes. El hombre, desesperado por la pérdida de su mujer, se descerrajó un tiro y dejó como heredero a Sandalio. Eulalia y él se casaron poco tiempo después.

»Gael sufrió mucho. Se emborrachó y se encerró en su alcoba durante días. No atendía a mis llamados ni quería consuelo alguno. Cuando al fin salió, le dijo a su padre que quería casarse, que le buscara esposa, y así lo hizo don Saúl.

»La elegida, doña Laurita Zuazo, resultó ser demasiado melindrosa para la fogosidad de Gael, y además no quedaba encinta. Él y yo seguíamos compartiendo un círculo de intimidad único, y una noche me dijo que deseaba el heredero que su esposa no podía darle. Quedé en estado, y di a luz a Juan Lorenzo una cálida noche de verano, aunque para el mundo yo sería su

ama de cría.

»La esposa de Gael respiró tranquila y se alegró de la solución, así no tenía que sufrir los embistes de su esposo ni soportar la tensión social de no quedar embarazada. Fuimos buenas amigas, y ella misma le reveló a Juan Lorenzo la verdad; era aún un niño y lo tomó con toda naturalidad, pues yo siempre había sido para él *mamita Luz*.

»Tiempo después, ella quedó embarazada, aunque solo yo supe que era de uno de los peones de la hacienda, pues a Gael lo huía como a la peste porque con ella se desquitaba la rabia de haber perdido a Eulalia, y en la intimidad del matrimonio era brusco y arrebatado. Dio a luz a la hermana de Juan Lorenzo...

—¿La madre de Otón y Rufino Avendaño? —interrumpió Selva.

—Así es. En la hacienda Madreselva, Sandalio y Eulalia tuvieron una hija, Renata. Me sorprendió cuando Gael me comentó que había acordado el matrimonio entre Juan Lorenzo y tu madre, pero me alegré de que hubiera superado el amor no correspondido de Eulalia.

»—Pero si es aún un niño —protesté.

»—Ya crecerá y será dueño de Madreselva.

»Seguíamos compartiendo la intimidad, pero nunca me confesó el odio que sentía por tu abuelo Sandalio ni la pasión enquistada de la que no había podido librarse. Nada supe hasta aquel día en que lo engañó vilmente para quedarse con sus tierras, destrozó el corazón del muchacho y desencadenó el odio de tu madre.

»Las dos familias habían facilitado el romance entre Juan Lorenzo y Renata, y ambos crecieron sabiendo que un día serían marido y mujer. Tu madre era muy hermosa y él la adoraba. Se sentía muy afortunado y admiraba a Gael, le tenía plena confianza, por eso el golpe fue tan duro para Juan Lorenzo: no solo perdió a Renata, sino que también descubrió una cara de su padre que no conocía.

»Al enterarse del engaño, tomó su caballo y salió como un loco detrás de los Linares. Debía alcanzarla; le confesaría la verdad y se casarían, rompería con su padre para siempre. Pero nunca llegó hasta ella. Por el camino se le cruzó una carreta y salió despedido del caballo; no se rompió el cuello de purito milagro. Lo trajeron a la casa en muy mal estado, pensé que se me moría... —Luzmita se secó las lágrimas y Selva alargó la mano para consolarla—. Diosito no quiso arrebatármelo en esa ocasión. Cuando despertó, quiso levantarse y se dio cuenta de que no podía mover las piernas:

había quedado lisiado. En ese momento pensamos que sería definitivo.

»Gael se volcó con él, fue paciente y comprensivo. Le presentaba a cuanta dama casadera había en la región, y al final, sabiendo que nunca dejaría de ser un medio hombre y que condenaría a Renata a una vida de insatisfacción, Juan Lorenzo decidió casarse con la que menos le gustaba.

»Tardó dos años en volver a caminar, y para entonces Renata le había jurado odio eterno. Yo me estremecí al leer su carta. Tiempo después su maldición sepultó, primero, a su esposa y a su hijo recién nacido, y después, a su segunda esposa embarazada. Fue cuando Juan Lorenzo decidió marcharse lejos, muy lejos, y yo me fui con él.

Cuatro meses después

El viaje al norte en la estación más cálida del año no había supuesto demasiadas fatigas, aparte de las propias del largo trecho recorrido hasta alcanzar el asentamiento ruso. Cruzar los ríos crecidos por el deshielo con el ganado había resultado tal vez lo más complicado, eso y protegerlo de los depredadores: osos, lobos y pumas, que abundaban en verano en las riberas. También de las partidas de cazadores sin patria ni bandera, a manos de los cuales habían perdido algunas cabezas, intercambio obligado por pieles y por protección durante el camino.

Por las noches helaba y el amanecer los despertaba cubiertos de escarcha. La bruma los acompañaba las primeras horas del día hasta que el sol conseguía vencer con su calor las nubes bajas. Durante esos meses, Renzo parecía haberse acostumbrado al dolor de haberse alejado de Selva. El desgarró lacerante de las primeras semanas había dado paso a una nostalgia punzante pero serena; había aceptado su amor por ella, pero también que no tenían ningún futuro juntos, ya que Ayamonte no la repudiaría y ella no renunciaría a las tierras.

Habían alcanzado su destino a principios de agosto.

El fuerte ruso había sido levantado sobre una elevación a escasa distancia del océano. Una empalizada de madera oscura y una batería de cañones protegía las construcciones del interior: una iglesia, la casa principal y los almacenes, y también el asentamiento extramuros, donde se habían establecido varias familias, que acogían a los cazadores que paraban temporalmente en la zona.

Unos días después, tras haber repuesto fuerzas y provisiones, emprendían el camino de regreso.

El verano estaba llegando a su fin cuando alcanzaron el valle de San Joaquín. El otoño desplegaba su manto de colores sobre el bosque y las praderas, llenándolo todo de amarillos, rojos, naranjas y ocres. Renzo había mandado a dos hombres de avanzadilla la última noche, y cuando llegaron, el patrón los sorprendió con una fiesta de bienvenida. Sobre parrillas se asó carne que llenó el ambiente de un olor delicioso, corrió vino en abundancia y hubo música y jolgorio hasta casi el amanecer. Él se sentó un poco apartado y observó la alegría de los hombres que lo habían acompañado, contentos de haber vuelto a casa, a sus mujeres y a sus compadres. Se sintió muy solo, lejos de todos sus afectos, pues no solo echaba de menos a Selva; también a Luzmita, al padre Amador y a sus vaqueros.

El patrón se le acercó y se sentó a su lado. Le ofreció un cigarro que él rechazó. Permanecieron en silencio algunos instantes observando a las parejas que bailaban.

—¿Qué planes de futuro tienes, muchacho?

Renzo lo miró de reojo un tanto extrañado. ¿Futuro?, no tenía futuro, no sin ella. No contestó, ignoró la pregunta y regresó a observar la alegría de los jóvenes.

—Podría emplearte de forma permanente, me has servido bien. Al viejo Pedro no le vendría mal un ayudante. Nuestro capataz se va oxidando, y por el afecto que le tengo dejaré que me sirva hasta el final, pero el rancho necesita dirección, y creo que podrías ser el adecuado para sucederlo.

Ahora sí el vaquero se volteó completamente a mirarlo. Proponerlo a él como capataz, cuando entre los hombres que le habían servido fielmente durante tantos años seguro que habría quien pudiera sustituir al anterior, resultaba del todo extraño. Él era un desconocido al que había dado una buena oportunidad, pero de ahí a convertirse en su capataz y mano derecha había un trecho. Chasqueó la lengua y meneó la cabeza, confuso. El patrón disimuló una media sonrisa y permaneció con la mirada al frente.

—¿Qué hubo, patrón? —preguntó en vista de que el hombre no iba a aclararle por sí mismo a qué venía semejante oferta.

La sonrisa del patrón se ensanchó.

—Vaya, ya veo que no solo eres trabajador y esforzado, también tienes astucia. Lo dicho: me vendría bien que te quedaras.

—¿Y quién ha dicho que me voy?

El hombre se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido agudo para llamar la atención de los hombres; al primero que se acercó le pidió que le trajera del despacho la gaceta de la República, el nuevo periódico semanal del gobierno independiente de Alta California. El peón corrió a buscarla y regresó al punto con ella.

—Te andan buscando —dijo el patrón entregándosela—. Sabes leer, ¿verdad?

—Pues claro, aprendí de chamaco con los frailes.

Renzo tomó la gaceta y buscó entre los artículos; en seguida encontró lo que le había mencionado su jefe. El patrón lo observaba sin disimulo. Primero lo golpeó la sorpresa, y después sus facciones se tensaron y su ceño se frunció, amenazando una tormenta de sentimientos encontrados. Finalmente bajó la cabeza y mantuvo la vista fija en la tierra oscura. Cuando la alzó de nuevo, su mirada resuelta no dejaba lugar a dudas, pero aun así le preguntó:

—¿Qué va a ser, muchacho?

Apretó la mandíbula y lo miró fijamente a los ojos.

—Me están esperando.

—¿Estás seguro?

—Si no voy, nunca lo sabré.

—Me gustaría desearte lo mejor, pero estaría mintiendo. Quiero que te quedes.

—Gracias. —Renzo se levantó y le ofreció la mano.

El patrón se puso en pie a su vez y se la estrechó.

—Vamos, acompáñame al despacho, te debo tu paga.

En el rancho Madreselva, Selva contemplaba el nacer del nuevo día desde la mecedora del porche, envuelta en el cálido regazo de la manta estampada con las flores de la plumería que le había tejido Luzmita meses atrás. Cada noche después de cenar se sentaba allí esperando su regreso. La temperatura era cálida aún y los matorrales de madreselva que había hecho plantar alrededor de la casa le embriagaban el alma con su aroma. El padre Amador la acompañaba un rato antes de irse a dormir y ella aprovechaba para preguntarle por la infancia de Renzo; quería sentirlo más cerca, aunque incrementara el dolor que le abrasaba el corazón desde su partida. El fraile rescataba de su memoria varias anécdotas sobre el vaquero para entretenerle

su ausencia. Luzmita le llevaba atole caliente y no cejaba en su empeño de que se acostara en su alcoba. Pero ella no cedía, nunca lo haría, lo esperaría siempre. Dormitaba con las manos apoyadas en la barriga, que cada día estaba más crecida, pero cuando el cielo empezaba a clarear, abría los ojos y esperaba el amanecer; necesitaba comprobar cómo el sol vencía la oscuridad de su corazón y conseguía renovar la esperanza de volver a verlo.

Al alba se escucharon los cañones del castillo de Monterrey anunciando la llegada de un navío. Selva se incorporó de la mecedora, estiró los músculos y oteó el horizonte. Luego cruzó la plaza y se encaminó hacia la carreta del padre Amador. Paró a uno de los peones, que había despertado con los cañonazos y que cruzaba la plaza en ese momento, y le pidió que enganchara el caballo. Se subió con cierta dificultad, se arrebujó bien en la manta y, tomando las riendas, se puso en marcha hacia el puerto.

Ya hacía semanas que no montaba a caballo por miedo a perder al bebé; el médico le había asegurado que, en su estado, descanso y buena alimentación eran esenciales para su salud y la del hijo que esperaba, y tenía prohibido subirse a un caballo. Ella por nada del mundo quería poner en riesgo lo único que le había dejado Renzo antes de marcharse, y por eso, y a pesar de costarle un mundo, no había vuelto a cabalgar sobre *Bronco*.

Luzmita salió al pórtico con el pelo canoso recogido aún en la redecilla de dormir, los ojos acuosos y las manos torpes deseando confirmar lo que sus sueños le acababan de revelar. Alcanzó a ver la carreta descendiendo hacia el camino real, rodeada de una polvareda naranja. Sonrió mirando el revoloteo desordenado de las aves y aspirando el olor a tierra. Elevó los ojos al sol naciente y olisqueó los augurios que arrastraba la brisa. Ixchel volvía a ser joven, y ese era el día, se dijo antes de volver sobre sus pasos y dirigirse a la cocina a preparar el desayuno.

Con las prisas, Selva había olvidado anudarse las greñas doradas en la eterna e interminable espiga que le adornaba la cabeza cotidianamente; su cabello se desparramaba por la espalda hasta la cintura. Agradeció las brumas, que se fueron espesando a medida que avanzaba hacia el océano y la envolvieron en su abrazo etéreo, pues la protegía de las miradas escandalizadas que le habrían dedicado los habitantes del pueblo, sus vecinos, otros rancheros, poco acostumbrados a verla sin la decencia de sus atuendos a la española, sin el esplendor de la abundancia de su rancho y sin la trenza dorada de reina. En esos pocos meses había madurado y se había convertido en una auténtica ranchera californiana. Se había esforzado por

relacionarse con los caballeros y damas de las haciendas vecinas, había asistido a fiestas y a meriendas, especialmente antes de que se le notara el embarazo. El día era para afianzar su posición social y las relaciones comerciales que estaban convirtiendo su rancho en uno de los mejores de la región. La noche era para él, para añorarlo, para esperarlo.

Aparcó la carreta y caminó despacio, cubierta por su manta, sobre el entarimado del muelle. La figura delgada y elegante de Lorenzo avanzó a través de la niebla. Sus labios dibujaron una sonrisa que iluminó los ojos verdes. Se acercó casi a la carrera, se lanzó a sus brazos abiertos y lo abrazó cerrando los ojos.

—Hermano —musitó conmovida. No pudo evitar verter sobre él la angustia de tantos meses y rompió a llorar sobre su hombro—. Te he extrañado tanto.

—Selva, pequeña. —Se apartó para mirarla. La recorrió con los ojos y se fijó en la prominente panza—. ¡Selva!

—Vas a ser tío —confirmó tocándose la barriga y sonriendo con tristeza.

Volvió a abrazarla con fuerza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Cuando te escribí, aún no lo sabía, y luego preferí darte una sorpresa.

Lorenzo volvió a observar su vientre y le pasó la mano con dulzura. Por un instante su gesto se oscureció, y ella supo inmediatamente en qué estaba pensando.

—No es de Ayamonte.

—No he preguntado nada —dijo ofreciéndole el brazo; ella lo tomó y caminaron por el muelle. A un muchachito que se ofrecía a cargar las maletas de los pasajeros le lanzó una moneda y le pidió que fuera a buscar su equipaje.

—¿No vas a preguntarme?

Él siguió caminando, ignorando su pregunta.

—Selva, no te has vuelto a casar, que yo sepa.

—No.

—Y no te preocupa el qué dirán.

—A mí no, ¿y a ti?

—Solo quiero que seas feliz.

Ella hundió la cabeza en su brazo.

—Es de ese vaquero que te seguía a todas partes —dijo Lorenzo

parándose en seco, como si la evidencia lo hubiera golpeado de pronto.

Selva asintió.

—¿Y por qué no te ha hecho su esposa?

—Se marchó.

Lorenzo se giró con brusquedad y Selva se soltó de su brazo. Lo miró con ojos tristes.

—¡¿Qué?! ¡¿Se marchó dejándote en estado?!

Algunos curiosos se giraron hacia ellos y, al comprobar de quién se trataba, la saludaron cortésmente.

—Tranquilo, hermano, no es lo que piensas. Se fue antes de saberlo, de que incluso yo misma lo supiera.

Lorenzo no parecía muy conforme con la explicación.

—¿Por qué se fue?

—No lo sé.

El hombre le tomó de nuevo la mano, se la besó con ternura y después la colocó sobre su brazo. Siguieron adelante hasta alcanzar la carreta. El muchachito llegó corriendo, arrastrando una carretilla con las maletas, y con su enclenque cuerpecito las fue disponiendo en la parte de atrás de la carreta. Lorenzo ayudó a su hermana a subir al pescante y se colocó a su lado. Le lanzó otra moneda al chavalito, quien sonrió y salió corriendo en busca de su próximo cliente.

—Buenos días, doña Selva.

La mujer se giró hacia la voz con desgana.

—¿Qué quiere ahora? Ya le he dicho que no pienso casarme con usted.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Selva se volvió hacia Lorenzo.

—Vámonos.

—¿Lorenzo Montoya? —preguntó Otón Avendaño agarrando por la brida al caballo para que no avanzara.

—El mismo, ¿quién pregunta?

—Otón Avendaño, sobrino del difunto marido de doña Selva. Tal vez no se acuerde, pero lo visité durante su estancia en el cuartel. Podría decirse que en ese tiempo fui su mejor amigo. —Esbozó su característica sonrisa ladina, que tanto detestaba la joven—. ¿Ha venido a la lectura del testamento de mi tío?

—No creo que deba rendirle cuentas de nada, señor. —Lorenzo chasqueó la lengua y puso el caballo al trote. Selva se acurrucó contra él.

—¿Te ronda ese tipo? No me gusta.

—No te preocupes, sé defenderme sola.

Lorenzo la miró de soslayo.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por que tengas que defenderte sola, por haberte dejado sola.

Selva prefirió cambiar de tema.

—Tuerce a la derecha en la siguiente calle, aprovechemos para avisar al señor Gómez de tu llegada.

—¿El señor Gómez?

—Es el escribano con el que Ayamonte depositó el testamento. Prometí avisarlo en cuanto regresaras; creo que está deseando terminar con nosotros. Lleva meses esperando. Aunque... —Se le secó la garganta de la congoja.

—¿Aunque?

—Aunque tu llegada puede que no acelere las cosas. Espero que no tengas prisa por marcharte. Hemos llegado. Es ahí.

Lorenzo frenó frente a una construcción sencilla; una casa de dos plantas con un pequeño jardín y porche delantero con alero y una veranda de madera. Él bajó primero y ayudó a Selva a descender. Subieron los peldaños y entraron sin llamar, pues la puerta estaba siempre abierta. El secretario les salió al encuentro. Al reconocerla, le hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—Buenos días, doña Selva. Está en el despacho.

—Parece que nos estuviera esperando —comentó Lorenzo en su oído.

—Las noticias corren rápido en Monterrey.

Avanzaron por el pasillo alfombrado y panelado con maderas nobles. La luz entraba a raudales por las ventanas, proyectando el estampado de las cortinas sobre las paredes del estrecho espacio.

Su voz le llegó al alcanzar la puerta abierta del despacho. Se quedó petrificada en el umbral sin atreverse a entrar, escoltada por su hermano.

El hombre le daba la espalda y hablaba con el señor Gómez. Su espalda fuerte, su recio cuello, su nuca, el cabello oscuro ligeramente ensortijado. ¡Dios mío! El notario se percató de su presencia en ese momento.

—Doña Selva, qué oportuna coincidencia. Y usted debe de ser Lorenzo Montoya. Ya estamos todos.

Entonces él se giró y sus ojos negros se clavaron en el alma de Selva. El mundo se detuvo y sintió que el corazón también se le paraba en el pecho. Se desvaneció sobre la alfombra con un suspiro.

Selva abrió los ojos con dificultad. Su corazón palpitaba con fuerza retumbando en sus oídos, no escuchaba nada más que el eco de su ilusión. Era él.

—Muchacha, al fin despiertas. —Reconoció la voz del médico antes de enfocar la mirada sobre su rostro. Le examinó de nuevo el pulso—. Está bien —afirmó.

Lorenzo se agachó para quedar a su altura.

—Qué susto nos has dado, hermana.

Ella se abrazó el vientre con aprensión. La habían recostado sobre el diván bajo la ventana.

—La criatura también está bien —confirmó su hermano—. El señor Romo fue muy rápido y alcanzó a tomarte en brazos antes de que te golpearas contra el suelo.

Selva permanecía con la mirada anclada en los ojos dulces de Lorenzo; no quería mirarlo a él por si no encontraba lo que necesitaba ver. No se sentía con fuerzas para leer el desamor en su rostro. Intentó incorporarse.

—No se apresure, doña Selva.

—Estoy bien, doctor, de verdad —dijo alzándose. De soslayo lo situó cerca de la puerta; se había apoyado contra la pared, lo más lejos posible de ella, reconoció.

El espacio estaba impregnado de su olor. Aspiró un instante con los ojos cerrados, llenándose de él, y su pecho se agitó sin poder evitarlo, pero se tragó las ganas de llorar y se sentó muy recta en una butaca frente al escritorio del notario, dándole la espalda, y entonces sí creyó sentir su mirada sobre ella. Lorenzo tomó asiento a su lado y el médico hizo lo propio en el diván, por si tenía que volver a intervenir. El notario lo había prevenido de que la señora podría sentir fuertes emociones con la lectura del testamento.

—Señor Gómez, me encuentro bien. Por favor, proceda.

—Bien, empecemos entonces —dijo este colocándose las lentes de leer. Adquirió un tono solemne y una expresión neutra—. Estamos aquí reunidos para dar lectura al testamento del capitán don Juan Lorenzo Ayamonte, fallecido en el rancho Madreselva el 13 de mayo del corriente, a la edad de

treinta y seis años, por herida de bala. En cumplimiento de las disposiciones dejadas por él se procede a la lectura del testamento en la forma expresada en su última voluntad, esto es, en presencia de doña Selva Montoya Linares, don Lorenzo Montoya Linares y don Renzo Romo, por mi humilde persona, albacea del difunto, y ante la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la Reina de los Cielos.

Yo, Juan Lorenzo Ayamonte, capitán del presidio de Monterrey y en plena capacidad física y mental, declaro, para que así conste y se haga mi última voluntad, lo siguiente:

Item que en fecha de 12 de febrero de 1836 solicité nulidad matrimonial de doña Selva Montoya Linares, la cual me fue concedida por haber falta de consumación. Quedó anulado dicho matrimonio tras haber certificado la virtud de la dama don Andrés Sánchez, honorable médico de esta diputación, y por declaración de los testigos que presenciaron la prueba de virtud: doña Luz María Quizbel, vecina de Monterrey, y don Amador López Morales, fraile franciscano y padre presidente de la misión.

El notario alzó la mirada para comprobar el impacto de la noticia.

Selva estaba pálida e hincaba las uñas en el brazo de su hermano.

—¡Es un vil embuste! —estalló Lorenzo. Selva le apretó con más fuerza el brazo para que se callara.

—¿Cuándo? —musitó.

—La noche de su llegada a Monterrey, doña Selva, debe recordarlo.

¿Recordar qué? Se vio de nuevo en la cocina de Luzmita tomando por primera vez el delicioso atole con saber a canela; luego todo había empezado a darle vueltas, le entró mucho sueño. El notario interrumpió el hilo de su memoria.

—El doctor comprobó su virtud y se procedió a anular el matrimonio. Aquí tengo el acta enviada desde España por el cura que los casó, don Evaristo, que, tras los trámites eclesiásticos de rigor, cancela la anotación de su matrimonio en el libro parroquial. Su matrimonio, doña Selva, fue declarado nulo de pleno derecho. Nunca existió.

Lorenzo volvió a enardecerse.

—¡Eso no puede ser cierto!

—Doña Selva, en vista de su estado, puede impugnar la nulidad si así lo quiere —le ofreció el albacea.

—No hubo consumación —confirmó—. El hijo que espero no es de

Juan Lorenzo Ayamonte. Acepto la nulidad. —Quiso girarse a mirar a Renzo, pero no se atrevió.

—Pero, Selva, vas a perderlo todo —le susurró Lorenzo en el oído.

En ese momento se abrió la puerta de par en par e irrumpieron en el despacho del notario los hermanos Avendaño.

—¡Impugnamos el testamento de nuestro tío! —gritó Otón—. Esta mujer no es la viuda de Juan Lorenzo Ayamonte. Su matrimonio fue anulado, y tengo prueba de ello.

—Llega tarde, Avendaño.

—¿Cómo que tarde? ¡No puede confirmar el testamento, no tiene validez! ¡Lo llevaré a los tribunales! —amenazó atropelladamente Otón.

—Digo que llega tarde porque eso ya lo sabemos todos.

—Ah. —En otras circunstancias Selva se habría reído al ver la cara de perplejidad de Avendaño—. Siendo así, mi hermano y yo somos los herederos entonces, ya que somos los parientes más próximos.

—A esa parte aún no he llegado, así que si son tan amables, tomen asiento y déjenme continuar.

Rufino Avendaño se sentó en silencio y tiró de la manga de su hermano para que hiciera lo mismo. Otón paseó la mirada por el despacho y entonces se percató de la presencia de Renzo.

—Romo, ¿qué haces aquí? Pensé que te habías largado, pero ya veo que has vuelto por si agarras alguna migaja, como buen carroñero.

El vaquero no se inmutó ni contestó a la provocación.

—Señor Avendaño, siéntese o tendré que pedirle que se vaya —lo llamó al orden el escribano.

Selva miró de soslayo a Renzo, que no parecía haber movido un solo músculo de la cara ni con su confesión ni con la interrupción de los sobrinos de Ayamonte. ¿Qué pasaría por su cabeza? No se atrevía a mirarlo a los ojos por miedo a ver en ellos algo que le hiciera mucho daño.

—Bien, prosigo entonces.

Item hago constar en segundo lugar el reconocimiento de paternidad de don Lorenzo Montoya, habido de mi relación extramarital con doña Renata Linares...

—¡Ese hombre nunca fue mi padre! —clamó de nuevo Lorenzo.

—Era tu padre, Lorenzo, yo doy fe de ello —afirmó Selva poniendo con delicadeza los dedos sobre el hombro de su hermano.

—Cálmese, don Lorenzo, que aún no he acabado de leer... A ver por dónde iba... Con tanta interrupción uno se pierde... —Volvió la vista al documento—. Decía...

Confirman los testigos: don Gervasio Salazar, abogado de los Linares, y don Evaristo Núñez, confesor de doña Renata. Se aporta el acta correspondiente de legitimación filial.

Lorenzo se cruzó de brazos ceñudo, como un niño cogido en falta.

Item hago constar así mismo el reconocimiento de paternidad de don Renzo Romo, habido de mi relación extramarital con doña María Asunción Betzanel, fallecida en el parto. Lo entregué a la Casa Real de Expósitos en Ciudad de México el 1 de enero del año de Nuestro Señor de 1818, y pagué puntual estipendio por su cuidado. Se aporta acta de legitimación filial firmada por los testigos: Luz María Quizbel; don Santiago Ruiz, padre presidente de la Casa Real de Expósitos, y don Amador López Morales, mi padre confesor.

El silencio se hizo en la sala.

El escribano levantó la vista del documento y sonrió al ver el rostro desencajado de Otón Avendaño.

—Ejem. —Se aclaró la garganta.

Item es por lo que declaro a mis dos hijos herederos a partes iguales de todos mis bienes pecuarios y no pecuarios, incluidas las tierras que fueran concedidas hasta mi fallecimiento. Y para que así conste firmo

*Yo, Juan Lorenzo Ayamonte
En Monterrey a 14 de febrero de 1836*

—¡Dos bastardos se quedan con todo!

—Para su información, el gobernador Alvarado firmó de su puño y letra las actas de legitimación filial para que tengan efecto en la nueva República de California. Son hijos legítimos, señor Avendaño. —Y dirigiéndose a los herederos—: Señores, necesito que firmen la aceptación de la herencia.

Lorenzo se giró hacia atrás, hacia su medio hermano. Los hombres se observaron un instante.

—¿Qué pasa si no aceptamos? —preguntó el joven español.

—Los bienes del capitán, incluido el rancho Madreselva, irán a parar a los siguientes en la línea de sucesión. Todo parece indicar que serían sus sobrinos aquí presentes, Otón y Rufino Avendaño.

Selva se inclinó hacia su hermano y le susurró queda:

—Acepta la herencia, hazlo por mí. —Acto seguido se puso en pie y aguantó como pudo las ganas de llorar.

—Doña Selva, ¿se encuentra bien? —inquirió el escribano.

—Sí, estoy bien, gracias. Creo que lo que queda lo pueden hacer sin mí. —Se dirigió hacia la puerta. Renzo estaba apoyado muy cerca, los brazos cruzados, la expresión dura y contenida; justo antes de salir alzó la cara y lo miró. Él mantenía la vista al frente. Contó hasta tres mentalmente sin dejar de observarlo. «Mírame», quiso pedirle, pero no dijo nada. Tan solo suspiró y salió cerrando la puerta tras de sí.

Afuera el sol la deslumbró con sus potentes rayos. Se derrumbó sobre el suelo y lloró sin contención. No le importaron las miradas de curiosidad de los viandantes. Cuando consiguió controlar los sollozos, se alzó, se abrazó a la manta de Luzmita y, subiendo a la carreta, partió sin demora. Lloró todo el camino; lágrimas de alegría, de estupor, de rabia y de alivio. Renzo había vuelto. Los pensamientos se atropellaban en su mente: era hijo de Juan Lorenzo, y su matrimonio había sido anulado. Nunca había existido, eso había dicho el escribano, nulo de pleno derecho; no había existido cuando se entregó a él.

Dejó que la angustia de tanta espera se diluyera de su cuerpo. La brisa otoñal secó su llanto a medida que avanzaba por el camino real en la carreta, de vuelta al rancho.

Al llegar, se refugió en su mecedora y allí permaneció balanceándose con suavidad y repasando en su mente todos esos días, semanas y meses, intentando dilucidar lo que no había entendido, las pistas que Ayamonte había ido dejando a su paso. ¿Sería posible que él hubiera adivinado lo que iba a pasar?

No había sabido verlo, pero ahora le resultaba imposible no darse cuenta del parecido entre ellos. Tenían algo que cortaba el aliento al verlos por primera vez. ¿Por qué Juan Lorenzo no había dicho nada? ¿Qué era lo que tanto temía?

Siguió balanceándose abrazada a su vientre, a la vida que habían creado

Renzo y ella.

Lorenzo llegó una hora después en un caballo prestado por el escribano. Desmontó y se apoyó contra una columna del pórtico.

—Estás aquí.

Selva asintió con un balanceo.

—Lleno de sorpresas, Ayamonte.

—Umm.

—Selva.

Ella despegó la mirada del horizonte y lo miró.

—Le he cedido mi parte de la herencia a Renzo. Bueno, más o menos, digamos que él se queda con todo y me paga mi parte en especie: caballos. Creo que voy a comenzar un negocio propio en Boston.

—Vaya, confiaba en que al menos contaría con tu hospitalidad para quedarme en Madreselva.

—¿Después de todo lo que ha pasado? Vamos, Selva. Tengo algunos negocios que atender en Monterrey, pero en cuanto termine, regreso a Boston, y quiero que vengas conmigo.

—Mi embarazo está muy avanzado; no quiero dar a luz en el océano. Esperaré a que nazca el bebé y luego veré qué hago. Tal vez vuelva a España con padre. Tengo una amiga en el pueblo, Raimunda; ella puede alojarme hasta entonces.

Lorenzo se acercó y se arrodilló frente a ella.

—¿Se parece en algo el hijo al padre? —Se lo notaba preocupado, pero no pudo evitar que le molestara la pregunta. Para él, Juan Lorenzo era un desalmado, y quería averiguar si Renzo también lo era.

—¿Acaso te pareces tú?

Su hermano guardó silencio. Se puso en pie y volvió a apoyarse contra la columna, a cierta distancia de ella.

—¿Dónde está? ¿Por qué no viene a mí? —No buscaba respuesta en su hermano, era más un deseo en voz alta.

—Tal vez necesita un poco de tiempo para asimilar las noticias. También para acostumbrarse a la idea de que ahora es un hombre rico, dueño de las mejores tierras de la región.

—Él no es así.

Permanecieron en silencio.

—¿Necesitas algo? Debo ocuparme de algunos negocios.

—No. Estoy bien. Ve, anda.

Ella misma debería empezar a empacar sus cosas, se dijo mientras observaba cómo se alejaba su hermano a caballo, pero no se movió. Se quedó ahí, balanceándose con suavidad y viendo pasar las horas.

Luzmita salió al pórtico y la encontró absorta contemplando la línea anaranjada del horizonte. Selva sintió su presencia menuda y su olor a especias, pero no se giró hacia ella.

—Ha vuelto —dijo simplemente.

Luzmita arrastró una pesada silla y se sentó a su lado.

—No ha comido nada en todo el día. Sea buena, *m'hija*, y entre con esta vieja a la casa a tomar algo.

—Ayamonte reconoce en su testamento ser padre de Renzo. ¿Por qué no lo dijo antes? ¿Por qué tuvo que morir para que lo supiésemos?

La vieja criada suspiró.

—Al menos ese hijo mío me ha ahorrado esa tarea, que ninguna más me ahorró.

—¿Por qué?

—¿Por qué no lo contó? Primero fue por la maldición, quiso protegerlo, y luego se volvió difícil, y cuando os vio juntos por primera vez, intuyó lo que pasaría y no lo hizo para no afectaros. Habría añadido un peso más al imposible, y ya bastante complicada estaba la situación que él tenía que desembrollar.

—¿Qué me hicieron esa noche?

—Juan Lorenzo nunca quiso hacerte su esposa, ¿cómo podría? Eras la hija de la mujer a la que siempre amó. Desde aquel primer día en que os vio juntos, pensó que Renzo y tú estabais destinados a vivir el amor que se le había negado a él con Renata y quiso ayudaros en la sombra. No quería que volvieras a España, por lo que debías pensar que estabas atada a él. Esa noche te sedamos y el doctor comprobó tu virtud. Nadie supo que era en contra de tu voluntad, salvo Juan Lorenzo, el padre Amador y yo.

—¿El padre Amador también lo sabía?!

—El hombre pensó que era una pésima idea, pero debía mucho a Juan Lorenzo y accedió a guardar el secreto.

Selva permaneció con la vista puesta en el horizonte y el ceño fruncido, intentando asimilar la confesión de Luzmita.

—Entonces lo que me contó el padre Amador sobre la infancia de Renzo

y sobre cómo lo encontró abandonado no es cierto.

—Solo en parte, esa era la versión oficial. En verdad, yo fui quien lo dejó a las puertas del orfanato, y al día siguiente me presenté a pedir trabajo; faltaban manos y no me resultó difícil convencer al ama mayor de contratarme.

—¿Y Juan Lorenzo?

—Se marchó lo más lejos posible para evitar que la maldición alcanzara a su hijo. La madre había muerto desangrada al dar a luz, y temía por su vida. Me costó años convencerlo de que nos trajera a Monterrey con él; no quería que nadie supiera de la filiación, pensaba que así el odio de Renata no lo alcanzaría. Cuando por fin accedió, lo hizo con la condición de que el muchacho no supiera que era su padre, y para que no sospechara nada medió con el gobernador para que solicitase niños colonos a la Casa de Expósitos. Yo convencí al padre presidente de incluir a Renzo en la expedición y me ofrecí voluntaria para acompañarlos.

Permanecieron en silencio un rato más mientras el cielo se tornaba añil y la oscuridad se iba esparciendo por los llanos.

—Debió decírmelo. Yo tenía derecho a decidir.

—Ahora puedes decidir.

—Es tarde.

—Nunca es tarde para dejar el pasado atrás y tomar las riendas de la propia vida.

Selva volvió al mutismo.

—Tan tozuda como tu madre —masculló Luzmita entre dientes, y se encaminó a la cocina en busca de la cena para la muchacha. Tendría que darle de comer ella misma como a una infante.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

El fraile, arrodillado frente al altarcito de la Virgen, se giró hacia la voz a su espalda y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Renzo, hijo! —dijo poniéndose en pie con dificultad.

El vaquero se dejó abrazar. Lo sintió muy mermado físicamente: el hábito le quedaba holgado y parecía que había envejecido de forma súbita en esos pocos meses.

El fraile lo apartó de sí y lo contempló con las manos apoyadas en sus fuertes brazos.

—Nos has tenido muy preocupados, y has hecho sufrir a la muchacha. No debiste marcharte así, sin decir nada.

—Tuve que hacerlo.

—Podías haberme confiado tus inquietudes. Quizá no requerían de una decisión tan drástica.

—¿Sabía que Ayamonte era mi padre?

El franciscano bajó la vista un tanto avergonzado y dejó caer las manos.

—¿Lo sabía y no me lo dijo?

—No era a mí a quien correspondía decírtelo.

—¿Se da cuenta? Ahora nunca podré saber cómo pasó, por qué me abandonó.

—Podrías preguntarle a tu abuela.

—¿A mi abuela?

—Luzmita.

Renzo abrió mucho los ojos negros; parecían dos fosos sin fondo. Su entrecejo amenazó con un estallido, pero se controló. Estaba en la casa de Dios, y bastante lo había ofendido ya.

—No te dejaron a tu suerte. Quisieron protegerte de esa maldición; los indios son muy supersticiosos y les cuesta entender que la vida está en manos de Dios. Creyeron que el odio era superior y se equivocaron, pero lo hicieron para protegerte.

Las arrugas de la frente se aliviaron un breve instante, pero volvieron a contraerse de nuevo.

—¿También sabía que Ayamonte había pedido la nulidad matrimonial?

El padre Amador asintió.

—Aquí hemos pecado todos, hijo, y Dios ha sido misericordioso concibiendo algo bueno de tanto descalabro.

Lo miró con su acostumbrada calidez.

—¿A qué esperas, muchacho? Ve a buscarla.

—No creo que vaya a perdonarme: la he hecho sufrir. Además, ahora debe de odiarme, ya que soy dueño de su querido rancho Madreselva. Y luego está ese hijo que espera...

—¡Ay, Renzo! ¡Qué obtusos somos los hombres! Anda, ve —dijo arrastrándolo por el brazo y empujándolo con suavidad hacia la puerta de la capilla—. Y recuerda que el verdadero amor es reflejo de Dios, y Él lo quiere todo de nosotros, lo bueno y lo malo.

Renzo salió de la capilla y lo reconfortó que ya hubiese oscurecido completamente. Elevó la cara al cielo estrellado e inhaló coraje. Su mente era un volcán de dudas. Más dudas incluso que cuando la había visto frente a sí en el despacho de ese escribano por la mañana, salvaje y frágil a la vez, bella hasta la locura y... embarazada. ¡Qué poco le había costado consolarse con otro hombre! ¿Habría sido solo consuelo por su ausencia o se habría enamorado? Después de ver su vientre abultado, Renzo se había quedado sin palabras, incapaz de articular ni tan siquiera un saludo. Habían compartido tantas cosas y él la amaba tanto, tanto... ¿Lo querría Selva aunque fuese un poco, lo suficiente como para perdonarle que él fuera el dueño de Madreselva? Nunca, se dijo. Juan Lorenzo, primero, y ahora él impedían que ella cumpliera el deseo de su madre y recibiera una compensación la demencia de haber abandonado su hogar en España casada con el antiguo prometido de Renata Linares. Sin poder evitarlo, sintió envidia de ese amor de Selva por las tierras; jamás podría competir con ese afecto, y esa certeza le atenazó la garganta y convirtió su inseguridad en una furia desatada. Se palpó la pechera de la camisa y la herencia de Ayamonte, su padre, crujió como espino en la hoguera. Sacó el documento y le echó un último vistazo. Una mirada perversa se dibujó en sus pupilas. Miró hacia la casa, al otro lado de la plaza, y la vio en el pórtico. Hacia allí se fue como un vendaval.

Vio cuando ella se percató de su presencia. Se puso en pie un tanto aletargada y se apoyó con una mano en una de las columnas de la galería; con la otra sujetó el bajo de la barriga. Creyó leer anhelo en sus ojos verdes, pero no, no podía ser. Debía de ser desprecio, enfado. Frenó a un paso de ella y acusó el golpe de su aroma. Apretó los puños para contener las ganas de abalanzarse y hacerle el amor allí mismo. Su corazón era un torbellino que le azotaba la mente sin piedad. Barrió con la mirada su cabello dorado y suelto, más rubio incluso de lo que lo recordaba; el estío lo había aclarado como hacía con el trigo en los campos. Su cara delgada estaba marcada por el cansancio, y su nariz pecosa seguía desafiándolo. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué permanecía callada? Que le gritara, que le pegara, que lo abrazara, algo.

Bajó la vista hasta la panza y el zarpazo de los celos le soltó la lengua:

—¿Fue consuelo o amor? ¿Quién fue? ¿El alférez Márquez? Claro, quién mejor que él para sustituir a tu marido.

Selva cerró un momento los ojos, acusando el golpe. Renzo contuvo la

respiración. Cuando la muchacha los abrió, eran dos esmeraldas brillantes y amenazantes. Pero, aun así, no dijo nada, y eso le dio todavía más rabia. No lo desmentía, por lo que tenía que ser verdad. ¡Maldita sea!

—Toma, aquí tienes. Esto es lo único que verdaderamente te interesa, ¿no? Madreselva es lo único que amas. No seré yo quien te impida ser feliz. —Tendió el documento. Ella lo miró, pero no lo tomó. Renzo lo lanzó con fuerza hacia la mecedora, y las escrituras del rancho planearon desordenadas y cayeron sobre el asiento. La miró por última vez y, dando media vuelta, se marchó.

Caminó deprisa intentando alejarse lo antes posible de ella. Se ahogaba de la tristeza, ¿por qué se había hecho ilusiones?, ¿por qué había pensado que tenía una remota posibilidad de hacerla su mujer?

—Definitivamente, eres más bruto de lo que aparentas.

Renzo se paró como si lo hubiera atravesado un rayo. No se movió, no respiró.

—He dicho que eres más bruto de lo que aparentas.

Él se giró despacio y enfrentó sus ojos verdes, la nariz pecosa y los brazos en la cintura. Selva respiraba con sofoco; había tenido que correr para alcanzarlo. Ella dio unos pasos hacia delante hasta quedar prácticamente pegada a él. ¿Le sonreía?

—Pero hasta los brutos saben contar. Estoy de siete meses —dijo agarrando sus manos y poniéndoselas sobre el vientre.

Eso quería decir... Era suyo... No podía ser... Él no sabía nada de mujeres ni de embarazos, bueno, salvo los de las yeguas, las vacas y las ovejas.

Era suyo. Selva y él iban a ser padres. La desazón de las miles de horas que había estado lejos de ella le embargó el alma, y cayó al suelo de rodillas. Dejó que el dolor se escurriera de su cuerpo junto con las lágrimas. Selva le abrazó la cabeza y la acunó con ternura mientras sus sollozos se convertían en rugidos de oso herido. Con dificultad, se arrodilló frente a él y le alzó la cara con ambas manos. Lo besó con profunda dulzura y borró con sus labios el reguero salado de las lágrimas que corrían por las mejillas sin rasurar.

—Te amo, Renzo, llevo meses esperando para decírtelo.

Entonces su pecho estalló con la fuerza de una súbita tormenta de verano. Se abalanzó con hambre sobre los labios de Selva mientras le acariciaba la cabeza y la estrechaba contra su cuerpo. Las lenguas se fundían abrasándolos por dentro. Se besaron hasta desfallecer. Lloraban y reían de la

dicha y se besaban sin freno.

Selva tomó aire, sofocada y con las mejillas arreboladas.

—Pregúntamelo —le pidió contra su boca.

El miedo, junto con la esperanza, brilló en sus ojos negros. Demoró una eternidad.

—Bruto eres, mi amor, pero demuéstrame que no eres un cobarde.

Se le encendieron las pupilas y una media sonrisa se dibujó en sus gruesos labios. La agarró por el redondeado talle y la apretó contra su cuerpo.

—Cómo te amo, chiquita. Me va a estallar el corazón. —Tomó la cara de ella entre sus fuertes manos y, mirando en la profundidad de su alma, pronunció las palabras que Selva llevaba esperando oír cuatro meses—. ¿Quieres ser mi esposa? —Su voz sonó ronca y quebrada.

—Mi corazón y mi cuerpo son tuyos desde el principio, desde el primer día en que te vi, bruto y arrogante... —Renzo soltó una carcajada—. No hay nada en este mundo que desee más que ser tu mujer. Además, el padre Amador va a estar encantado de bendecir nuestra unión.

El vaquero la tomó en brazos y se dirigió a la casita para amarla hasta el fin de los tiempos.

Se compensaron por los meses de separación, reconociendo sin descanso el ansiado tacto con infinitas caricias mientras su mundo se llenaba del aroma de sus cuerpos entrelazados. Y entre jadeo y jadeo, Renzo le susurró al oído la historia de cada segundo que pasó sin ella. Horas después la luna iluminaba a los amantes, exhaustos; yacían enredados y sumidos en la serenidad del sueño. Y así, uno junto al otro, como la pareja imposible que eran y que siempre serían: él, un recio vaquero de piel tostada, cabello oscuro y ondulado, y nariz ancha, herencia de sus ancestros maya; ella, una dama española de piel transparente y ojos como las aceitunas de su Córdoba natal; así, uno junto al otro vivirían a lomos del destino para el que habían nacido.

EPÍLOGO

Selva se disponía a librar la batalla contra la muerte y el dolor.

Los jadeos acompasados de la muchacha resonaban contra los gruesos muros de adobe de la estancia anunciando que se acercaba la hora. Luzmita había dispuesto todo para ayudar a la guerrera en la feroz lucha que estaba a punto de estallar. La asistían la partera del pueblo y tres mujeres *costeñas* de rostros anchos y afables, que musitaban sus rezos rituales mientras obedecían las instrucciones mudas de la vieja criada maya.

La mujer del cabello del trigo yacía sobre una sábana blanca en el centro de la estancia. El hogar caldeaba el ambiente, y las hierbas colocadas a su alrededor esparcían sus olores a campo mojado en torno a la parturienta. Cuatro pebeteros, cada uno colocado en los cuatro puntos cardinales, exhalaban aliento a incienso llenando el espacio de un humillo brumoso. Los jadeos pronto se transformaron en alaridos.

Luzmita acarició la cabeza de la muchacha y luego le limpió el sudor con un paño fresco. A continuación se alzó, y sus dedos torcidos buscaron en el manto de la Virgen María, dispuesta sobre la mesa entre dos velas blancas. La Reina del Cielo abrió sus entrañas, y los ojos de Ixchel brillaron presagiando un parto rápido y venturoso. Entonces se arrodilló junto a la joven y le masajeó el vientre mientras prorrumpía en un cántico invocando al sol, al mar, al jaguar y a la serpiente para que le dieran fuerza a la criatura. El grito de Selva interrumpió momentáneamente el ritual. Justo en el último empujón, mientras la partera sujetaba las piernas dobladas de Selva y la animaba a no desfallecer, Luzmita invocó a la diosa del nacimiento, Ixchel, la joven, y pronunció en su lengua con voz potente: «Es hora de llegar a la Tierra, es hora de que la vida te asombre».

Renzo escuchó el berrido desde el exterior, y sus vaqueros, que lo acompañaban en silencio fumando alrededor del porche, prorrumpieron en clamores de alegría. Las guitarras empezaron a sonar en el mismo instante en que él se precipitaba al interior de la casa.

El barreño con agua caliente acariciaba el cuerpecito rojo y arrugado del bebé. Una de las mujeres *ohlone* lo envolvió en la manta que Luzmita le había tejido y se lo presentó.

—Es niña —anunció. Él le dio un tierno beso en la coronilla.

Luzmita terminó de limpiar a Selva. Lo miró un momento, severa; aún no era tiempo de que el padre entrara. Tomó la placenta y la colocó entre las cenizas y rescoldos del hogar, para que el dios del fuego protegiera a su bisnieta. Renzo se tumbó junto a Selva y la abrazó contra su pecho.

—Es niña —susurró la muchacha, extenuada—. Y morena.

—Tiene tu naricilla desafiante.

Luzmita tomó a la criatura entre sus brazos y la acunó. «Por fin una niña», pensó. Había tenido que esperar tres generaciones para entregar la herencia de sus antepasados, la que ella había recibido de su madre. Por fin su sangre engendraba a una guardiana de la memoria. Se asomó a la ventana con ella en brazos. Estaba amaneciendo.

—Alba Itzé —la bautizó, como el inicio de un nuevo día, como el comienzo de una nueva historia.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Constanza Chesnott es autora de romance histórico. Se enamoró del género con trece años, cuando leyó *Corazón de piedra verde*, de Salvador de Madariaga. Fue Tolstoi, con su obra *Guerra y Paz*, el responsable de que empezara a escribir.

«Algunas historias son capaces de transformar mi presente, de volverlo borroso, de atraparme de tal forma que cuando llego a destino, al final del libro, la satisfacción de haber vivido una experiencia inolvidable se abraza con una terrible desolación, una soledad infinita, una pérdida irreparable. Ese mundo maravilloso se desvanece de golpe ante mis ojos, y me sumo en una tristeza imposible por algo que no volverá. Eso me pasó con el mundo que para mí recreó León Tolstoi en *Guerra y Paz*. ‘¿Y ahora qué voy a hacer?’, me pregunté cuando llegué al final. La única forma que encontré de luchar contra la tristeza fue empezar a escribir».

Su primera novela, *De pasión y deshonra*, alcanzó el número uno en las categorías de romance e historia en Amazon y lleva en el Top 100 desde su publicación. *A lomos del destino* es su segunda novela, y se encuentra embarcada en la tercera historia, que saldrá publicada en verano de 2018.

Puedes seguir a la autora en:

www.facebook.com/ConstanzaChesnott/

Para recibir sus noticias y novedades suscríbete en:

www.constanzachesnott.com

Table of Contents

[ÍNDICE](#)

[DEDICATORIA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PREÁMBULO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)